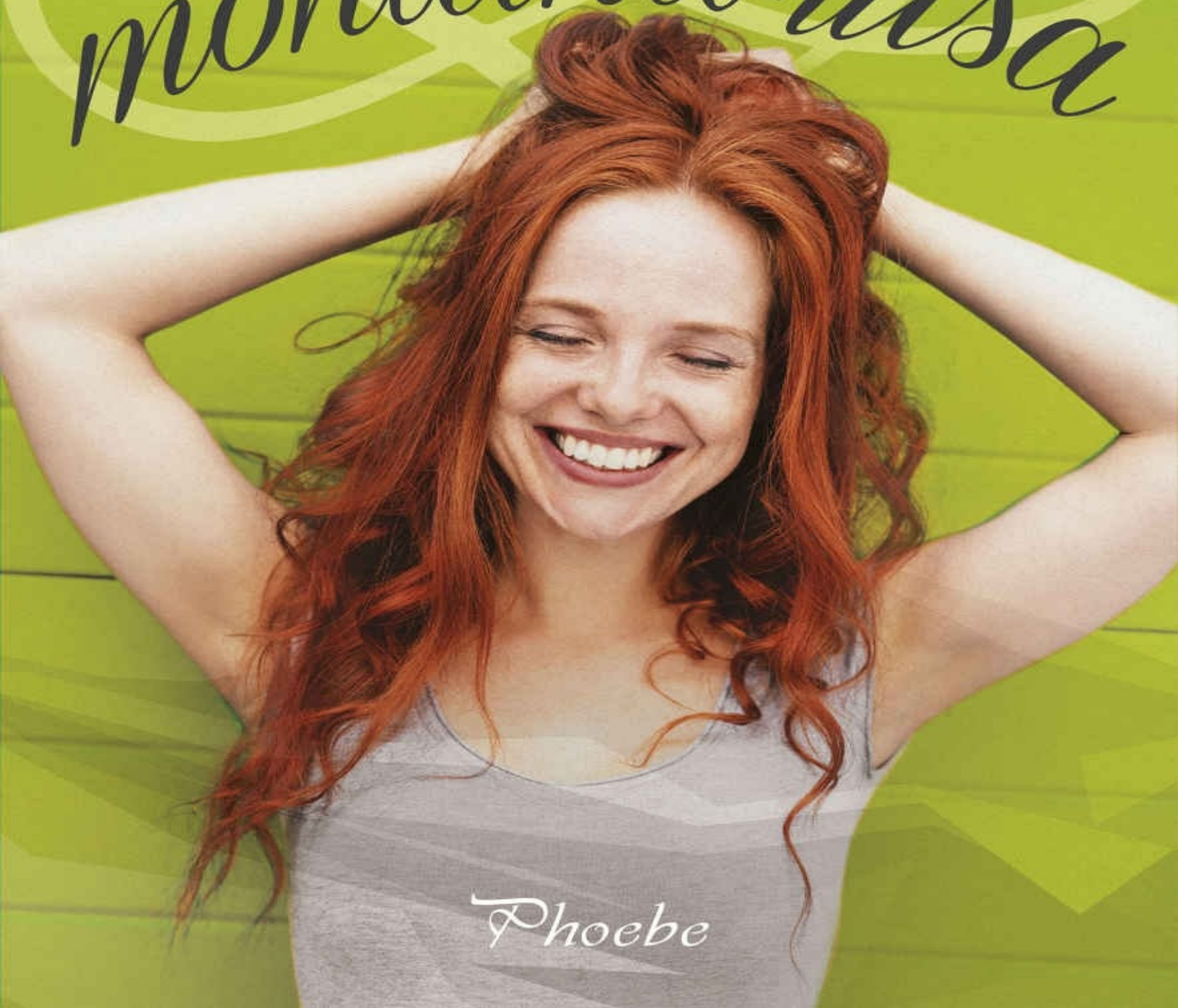


Romina Naranjo

El **AMOR** es una
montaña rusa



Phoebe

Romina Naranjo

El **AMOR** es una
montaña rusa



Phoobs

Primera edición: junio de 2019

Copyright © 2019 Romina Naranjo

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-38-2

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: Stockfour/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*A todas las influencias que, de una manera u otra,
me rondaron durante el nacimiento de esta historia.*

A las buenas.

Y, sobre todo, a las malas.

«El amor es como una montaña rusa; te subes, te emocionas, gritas, sientes mariposas, ¡incluso vomitas! Y luego, ahí vas como pendejo, a subirte de nuevo».

1

LA AUDIENCIA HA DECIDIDO...

—Mierda, mierda... ¡Mierda! ¿Y el *edredoning*? ¿Dónde coño está el *edredoning*?

La histérica soy yo. Y ya me explico.

Estaba en la sala de cámaras del lugar donde trabajaba. Ese que se suponía que ese día iba a copar los índices de audiencia después de que el plan infalible diseñado por una servidora lo petara en el *prime time*.

«No está pasando. Me quiero morir».

—Sustituye el hilo musical. Y baja el tono de la iluminación del dormitorio — ordené al regidor, que giró el cuello y se apartó un auricular para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Estás de coña?

—¡Venga, joder!

Le vi toquetear su inmenso panel de botones, y, enseguida, las cámaras que conectaban con el apartamento nos devolvieron una imagen un tanto diferente. El *youtuber* y la *influencer* de turno estaban sentados con las piernas cruzadas, cada uno en su cama, como dos indios medio lelos a punto de fumarse la pipa de la paz.

«¡Me cago en la leche!».

¿Pero qué tuerto me había mirado a mí?

Uno de ellos se movió y todo mi interior se agitó como respuesta..., pero fue para nada. Una leve variación de posición, un roce inocente en el hombro y continuaron hablando de sus mutuos proyectos profesionales, de su intención de no ser flor de un día... y de no sé cuántas chorradas más que provocarían que los espectadores, sin duda, cambiaran de canal en busca de algún drama médico o culebrón turco en otro canal. De uno que no era el nuestro. De uno del que yo no era responsable en ese momento.

Joder, cuánta presión...

—¿Quieres que dé golpecitos en el cristal, como a las iguanas en el zoo? —El regidor tenía el día gracioso, por lo visto.

—No me toques los ovarios, Pedrito. —Me tapé media cara con las manos. Si hubiera llevado las uñas largas, me habría arrancado la piel a tiras—. Haz un plano barrido y vuelve. A ver si la cosa espabila.

Trasteó otra vez con su panel de botones. Las cámaras enfocaron entonces el jardín, el entoldado donde nuestros «conejiillos de Indias» tenían cierto acercamiento a la realidad, la cocina, el pasillo y diversos interiores antes de regresar al dormitorio, donde María Mendoza, la *influencer* de moda, se estaba poniendo una sudadera *oversize* encima del chándal con *print* animal. Y él andaba con el móvil trucado que les habíamos facilitado a los dos al entrar en el apartamento.

Para mear y no echar gota.

—Esto es un desastre...

Es posible que os estéis preguntando que por qué hago tanto drama de que dos personas hablen de forma normal, y, sobre todo, intuyo que os preguntáis en qué leches trabajo para ganarme la vida que incluya a gente y cámaras... Pues bien, os cuento. Yo, a mis veintiocho años, he cumplido el sueño español. La cima de la felicidad. El nirvana. El santo grial que Harrison Ford acarició con sus varoniles manos en una de sus películas de sombrero y látigo. Yo trabajo en un *reality show*.

No, no es ese que estáis pensando, pero casi. Me vuelvo a explicar.

Mi jefa de entonces, Lula Rodríguez, era una visionaria. O una tía orgullosa que cometió una gran estupidez: lanzó un farol que no pudo mantener, y no le quedó más remedio que buscarse las castañas sola, porque el lugar de donde se fue, meca de los *realities* aplaudidos por la audiencia, le cerró las puertas en sus operadas narices.

Por supuesto, cuando ella lo contaba, en el mismo tono que William Wallace en el discurso de *Braveheart*, lo hacía diferente, pero, para el caso... Buscó el ir más allá demasiado y se salió del tiesto. De todos modos, he aquí que Lula, cargada de entusiasmo y del dinero de su segundo marido, comprara una pequeña cadena de televisión autonómica y financiara su propio programa: *Cliché*.

—Cuenta con lo mejor de cada casa, lo que todos quieren ver, aunque se empeñen en no admitirlo —me dijo cuando me entrevistó para el puesto que ahora ostento—. Vamos a darle a la audiencia justo lo que desea; nos adaptaremos al mercado y moveremos las fichas, óyeme bien, para conseguirlo. Sin importar lo que haya que retorcer.

Para no alargarme, *Cliché* —cuyo nombre inicial iba a ser *El apartamento*, por el lugar donde se desarrolla la..., digamos, acción— hace honor a su nombre. En todo el sentido. Normalmente organizamos un *casting* de entre dos y cuatro personas que nos sirva para dar morbo y crear tensión en el reducido espacio que tendrán para vivir y los metemos juntos, aderezados con un montón de escenarios y situaciones que los tienten a saltar a la garganta del otro... o a la entrepierna, según el caso.

Contamos con una amplia plantilla de psicólogos, especialistas en conducta humana, sociólogos y demás fauna que, tras examinar detalladamente a los candidatos, los empareja para crear la máxima chispa posible. Por ejemplo, si la cita ideal de María, la *influencer*, fuera en un jardín botánico, el apartamento tendría un invernadero que recrearía su sueño, de modo que estuviera más dispuesta a dejarse llevar por la situación.

Había gritos, peleas, acusaciones, insultos, falsas alianzas de amistad, cuernos, faltas de la regla, compromisos matrimoniales... De todo y para todos los gustos. Un *show de Truman* versión siglo XXI.

Mezquino, ¿verdad? Pues la temporada anterior habíamos cerrado como líderes en nuestra franja horaria. Así somos los seres humanos...

Fiché por *Cliché* porque, harta de ser una periodista en paro o una dependienta que doblaba ropa en una tienda de la calle Princesa, creí que sería el trampolín necesario para lanzar mi carrera. Sí, primero llevaba cafés y suplicaba para que metieran en el apartamento alguna de mis ideas; después, poco a poco, conseguí que me fueran cediendo algunos de los guiones —a ver si os habíais creído que la mitad de lo que veis en este tipo de programas pasa de forma natural, majos— y, por fin, la oportunidad definitiva: escoger a la pareja finalista y montar todo el tinglado.

Vale. Estaba a prueba. ¡Pero, ay, si la superaba...!

Se suponía que, con los perfiles que yo había seleccionado, María y Pujol, el *youtuber*, nos darían unos picos altos que ríete tú de los concursos de canto tan a la moda. Nosotros no teníamos *coachs*, ni falta que nos hacían. Con las enrevesadas tramas que se le habían ocurrido a mi cabecita llena de pájaros, aquellos dos iban a protagonizar un romance tórrido a toda cámara que se convertiría en una ruptura dolorosa en las escasas cinco semanas que duraría su periplo por *Cliché*.

La cosa había empezado prometiendo. A Lula le había gustado la pareja. Profesiones modernillas, algo que nos ayudaría a conectar con los adolescentes que veían este tipo de programas a escondidas entre que salían del instituto y se iban a clases de inglés; cocientes intelectuales... digamos que dentro de la media —para que no aburrieran al resto de colectivo que se sentara delante de la tele— y, lo mejor de todo, bocachanclas. Durante la primera semana Pujol había soltado un par de frescas que habían afilado los dientes de los tertulianos de los programas de sobremesa.

Yo estaba flotando. Lula sonreía. El tío nuevo de los cafés empezaba a hacerme ojitos... Todo parecía perfecto. Cerraríamos temporada como líderes una vez más y entonces yo dejaría la zona de sombras y pediría a mi jefa la oportunidad real que había estado buscando: la redacción.

Me encargaría de la promoción, de las redes, de los contactos..., de todo lo que no fuera revisar imágenes y perder horas con Pedrito en aquella cueva, decidiendo dónde cortar el vídeo o qué parte usar para las promos... En pocas palabras, me alejaría de *Cliché* como tal, y podría centrarme en algo más... periodístico. Por lo menos, en mis sueños más húmedos, porque la realidad no pintaba nada bien.

—Se han dormido. Paso a cámara nocturna.

—¿Qué? No, espera, ¿qué? ¿QUÉ?

Atónita, vi cómo Pedrito ajustaba la iluminación para que las siluetas oscuras de aquellos dos mamertos fueran más o menos visibles. Ciertamente, estaban metidos bajo el edredón..., pero cada uno usaba el suyo. Y su propia cama. Y no se habían desvestido.

Esa noche cumplíamos el ecuador de la estancia en el apartamento, y, de momento, el interés brillaba por su ausencia. María la *influencer* y Pujol el *youtuber* gozaban de la misma tensión sexual que la abuela de *Cuéntame* y el cura. Ninguna.

Me impulsé hacia adelante como si me hubieran empujado y clavé la vista en la veintena de pantallas a media luz situadas delante. Aquello no podía ser verdad. Era imposible. Según todos los algoritmos y pruebas, esas dos personas tendrían que estar rompiendo el somier a base de empujones de cadera.

—Al directo le quedan veinte minutos, ¿hago otro barrido?

—Déjame pensar, Pedrito.

—Siempre puedo meter un fundido en negro, cambiar la conexión a los estudios y, no sé..., ¿enseñas un pecho y luego decimos que fue un error interno? Como mínimo, ganamos tres días de programas analizándolo. —Se echó a reír, pero entonces me vio la cara y se quedó blanco—. Coño, ¿te lo estás planteando?

—No digas gilipolleces.

Me aparté a un lado, moviéndome como una muñeca de Famosa con aquellos tacones que me estaban matando pero que, a mi parecer, me daban un aire más profesional. Más periodista de verdad, por más lejos que estuviera de serlo.

Enseñar un pecho en el directo de nuestro programa ecuador... ¡Pues claro que le había dado una vuelta! Vale, solo por un segundo, ¿pero no decían que las situaciones desesperadas requerían de medidas desesperadas? Como aquello no retomara el vuelo, se me iba a caer el pelo.

—¿Y si les metemos un aviso de dirección?

—Están dormidos, chata. Se notaría forzado. La audiencia sabría que lo hacemos para presionar la situación.

—Pedrito, nuestro programa se llama *Cliché*. Aquí forzamos hasta cuando mean.
—Saqué la hoja de cálculo en la que había estado añadiendo anotaciones.

Necesitaba algo. Cualquier cosa. Lo que fuera.

—¿Una hora de móviles desbloqueados para que puedan usar sus redes sociales? Pobre Pedrito... Lo sacabas de sus cien botones y se perdía.

—¿Y cómo va a ayudarnos eso a que follen?

—Por lo menos estarán despiertos.

Me golpeé la cabeza con el cuaderno donde había pegado la lista. Allí no había nada útil. No podíamos lanzar ninguno de los retos semanales, meter llamadas ni dejarles el uso de la televisión y de internet sin cortafuegos, porque, aunque todo estuviera preparado en *Cliché*, llevar la situación hasta ese extremo no era algo a lo que solíamos llegar.

Se suponía que había que poner en bandeja de plata todas las situaciones para favorecer que los participantes nos dieran lo que queríamos, pero María y Pujol habían acompasado su respiración y no se movían. De aquellos fardos no íbamos a sacar nada más por esa noche.

Lo que era, básicamente, mi suicidio laboral.

—Mete una promoción de opciones para la próxima semana. Que dure unos cuantos minutos; añade las explicaciones de cómo escoger entre las posibilidades lo que quieres que enfrenten estos dos imbéciles e incluye los códigos de móvil y teléfono fijo.

—Esta es la cuarta temporada, chata. Quien nos ve ya sabe cómo va.

—Pedrito..., no tengo la noche. Haz lo que te digo. Necesito fumar.

Cabizbaja, mosqueada y herida en mi orgullo, tiré de la puerta de la sala de cámaras y eché a caminar por el pasillo. Mientras en las televisiones de las pocas personas que siguieran viendo *Cliché* en ese momento salían los cuatro posibles retos a los que someteríamos a María y Pujol en aras del morbo y la buena audiencia, yo agarré mi bolso de la sala de personal, saqué mi paquete de Chester y un mechero y deambulé por el estudio hasta la calle.

Enero tocaba a su fin, y esa mañana Madrid había amanecido a seis grados. Un lujo, teniendo en cuenta que habíamos dado la bienvenida al año bajo cero. El estudio estaba situado a las afueras, donde todo era zona industrial y carreteras que iban, como reza el dicho, de Madrid al cielo. No éramos tan glamurosos como los estudios de San Sebastián de los Reyes..., pero todo se andaría. Porque el salto iba a llegar, ¿verdad? Dedicar tiempo y esfuerzo a aquella manipulación por la audiencia debía ser recompensado. Algún día, pronto, mi nombre sería más que un borrón insignificante y rápido que surcaba una pantalla oscura cuando ya no había nadie que pudiera leerlo.

O siempre podía volver y suplicarle a mi jefe de la tienda de la calle Princesa otra

oportunidad. Si algo había aprendido en *Cliché*, pensé mientras exhalaba el humo del cigarro y lo veía perderse en la inmensidad de la noche, era a fingir. Podría hasta provocar que me brillaran los ojos mientras doblaba prendas de ropa que mi sueldo jamás me dejaría comprar.

—Esto es una puta mierda enorme, joder...

Sí, en momentos de desesperación era muy malhablada.

Me arrebujé bien en el abrigo y, con la mano derecha temblorosa, di una honda calada. Me quedé mirando el filtro del cigarro, donde se había marcado una leve sombra de carmín. No tenía ni idea de qué demonios se suponía que debía hacer ahora, y la opción de enseñar un pecho en directo empezaba hasta a seducirme. Porque cualquier cosa sería mejor que volver a la sala de cámaras y confesarle a Pedrito que no sabía por dónde tirar.

Consulté el reloj de pulsera. Debían de haber pasado el corte para anuncios largo. Quedarían unos cinco o seis minutos antes de que llegara el remate final. Después de que los protagonistas se hubieran dormido en el directo, necesitaba un final fuerte, algo que levantara la moral a la cadena, a la audiencia, a mi jefa... y, sobre todo, a mí. ¿Cómo iba a enfrentar la jornada siguiente sin material? Los programas de tertulias se retroalimentaban de nuestras sobras, de nuestros vídeos y los mejores momentos de la noche, y yo no era una experta en *shares* de televisión, pero dudaba mucho de que ver a dos personas dormir —y encima Pujol roncaba, joder— les diera para mucho en sus respectivos programas.

Así las cosas, necesitábamos un bombazo para rematar. Algo que nos cambiara el mal sabor de boca. Como, por ejemplo, a María levantándose y metiéndose a hurtadillas en la cama de Pujol, y después... ¡fundido en negro! Eso sería la leche. Y me salvaría el culo.

Pero no lo veía probable.

—¡Ay, mierda!

Me quité de un manotazo la ceniza que me había caído en la mano y apagué los restos del cigarro en la papelera que tenía al lado. Hacía tanto frío que, más que taconear, parecía que estaba probando algún paso cutre de claqué. Me abrí el chaquetón lo justo para mirar el móvil y me saltaron un montón de globos de notificaciones sobre mi fondo de pantalla.

Algunos mensajes eran de mi madre, reconocibles porque dividía una oración simple en un montón de envíos de palabras sueltas. Ella juraba no ver programas como el mío, y todavía no he recuperado la capacidad auditiva completa de la lata que me dio cuando se enteró de que había firmado por un *reality*. Pero, eso sí, luego no le toques a Mercedes Milá.

Doble rasero materno, no puedes luchar contra él. Mi madre juraba que veía el programa solo para apoyarme, pero la *jodía* estaba más puesta en todo lo que pasaba dentro del apartamento de *Cliché* que Pedrito. Y eso que él era el regidor y llevaba las cámaras.

Los otros mensajes eran de Caye, mi mejor amiga y confidente.

Os iré hablando de ella en el transcurso de la historia. De momento solo os diré que es mi máximo apoyo en la vida en general. Podría querer atracar un banco con una careta de Dalí, pintar un cuadro o escribir la secuela del Quijote y Caye lo vería bien. No se ha inventado la cosa que le agrie el carácter.

Salvo mi hermano Jesús. Pero a eso ya llegaremos.

Tenía un par de llamadas perdidas suyas y varios *whatsapps* con mil exclamaciones que decían cosas como: «No entres en Twitter. Ni en Facebook», así que, como suele pasar cuando nos topamos con un accidente de coche en plena autovía, la vista siempre se nos desvía al desastre. De modo que entré en mis redes sociales, y la lluvia de comentarios no se hizo esperar.

—La hostia...

Y sí, no era para menos.

Allí quieta, bajo la mortecina luz de dos farolas, con las piernas temblando, aunque ya no sabía si por el frío que me recorría la espalda o por los nefastos augurios que leía en forma de tuits, me quedé sin aliento lo que pudieron ser unos segundos... o quince días. Qué sé yo. La puerta del estudio me sacó del ensimismamiento cuando se abrió de repente y reveló la diminuta pero coqueta figura de Esther, secretaria personal de Lula y no fumadora, de modo que no estaba allí para pedirme un Chester, eso seguro.

Aquello no podía ser bueno.

—¿Nina? Te esperamos dentro.

Ah, sí. Ese es mi nombre, por cierto. Creo que no nos habíamos presentado todavía. Soy Nina Carvajal. Y estoy bien jodida.

2

CRÓNICA DE UNA MUERTE LLENA DE ANUNCIOS

A la hora de afrontar un problema, existen dos tipos de personas: los que se sobreponen, los que ven las pérdidas como ganancias y se enfrentan a las cosas con positivismo, y luego... Luego estaba yo.

Nina Carvajal, con la cabeza gacha, los morros apretados y andar mohíno y desgano, arrastrando los pies —y aquellos condenados zapatos— de vuelta a la sala de cámaras, con el mismo ánimo que un condenado subiría las escaleras al patíbulo, alargando el momento de forma miserable, rogando por unas últimas palabras a las que agarrarme como si de un clavo ardiendo se tratara. Lo que fuera por retrasar lo inevitable, pues sabía bien que, una vez la soga me apretara el cuello, solo quedaría agonía, asfixia y sufrimiento antes de una muerte lenta y vergonzosa.

Profesionalmente hablando, claro, aunque a mí en ese momento no me lo parecía.

Seguí a Esther, que se bamboleaba de forma elegante sobre sus tacones, y ella me dedicó un gesto aciago al abrir la puerta que daba a la oscura habitación donde Pedrito era rey. Le miré de reojo, y me percaté enseguida de que ya no llevaba puestos los auriculares. De hecho, toda la habitación desprendía un tufillo a chorizo de Cantimpalo más que sospechoso, y el crujir del papel Albal me confirmó lo que sospechaba: Pedrito estaba dándole a la cena, lo que significaba...

—Por mi reloj faltan siete minutos para que termine la emisión en directo. —La voz no era mía. Esther ahogó un sonido. Pedrito masticó y tragó—. ¿Qué pasa?

—Nos han cortado por anuncios, Nina.

—¿Perdón?

—Los índices habían caído... He metido el tema de las votaciones, pero, aun así, la cosa no remontaba. La cadena ha tomado cartas en el asunto y ha enchufado publicidad de otros programas y series.

Me quedé atónita mirando las pantallas. Algunas lucían un fundido en negro que decía mucho sobre lo que me deparaba a mí en el futuro, otras mostraban escenas de próximos estrenos, entremezclados con comerciales de los productos más diversos.

Nos habían cortado el programa ecuatoriano de *Cliché* para anunciar lo último en seguridad para alarmas del hogar.

Mierda.

—Pero esto... esto es..., esto no.... ¿Pueden hacerlo?

Esther sacó el móvil de su ridículo bolsito y toqueteó la pantalla. Me enseñó un par de textos, aunque, si debo ser sincera, no estuve segura de haberlos leído bien. Las letras se me movían, o quizá era el suelo mismo, abriéndose bajo mis pies. En aquellas frases, en apariencia inconexas, los de arriba se ponían en contacto con mi jefa, Lula, para solicitar un corte en la emisión. El programa había dado todo de sí por esa noche, le decían, y aunque dejaban que la decisión la tomara ella, estaba claro que el sueño profundo de María y Pujol no iba a seguir emitiéndose en *prime time*.

—Lula no está muy satisfecha esta noche —me dijo Esther, como el buen perrillo faldero que era. Una administrativa venida a menos que creía que a base de lamer el culo adecuado ascendería. Bueno, mi carencia de autoestima podía haberle facilitado el ascenso—. Ha tenido que aceptar que nos sacaran de la parrilla nocturna antes de tiempo.

—¿Qué dices? ¿Sacarnos de la parrilla? —Giré la cabeza a la velocidad de la niña de *El exorcista*, pero Pedrito se limitó a removerse en la silla y a seguir mordisqueando el apestoso bocadillo—. ¿Esto no ha sido un ajuste ocasional? ¿Algo pasajero? ¿De esta noche?

Esther se mordió el borde de una uña. Los ojos almendrados parpadearon con suavidad. La muy perra... Yo no podía demostrarlo, pero estaba segura de que esa trepa estaba disfrutando.

—Lula te espera en su despacho, Nina —informó, solemne y haciéndose a un lado, como si yo no pudiera encontrar la puerta por mis propios medios.

—¿Y entonces por qué no me has llevado directamente allí?

—Para ver si te sosegabas un poco, chica. Pero ya veo que ha sido peor el remedio que la enfermedad.

—Pues eso parece. —Pisé firme. Joder, los putos zapatos me estaban matando—. Recemos por que Lula no piense que me he tomado mi tiempo para ir a verla *motu proprio*.

—Ay, Nina... No te preocupes, ¿vale? Asumiré esa culpa si te ayuda a sentirte mejor. Total, tú ya tienes bastante con lo tuyo.

Y empezó a caminar, haciendo ondear su faldita de volantes, que seguramente se habría comprado en Desigual niños, y echándome la delantera por el pasillo. Esther, con su ridículo tamaño y su capacidad para cagarse en tu madre sin que el tono de voz dulce le cambiara... Me sacaba de quicio, aunque esa vez la razón estuviera de su parte.

Mientras me arrastraba patéticamente rumbo al despacho de Lula, mi mente se retrotrajo al momento en que estuvo entre mis manos la selección de *casting*. Qué segura de mí misma había estado entonces, tomándome una copa de vino y eliminando las opciones más «obvias», buscando dar un campanazo que ríete tú del vestido de Cristina Pedroche...

Desde luego, lo había conseguido. Twitter era un hervidero cruel sobre mi deshonor. Dios..., ¿publicarían *memes* de ello? Tendría que mudarme de ciudad. Y de país. Qué coño, debería coger una nave espacial y huir del jodido mundo.

—Piensa que al menos lo intentaste. —La vocecilla de Esther me devolvió al plano actual. Su mano diminuta sujetaba ya el pomo de la puerta del despacho de Lula—. Ha salido mal, pero quien no arriesga...

—¿Me estás despidiendo, Esther? Porque es lo que se intuye, y no creo que eso entre dentro de tus competencias.

Vale. A lo mejor ahora la zorra era yo, aquella no era noche para condescendencias.

—Ay, Nina... Déjalo, de verdad. Todos estamos cansados. Y este ha sido un fracaso que nos pasará factura como grupo. No es personal.

—Ya... Seguro que lo sientes mucho.

Antes de que la buena disposición de Esther me siguiera en mi caída hacia los infiernos, crucé el umbral a toda la velocidad que me daban mis pies llenos de llagas y le cerré la puerta en las narices. Trastabillé un poco y, después, recobré un poco de dignidad. Habría dado un brazo por poder fumar un Chester, pero dentro de la oficina era un imposible. Me aparté el pelo de la cara y levanté la vista con temor de encontrarme a mi jefa reconvertida en un temible dragón, como la bruja malvada al final de la peli de *Merlín el encantador*; sin embargo, Lula lucía serena, inmóvil y concentrada en escribir anotaciones en su iPad mientras el televisor de su oficina reproducía la programación actual.

Si se dio cuenta de que yo había llegado, no lo demostró.

Durante un segundo me planteé escabullirme como un gusano y esconderme bajo cualquier superficie lo bastante grande para albergar mi vergüenza..., pero la huida rara vez llegaba a alguna parte, de modo que di un paso al frente —y maldije. Jodidos zapatos... De verdad, no os hacéis una idea de lo mucho que los odiaba en ese momento— y carraspeé. Entonces, por fin, la atención de Lula recayó sobre mí.

No sé decir si fue un alivio.

—Nos han cortado la emisión seis minutos y cuarenta y tres segundos antes de que terminara el directo —dijo Lula, aséptica.

—Lo sé.

—Los directivos se han puesto en contacto conmigo. Es lo que se llama «que te den un toque de arriba», por si alguna vez te habías preguntado lo que significaba esa expresión.

—Lula, yo...

Me calló levantando la mano. Dejó la tableta y el mando a distancia sobre la mesa después de pulsar la tecla de *mute* y se cruzó de brazos. Todavía no se había girado. Quizá no era capaz de mirarme a la cara.

—Es la primera vez que pasa algo así, Nina. En cuatro temporadas de *Cliché*, jamás se nos ha pedido «amablemente» que nos retiremos de la emisión en medio de un programa en directo.

—Yo... me hago cargo, Lula, y creo que...

Levantó la mano. Otra vez.

—Lo que tú creas no nos sirve de nada en este momento, Nina. Es más..., lo que tú creíste es lo que nos ha metido en esta situación. —Por fin, Lula Rodríguez, la mujer que me había dado una oportunidad, la que había mirado los perfiles de María y Pujol y dado su visto bueno, se dignó a poner los ojos sobre mí. Estaba mucho más seria que en aquella otra reunión—. Qué cagada, Nina... Joder, ¡qué cagada!

—Solo ha sido un revés, Lula. Un mal programa. Replantearemos el formato del apartamento, pondremos a los participantes en situaciones que no van a poder resistir. Lo levantaremos. —Y, con suerte, a Pujol también, ejem—. Confía en mí.

Negó con la cabeza. Fue imperceptible, pero lo noté. Se me cayó el alma a los pies.

—En el pasado, han retrasado otras emisiones para no cortar *Cliché*. Han postergado las noticias de la noche, han cancelado tandas de anuncios ya pagados por el patrocinador de la cadena porque era más rentable seguir con nosotros que hablar de bebidas azucaradas, próximos partidos de fútbol o móviles de última gama. *Cliché* siempre ha sido prioritario en su franja, porque daba al espectador justo lo que buscaba. Algo que no quería perderse ni en el segundo de parpadear, ¿entiendes eso?

Asentí despacito, como la niña a la que cazan con la cuchara dentro del tarro de la Nocilla y sabe que, por más excusas que invente, tiene la boca llena de chocolate.

—¿Hay algo que podamos hacer? —Sacudí la cabeza y replanteé la pregunta enseguida—: Lula, ¿hay algo que *yo* pueda hacer?

—¿Has leído Twitter? ¿Instagram? Los pantallazos están por todos lados. —Cogió el iPad y empezó a surcarlo con la yema de su índice—. Están siendo rápidos... y muy ingeniosos. Eso nunca es bueno. Ya han salido los primeros

montajes, ¿sabes? Encima de las cuatro opciones que dan para María y Pujol de la próxima semana, han serigrafado otra donde ponen lindezas como «acabar con este miermo» o «enchufar reguetón a ver si espabilan».

Miré de reojo la pantalla de su iPad, y reconocí algunos de los pantallazos que ya me había enseñado Caye.

—Cualquier publicidad es buena, ¿no? Podemos usarlo a nuestro favor, como siempre.

—Estás dando palos de ciego, Nina, ¿es que no lo ves?

Sí, claro que lo veía.

—Lula, tenemos entre manos un *reality show*; estas cosas..., las críticas..., siempre han estado presentes. A veces por contenido inapropiado, otras por los horarios o los temas que trata. Nunca ha sido para tanto, ¿no?

—Nina, *Cliché* es pura controversia. Es conflicto. Es pasión. Es dar que hablar, pero no por falta de contenido. Y, desde luego, no por falta de interés. —Mi jefa, que ya de por sí era una mujer alta, pareció multiplicarse cuando levantó los brazos al cielo para recogerse el pelo en una coleta. Siempre me había dado la impresión de que Lula Rodríguez podría protagonizar un programa de gladiadoras. Esa noche, casi la imaginé sosteniendo una cachiporra entre las manos y golpeándome con ella —. Los otros programas se nutren de lo que nosotros ofrecemos: creamos tendencia, levantamos ampollas. Y cuando la población se queja y se llena de prejuicios y nos critica por lo que ofrecemos, sabemos que nos ve sin perderse nada. ¿Crees que lo que dicen de nosotros ahora va a conseguir que se nos colapsen los teléfonos de votaciones para elegir el tema de la semana?

—Me quedaré la noche entera despierta. El fin de semana entero. El lunes a primera hora te pondré delante cuatro nuevas opciones para votar y una variación de escenario en el apartamento, Lula, te lo prometo. —Joder, le habría prometido a mi primer hijo de haber sido necesario—. Pujol y María van a funcionar. Tienen que funcionar. Los algoritmos...

—No lo entiendes, Nina. *Cliché* no funciona con números y matemáticas, por más que usemos tests y realicemos pruebas a los concursantes. Este programa habla de vísceras, de química, de miseria humana, y esos dos ya han dado de sí todo lo que podían. Y quizá tú también en este departamento.

Vaya... y yo que creía que mi fracaso no podía caer más bajo...

—¿Qué? Lula, ¿me estás...?

—Necesitamos un revulsivo, Nina. Un completo cambio de tercio.

—Puedo darte ideas. Miles de ideas, ¡millones!

—Me ofreciste algo revolucionario... y me han cortado la emisión casi siete

minutos antes en hora de máxima audiencia. —Esbozó una sonrisa de esas que dicen «me cago en tu puta madre», pero en silencio—. Perdona si no tengo la noche para oír más novedades de iluminada.

Me cabreé. Joder que si me cabreé. Vale, puede que no hubiera ido bien, ¡pero solo llevábamos con aquello tres programas! ¿De verdad no contábamos con margen? ¿Nada?

—Nos quedan dos emisiones. Nadie espera que los picos de acción estén al cien por cien todos los programas; muchos *realities* ofrecen un porcentaje de relleno que...

—*Cliché* no, Nina. *Cliché* es diferente. Es otra cosa. Está preparado y organizado específicamente para que con una duración de cinco semanas dé a la audiencia lo que busca, ¿lo entiendes? ¡No es tan difícil, coño! Has estado aquí el tiempo suficiente para saber cómo va. ¿Te parece que tu edición cumple las expectativas?

Pues, por lo visto, no, no había margen.

—¿Y eso es todo? ¿Vas a... cancelar la edición?

Lula se pasó la mano por la cara. Me miró.

—No lo sé, Nina. Tengo mucho que pensar y que replantear. Vamos a desconectar el fin de semana... El lunes haremos una tormenta de ideas... y tomaremos decisiones.

—Lo has dicho en plural. Has dicho «tomaremos decisiones». Eso me incluye. Me estás incluyendo, Lula, ¿vas a contar conmigo?

—Ya veremos lo que ocurre, Nina. Hablaremos el lunes.

Fui consciente de empezar a balbucir algo. No sé si envalentonada con ese «haremos una tormenta de ideas», que sonaba como un plural muy prometedor, o quizá porque, no teniéndolas todas conmigo, me negaba a soltar el cabo cuando todavía sentía el barco lejos y el agua helada me empapaba el culo. Mi jefa repitió su gesto de la mano y supe que no iba a poder arañar nada más, ni de su tiempo ni de su paciencia, así que decidí despedirme, asegurándole otra vez que no pegaría ojo hasta dar con la solución, y después me marché.

Nada más salir del despacho, Esther, que había tenido la oreja pegada a la puerta —otra vez, no tengo pruebas, pero confiad en mí—, me salió al paso con una de sus sonrisitas taimadas. Levantó su mano y tanteó mi brazo. Me aparté como un gato escaldado. Creo que hasta bufé.

—Hay que ver la que has liado, Nina... A ver si entre todos podemos arreglarlo, ¿vale? Despeja la cabeza. Y que tengas buen fin de semana.

—Sí, sí...

La mandé a paseo, lo que disimulé con un andar rápido y un gesto de la cabeza.

Trepa. Trepa. Más que trepa.

Mantuve el paso y resistí la tentación de girar la cabeza para confirmar mis sospechas; estaba convencida de que Esther iba a aprovechar la tesitura para ofrecerle a Lula sus interesados hombros para llorar. En ella, el uso de aquel plural no me había tranquilizado nada, y el levísimo atisbo de apetito que había sentido al oler el chorizo del bocadillo de Pedrito se me había esfumado como por ensalmo y había dejado en su lugar un vacío incómodo en forma de náusea que me subía y bajaba por la garganta.

Con la cabeza gacha y el pelo cubriéndome parcialmente la visión, emprendí mi propio paseo de la vergüenza, pisando los fríos suelos de los estudios mientras dejaba tras de mí huellas de desesperanza.

Aquella, como entonara Raphael, tenía que ser mi gran noche, y en lugar de eso, había terminado abruptamente, con cortes publicitarios y rapapolvo de mi jefa incluidos. Ni un voto de confianza, ni una palmadita en la espalda. Ni siquiera el manido «lo importante es participar». Mi trama shakesperiana se había saldado con un «ya veremos», que es lo mismo que dice una madre en público cuando no quiere pronunciar la palabra «no».

Sin ganas de encontrarme con nadie que pudiera leer la angustia en mi cara, entré a toda prisa en las oficinas del personal y recogí mis cosas. Me descalcé y me puse mis calcetines de Harry Potter y las Converse que guardaba para emergencias, y antes de salir del edificio rumbo al aparcamiento ya tenía un Chester entre los labios. Fumé con fruición mientras metía en el contacto la llave de mi Opel Corsa y después lancé el bolso y los malditos tacones al asiento del copiloto y salí marcha atrás, para dejar a mi espalda los estudios, a Lula, la sala de cámaras en fundido en negro, a Esther, *Cliché* y todas mis esperanzas de ascenso.

Una noche de viernes cojonuda.

Bajé la ventanilla hasta la mitad, esperando que el aire gélido me refrescara las ideas. Con las ondas que tanto esfuerzo me había costado hacerme esa mañana convertidas en una maraña de pelo que revoloteaba a mi alrededor, surqué la carretera oscura, que convertía en borrones los edificios de Airbus y la mole de Barajas. Encaré la M-30, que iba con poco tráfico, y conduje durante lo que me parecieron horas, ansiosa como estaba por llegar a mi pequeño apartamento en el barrio de Chamberí.

Caye trabajaba esa noche, de modo que tendría un rato para estar sola, lamerme las heridas y revolcarme en la autocompasión todo lo que quisiera, encerrada en mi habitación, tomándome algún *snack* que no fuera nada saludable y, quizá, viendo en bucle algunas escenas de *Thor* o algo por el estilo. *Cliché*... Me iba como anillo al

dedo, ¿verdad?

—Pues no podría haber metido la pata más... Qué puto desastre. Qué puta vida. Qué puto todo, joder.

Aparqué en batería en el primer espacio para residentes que encontré y reuní mis pertenencias con desgana. Eché a caminar, mirando de soslayo los coloridos escaparates de restaurantes de comida rápida, sopesando la tentación de darme un atracón con el hecho de sufrir la inevitable cola. No estaba yo para mucha interacción humana, así que seguí y recé para que en la nevera del piso quedara algo, lo que fuera, que se pudiera recalentar.

Crucé la calle y apreté el paso, arrebuñada dentro del abrigo; doblé la esquina ya con las llaves en la mano y, antes de entrar en el portal, saqué un euro de la cartera y se lo di al mendigo que solía andar por nuestro barrio. Lo echó en el vaso de Sprite que tenía al lado y me ofreció una sonrisa desdentada sorprendentemente regular. Bajo su gorro de lana se adivinaba una mata de pelo blancuzco que, en su día, debió de ser bastante llamativa. Me paré un segundo para recolocarme los tacones bajo el brazo y él me echó una mirada interesada, pero de esas de buen rollo.

—Qué mala cara me traes, niña.

—Uno de esos malos días en el trabajo.

Él se encogió de hombros, huesudos bajo su enorme abrigo desgastado. Agitó el vaso de Sprite.

—Qué me vas a contar...

—¿No es un poco tarde para que sigas por aquí, Basilio? ¿A qué hora cierran el albergue?

—Bah. No te preocupes por eso, niña. Me han dado llave.

Se echó a reír, con una de esas carcajadas ronquísimas que hablaban de años de abuso del tabaco. Casi sentí la tentación de lanzar los Chester por una alcantarilla. Casi.

—Bueno... Yo me voy a casa.

—Haces bien, niña. La calle no es un sitio seguro. A ti se te comerían viva.

A mi pesar, sonreí.

—Con la suerte que luzco últimamente, Basilio, después me escupirían.

Me revolví el bolsillo y, al final, le di un cigarro. Los ojillos se le iluminaron como a un niño en víspera de Reyes. Todos cargamos con nuestros vicios; igual fomentar aquel no me acercaba al Paraíso una vez muerta, pero tampoco tenía la noche con los estándares morales muy altos.

Me despedí con un gesto y entré en casa. Subí los tres tramos de escaleras a pie, rezongando por todas y cada una de las heridas que los malditos tacones me habían

marcado en los pies, maldiciendo al casero, que no arreglaba el ascensor, lamentando mi vida, mi obra y hasta mi carta astral, hasta que, por fin, llegué al sofá, donde me tiré cual fardo, rodando sobre mí misma como la primera croqueta que cae al plato al salir de la sartén. Rebozada en desaprobación por mí misma.

Qué pena de todo.

Por una milésima de segundo, algo en mi cerebro conectó como debía y me impelió a levantarme, desmaquillarme, ponerme el pijama y cenar algo. Comería unos fideos japoneses calentados al microondas y, después, mi Acer del Pleistoceno y yo prepararíamos un *brainstorming* para *Cliché* que haría que Lula borrara de su frente todas sus preocupaciones. María y Pujol serían la pareja del año. Se crearían *hashtags* para ellos. Serían «Mayob», o «Puria». Y yo... yo me convertiría en una periodista seria. Y comería donuts rellenos sin engordar. Y aquellos pantalones de la talla treinta y ocho volverían a cerrarme. Y... Y, por supuesto, me dormí en el sofá un rato después, con el abrigo puesto, las Converse atadas, los tacones bajo el brazo, el aliento volviéndose rancio por minutos y el maquillaje corrido por la cara.

Nina Carvajal, señores. En todo mi jodido esplendor.

3

ORGULLO, PREJUICIO Y CALAMARES

Sábado. Hora indeterminada.

Me despertaron las patas de mi gato, Loki, golpeteándome en la cara. Gruñí y me revolví. Entonces decidió pasar a una ofensiva y me mordió la punta de la nariz.

—¡Ay! Hijo de... Odín.

Me incorporé, ofendida, y le miré todo lo mal que se puede mirar a un gato cuando me aparté el pelo de la cara. Él, como todos los felinos, se sabía superior a mí, por lo que se limitó a maullarme con descaro, darse media vuelta con la cola bien en alto y echar a andar a la cocina. A buen entendedor...

Por suerte para Loki y su brillante pelaje negro azabache, mis fosas nasales detectaron el inconfundible aroma del café en segundos, así que me incliné por satisfacer las necesidades de desayuno de ambos. Me levanté despacio, calibrando los dolores musculares que una noche en el sofá me habían provocado, y fui arrastrándome cual octogenaria por el pasillo. Me dolían hasta las pestañas —las que no me había desmaquillado la noche anterior—, y tenía la cabeza embotada por haberme dormido sin cenar y el estómago muy revuelto.

A mi mente, por supuesto, volvieron todos los momentos vergonzosos vividos en la cadena la noche anterior. El corte en horario de máxima audiencia; el fiasco con la *influencer* y el *youtuber*; mi jefa y sus «no lo sé», que yo estaba segura de que escondían una amenaza de despido a la que me tendría que enfrentar el lunes; Esther, la ayudante tamaño bolsillo que yo consideraba poco menos que una nazi... Todo se me mezcló, como uno de esos montajes que hacen las series de televisión al principio de la temporada para que recuerdes cómo y dónde se había quedado la cosa.

—Joder, qué cara. Si no te hubiera visto dormida en el sofá creería que vienes de *after*.

Sobre la barra americana de madera que separaba la cocina del salón reposaba el enorme bolso Nikon para las cámaras y demás artefactos de Caye, que era fotógrafa *freelance*. Ella, mucho más despejada y descansada que yo, estaba apoyada en la encimera, sosteniendo su taza de Jon Snow entre las manos y balanceando su coleta alta de un lado a otro, como el rabo de una vaca en plena romería (lo siento, tía,

pero es así).

Emití un gruñido que podía significar cualquier cosa, cogí una taza del armario y me serví café, casi sintiendo un orgasmo cuando el calor del mágico líquido llegó a mis manos. Loki siguió maullando, pero le moví suave y discretamente con mi pie para que esperara un segundo.

—¿A qué hora llegaste ayer? —pude preguntar a Caye al tercer sorbo, cuando mis funciones motoras volvieron a ponerse en marcha.

—Como a las dos y media. La sesión se alargó un poco, pero me pagarán el extra. Y me dejarán algunos negativos para la web. Se han portado bien.

Asentí, contenta por ella y por tener asegurada su parte del alquiler ese mes. De la mía, mejor ni hablar.

Caye, que en ese momento vestía un conjunto de yoga precioso —no os llaméis a engaño: es una vaga de campeonato, pero le encanta comprar—, es una sevillana de pura cepa, como yo. Nos conocíamos desde primaria, y nos hicimos lo que hoy en día se conoce como *besties*. Aunque estudiamos distintas ramas del mundo audiovisual, las dos compartimos años en las aulas de la Complutense y decidimos por acuerdo tácito que la ciudad de Madrid iba a ser nuestro centro de operaciones. En el mundo ideal que habíamos fraguado, yo estaría sentada al lado de Matías Prats y años después me casaría con un príncipe heredero de algo..., como toda buena periodista que se precie, pero, con el pasar de los años, los objetivos fueron cambiando.

Yo quería ser redactora de un periódico, gritar eso de «¡Paren las rotativas!», y, aunque no tuviera mucho sentido, crear guiones para series o programas de televisión respetables... Y había terminado con un pie fuera del *reality* más controvertido del momento.

Pero volvamos a Caye por ahora.

Además de sesiones BBC —Bodas, Bautizos y Comuniones—, hacía fotografías que subía luego a su web y vendía como imágenes genéricas que su comprador podía utilizar después. Había fotografiado cosas al azar que habían terminado siendo rótulos de autobús, portadas de libros o imágenes promocionales de algún CD. Siempre andaba con la cámara colgada del cuello, captando momentos que, con algún retoque y buena mano, terminarían generándole buenos beneficios. Era su propia jefa y tenía sus horarios completamente despejados para poder aceptar o rechazar las sesiones que quisiera, y eso le dejaba mucho tiempo libre que, por supuesto, no empleaba en recoger la ropa del tendedero ni en practicar ejercicio: Netflix ocupaba todo ese tiempo. En su defensa, Cayetana Hernández era una sevillana de pura cepa, sí, aunque a ella le gustaba ir de exótica, y siempre se definía

como heterogénea, con lo mejor de dos mundos, como la canción de Hannah Montana: sus padres eran sevillanos, pero las raíces de su madre venían de Oriente, con todos sus rasgos delicados: cabello liso, cutis de porcelana, cuerpo adorablemente menudo... Nunca había necesitado cuidarse lo más mínimo.

—¿Nina? —Chasqueó los dedos enfrente mismo de mi cara. Di un respingo—. Te has quedado en la parra, tía. ¿Quieres hablar de ello?

Ah, sí. Mi desastre de la noche anterior en el trabajo, claro.

—Pues la verdad es que no. Quiero terminarme el café, arrastrarme al dormitorio y amotinarme bajo el nórdico hasta que Lula me despida el lunes. —Dejé la taza en el fregadero. Había galletas en el armario, pero pasé. Pronto no me quedaría dinero para ropa nueva, así que más valía que me siguiera sirviendo la que tenía—. Tras eso, volveré a meterme bajo las mantas y..., no sé, esperaré la muerte o algo así.

—¡Venga! Seguro que no es para tanto.

La miré mal. No a título personal; ¿cómo no iba a ser para tanto?

—¿Has mirado Twitter últimamente? Joder, nos están poniendo a caldo hasta en Instagram, que es la red social que solo se usa para el postureo.

—Te dije anoche, superespecíficamente, que no miraras nada. ¿Para qué te aviso yo de las cosas si no aceptas mis consejos?

—Caye, tía, «no mires esto» ha sido, de toda la vida, una invitación a justo lo contrario.

Me contorsioné en el pequeño espacio que quedaba entre la nevera y la barra de enfrente para quitarme las Converse, con las que, sorpresa, había dormido. Añadamos dolor de pies y poca oxigenación a la lista de dramitas mañaneros. Encima, uno de los calcetines había cedido a la presión. Hola, dedo gordo.

—Pues yo creo que toda la prensa es buena. Piénsalo. La gente estará loca de ganas de ver el próximo capítulo de *Cliché* para comprobar si la cosa sigue siendo un muermazo o... —Se mordió el labio, y después me sonrió. Era más rica... Y un zorrón a veces—. Lo siento, ya sabes lo que quería decir.

—Ese fue uno de los argumentos que le di a Lula, aunque con menos mala baba, perra. —Le dediqué una peineta elegante—. Pero no creo que cuele. Joder, no va a colar ni de coña.

Cogí la caja de comida para gatos y vertí una cantidad en el cuenco de Loki, que corrió como un loco y empezó a zampar. Le puse agua y acaricié un poco la zona de sus orejas, hasta que levantó la pata y me golpeó con ella como aviso. Cuando comía se ponía insoportable, y el resto del tiempo, pues también.

Recogí los zapatos y salí de la cocina, desesperada por quitarme los vaqueros y lavarme los restos de maquillaje y las pocas altas expectativas que me quedaran de la

cara. Caye me siguió, porque, por lo visto, aún tenía cosas que decir.

—¿Cuándo sabrás algo?

—El lunes. Se supone que Lula va a dedicar el fin de semana a pensar, replantear y redactar mi finiquito, supongo. Cuenta con su perra fiel para ayudarla si se salta alguna coma.

Tiré de la puerta de mi dormitorio y lancé las deportivas por ahí. Los tacones debían de haberse quedado en el salón cuando había caído roque, pero con la novecita que me habían dado, no contaba con entusiasmo alguno por ir a por ellos. Mi cama estaba hecha, el armario medio abierto y mi escritorio lleno de notas manuscritas, cuadernos amontonados y un corcho de pared atestado de frases positivas y demás mierda Mr. Wonderful.

Me dieron ganas de arramblar con todo dramáticamente y lanzarlo al suelo entre gritos de «¿Por qué, Dios, ¿por qué?!». Pero luego iba a verme en la obligación de recogerlo, así que... Pasé de escenas.

—No sabes si va a despedirte, Nina. La cosa puede que esté fea, pero siempre lo está. En todas las ediciones de todos los *realities*, y he visto muchos, hay alguna movida que lleva a pensar a la audiencia que se van a cargar el programa, y, al final, no. ¿Te acuerdas de Courtney en *Dama de honor por sorpresa*? Si follarse al novio no condujo a que cancelaran la emisión, nada lo hará.

—Este tipo de historias suben la audiencia como la espuma. María la *influencer* y Pujol el *youtuber* se durmieron en el programa Ecuador cuando el apartamento estaba diseñado y preparado para que protagonizaran una noche tórrida. —Seguía sin entender qué podía haber fallado... ¡Yo lo había tenido todo en cuenta, todo! —Se supone que *Cliché* es un *show* prefabricado donde damos a los espectadores todo el morbo que quieren ver.

—Eso dice vuestro eslogan. —Caye sonrió. Estaba apoyada en el quicio de mi puerta y no parecía que fuera a poder echarla ni con matamoscas—. Pero no significa que las cosas no puedan... sufrir pequeñas modificaciones, ¿no?

—Lula no deja lugar al margen.

—Le gustaron tus elecciones, Nina. Me acuerdo de lo mucho que te esforzaste para encontrar a dos personas que dieran a la edición algo... diferente.

—Y tanto que es diferente. —Me arranqué los vaqueros. Ahora, además del ombligo, lucía otro agujero en el abdomen, provocado por el botón que no me había desabrochado en toda la noche. Perfecto—. Tan diferente que cortaron los seis últimos minutos de emisión para meter promociones de otros programas porque los índices de *share* estaban suicidándose.

Caye se quedó en silencio. La carita de medalla de primera comunión que solía

mostrar le cambió un poco, así que adiviné que no contaba con ese último dato.

—No puedes castigarte durante dos días, Nina.

—Puedes aprovechar y hacerme un par de fotos para venderlas luego a compañías de pompas fúnebres.

—¡Nina, no seas agorera! Y que sepas que no pienso permitir que te pases todo el fin de semana metida en la cama lamentándote.

Saqué del cajón unos pantalones de algodón y cogí una camiseta que colgaba del perchero junto a la puerta de mi baño. La mirada de Caye era tan determinada como la de Mulán cuando le dijeron que era demasiado canija para entrar a formar parte del ejército del tío con el que luego se casó. Perdón por el *spoiler*.

—Seguro que encuentro alguna peli de Noah Centineo que me ayude a pasar el trago.

—De eso nada. —Con una fuerza que me habría impresionado si no la conociera de toda la vida, Caye me arrebató mi ropa de la autocompasión y señaló con firmeza hacia el baño—. Dúchate y quítate todo ese maquillaje de la cara. Te espero en la puerta en quince minutos.

—¿Me esperas? ¿Para qué?

—Vamos a tomarnos algo por Atocha. Iremos andando.

Bueno..., la demencia había llegado. Era solo cuestión de tiempo. Fruncí el ceño a tope de capacidad.

—Tú crees que ir del sofá a la entrada a recoger la pizza es demasiado esfuerzo, qué coño vas a ir a pie desde aquí hasta Atocha.

—Perdona, pero soy flexible y resistente. Como un junco. Está en mis ancestros.

—Tus ancestros son de Nervión, no vayas de exótica ahora. Y deja de interferir en mi momento de revolcarme en mi mierda, ¿vale?

Pero, ay, Cayetana, mi Cayetana del alma..., es como un perro enano de esos chungos que le ladra a su propia imagen en el espejo. Ella no se rinde. Ruidosa y molesta como una mala caries, no iba a dejarme poner música ñoña y pelis más ñoñas aún mientras me replanteaba mi futuro profesional. Era una batalla perdida. Como la de pretender entrar en el Primark de cinco plantas solo para mirar.

—Vamos a ir a Atocha dando un paseo, comemos, nos despejamos, hablamos un rato y luego, si quieres, volvemos en metro.

—¿Quién te ha nombrado capitana del equipo de animadoras?

—Te quedan doce minutos.

Me dio una palmada en el culo y, por fin, se apartó de mi puerta, meneando aquella coleta larga y lisa. Cerré de un portazo y me crucé de brazos, pero al final cedí, porque, primero, no estaba dispuesta a oírla durante toda la mañana dándome

la lata con el tema, y, segundo, porque si pasaba más tiempo dándole vueltas a aquello, me iba a volver loca.

Busqué ropa interior limpia en el aparador y me metí en el baño. El espejo del lavabo me devolvió una imagen de mí que, francamente, no me representaba demasiado en ese momento. Creo que todavía no os he dicho cómo soy, supongo que porque nunca me he visto nada de particular que merezca la pena describir, pero voy a intentarlo: pelo cobrizo y rizado que baja de los hombros; ojos de un verde oscuro que, según mi ánimo, se convierten en marrones; cuerpo de curvas más o menos bien situadas, dependiendo del éxito que tenga en mi intento por no comer cosas que traigan a domicilio; piel blanca, pecas en casi cualquier parte, labios gruesos y, en ese momento, pegotes de rímel y lápiz oscuro corridos por todas partes. Ojeras. Cansancio. Ganas de morirme muy fuertecito.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua estaba fría de la hostia, pero me mantuve estoica bajo el chorro hasta que el pelo se me empapó entero. Bien de jabón, mi guante de crin y otra vez enjuagar. Cuando salí, tiritando y buscándole a mi toalla metros para taparme la carne de gallina, me sentía un poco menos patética.

Después de secarme, saqué un chándal oscuro, de esos que lucían en la pernera, en tono rojo sangre, el lema «Just Do It», y la primera camiseta que me pareció que podía irle bien. Retiré los restos de humedad del pelo con la toalla y, como no iba a tener tiempo de darles a mis rizos un tratamiento más cuidado, me hice un moño alto. Ya veríamos los desperfectos más tarde.

Me até las deportivas, cogí un jersey y me lo encasqueté en la cintura. Joder, ¿en serio no podía quedarme en la cama y lamerme las heridas? Al menos después de la ducha estarían ricas.

Veinte minutos después, Caye y yo bajábamos por Génova. Mi amiga me contó con detalle su sesión de la noche anterior, me figuro que para rellenar los silencios que yo, más interesada en intentar respirar y no resollar como una cerda, iba dejando entre paso y paso. Quien afirme eso de que las mujeres podemos hacer varias cosas a la vez, no me conoce a mí. Si intento hablar y coger algo, se me cae de las manos. Mi hermano Jesús siempre dice que nací defectuosa.

—¿Qué pasa? Estás poniendo caras.

—Me estará dando un ictus por el esfuerzo. —Caye movió la cabeza en mi dirección tan deprisa que me dio una hostia con su coleta—. ¡Ay, coño! Voy a ponerte una señal luminosa en el culo, maja.

—Estás haciendo gestos raros, Nina. Como de sonrisa y caída de ojos. ¿Estás ligando? —Miró alrededor, con sus ojos en modo radar—. ¿Has visto a algún

famoso?

—Sí, para fama estoy yo ahora... No te extrañe que venga la muchedumbre a casa en estos días, armados con horcas y antorchas exigiendo mi abandono inmediato del mundo de los vivos. —Apretamos en un paso de cebra justo antes de que se pusiera en rojo—. Soy pelirroja, zurda y he jodido uno de los *realities* favoritos de la audiencia. Soy carne de linchamiento popular.

—Lo que eres es tonta, pero ya se te irá pasando.

—Según Jesús, caducó el tiempo que mis padres tenían para alegar taras y defectos. Ya no se puede cambiar nada.

Esta vez, fue el turno de Caye de poner caras. Aquello era una especie de mohín con gruñido bajo. No sé cómo calificarlo, pero, vamos, estaba presente, como cada vez que el nombre de mi hermano salía a colación. Ya dije que había historia, ¿no? Pues no os queda nada...

—En todo caso, esta es mi cara de ensayo. —Expliqué, por darle palique y olvidar la estupidez suprema que estábamos haciendo con aquella caminata interminable—. La de «Su compra, gracias, vuelva pronto» tendré que ponerla otra vez cuando vaya mendigando trabajo a la calle Princesa.

—¿Por lo menos me aplicarás descuento en bolsos y zapatos?

—Eres una zorra que se aprovecha de la desgracia humana... Pero sí. Al menos, que una de las dos saque algo.

Llegamos a Colón y, de ahí, seguimos en dirección al paseo del Prado. A Caye se le despertó un antojo brutal de bocadillo de calamares, así que terminamos la excursión en El Brillante. Cogimos hueco en la barra y yo me quedé mirando la fachada del Reina Sofía, en esa misma plaza, a través de un ventanal. Hacía tiempo que, metida como estaba en mis intentos de ascender en el mundo del periodismo, no me daba una vuelta por los museos de arte de mi ciudad de adopción. Recordé con nostalgia los dos primeros meses de vivencias en Madrid, donde no había domingo que desperdiciara en la cama. En lugar de eso, callejear, ver centros culturales, visitar Malasaña con sus microteatros..., cualquier cosa me servía. Estaba hambrienta de nuevas experiencias, de ganas de conocer, de ver, de sentir... Ahora solo me quedaban ganas de meterme entre los carrillos aquellos calamares aceitosos y pringados de alioli. Dulce placer culpable que ya lloraría más tarde.

—¿Lo decías en serio? —me preguntó Caye de pronto, como siempre, hilando conversaciones que parecía trabar consigo misma en su cabeza—. Lo de volver a trabajar de dependienta.

—Trabajar, hay que trabajar.

—Es que estás dando por sentado que te van a largar de *Cliché*. —Caye cogió un

puñado de servilletas y se limpió el aceite de los calamares de las comisuras de los labios—. Eres una prejuiciosa, Nina: de una conversación con tu jefa ya has sacado tus propias conclusiones.

—No había mucho que desgranar después de todo lo que me dijo.

—Te dijo que esperaras al lunes.

—Porque no iba a ponerse a tramitarme el despido un viernes por la noche. — Bebí un trago de la Coca-Cola que nos habíamos pedido y moví la cabeza—. No lo entiendes, no estabas allí.

—Pero te conozco, y sé que te lo tomas todo, para bien o para mal, súper a la tremenda.

No era mentira, pero no estaba mi horno para reconocer mierdas, la verdad.

—Si tan bien me conoces, sabrás que también soy muy orgullosa. Si me dejan en plantilla, pero me entierran bajo un montón de... de cafés y recados ridículos que tienen todavía menos que ver con el periodismo que todo esto, paso. Yo decido dónde, por qué y por cuánto me bajo las bragas, y si tengo que hacerlo, será en otra de esas tiendas cuyas prendas nunca me podré comprar, no comprometiéndome la poca seguridad en mí misma como periodista que me queda.

—Vale, Julia Roberts.

Mientras Cayetana empezaba un discurso sobre objetivos, zonas de confort y demás historias que seguramente le habría contado alguno de sus amigos modernillos, yo me fui girando poquito a poco en mi taburete. Volví a mirar el edificio del Reina Sofía, y por un segundo me dije que todo estaría bien. A veces, el trabajo que desempeñes no es más que un medio para un fin. El salario te ayuda a conseguir cosas, a cumplir aspiraciones y sueños, a pagar compras, visitar países, ser independiente... ¿Qué más da si te dedicas a aquello que has añorado desde que tienes uso de razón o... todo lo contrario?

Ser dependienta no estaba tan mal. Cuento con sobrada experiencia en ello porque trabajé en muchas tiendas mientras me sacaba la carrera, y también después, mientras salía alguna oportunidad más «de lo mío». Seguro que muchos os identificáis con esa frase, ¿verdad? Algo que justifique el esfuerzo, el dinero y el tiempo invertidos en una carrera universitaria, algo que diga a gritos «¿Veis? Eligió bien, aunque su padre se empeñara en que fuera arquitecta».

No voy a ser hipócrita: cuando me contrataron en la tele pensé que el camino de baldosas amarillas se abría frente a mí. Vale: ser ayudante de guionista de un programa casoso no era el sueño de mi vida, pero, siendo realistas y en los tiempos que corrían, aquella era una gran oportunidad. Creí en *Cliché*. Me esforcé por entender su estructura y por ver complejidad donde solo había ganas de traer a la

vista de todos las miserias humanas. Se buscaban perfiles que se provocaran daño, que se atrajeran, que terminaran por romperse. ¿Era moralmente aceptable? Corramos un tupido velo...

Quise innovar. Dar algo diferente dentro de un formato donde todo estaba completamente precocinado. Y como Ícaro, por fliparme demasiado con eso de volar, me acerqué demasiado al sol y ahora todo a mi alrededor olía a chamusquina.

A lo mejor la culpa era mía. A lo mejor me había vendido muy cara creyendo que mis personajes y mi planteamiento del programa iban a ser tan épicos que, después de todo, terminaría presentando las noticias y casándome con mi príncipe.

La vida real, amigos y amigas del otro lado, nunca es como la sueñas, porque, si no, dormiríamos perdidos en una fase REM oscura y sin sobresaltos, sin nada que ambicionar ni desear que no pudiéramos conseguir al abrir los ojos a un nuevo día.

Soñamos porque lo que tenemos en el día a día es demasiado lamentable como para que sea lo único. No es bonito, pero, qué queréis que os diga, con una sobredosis de calamares en vena y la perspectiva de un fin de semana de incertidumbre, no me encontraba yo muy poética.

Caye invitó a la comida y al metro de vuelta. Yo creo que se sintió culpable al ver que su plan de sacarme a rastras de mi dormitorio y de mi autocompasión no había servido más que para que a las dos se nos quedaran los dedos oliendo a fritanga el resto de la tarde. Al final, nos arrebujaamos juntas en el sofá y pusimos una película de Noah Centineo que vimos sin hablar.

Eso ayudó un poco.

4

DECISIONES, ACCIONES, DECEPCIONES

El domingo por la mañana me encontró limpiando el arenero de Loki, que tuvo el detalle de ponerse meloso y acariciarse el pelaje contra mis piernas mientras yo iba aseando su baño particular con las fosas nasales apretadas.

—Ojalá todas las cagadas fueran tan fáciles de eliminar —mascullé después, lavándome las manos concienzudamente.

Le regalé unos cuantos arrumacos, hasta que se hartó de mí y decidió irse a dormir a algún rincón. Volvería cuando tuviera hambre: esa era la clave de nuestra relación. Me encendí un Chester y cogí el móvil para cotillear los estados, las historias y las redes sociales de mis amigos, familiares y conocidos, aunque, en honor a la verdad, tanteé una búsqueda rápida sobre las últimas críticas de *Cliché*. La cosa se había relajado un poco desde el *boom* del domingo, pero algo quedaba por ahí, flotando en las cloacas de Internet, entre *memes* y *gifs*, donde nada se olvidaba.

Revolví en mi lado de la despensa, todavía con el cigarro colgando de mis labios, y saqué un paquete de macarrones. Pensaba ponerles de todo, la fiesta de los hidratos. El domingo es el día que Dios Nuestro Señor creó para que fuéramos vagos y nos diéramos todos esos caprichos que, entre semana, por falta de tiempo o de ganas, no podemos. Puede que yo no fuera especialmente creyente, pero eso no implicaba que fuera a dedicar la jornada a algo más útil que meter las bragas limpias en el cajón.

Preparé los enseres para cocinar en un rato y, justo en ese momento, Renfe envió una alerta a mi correo electrónico recordándome que, en una semana, tenía billete para Sevilla. Hice un mohincito, no tanto por viajar a casa, sino porque implicaba que la fecha de mi nuevo cumpleaños estaba cerca. Veintinueve añazos y mis *goals* alejándose... Me sentía como un barco a la deriva, sin posibilidad de volver a tierra firme y empezar de cero.

Ante la perspectiva de la reunión del día siguiente con Lula, y habiendo dado a la cabeza todas las vueltas posibles para intentar dilucidar qué decisión había tomado ella, no podía más que esperar. O tirarme de los pelos mientras corría por el piso de forma histérica. Las dos opciones me servirían exactamente para lo mismo.

Volví al salón y aparté con cuidado las cosas de trabajo de Caye, que, por lo que

yo sabía, había vuelto a trasnochar editando fotos.

La noche anterior, sobre las tres, había salido a por agua, zombi y tropezando con la nada, y la había visto inclinada sobre su ordenador, con la coleta deshecha y la espalda curvada de una forma imposible. Con la cabeza prácticamente metida en la pantalla y los dedos moviéndose sobre el teclado; apenas parecía parpadear. Me quedé mirándola y, después, eché un vistazo a nuestra tele, que estaba encendida al fondo.

—¿Esa es Esperanza Gracia? —pregunté con la voz ronca de sueño.

—Es la única que aguanta mis durísimos horarios laborales —me contestó ella, sin desviar la atención ni un segundo—. Además, me interesa saber a qué signos debo evitar esta semana.

Lo di por perdido. Bastante tenía yo con mis miserias como para indagar en las rarezas de mi compañera.

De vuelta al presente que nos ocupa, Caye apareció en la cocina con los primeros olores del tomate frito, la albahaca y las lonchas de jamón mezclándose al fuego. Se me abrazó por detrás como un koala, aferrada con fuerza a mi espalda e intentando treparme encima. Sonreí.

—¿A que adivino lo que vas a decir?

—¿Me das un poco de eso? —murmuró ella, en un tono adorable e infantil que seguramente haría las delicias de algún tío en situaciones mucho más comprometidas—. Tengo perezhón de ponerme a cocinar.

—He preparado de sobra. ¿Hasta qué hora estuviste anoche dándoles a los astros?

—Hasta las cinco. Aguanté mucho más que ella. —Cogió un plátano del frutero y empezó a pelarlo con desgana—. He subido a la web veinte fotos. Si se venden todas, tendré un excedente que ayudará por fin a poder dejar de vestirme como una indigente.

Le eché un vistazo con la ceja fruncida.

—Tienes más ropa que cualquier otro ser humano que conozco.

—Pero la mayoría no me representa. —Mordió la fruta y se subió a la barra de un saltito, con tiento de apartar mi móvil antes de aplastarlo bajo su culo—. Hay una noti... Puaj.

—¿Qué?

Agarré un trapo a velocidad supersónica y de una sola zancada me puse delante de Caye. Le arranqué el teléfono de las manos, temiendo que fuera un mensaje de Lula —o, peor, de Esther en su nombre— cambiando la cita de la reunión o notificando directamente que esta se había cancelado y que podía ir a recoger mi finiquito.

No obstante, la notificación a la que se había referido mi amiga era la de Renfe

que yo ya había visto.

—Ah, sí. Mi cumple es la semana que viene, como todos los años.

—Ya... —Caye arrastró las palabras. Tiró la piel de plátano y empezó a poner *esas* caras—. ¿Sabes? Me parece fatal que viviendo en la capital volvamos a Sevilla para tu fiesta. ¿Por qué no la celebramos aquí? ¡Plan de chicas, locura, chupitos, danza del vientre!

—Sí, para los siete velos estoy yo... —Removí la mezcla y vertí la salsa en la olla de macarrones. Me rugieron las tripas solo de olerlo—. Ya está organizado. Seguro que me va bien contar con hombros familiares sobre los que llorar.

—Puedes llorar en el mío. Si hubiera motivo.

—Caye... Si no te va bien venir a Sevilla, no pasa nada. Ya haremos algo cuando vuelva yo, si mi nuevo estatus de parada me lo permite.

Me dio un capón. Intenté arrearle con el trapo de cocina, pero la muy zorra era rápida.

—No me voy a perder tu cumpleaños, ¿qué clase de mejor amiga crees que soy? Solo digo que podríamos cambiar el escenario.

Saqué el chisme de servir la pasta —¿alguien sabe cómo se llama? ¿Espátula de macarrones? Ni idea— y dos platos soperos. Ella cogió cubiertos, servilletas y vasos. Era un poco temprano para almorzar, pero los domingos, ya se sabe: te saltas el desayuno y comes pronto o enganchas una comida con otra. Además, yo necesitaba toda la extensión de la tarde para relajarme y tomarme con calma la reunión del día siguiente. Organizarme, preparar una estrategia, asumir diferentes escenarios...

Y actualizar mi currículum.

—Este año ya llevo el tiempo un poco encima para liar a la familia y que vengan ellos aquí, Caye. De hecho, creo que Jesús llegaría el sábado, porque el viernes trabaja a turno completo y no ha podido cambiarlo.

Y ante eso, Cayetana Hernández, la peor mentirosa del mundo, fingió que la información que yo acababa de facilitarle era un dato sin trascendencia. Pero falló miserablemente.

—Ya tenemos una edad, Nina. No hace falta que apaguemos las velitas con todos nuestros hermanitos gilipollas al lado.

El macarrón que acababa de pinchar se me cayó al plato. Jesús y Caye... ¿No dije que había movida? Pues pista: la cosa se había puesto fea en mi cumpleaños anterior. Y en este empeoraría. Pero ya llegaremos a eso.

—Tía, estoy empezando a cansarme de tus caras y tus acusaciones medio veladas. ¿Tienes algún problema con mi hermano?

—¿Yo? —Caye se rehízo la coleta y engulló macarrones. Después se limpió las comisuras de los labios con elegancia y negó con la cabeza—. Me parece un imbécil.

—Ya, bueno... Él ya estaba ahí cuando nací. Sé las taras que trajo de fábrica, pero es que me da la sensación de que le guardas inquina a título personal y...

—Nina, en serio. —Y barrió el ambiente con la mano, en plan pasar de una aplicación a otra en el iPad. No supe si ofenderme o echarme a reír—. El viernes que viene cogemos el tren para Sevilla, y no se hable más. Allí también hay chupitos, ¿no? Pues me vale.

Luego se levantó, recogió su plato y se metió en la habitación. En la siguiente hora escuché cantar a Enrique Iglesias con las más diversas y variadas compañías. Joder con los cambios de humor reguetoneros...

El fin de semana llegó a su fin sin que nos volviéramos a ver más que para compartir un par de sándwiches. Caye dejó en medio de algún estribillo de pop pegadizo su mal rollo repentino y yo... yo estaba como un flan con lo que me esperaba al día siguiente.

Decir que estuve la noche en vela era poco. No quería ser una parada de veintiocho años, por más que una parte pequeña e insensata de mi cabeza me dijera que un mundo nuevo de posibilidades se abriría ante mí contando con un poco más de tiempo libre. Podría estudiar alguna especialización *online*, practicar más ejercicio, cogerme algún curro *mierder* de media jornada y usar el resto de las horas laborales en algo que me llenara de verdad, como escribir en blogs o foros, crear una página de noticias o información periodística seria, ver por fin *Perdidos*...

Le di la vuelta a la almohada y me quedé mirando al techo. *Cliché* era una oportunidad. Pagaban bien y era un trabajo que no permitía la monotonía. El factor aburrimiento estaba fuera del escenario y la mayoría del tiempo se trabajaba contrarreloj, haciendo cambios, añadiendo nuevas ideas —aunque casi siempre las tuvieran otros—, y, la verdad, para ser un programa muy preconcebido, había espacio para la novedad.

Ver los *shares*, revisar los vídeos, montar las escenas de manera que hasta a Pedrito, que vivía mirando las pantallas del apartamento, le llamaban la atención... Todo eso, de repente, me resultaba apasionante. Además, el sueldo era bueno. ¿He dicho ya que la pasta estaba bien? Joder, vivir en Madrid y tener la cuenta a salvo mes tras mes le daba a una tranquilidad. Los imprevistos podían llegar, que yo, más o menos, sería capaz de afrontarlos.

¿Por qué solo pensamos en esas cosas cuando las vemos peligrar? La naturaleza humana... Verme con un pie en la calle de repente provocó que mi trabajo

moralmente inaceptable, degradante para la formación que tanto me había costado y de seriedad dudosa me resultara la panacea.

La noche fue perra. Me levanté antes de que sonara el despertador porque no podía seguir un minuto más en la cama. Me di una ducha y me arreglé el pelo con detalle y mimo. Después, cogí unos vaqueros favorecedores de color azul muy oscuro, una camisa de lunares de Desigual que me había costado un ojo de la cara, merceditas de charol y un chaquetón abrigado. Madrid en enero... En el estudio había calefacción, pero antes de disfrutarla había que llegar allí.

Me maquillé, con bien de antiojeras para que Esther no pudiera regodearse en lo mal que había ido mi fin de semana —es el horror en tamaño pequeño, de verdad—, y metí en el bolso todo lo que podía necesitar. Incluyendo pañuelos de papel, por si acaso.

Caye ya no estaba, y la funda de su Nikon tampoco, así que alguien había ido a trabajar temprano. Como siempre que una de las dos se enfrentaba a una situación estresante, me había dejado un Post-it rosa pegado a la puerta. Había dibujado un puño en alto y las palabras «¡Machácalos, Nina!». Con una sonrisa boba, me lo guardé en la cartera. Toda suerte era bienvenida.

Salí con el coche consciente de que iba demasiado pronto, pero sin ganas de comerme la M30 con patatas. Puse música, tamborileé con los dedos en el volante y me dio un amago de ataque de ansiedad, todo eso en lo que tardé en salir de Chamberí y enfilarse hacia la zona industrial donde estaban los estudios de *Cliché*. Yo, que había vomitado el primer día de los exámenes de selectividad, no era la mujer más serena del mundo, pero iba a intentar hacer acopio de sangre fría, aunque tuviera que tumbarme a la intemperie veinte minutos.

Como todavía era empleada, entré con mi identificación y me dirigí directamente a la salita que precedía el despacho de Lula. Saludé con la cabeza y una sonrisa muy ensayada a todas las personas con las que me crucé, pero ninguna de ellas, por suerte, se paró a darme conversación ni a intercambiar comentarios referentes al programa. Me puse el bolso en las rodillas, respiré hondo lo que pudieron ser mil veces y, entonces, la puerta se abrió.

—¡Ay, Nina! —Esther se llevó la mano al pecho, como si verme esperando en el sitio designado a tal efecto la hubiera sobresaltado. Zorra—. Qué puntual. Bueno, cuanto antes, mejor..., ya sabes. Entra, entra, mujer. Y quita esa cara.

—Buenos días a ti también...

Me tembló todo, no voy a mentir. ¿Por qué coño estaba ya metida en el despacho de Lula? ¿A qué hora había llegado a los estudios para encontrarse ya reunidas? ¿Y qué mierda era esa de «Bueno, cuanto antes, mejor..., ya sabes»? No me podía creer

que mi jefa hubiera notificado mi despido a otra persona antes que a mí.

Volví a respirar, aunque me costó. «Coge aire, suelta aire, coge aire...». Di un paso tras otro y, por fin, crucé el umbral que sellaría mi destino. Esther cerró la puerta detrás de mí y se acomodó en el sofá de *skay* blanco del lateral del despacho.

Perfecto. Iba a presenciarlo todo.

—Nina, ¿qué tal estás? ¿Has pasado un buen fin de semana?

—Bueno, pues... Pues..., dadas las circunstancias... —Lula me invitó a sentarme en una de las sillas colocadas ante su mesa con un gesto. Agradecí no tener que recurrir a mis piernas para guardar el equilibrio—. He estado inquieta, la verdad.

—Me imagino. No es para menos, lo del viernes fue... una situación complicada.

Esther asintió, la vi por el rabillo del ojo. En serio, ¿qué hacía esa trepa ahí? Me enderecé en la silla. Había que reconducir esa reunión.

—Mira, Lula, intuyo que las cifras están lejos de ser satisfactorias, pero creo...

—Déjate de cifras, Nina, eso ahora no importa. No somos nosotras las que analizamos los índices de *share*. Nosotras —abarcó el despacho con la mano— somos el equipo creativo. Nosotras despertamos la magia, creamos *Cliché* y conseguimos que, a pesar de su nombre y de las bases en que se sienta el programa, sea algo que te pongas a ver y no puedas dejar.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Sabía que lo estarías. —Lula sonrió—. Me fui de aquí el viernes cabreada, no te lo niego. Replanteándome si dejarte tomar la decisión de *casting* había sido un error garrafal por mi parte. Pero entonces pensé: ¿y si este bajón de calidad fuera justo el revulsivo que necesitábamos?

Bajón de calidad. *Wow*. Adiós, autoestima; lo nuestro ha estado bien.

—La idea de Lula es brillante. Un enfoque completamente nuevo. Nunca visto. — Esther, con su voz de Campanilla, metió baza. Asquerosa—. ¡No puedo esperar a que Nina lo sepa!

—¿A que Nina sepa... qué? ¿Qué va a saber Nina?

Las dos intercambiaron una mirada que no me gustó. Ay, mierda, mierda, mierda...

—Tras varias temporadas, creo que el formato del apartamento ha dado todo lo que podía de sí. El fiasco de María y Pujol me llevó a pensar, Nina, que, aun controlados prácticamente los aspectos del programa, hay algo que no podemos controlar en absoluto.

—La voluntad de los concursantes —añadió Esther, dando una palmadita ridícula.

En serio, ¿esas dos estaban liadas o qué? Parecía que tenían el *show* ensayado.

Centré mi atención en Lula, esperando a que dijera lo que fuera que iba a decirme, algo como «Ya no requiero de tus servicios porque Esther colma todas mis necesidades, y además de ser una empleada a tamaño bolsillo, se baja al pilón con mucho arte». Lo sé, estoy siendo mezquina, ¡pero es que no me enteraba de nada!

—Vamos a cambiar el escenario de *Cliché* —me anunció Lula por fin—. No más apartamento ni espacio controlado por cámaras. La nueva versión incluirá un lugar real, con personajes reales que no sabrán nada del programa, y un señuelo, que se encargará, con ayuda del equipo artístico y directivo, de cumplir con los deseos de la audiencia.

—¡Una versión de *Cliché* en vivo con personas de verdad!

—Pe... pero... los concursantes de *Cliché* siempre han sido personas... reales.

—Sí, pero conocen el formato del programa, y aunque todos contamos con nuestro libre albedrío, Nina, tienden a dejarse llevar con facilidad porque saben a qué vienen, dónde están las cámaras y más o menos lo que se espera de ellos. —Lula sonrió con satisfacción—. En este caso, no será así.

Sacó una especie de diapositivas en forma de carteles Din A-3 y me enseñó lo que parecían las imágenes de varios pueblos rurales. Había personas representadas, cumpliendo diferentes roles, y algunas recreaciones de camarógrafos saliendo de pozos, subidos a techos de paja y demás. Todo muy bucólico y campestre.

—A ver si lo entiendo... —Me removí, pasando el dedo por la imagen de un joven lugareño que entregaba una rosa a una mujer con un micrófono escondido en la espalda—. ¿Una de las personas participantes sabrá que está en *Cliché* y llevará unos objetivos marcados... y la otra no?

—¡Exacto! —El aullido de Esther me sobresaltó—. Todo un pueblo de santos inocentes que caerán rendidos ante el señuelo.

—¿Vais a mantener engañado a un pueblo entero?

Lula sonrió. Negó con la cabeza con firmeza y, luego, me señaló.

—Llámalo experimento sociológico a gran escala. Y no te excluyas, Nina, porque para esta nueva versión de *Cliché*... cuento especialmente contigo.

—¿No vas a despedirme?

—¿Despedirte? —Lula agarró mi mano con la suya. Ambas se posaron, como una especie de señal, sobre la diapositiva que yo había estado mirando—. Querida, eres una creativa de gran talento, pero creo que hasta ahora no estábamos enfocando bien tus posibilidades. Veo potencial, y sabes crear escenarios y reaccionar ante los imprevistos..., pero no dentro de plató.

—Yo no... no te entiendo, Lula. De verdad que no...

—¡Vas a ser el señuelo, tonta!

Me di la vuelta en la silla. Los ojos de Esther refulgían, no sé si de placer o maldad. O puede que de una mezcla de ambos. El caso era que me miraba como si aquel fuera el puñetero día más feliz de su vida. Asintió con firmeza, y yo abrí la boca, pero Lula me dio un golpecito en los nudillos, como la profesora que llama al orden a la alumna más díscola de la clase.

—Te enviaremos a un pueblo remoto de la península, que cumpla con los estándares que necesitamos para que el misterio pueda guardarse hasta el final. Precisamos de un número de habitantes relativamente bajo, para que la interacción con ellos te sea más cómoda, y, por supuesto, no pueden saber nada de *Cliché*, o sus reacciones no serían sinceras.

—Espera, espera, Lula... ¿Qué...? ¿Quieres que yo...?

—Por supuesto, tendrás a todo un equipo de apoyo contigo y podrás contactar con ellos en cualquier momento. Incluso es posible que te permitamos vueltas esporádicas a Madrid para entrevistas y confesiones en plató, pero ya lo iremos viendo.

Mientras me hablaba, a toda velocidad, Esther se aproximó y empezó a poner papeles delante de mí, uno detrás de otro.

—La durabilidad del nuevo programa debe ser la misma que los formatos anteriores, y para tu pareja... hemos pensado, ¡sujétate a la silla!, algo totalmente orgánico: no sabremos, ni nosotros ni la audiencia, quién es... hasta que tú misma sientas que lo has encontrado.

—Esperemos que con más ojo que la vez anterior. —Esther me guiñó un ojo. Y siguió poniendo papeles ante mis narices—. Esta vez, que te guíe el corazón, y no los números.

—O, más bien, el morbo que te pueda despertar. —Lula cruzó los brazos bajo el pecho, satisfecha—. Llevarás a Lucas contigo.

—¿A... quién?

—¡Exacto! Es un cámara excelente. No se le ve si no quiere ser visto. Sinceramente, a veces ni me acuerdo de que está en nómina. Es muy bueno. Te acompañará durante el proceso.

Estaba segura de que la cabeza me había explotado en algún momento del galimatías de aquella conversación. A ver, nunca he sido la más lista de ningún sitio, pero cojo al vuelo lo esencial, y aquello tenía mala pinta. Pero mala, mala.

Por lo visto, la idea de mi jefa para darle al programa un giro de tuerca era crear todo un entramado de mentiras alrededor de personas inocentes, habitantes de un pueblo, que serían manipuladas por... mí, con fines lucrativos y de audiencia. ¿Estaba decepcionada? Dios... Estaba más bien en estado de *shock*. No le veía

sentido a aquello. ¿Y me querían a mí de cabeza de turco? ¿A mí? ¡Pero si no era fotogénica ni poniéndome todos los filtros de Instagram a la vez!

—Continuaremos con las votaciones del público para ver las peripecias y situaciones en que tú y el sujeto de tu elección os veis envueltos —me dijo Esther, que, por lo visto, se había alzado con el puesto de segunda voz—. Aunque, por supuesto, podrás dejarte llevar por tus propios impulsos si lo ves adecuado.

—¿Queréis que yo esté en pantalla? ¿Yo? ¿Y que interprete los clichés con una persona anónima y desconocida que no va a saber dónde está metido? —¿Nos habíamos vuelto todos locos?—. ¿Va en serio? ¿Eso es... es legal? ¿Es ético?

El gesto de Lula se volvió contrito. Me miró seria, y esta vez el eslogan «Contamos contigo» no me sonó como algo positivo.

—Queremos que nos des una interpretación digna de premios, Nina. Que crees un contenido que haga que los mejores y peores tertulianos del país no hablen de otra cosa.

—¿Mintiendo y utilizando a todo un pueblo?

—Esto es televisión, querida. —Mi jefa se limitó a encogerse de hombros—. Mentir es de lo que va.

—¿Pe... pero... qué pasa si...? ¿Y...luego?

Esther mostró una gráfica llena de colores. Tenía pinta de niña tonta enseñando un dibujo pintado con rotuladores.

—El pueblo escogido recibirá fama, visitas turísticas y una inyección económica una vez *Cliché* llegue a él.

—¿Y si ellos no quieren eso? ¿Y si están contentos con su situación tal y como es?

—Nina, ningún pueblo se resiste a más dinero en sus arcas y un lugar de honor en todos los mapas, y, además, te seré franca. —Lula apartó los papeles que Esther me había dado a un lado, y luego puso su mano encima—. La metida de pata con tu *casting* ha obligado a cancelar esta edición antes de tiempo. Podemos fabricar otro apartamento y conseguir más o menos mantener a la audiencia fiel, pero muchos están ya muy quemados de ver siempre lo mismo, y eso, en un programa llamado *Cliché*, es decir mucho. Vamos a llevar adelante el montaje en el pueblo, con todos sus ingenuos habitantes y nuestro preparado señuelo. Me gustaría que fuera contigo, pero si te bajas del barco ahora, encontraré a otra persona dispuesta a embarcarse. La decisión es tuya, Nina. La tomas, ganas dinero, fama, logras el resarcimiento por tu error y vuelves a meterte en el partido... o la dejas.

—Y, entonces, estarás despedida.

Supe por su sonrisa que Esther había estado esperando toda la reunión para poder decir aquellas palabras.

5

«FLIPARRIZADAS»

Yo me enteré después, pero os contaré que, mientras me planteaba si aceptar protagonizar o no mi particular bajada a los infiernos, Caye entraba en una sucursal bancaria del barrio de Salamanca.

Tenía los labios apretados en una línea muy recta y consultaba su reloj de forma compulsiva mientras aguardaba la cola. Había quedado para un trabajo potencial que tenía muy buena pinta y no quería llegar tarde, pero tampoco pensaba encarar el resto del día sin cumplir con aquel deber que se había autoimpuesto. El primer lunes de cada mes realizaba una transferencia que la colmaba de mala leche y orgullo a partes iguales. Yo todavía no sabía de qué iba el tema, pero estaba a un paso de enterarme.

Cuando por fin le tocó el turno, metió su tarjeta, pulsó los dígitos con firmeza y entró en su libreta de direcciones. Allí, seleccionó el número de cuenta de mi hermano Jesús —cómo lo había conseguido era una historia rocambolesca, ya os contaré— y efectuó el pago. Añadió el concepto y, justo antes de imprimir el recibo para llevar el control, decidió que al texto le faltaba algún matiz. Un pequeño detalle personal.

Sonrió como una loba a punto de dar la dentellada definitiva. Borró lo escrito y posó los dedos sobre el teclado del cajero.

—«Que te jodan. Capullo. Imbécil». Perfecto. Así es mucho más... representativo.

Dobló el recibo y lo metió en un bolsillo interior de la cartera. Cerró sesión, recogió la tarjeta y, feliz como una perdiz fuera de temporada de caza, Cayetana abandonó el banco para encarar el plan laboral que había aceptado la noche anterior.

Antes de llegar a la cafetería pija donde la habían citado, se echó un ojo distraído en un escaparate. Pitillos negros, top lencero de tirantes con sobrecamisa de cuadros, bandolera y las botas de caña media que su madre le había regalado con dieciséis años. Estaban un tanto gastadas, pero le traían suerte, y no pensaba deshacerse de ellas mientras pisara suela y no suelo. Se remitió el pelo por detrás de las orejas, se retocó el flequillo y, luego, tiró de la puerta del local con firmeza. Se colgó las gafas de sol de una de las trabillas de sus vaqueros y oteó el horizonte,

hasta que una pareja sentada al fondo, en la zona de fumadores, le hizo señas. Teniendo en cuenta que habían contactado con ella a través de su web, Caye confió en que fueran ellos los que le pusieran cara. Caminó despacio, y cuando se encontró a una distancia aceptable, lo primero que pensó fue que iba a trabajar para El Cigala.

Y, la verdad, casi.

—¿Señorita Hernández? —El hombre, que rondaría los dos metros, se puso en pie—. Antonio Mendoza. Y esta es mi mujer, Regencia.

—Viene de «reina» —dijo ella, extendiendo una mano donde no cabían más anillos de oro—. ¿Se toma algo? ¿Un sol y sombra?

Caye enfatizó su sonrisa y asintió. No sabía cuánto alcohol llevaría aquello, pero se dijo que era mejor templar el estómago antes de entrar en materia. De los Mendoza sabía lo poco que ellos le habían contado por teléfono: su hija María Paloma se casaba y el fotógrafo contratado los había dejado tirados en el último segundo. El pobre había sufrido una emergencia médica, pero para los amantísimos padres de la novia era una faena. Rebuscando por la web, dieron con ella, por esos azares de la vida..., y ahora, bueno, ahí estaban. Esperando cerrar el acuerdo.

—Yo le voy a ser muy directo y le voy a hablar de frente y sin medias tintas, señorita Cayetana. —El Cigala, perdón, Antonio Mendoza, se echó hacia atrás el larguísimo pelo negro y juntó las grandes palmas de las manos. Caye esperó que se arrancara con algo, pero el hombre se centró en seguir hablando—: Sabemos que una boda de estas características supone mucho trabajo. La madre y las primas de María Paloma han estado trabajando desde después de la Semana Santa y estamos ya en un año nuevo, pero necesitamos una retratista profesional, y a mi hija sus fotos le han dicho algo.

—María Paloma dice que usted «encuentra el momento». —Regencia, que lucía unas uñas enormes pintadas de rojo, puso la mano sobre el antebrazo de Caye—. Sabemos que tiene usted su agenda, señorita, pero esta es la boda de nuestra única hija, ¿comprende?

—El dinero no es problema. —Antonio Mendoza se puso la mano en el pecho, tocando la enorme cabeza de oro del Cristo del Gran Poder que llevaba prendido de un grueso cordón—. Tres mil euros por una tarde y una noche de trabajo. Saque usted retratos de todos los detalles de la boda. Y, por supuesto, está convidada a la cena y a todo lo que quiera beber. Usted y su ayudante.

A Caye se le secó la boca. No había sacado ni un minuto para esbozar un presupuesto. Aquella pareja, candidatos perfectos sin duda para una de las temporadas de *Palabra de gitano*, le habían ofrecido una suma muy superior a lo que

solía cobrar por ese tipo de eventos. Ella había pensado tirar por los mil quinientos, contando con algunas instantáneas preboda, otras posboda y los momentos capturados de la fiesta, pero le habían ofrecido el doble. ¡El doble!

Podría saldar de golpe la deuda con Jesús, y nada de por transferencia, no; aprovechando que mi cumpleaños era en una semana, le lanzaría el dinero en efectivo, justo en su estúpida cara.

Recordándose ser profesional, Caye apartó los billetes de su mente, y también la cara de pasmo de Jesús, y se enderezó en la silla. Le dio un sorbito al sol y sombra, sorprendida gratamente, y luego compuso un gesto de indiferencia que no estaba muy segura de que convenciera a nadie. Una debía hacerse rogar a veces.

—Señores Mendoza, son ustedes muy generosos, pero, como bien ha dicho doña... Regencia, con una boda tan inmediata..., bueno, tendría que localizar a un ayudante, preparar el equipo, investigar sobre la luz y las condiciones climatológicas que habrá en el evento...

—¡No le va a llover, vamos, eso se lo garantizo! —Antonio apoyó la palma de la mano en la mesa. La taza de su carajillo tembló—. La boda va a ser en nuestra finca, y está todo *entoldao*, por eso no se preocupe. ¿Qué más necesita? ¿Le mando un coche? Le podemos mandar un coche, ¿no?

—Se lo mandamos —confirmó Regencia.

—No hay necesidad... —Pero Caye lo reconsideró. Cargar el equipo, una maleta pequeña para cambiarse y poder mezclarse entre los invitados... Quizá no fuera mala idea—. Aunque la verdad es que un coche me vendría bien.

—¡No se diga más!

Regencia empezó a soltar peticiones y a expresar con ese halo de entusiasmo que solo la madre de una novia puede tener lo que quería captar del gran día de María Paloma. Caye sacó su libreta y anotó todo con letra pulcra. El padre, distraído con su café, solo asentía, llevándose las manos al Cristo y reiterando, por si alguien del bar no le había oído, que el dinero no iba a ser problema.

—Si me permiten preguntar: ¿cómo dieron conmigo? Me dijeron que habían buscado en mi web, pero algo tuvo que llevarlos a decidirse.

—María Paloma seleccionó a unos cuantos retratistas —le confió Regencia, que bajó un poquito el tono, como si la declaración fuera a darle vergüenza—. Es estudiada, ¿sabe? Su padre y yo la mandamos a la Complutense. Se fijó en usted porque vio su foto y dijo que había leído que los de su raza hacen huelga trabajando más, así que pensó que sería usted profesional.

A Cayetana Hernández, que era más andaluza que el manto de la Macarena, se le fue el color de las mejillas. Su primer impulso, no os voy a engañar, fue levantarse y

salir de allí, pero se templó. Se dominó porque era una fotógrafa *freelance* que pasaba meses buenos y otros que eran un completo desastre. Porque se había enamorado de un vestido que de momento no podía permitirse. Porque quería restregarle ciertas cosas a mi hermano por la cara... y porque, le molestara o no, aquel era un pensamiento popular con el que ya se había enfrentado en el pasado: con una sola mirada, la gente veía en ella a una mujer oriental, porque físicamente eso era. A veces, cuando oía a alguien cuchichear, empezaba a entonar palabras inventadas en voz alta, como si llamara a los ancestros de la China profunda —idioma del que, por si hay alguna duda, no tenía la menor noción—, pero en otras situaciones, como allí sentada, tomándose el sol y sombra con el matrimonio Mendoza, decidía ser sincera.

—Mi tatarabuelo materno vino de China a España y, desde entonces, toda mi familia es nacida y criada aquí —explicó con una sonrisa—. Tenemos unos genes a prueba de líneas geográficas.

Entonces, Antonio Mendoza sonrió a mandíbula abierta. Llevaba dos muelas forradas en oro.

—¿Sevillana, dice usted? No será del Betis, espero...

—Mire, señor Mendoza, si va usted a empezar a ofender...

El hombre extendió la enorme mano y agarró la de Caye. La zarandeó tan fuerte que la levantó de la silla.

—No hay más que hablar ni más que decir. Mañana a las siete de la tarde le mando el coche adonde usted me diga para que saque las fotos de antes de la ceremonia, y, después, es bienvenida al convite.

—No se olvide de traer usted un ayudante, señorita Cayetana. Va a ser mucho trabajo...

Y Caye asintió, dio las señas de nuestro piso y recogió las tarjetas y hojas de peticiones que Regencia le entregó bien resguardadas en un archivador color fucsia.

¿Primer problema que solventar? Pues que ella no contaba con ningún ayudante, porque no podía permitirse poner a nadie en nómina. ¿Solución? Seguro que ya habéis llegado a ella...

Entré en casa pasadas las seis de la tarde, aunque la reunión con Lula —y Esther la trepa— había sido por la mañana. Todavía con el porfolio de información sobre *Cliché 2.0* bajo el brazo, me había ido a deambular por Madrid hasta que el estómago me rugió de hambre y fastidio. Comí en una hamburguesería del centro y leí todos aquellos informes y planteamientos; por lo visto, yo había sido la única ociosa durante el hipotético fin de semana de reflexión. Lula había hecho sus deberes. Y de qué manera. Además de un listado de doce pueblos potenciales, me había añadido

al dossier informes, casos posibles, situaciones deseables y un montón de «ideas en borrador» que tenían toda la pinta de ir a convertirse en el santo grial del programa.

Lo había mirado todo por encima, porque seguía mareada ante la perspectiva. Por un lado, el temido paro, que, con mi cumpleaños encima, la espada de Damocles que indicaba que ya me alejaba de mis años deseables para encontrar un trabajo de periodista de ensueño, estaba a punto de caer. Por otro lado, ¿cómo coño iba a estar yo de protagonista de un *reality*? Solo de pensar en las cámaras enfocándome, me entraba un mal que ni las plagas egipcias.

Se me había embotado la cabeza. De verdad. No era capaz de concebir que aquella hubiera sido la idea ganadora de todas las que pudieron surgir para reflotar la audiencia de *Cliché*. Usar un pueblo apartado que no supiera nada del formato y simular relaciones o vivencias para contento del público.

Pasen y vean: miserias humanas en oferta.

—¡Nina, por fin!

Nada más soltar las llaves en el cuenco de la entrada, Caye me asaltó. Me preguntó atropelladamente por la reunión, y, cuando se lo resumí —en las mismas pocas palabras que yo había sacado en claro—, sus ojos parecieron crecer cinco centímetros.

—Me han dado veinte días como máximo para pensármelo, pero, la verdad...

—¿Vas a ser la protagonista de *Cliché*? ¡Eso es una pasada! —Protagonizó un saltito con palmada que habría sido la envidia de las *cheerleaders* de cualquier peli americana—. ¡Necesitas un *booké*! Porque después del programa serás famosa. Y podrás trabajar en lo que quieras.

—¡Qué dices! Si acepto algo como eso, deberé esconderme bajo siete piedras, ¿estás loca? Además, yo... YO —me señalé, con toda la maldad que una persona es capaz de enfatizar para sí misma— no soy precisamente carne de objetivo, ¿sabes?

—Lo que eres es tonta. Atiende. —Levantó su manita y empezó a contar con los dedos, como si cantara los *Cinco lobitos*—. Si ese tema del pueblo dura lo mismo que cualquiera de las otras ediciones de *Cliché*, serán cinco semanas de tu vida donde, de alguna manera, serás la guionista de todo lo que vaya pasando.

—En realidad, van a mantener las votaciones del público, por lo que, técnicamente, son ellos los que deciden si hay o no *edredoning* con algún pastor al que apenas conozco o *mamading* detrás de un tractor amarillo, que seguro que sigue siendo lo que se lleva ahora.

Sentí un escalofrío solo de pensarlo. Dejé la chaqueta y el bolso tirados por el sofá y fui a la cocina. Tenía la garganta seca y los pies tan helados que apenas los sentía. Saqué una botella de agua mineral y le pegué un buen trago. Apenas había tenido

tiempo de ponerle el tapón de rosca cuando Caye se me abalanzó otra vez. ¡Señor, qué cansina era!

—Pueden votar que te cases con una oveja, Nina. Si te niegas y no interpretas el papel que te dicen, no pueden forzarte a nada. El equipo de cámaras no puede interferir, o echará por tierra eso de que nadie sepa que están en un programa de televisión.

—Si no cumplo los requisitos que se esperan para petarlo en el *share*, Caye, cancelarán el programa. Otra vez. Y yo me iré a la calle.

Me sonrió. ¿Sería *bitch*? ¿No veía que estaba en una encrucijada de las feas? Amigas...

—Pero te irás a la calle después de haber salido en la tele, Nina. Y por una causa noble como la de no querer poner en tela de juicio tu integridad moral y de mujer. Piénsalo... ¿Qué mejor publicidad que esa de cara a un trabajo de periodista de verdad?

Mierda... ¿Sonaba tan bien como me parecía a mí, o estaba tan desesperada que me agarraría a lo que fuera?

—La verdad es que pagan una pasta por solo unas semanas de trabajo...

—Eso nunca viene mal. ¿Vas a pensarlo, por lo menos? —Asentí, pero con la boquita pequeña. Por suerte había viaje a Sevilla la semana siguiente: allí podría someter todo el asunto a profunda deliberación—. Bien. Hablando de otra cosa: ¿tienes planes mañana por la tarde?

—Pues contando con mi *impasse* laboral, no, ¿por?

Caye me echó los brazos al cuello. Trastabillamos un poco y casi nos caímos contra la encimera del salón. Ay, Dios...

—¡Porque nos vamos de boda, Nina! ¡De boda gitana, nada menos!

Ay, Dios...

Resultó que el coche que Antonio y Regencia iban a mandar para Caye y para mí, ayudante de fotógrafa por un día, era un Cabify. A ver, yo no juzgo a nadie, pero me habían vendido aquella boda, en las pocas horas que hacía que sabía de su existencia, como algo equiparable a lo de Carrie y Mr. Big, y, la verdad, verdad, de momento..., mñe.

—Ya te he dicho que esta gente maneja pasta. Billetes de verdad. De todos los colores. —Caye cargó el equipo y se puso el cinturón. Las dos íbamos en tonos *total black* y llevábamos para la ceremonia algo festivo, pero discreto—. Me han dado la mitad de lo acordado por adelantado.

—Eso explica tu tecleo incesante de anoche. ¿Cuánto te has fundido *online*, perra?

—Calla. Que algo te va a caer a ti por la ayuda.

—Bueno... Tampoco es que tuviera que ir a trabajar. Por lo menos así paso el día haciendo algo.

—No te olvides de la parte de la barra libre. De mí se espera que enfoque, pero tú puedes ponerte ciega a sol y sombras.

—¿Qué?

Caye me hizo un gesto con la mano y decidí dejarlo ahí. Empecé a ver cómo nos íbamos alejando de la zona de Chamberí, y poco a poco fuimos yéndonos hacia la sierra. La temperatura bajó considerablemente cuando llegamos a Guadarrama y mi reflejo en el espejo del taxi se fue llenando de vaho conforme la respiración se volvía más trabajosa. Me arrebujé en el abrigo, esperando que la jornada de trabajo fuera tan dura como Caye prometía, ya que había decidido aceptar cualquier opción con tal de apartar de mi cabeza la incertidumbre laboral en la que me encontraba sumida.

—Odio un poco las bodas —oí decir a mi amiga, que aferraba el maletín con la Nikon como si fuera un anillo de brillantes—. Me recuerdan que estoy sola... Porque el amor es una trampa. ¿Qué te apuestas a que en menos de un año vengo a fotografiar la luna «de hiel» de María Paloma?

—No les digas eso a sus padres.

Sonreímos, pero, la verdad, las dos notamos que el espíritu se nos achicó un poco. No se trataba tanto de ir a una boda cuando ambas estábamos solteras; es que yo, en mi caso particular, no recordaba la fecha de mi última cita. Y, de «lo otro», ni hablamos. Después de Fede, mi última relación fallida, dos años antes, quien todavía me debía un par de letras de su coche, me había centrado en mi trabajo.

Se suponía que, para este momento, con veintinueve años llamando a la puerta, todo sonreiría, pero la vida a veces nos lleva por caminos serpenteantes, incómodos y muy... fríos. Porque, joder, qué frío hacía en Guadarrama.

María Paloma vivía en una finca llamada *Dios es mi luz*, lo que me obligó a poner los ojos en blanco, pero como Caye me había avisado de antemano, cerré la bocaza. Entre las dos cargamos con el equipo y nos dirigimos a la entrada, donde mi trabajo sería, básicamente, irle pasando a Caye el instrumental que había memorizado la noche anterior mientras ella iba capturando todos los momentos que Regencia había estipulado en el contrato que quería ver reflejados.

Empezamos por la *suite* de la novia, que era la mujer más guapa que había visto nunca. Feliz, llena de entusiasmo, joven, delgadísima y con un vestido de cuatro ceros. Hacerle las fotos fue impresionante.

—Pascual ha traído su propio fotógrafo. Un primo de su madre. Dice que es

bueno, pero seguro que tú eres mejor. La familia siempre se toma confianzas y se emborracha, y luego sus fotos saldrán movidas, pero las mías van a ser perfectas. — María Paloma sonrió ampliamente al objetivo de Caye, que me echó una miradita suspicaz.

—Es bueno ver que los matrimonios empiezan con rivalidad —le susurré yo, provocándole risas.

La finca *Dios es mi luz* era tan impresionante como la imagen de los Mendoza había prometido. A mí me recordaba un poco a la *Hacienda Elizondo*, la casa de *Pasión de Gavilanes*, con su doble altura, sus establos a lo lejos... No había hombres macizos en camiseta y sombrero vaquero, pero, salvo eso, lo tenían todo.

Agarré el chisme para testar la luz —lo siento, Caye, tía, pero es que una noche no es suficiente para que me aprenda la nomenclatura entera de tus artículos de trabajo — y fui haciendo pruebas por la zona del festejo. Decir que aquello estaba a reventar se quedaría muy corto. Ni en el Primark de Gran Vía había visto yo a tantísima gente. Y todos soltaban pasta en un gran cesto situado en una mesa, y cogían patas de pollo asado y abrían botellas. La ceremonia iba a ser a las ocho de la tarde en la capilla de la finca, porque, por lo visto, a María Paloma le gustaba tanto la iluminación artificial que había decidido pasar de casarse de día. Después, llegaría la hora del banquete.

Grosso modo, conté unas cincuenta mesas con unas ocho sillas cada una. El espacio de la barra libre era tan grande como todo nuestro piso, y las fuentes de comida que no paraban de salir de la casa me dejaron muda. Tomé nota para preguntarle a Caye si habría alguna actuación musical épica..., y casi crucé los dedos por que su respuesta fuera que sí.

—He tenido que hacer una foto del pañuelo. Qué fuerte. Qué fuerte, tía... La hostia. —Caye cogió un vaso y le indicó al camarero con un gesto que se acercara —. Un sol y sombra, por favor.

—¿Va en serio? —Vi atónita cómo se lo terminaba de dos sorbos—. ¡Que estás trabajando!

—Esto es una boda gitana de verdad, Nina. De las que vemos en la tele y flipamos con que ni de coña eso pasa... Pues pasa. He sacado fotos del pañuelo y María Paloma me ha contado con pelos y señales la experiencia. Dios..., no se ha callado nada. Ah, y lleva corona.

—Pues yo creo que uno de los platos de la cena va a ser el cochinillo. Con manzana incluida.

—Muy fuerte. —Caye levantó la cámara y empezó a disparar—. No sé si me flipa o me horroriza. Puede que las dos cosas a la vez. Estoy «fliparrizada».

Usamos mucho esa palabra durante el resto de la noche.

Pascual y María Paloma Mendoza contrajeron matrimonio religioso en la más estricta intimidad que les daban sus seiscientos ochenta y siete invitados. Todos allegados. Familia, según el orgulloso padre. Mientras Caye se ocupaba de su trabajo, yo, ataviada con un vestido negro de tirantes y el pelo rizado suelto en unas ondas más o menos decentes, iba sugiriéndole al oído planos de momentos para recordar. Como, por ejemplo, tomar desde atrás una instantánea de la novia subida en su trono, siendo jaleada por los invitados y donde se veía, a un lado y surcada de lágrimas de emoción, la cara de su madre, con las manos en alto, como levantando una plegaria a ese Dios en el que tan fervientemente creían por la felicidad de la mujer que ahora empezaba su nueva vida.

—Eres muy buena en esto, Nina. En serio. —Caye cambió la batería de la cámara y sacó algunos planos detalle de la cubertería y las servilletas, desenfocando los restos de la tarta de siete pisos para sacar la imagen de los novios, grabada en plata, del detalle de recuerdo que nos habían dado—. Estás componiendo un guion de imágenes muy bueno.

—No es lo mismo que guionizar un programa. Sé por dónde vas...

—Di lo que quieras, pero posees un don para encontrar el momento. No deberías desaprovecharlo.

—No sé... Aunque fuera verdad, preferiría sacarle partido a ese hipotético don sentada en una sala para guionistas, trabajando secuencias, diálogos o estructurando noticias, en vez de organizando un *casting* para elegir al tío al que se supone que voy a engatusar por el bien de *Cliché*.

Caye se encogió de hombros. Se estiró como una contorsionista y agarró un plato de tarta abandonado de una bandeja.

—Nadie dice que lo tuyo con don desconocido vaya a acabar en tronos flotantes y cerdos con manzanas en la boca, pero conocer gente no va a matarte.

—Ahora soy yo la que está «fliparrizada». ¿Me estás animando a que me enrolle con el tío del pueblo que salga elegido como protagonista?

—Tienes que escogerlo tú, ¿no? Pues, por lo menos, que te guste.

La madrugada nos encontró entonando cánticos. En algún momento, el primo segundo del hijo de alguien sacó una caja. Y, luego, guitarras, y la cosa culminó conmigo sosteniendo la Nikon de forma precaria entre las manos mientras Caye se marcaba unas sevillanas agarrada del brazo de Antonio Mendoza. Hice fotos con el móvil, que lo manejaba mejor, porque aquello era digno de recuerdo.

Me senté en la barra y me tomé un par de *gin-tonics*. No estaba con el ánimo muy festivo, pero me alegraba de haberme llevado mi comida de tarro a otro sitio. Con la

cantidad de vueltas que le iba a dar al tema, lo último que necesitaba era terminar aborreciendo mi piso a fuerza de recorrerlo cual alma en pena anotando cosas en mi lista de pros y contras.

—Oye, pelirroja, ¿te echas un baile o vas a estar mohína toda la noche?

El moreno del que provenía aquella voz me sonaba de algo, pero, irónicamente y pese a mi trabajo, no estaba muy al día de los últimos rostros famosos que poblaban la televisión. Me planteé seriamente rechazarlo, pero al final... ¡Qué coño! Aquello era una boda, ¿no? No pretendía que mi mal karma fastidiara las cosas a María Paloma. Asentí, esperando que no fuera un tronista de *Mujeres y hombres y viceversa*, y dejé que me llevara a la pista.

Los problemas, como la vida, nos perseguirían al día siguiente. Sin darnos tregua ni descanso, pero por esa noche Caye y yo fuimos más jóvenes, nos mostramos un poquito despreocupadas y bailamos como si solo nos vieran... unas seiscientas personas.

6

A SEVILLA SIN AMOR

Ya lo advierte sabiamente el refranero español: noches de desenfreno... Así que lo que bien entró durante la celebración de la boda, dio la lata los dos días posteriores.

Al final, mi baile con el desconocido moreno derivó en tres... o cuatro. Me dejé tentar con el sol y sombra y acabé mezclando brebajes, como hacía de niña en los cumpleaños de mis primas, metiendo Seven Up y Coca-Cola en el mismo vaso y buscando a un aguerrido familiar que se atreviera a probarlo.

Como *beneficio* a mi resaca, tardé al menos dos días en recuperar por completo la estabilidad emocional y espacial, lo que le regaló a mi cabeza llena de ideas funestas un descanso. A la tercera mañana, cuando pude poner un pie en el suelo sin que todo me diera vueltas, encontrando por fin las ganas y el entusiasmo para comer algo decente, ducharme y vivir mejor que un escarabajo pelotero, vi a Caye sentada en el sofá. Las piernas cruzadas, el pelo en una trenza larga que le caía por la espalda y su pijama de *Los Aristogatos* como atuendo. Me saludó con la mano sin levantar la cabeza de su Mac.

—¿Ya estás liada con las fotos? —le pregunté mientras meneaba la cafetera. ¡Premio! Quedaba café dentro—. ¿Cuándo tienes que entregárselas al señor Mendoza?

—Lo antes posible. No me gusta apurar la fecha.

Se levantó estirándose y revolvió en el armario de detrás de mí. Sacó unos Donettes de cebra y me ofreció uno. Acepté. Mi cuerpo necesitaba recuperar azúcares.

—¿Hay buen material? —Caye asintió—. ¿Y material del que puedes usar para extorsionar a esa familia de por vida?

—¡Bah, de ese siempre sobra! Pero me han caído bien, así que eliminaré las pruebas. Hay una foto de María Paloma de hombros para arriba, rollo busto de Nefertiti, con la corona puesta y un haz de luz impactando directamente por detrás que... —Unió las manos delante del pecho y puso cara angelical—. El padre la va a enmarcar al lado de la Esperanza de Triana, te lo juro.

—No blasfemes, Caye.

Se rio en mi cara.

—¡Pero si tú no eres creyente!

—Pero soy sevillana y me tomo en serio las cosas que son serias. —Eso y que a los cinco años mi hermano Jesús me había dicho, en plena Semana Santa, que las imágenes de las cofradías, igual que los muñecos de *Toy Story*, cobraban vida cuando nadie los veía. Me pasé un mes sin dormir tranquila—. Hablando de lo cual, habrá que ir ultimando detalles.

—Pues quiero entregar las pruebas antes de irnos, así que más vale que vuelva al tajo y no me levante para nada... en absoluto.

Casualmente aquella semana le tocaba a ella limpiar la cocina. ¡Qué conveniente!

La dejé liada con lo suyo y me volví a la habitación. Miré el chiquero en el que había estado metida y recordé aquel dicho, de no sabía dónde, que rezaba que, si querías poner en orden tu vida, primero debías hacerlo con tu casa.

Después de llenar una lavadora con todo lo acumulado en la silla alta de mi escritorio, la tarea se redujo considerablemente, así que me vine arriba y seguí. Cambié las sábanas, sustituí las toallas de mi baño, recopilé todos los enseres personales de mis distintos bolsos con el firme objetivo de colgarlos del perchero situado tras la puerta en vez de en cualquier superficie posible; puse en el pasillo de la entrada las cajas y envoltorios desechados de los paquetes que había ido recibiendo y saqué los cuencos de cereales, vasos vacíos y cubiertos pegajosos que había almacenado durante mis dos días de «baja».

Me sentía como esas abuelas que tienen un pico de energía justo antes de ponerse muy pochás, pero decidí aprovecharlo. Me metí en la ducha, me depilé las piernas, usé espuma efecto mojado para mis rizos y, cuando iba saliendo envuelta en la toalla, me encontré con Caye sentada en mi cama. Su ordenador estaba girado hacia mí, y en la pantalla se me veía sonriente, en brazos del misterioso moreno de la boda. Enarqué una ceja.

—No creo que Antonio Mendoza eche esa de menos.

—Pues a mí me parece una foto preciosa de la que no deberíamos desprendernos. ¡Es como lograr fotografiar sin trucos ni sombras al monstruo del lago Ness! ¡Tú, bailando!

Le hice una peinetita, pero en plan bien.

—No creo que aporte mucho a María Paloma en su álbum de recuerdos.

—Ni la mía dándole por sevillanas con su padre, pero por lo menos nos vale para recordar que durante un rato lo pasamos bien. —Caye sonrió, con esos hoyuelos de muñeca tierna que eran irresistibles. Los había usado en primaria, y ahí seguíamos. *Friends forever*. Ay, qué maldita era—. ¿Verdad que lo pasamos bien?

—Lo pasamos genial. Y no sabía la falta que me hacía hasta que me liaste.

—Ya he encargado el regalito con el que voy a compensarte.

—No necesito que me compenses. —Cerré el bote de crema después de darme una buena capa en las pantorrillas y me afiancé bien la toalla debajo de las axilas—. Tengo que vestirme; guarda la foto si quieres, pero nada de redes sociales.

—Claro que no, ¿por quién me tomas? —Yo, que la conocía, sabía que Caye estaba a años luz de ofenderse, pero la pobre seguía intentando clavar aquella expresión—. Además, no queremos mandar mensajes erróneos a tu futura pareja antes de que empiece la nueva temporada de *Cliché*, ¿a que no?

Agarré un cojín para lanzárselo, pero escapó de mi habitación antes de que pudiera darle. Aquellas palabras, que nos tomamos a risa en su momento porque mi decisión no estaba tomada, ni era algo tan frívolo como hicimos parecer, se convirtieron en un vaticinio. Uno que me trajo un montón de problemas..., pero al que llegaremos más tarde.

Me puse unos pantalones cómodos y una camiseta. Salí a la cocina y decidí ser inteligente y proactiva. Con un viaje en ciernes, lo más inteligente era gastar la comida susceptible de estropearse, así que saqué un par de filetes y machaqué ajo y perejil. Envolví unas patatas en papel de aluminio y las metí en el horno. Golpeé la carne con un martillo de cocina que enarbolé con la misma dignidad que si se tratara del Mjolnir. Me imaginé a Esther como mi Thanos particular, y, qué queréis que os diga, la carne quedó tierna y maleable en un segundo.

Mientras los fuegos se calentaban y la cocina rezumaba de olores, entré en mi cuenta de Amazon desde el móvil y busqué alguna lectura para afrontar el viaje en tren. Me decanté por el famoso libro del orden de Marie Kondo... y lo abandoné nada más leer la muestra gratuita —¿tirar los libros? ¡Venga ya, Marie!—. Al final me hice con lo último de Silvia Sancho. La autora española que me había enseñado a volar me retaba esta vez a saltar con ella, y decidí que a mi vida podría venirle bien un poco de emoción, aparte, por supuesto, de la posibilidad real de ser cabeza de cartel en mi propio *reality*. #Toomanyfeelings.

Arranqué a Caye de sus deberes y comimos juntas, charlando de todo y de nada, compartiendo mierdas, risas y recuerdos de aquella boda épica que, por lo visto, se había convertido en el epicentro de nuestra vida social. Al menos, por el momento. En la sobremesa, y tras conseguir que Caye fregara bajo amenaza de no volver a cocinar jamás —ella, pobrecita, no es apta para estar cerca del fuego en ninguna circunstancia—, me fui a mi habitación a leer y organizar cualquier cosa digna de ser organizable.

Los portales de noticias sobre farándula y televisión anunciaban el corte en la temporada actual de *Cliché*, y no había demasiados espectadores penando por ello.

Por lo visto, el supuesto futuro de María la *influencer* y Pujol el *youtuber* no era de importancia suficiente como para que nadie recogiera firmas o pugnara por que el *show* continuara. Me vine un poco bastante abajo, la verdad.

Nadie parecía pensar en qué repercusiones tendría aquella cancelación en la vida de los profesionales implicados en el programa. Yo había puesto mucho entusiasmo y dedicación en el *casting*. Había empleado horas de mi tiempo libre, energías e ilusión a raudales, y la cosa no había despegado como debía. Ahora me debatía entre irme al paro, con la desazón y esa vocecilla molesta en mi oído susurrándome que quizá era mejor dependienta que periodista, o aceptar unas condiciones que no me parecían dignas solo por demostrar que, después del tropezón, seguía mereciendo que contaran conmigo.

No era algo fácil. Más allá del miedo al ridículo, del desplazamiento a quién sabe dónde y de lo que pudiera depararme en lo personal el proyecto de *Cliché 2.0*, la espinita del fracaso seguía muy clavada en lo más hondo de mi pecho, haciéndome sangre cada vez que respiraba profundamente. Sacármela me iba a costar, sobre todo porque no tenía yo la confianza en mí misma en unos niveles muy sanos en aquel momento.

El viernes a las cuatro de la tarde, después de dejar a Loki a cargo de mi vecina Charo, Caye y yo estábamos en cola, en Atocha, para coger el tren. Por delante, algo menos de tres horas hasta la estación de Santa Justa, donde mi padre y su taxi nos recogerían a las dos.

—Me quedaré contigo un ratito, para saludar a tu madre y tal, pero esta noche duermo en casa —me dijo Caye, que, con su gorra de visera y aquel abrigo peludo tan apañado, era clavada a Paula Echevarría en uno de sus *stories*.

—Mientras no me falles mañana... —Le hice un mohincillo, aunque ya sabía que no era necesario tirar de zona blanda.

—¡Toma, pues claro! Mañana la nena se balancea inexorablemente en la cuerda floja que te situará más cerca de los treinta, ¿cómo me lo iba a perder?

—Vete a tomar por culo, anda.

Entre risas —más ella que yo. Pedorra...— nos subimos al tren. Esa mañana mi madre me había cogido por banda en una de sus llamadas interminables de *checking*, asegurándome que todo estaba preparado para el sábado. Y aunque suena a cumpleaños de familia torera, la verdad es que no iba a ser otra cosa que una barbacoa familiar muy cerradita. Nuestros pocos parientes vivían en los alrededores, pero yo ya no estaba para la típica foto detrás de la tarta flanqueada por todos mis primos, así que seríamos mi núcleo y el de Caye. Después, si las ganas

acompañaban, lo mismo salíamos por ahí a tomarnos algo, pero eso dependía mucho de cómo fueran las horas previas.

Y me explico: iba a contar a mis padres lo de mi cagada laboral. Y lo de la posterior oferta que pondría la carita dulce de su hija directa en los *zappings* de televisión.

—Deja de rayarte. —Caye me arreó con su bolso antes de cruzarse de piernas frente a mí—. No vas a conseguir nada dándole cuatrocientas vueltas más al asunto. Cuando te comas los boquerones en vinagre de tu madre y estés por el segundo vino, se lo cuentas, metes en el saco de opiniones las que te valgan y decides.

—Lo haces parecer fácil, pero no lo es.

—Nina, si no quisieras participar, ya habrías dicho que no.

Después giró la cabeza hacia la ventana y se puso a tararear *1+1 son 7*, de Fran Perea, como siempre que íbamos de camino a la estación de Santa Justa. Cayetana era una mujer de costumbres y aquella era su tradición. Sin embargo, esa vez pasaba algo más: movía la pierna con insistencia y no paraba de tocarse el pelo. Estaba nerviosa, solo que yo, perdida en mis asuntos, no me di cuenta.

Ojalá me hubiera fijado, porque entonces podría haber indagado y a lo mejor lo que estaba a punto de pasar no habría pasado. Ya sabéis cómo somos las personas cuando nos agobian los problemas: tendemos a tener la cabeza metida en nuestro propio culo. Pobre Caye...

Tras un rato de lectura decidí darme una vuelta por el tren. Usé el baño, estiré las piernas y cacé al vuelo un par de conversaciones relacionadas con el fiasco de *Cliché* que me llevaron de vuelta a mi asiento con la barbilla agachada. Las palabras de Cayetana, que en ese momento dormitaba con la babilla escurriéndosele, hicieron diana en mí: ¿quería yo el programa tan a toda costa que estaba dispuesta a ser su cara visible?

Por un segundo me lo imaginé: sesiones de peluquería y maquillaje, revisión de guiones en mi propia caravana mientras un café de los de cinco euros esperaba en mi mesilla, un guapísimo hombre de pueblo de cuyo nombre no podría acordarme rendido a mis pies, audímetros que rompían todos los récords, Ana Rosa Quintana llevándome a su programa, Netflix comprando los derechos para convertir la temporada de *Cliché* en serie y mi papel siendo protagonizado por Emma Stone.

Me parece que a mí también se me cayó la baba. Pero solo un segundo. Todo aquello reventó como una burbuja en un frenazo del tren. Agarré a Caye para que no se comiera el suelo, y mientras la ayudaba a volver a poner su culo a salvo en el asiento, dejé todas aquellas gilipolleces a un lado, porque yo quería ser una periodista seria, quería que los contenidos en los que trabajaba, que los temas de los

que hablara y aquello a lo que me dedicara contaran con una repercusión real. Que importaran, aunque fuera solo a un puñado de personas y no a cientos o millones.

La gran pregunta era: ¿me llevaba aceptar el trabajo más cerca de ese objetivo? Y si la respuesta fuera no: ¿merecía la pena de todos modos?

Llegamos a Santa Justa cansadas, con los oídos embotados de los traqueteos y las voces y, por lo menos yo, deseando cambiarme de ropa y darme una ducha que durara diez años. En un mundo perfecto controlado por el ego que yo había llevado en todo lo alto meses antes, había cogido el billete un viernes por la tarde, día de la emisión del directo de *Cliché*, para recrearme en los comentarios de la gente que viajara con nosotras.

Esperaba oír largas charlas y diatribas interminables sobre cómo María y Pujol estaban superando todas las expectativas... y había sido todo lo contrario. Pero, bueno, ¡ya estábamos en casa! Por lo menos tenía el consuelo de la cercanía de mis seres más queridos y de lo cerda que me pensaba poner con la comida de mi madre.

—¡Ahí está tu padre!

Caye salió escopetada hacia el taxi y se lanzó a los brazos de mi padre, un señor delgado de sonrisa bonachona y una matita de pelo cano que ya apenas se dejaba ver. Se dieron un par de besos y, como todos los días, Francisco Carvajal abrió el maletero y cargó las maletas sin que estas parecieran pesarle más que una pluma. Cuando yo llegué a su altura, hizo lo propio, me miró de arriba abajo y después puso las manos en mis hombros, sentenciando:

—Estás en los huesos, vida. No me comes nada en la capital.

Ay, ¡cómo quería yo a mi padre!

Nos anunció que el taxímetro corría, y emprendimos camino en dirección a Montequinto. Caye y mi padre se pusieron al día mientras yo me empapaba de los olores de aquel camino que marcaba el regreso directo a casa. Uno nunca echa de menos lo conocido hasta que se va lejos, y esa es una verdad como un templo. Aquel fin de semana iba a tener que servir de revulsivo, de cargador universal para unas baterías que venían muy flojas de Madrid, porque si la cosa del programa tiraba adelante —y era un gran «sí»—, la próxima escapada a casa tardaría mucho en programarse.

—Susos se nos une esta noche para cenar al final —dijo mi padre, mirándonos por el retrovisor—. Ha podido cambiar el turno con un compañero. No descarta que le llamen en algún momento del fin de semana, pero le veremos gorroneando por ahí.

—Y apestando el ambiente con su rancia presencia —dijo Caye.

—¿Qué dices, hija?

Caye se apresuró a mostrar su sonrisa más brillante y negó con la cabeza. Joder,

cómo estaba el percal, ¡y todavía no habíamos llegado!

—Nada, Paco. Que es buen plan contar con toda la tropa en casa, ¿eh? Encarna estará contenta...

—Encarna está que se la llevan los demonios metida en la cocina, pero, eso sí, no intentes pelar ni una patata porque te degüella. —Hizo un giro de muñeca y entró en la explanada que llevaba a nuestra casa. Casi aplaudí: allí me sentía a salvo, lejos de Lula, de Esther y de todas sus ideas de bombero—. Pero, sí, es una alegría tener a Nina y a Suso en la misma mesa. Y a ti, flor. Sobra decirlo.

—Yo esta noche me voy con el señor quiosquero y su mujer —dijo Caye, refiriéndose a sus padres: los llamábamos desde siempre «señor quiosquero y señora quiosquera».

Mi padre se rio a carcajadas, y yo, a mi pesar, también. Caye era como la hermana pequeña que jamás había querido, pero con la que al final me había tocado lidiar.

Mi madre y su delantal de «En esta cocina mando yo» nos esperaban en la puerta. Abrazos, besos, sonrisas, alguna lágrima, avisos de que la cena iba a retrasarse porque habíamos cogido el peor tren de todos... Hogar, dulce hogar. Los que volvéis al nido materno por escasos períodos de tiempo viviendo fuera sabéis de lo que hablo.

Arrastré mis cosas hasta mi antiguo dormitorio, que guardaba todavía algunas de mis viejas reliquias, y me senté en la cama unos minutos, cogiendo aire. Las voces de mis padres en el salón me llegaban amortiguadas, al igual que la risa de Caye, que aceptó una tapa de boquerones mientras seguía repitiendo que tenía que irse a casa del quiosquero que la había parido para, por lo menos, saludar. Sonreí con los ojos cerrados y la mano apretada a la altura del pecho. Mi título de periodista colgaba de la pared. Mi foto de la licenciatura, algunos artículos enmarcados que había escrito en el instituto... Todo aquel dormitorio hablaba de sueños de futuro. Y yo me iba lejos para cumplirlos.

La niña que imprimió su carta de aceptación en la Complutense de Madrid y la pegó en el corcho no quería doblar ropa ni vender zapatos caros en la calle Princesa: quería ejercer la profesión que amaba, aunque solo fuera en una revista modesta de tirada nacional. ¿Qué le había pasado a aquella Nina Carvajal? ¿Me habían cegado las luces de la gran ciudad, el dinero fácil de la tele, la ambición desmedida? ¿Había perdido el norte, o lo veía delante y me negaba a aceptarlo porque venía envuelto en un papel que no era de mi color favorito?

—¿Nina? —Mi madre, que había levantado los nudillos para llamar como mero acto de cortesía, me sonrió desde el umbral—. ¿Está todo bien?

—Ya sabes, paseándome por el museo de los horrores de la infancia.

—Pues polvo puede que haya, que a mi edad ya las motas se me escapan, ¿pero horrores? Los recuerdos de la niñez son lo más bonito que nos queda cuando crecemos.

—Y tú los conservas preciosos.

Me incorporé para darle un beso en la sien y oler aquellos rizos de un rojo, ya desvaído, que yo había heredado. Mi madre estaba impregnada del olor a casa. De la memoria. De la cena maravillosa que me pensaba meter entre pecho y espalda.

—Anda, ya habrá tiempo de hablar de eso luego... —Y sus cejas sabias se fruncieron—. Porque hoy no ha habido programa.

—No..., no ha habido.

—Bueno, como he dicho, ya habrá tiempo. —Se atusó el delantal y abrió de par en par la puerta del dormitorio, haciéndome ese gesto tan de madre que dice sin hablar «Arreando, por delante de mí»—. Suso acaba de llegar.

Como Caye no se había despedido, decidí darme prisa en salir, no fuera a ser que, al encontrarse con mi hermano, y por razones que todavía me eran desconocidas, acabaran arrancándose las cabezas como gallos de pelea. Siempre se habían picado, desde que yo podía recordar, pero los dos últimos años parecía haber pasado algo entre ellos que provocaba que verse, ocupar el mismo espacio físico o respirar un aire cercano fuera un imposible.

Crucé el pasillo y me encontré con mi hermano colgando la chaqueta en el perchero justo en ese momento. Mi padre ya se había levantado de su sillón orejero para saludarlo, y Suso, niño de papá de toda la vida, agachó su buen metro ochenta para que el viejo taxista le diera un beso y una palmadita en la mejilla.

Jesús era... ¿Cómo define una a un hermano? Alto, moreno. Con un poco de barba en el mentón cuadrado y patillas. Corpulento y muy ancho de espaldas, habría podido ser nadador, pero siempre se decantó por la rama médica. Aunque eso sí, sin matarse demasiado. Nunca ambicionó ser cirujano; en lugar de eso, se centró en la enfermería, y ahora era el orgulloso responsable de enfermeros de la planta de pediatría del Hospital Universitario Virgen del Rocío. Tenía vocación y mano para los críos, cosa que a todos nos sorprendió. A mí la primera. Pero no es oro todo lo que reluce, y Jesús afirmaba que su trabajo, además de las satisfacciones propias, le traía otras cosas, como, por ejemplo, multitud de bragas de mamás agradecidas.

No haré comentarios.

—¡Hombre, hermanita! —Vino hacia mí con los brazos abiertos. Me apretujó como si fuera a sacar una morcilla de su envoltorio—. ¿O debería decir *hermanota*? Estás a nada de ponerte un año más vieja.

—Tú ya pasas la treintena, Susito. No me jodas.

—¿Yo? —Sonrió, mostrando sus hoyuelos matadores... para otras—. Pero alguien debería ir pensando en sacrificarse, ¿no?

Le saqué el dedo y mi padre me dio un capón. Un señor capón en toda la parte trasera de la cabeza. Gracias a Dios que tenía pelo de sobra para amortiguarlo.

—¿Pero es que no vais a crecer nunca, cojones?

—Ha empezado él. —Y señalé a Jesús, que había cruzado los brazos y negaba con la cabeza—. Pero como es tu favorito...

—Y con veintiocho años más vale que lo aceptes. —Mi hermano era un capullo, pero su mala baba encontró algo que hizo que le brillaran aquellos ojos azules suyos de esa forma que yo conocía bien. En cuanto su centro de interés se fijó en algo que no era yo—. Vaya... ¿Seguimos recogiendo perrillos de la calle, papá?

Cayetana, que en ese momento cogía su bolso y se despedía de mí hasta el día siguiente con un abrazo afectuoso, le dedicó una sonrisa de hielo que habría derretido a la protagonista de *Frozen*.

—Esa es una evidencia —le dijo a Jesús, pasando por su lado como si no le viera, aunque mi hermano fuera una mole que podía, literalmente, echársela al hombro—. Estás tú aquí, ¿no? ¿Qué más perro necesitas?

Jesús agarró la puerta justo antes de que ella pudiera cruzar el umbral. Se miraron un segundo, y, no sé por qué, pero juro que sentí ganas de buscar algo de picar y sentarme a observar.

—Que no se entere el bueno del quiosquero de que hablas así después de la educación que tanto le costó pagarte.

—Que te den, Susito. —Caye bajó mucho el tono, pero no sé yo si mi padre simplemente no la escuchó... o lo dejó pasar.

—Ya hemos establecido que eso te gustaría, Cayetana, pero, también, que no puede ser. A ver si lo vamos asumiendo.

Entonces, los ojos de Caye se pusieron tan negros que temí que acabara a patadas y puñetazos contra los aparadores. En lugar de eso, giró la cabeza y gritó un adiós muy efusivo, tras el que desapareció de mi casa como una exhalación. Me quedé mirando a Jesús como si le viera por primera vez. Él, todo mano izquierda y habilidades sociales en un ámbito tan estresante como el trabajo con niños enfermos y familiares desquiciados, no parecía contar con ningún aguante con mi mejor amiga.

—¿Qué? —me increpó, cerrando la puerta y enfilando a la cocina—. Como si que no nos aguantáramos fuera una novedad.

Levanté las manos en son de paz y le seguí. Terminé de poner la mesa mientras mi madre nos contaba no sé qué de mi tía Graciela, que, por lo visto, había decidido

vender su mercería para irse a las islas Fiji a la tremenda edad de sesenta años, pero mientras prestaba oídos a la charla materna mantuvo el rabillo del ojo puesto en Jesús, que no se separó de la ventana hasta que la luz del porche de la casa familiar de Cayetana se encendió y su sombra, divisable a los escasos metros que separaban nuestras casas, cruzó a salvo la puerta.

7

ANDE YO CALIENTE... Y ÉL. Y ELLA

Dorothy sabía de lo que hablaba cuando dijo eso de: «No hay nada como el hogar». Y es que abrir los ojos y estar en tu cama de toda la vida no se paga con dinero. Uno se siente seguro, a salvo y en un estado mental de absoluta paz cuando todo cuanto le rodea le es conocido y querido. Y esa sensación perdura y se acrecienta con los sonidos y los olores que se van colando por las rendijas de la mente, conforme esta se va despertando, y del corazón, que late con fuerza, dispuesto a afrontar las vicisitudes que le han llevado de vuelta a los protectores brazos del hogar.

Filosofías de sábado aparte, servidora y su pijama lleno de pelotillas —pero cómodo como ninguno de Women' Secret llegará a ser jamás— se ataron los rizos en una coleta alta y salieron trastabillando por el pasillo. Jesús medio roncaba echado en el sofá, con los pies por fuera y uno de los bíceps tapándole la cara. Al final la cena se nos había alargado y a mi madre le había dado lástima que se marchara tan tarde. Lo que, traducido, quería decir: «Te has tomado dos cervezas y para coger el coche tendrás que pasar por encima del cadáver de tu progenitora, aquí presente».

En la cocina musitaba la radio que solía acompañar a mi madre cuando cocinaba, y al fuego, bendita fuera, la cafetera.

Me acerqué por detrás y le di un beso en la coronilla. Ella me sonrió y me acercó el paquete de cereales y un cartón de leche. Juro que esperé que me preguntara en cualquier momento si para el recreo quería bocadillo de Nocilla o de jamón y queso. Como he dicho, reminiscencias de hogar. Dulces. Añoradas. Atesoradas con mimo.

—Buenos días, doña Encarna, señora de Carvajal.

—No recuerdo haber puesto anoche en la mesa un payaso para que te hayas levantado tú tan boba.

Cogí la cafetera al vuelo cuando la tapa empezó a agitarse y la puse sobre el tapete de la encimera. Removí con una cuchara larga y, luego, me serví una generosa cantidad. Vale, las cápsulas de Clooney no estaban mal, pero como el café hecho en una máquina con más de veinte años de servicio a sus espaldas, nada.

—¿Has dormido bien? —preguntó mi madre, apañando cosas que, me daba a mí

en la nariz, acabarían en paella—. No te veo mala cara, pero te he parido, y a mí no me engañas.

—Ya sabes..., el trabajo.

Asintió, cogió un paño y se limpió las manos con él. Mi madre es como esos tíos de detrás de las barras del bar que cuando saben que se avecina tormenta empiezan a limpiar vasos como si no hubiera un mañana.

—Tu padre se ha ido a por unos mariscos frescos. Ya sabes que a él eso de la tele no le llama mucho, aunque es bien listo y se huele que algo te ha pasado. Es por los resultados del programa, ¿verdad? ¿No han ido bien?

—«No han ido bien» es poco decir, mami. Por lo visto, los concursantes que elegí no cumplen con las exigencias de la audiencia.

—¿Y qué quiere ver la gente? ¿Cómo dos personas se pasan el día dale que te pego? ¡Pues que se pongan los clasificados, hombre!

Me tuve que reír. Y mira que era difícil.

—Pues se ve que sí, que eso es lo que se busca. —Y no iba a ponerme remilgosa solo porque a mí no me había salido bien, ojo, que yo eso ya lo sabía—. La cosa va lenta, y de verdad que yo pensé que esos dos juntos harían saltar chispas y que por lo menos la cosa se pondría interesante, pero no ha sido así.

—Bueno, ¿y qué problema hay con que se tomen las cosas con calma?

—Pues que el programa, mami, dura cinco semanas. No hay calma posible. Los concursantes no estaban ajustándose a las votaciones del público y los picos de audiencia caían. Es... difícil de explicar.

—No, hija, no lo es. Resulta que como no ha habido cama y frote con refrote, ya no les ha parecido que venda bien.

Pues, oye, tenía ella toda la razón, no era tan complicado.

Le hice un resumen breve sobre cómo María y Pujol, a pesar de contar con todo de su lado para... frote y refrote, no se habían encontrado inclinados a dejarse llevar por la pasión, lo cual era responsabilidad mía, por no haber optado por unos perfiles más maleables y capaces de conectar.

—Y por eso lo han cancelado antes de tiempo. A la cadena no le sale rentable seguir con esta edición en abierto.

—¿Supone eso que te van a despedir, Nina?

Miré a mi madre a los ojos. Bueno, ahí venía lo gordo.

—Una de las opciones es irme a la calle, por supuesto..., y la otra... es que sea parte de una nueva versión de *Cliché* donde solo una de las partes sabrá que se encuentra en un programa donde ninguna situación y momento vividos es real, sino parte de una votación popular. —Le di un sorbo al café. Quemaba como las llamas

del infierno, pero necesitaba una pausa—. Se supone que escogerán un lugar habitado por pocas personas, que no conozcan el programa ni sepan cómo funciona... y la parte preparada, o el... señuelo, como lo llama mi jefa, se ganará a alguien que considere lo bastante apto como para que dé juego en cámara.

—¿Pero eso no es jugar con esa persona? ¿Engañarla?

—Es televisión, mamá. —Recordé las palabras de Lula—. Engañar es a lo que se dedican.

Un momento de silencio incómodo después, Encarna, señora de Carvajal, se sentó a mi lado y clavó en mí unos ojos que eran exactos a los míos.

—Quieren que ese señuelo seas tú, ¿no?

Asentí con un mohín.

—Y sigo sin tener claro si es un ascenso o un castigo más por mi cagada con el *casting*.

—Ay, Nina... No sé qué decirte. Por un lado, ¿sabes la de puertas que se te pueden abrir después de que todos te vean en la televisión? A ti, directamente, no tu nombre pasando a toda velocidad entre un montón de otras personas.

—Mamá, me sorprende mucho que digas eso. Pensé que estarías en contra de que vayamos a someter a todo un pueblo a..., bueno, a... *Cliché*.

—No me entusiasma el programa en que trabajas. Te lo dije en su momento. Es entretenido, no lo niego, pero obligar en cierta manera a la gente a cosas... No sé, hija, no parece apropiado. —Levantó la mano, lo que implicaba que aquello no había terminado—. Pero sé cómo te crie. Y no creo que estando en el centro mismo de ese caldo vayas a hacer nada malo.

Sonreí y apoyé la cabeza sobre su hombro. Ay, las madres... Podían encontrarte junto a un cadáver, con el cuchillo ensangrentado en la mano, y seguirían creyendo en tu inocencia.

—Yo tampoco me veo capaz de llegar a ciertos límites. —Primero y ante cualquier otra cosa, porque había líneas que nunca cruzaría siendo observada. Y, segundo, porque, además de las personas mirando tras las cámaras, estaban las que lo verían desde su casa. Impensable—. Pero habrá un guion al que deberé ajustarme, y esas dichas votaciones del público...

—Bueno, ¿y qué pasa si le das a todo eso tu propia lectura? ¿Te echarán? —Hizo una pedorreta—. No creo que pudieran seguir adelante sin la protagonista del tinglado, ¿no?

—Te aseguro que no les temblaría el pulso para buscarse a otra.

—Pero tú, Nina, serías la que renunció por sus principios. Y, además, ya te habrían visto en la tele.

—Es gracioso, pero eso es más o menos lo que dijo Caye cuando se lo conté.

—Porque Caye es una chica lista, Nina. Y tú también lo eres. —Mi madre cogió la taza tan pronto la hube vaciado y la metió en el lavaplatos—. No te digo que me guste ni que crea que es eso lo que debes hacer; solo te digo que, tanto si aceptas como si cambias de trabajo, tendrás abiertas todas las opciones. Y lo darás todo en la que sea que elijas.

—Gracias, mamá. No lo sabía, pero eso era lo que necesitaba oír.

Y el nudo en mi garganta me aseguraba hasta qué punto eran verdad mis palabras.

—Anda, termina el desayuno, pero no te llenes mucho. Almorzamos paella y cenamos barbacoa.

—Una barbacoa de un cumpleaños que todavía no me has felicitado.

—Porque te parí a las doce de la noche y no habrás cumplido otro año hasta que llegue ese momento. ¿Has terminado? Fuera de mi cocina.

Intercambié un par de *whatsapps* con Cayetana para informarla de las novedades, y ella se mostró tanto del «*Team Encarna*» como del «*Team Cliché*» en el pueblo; decía que el escaparate lo era todo para lanzarme. El problema es que yo no tenía ni idea de adónde podría lanzarme algo como aquello. En mis peores pesadillas me veía demacrada, en chándal, veinte kilos más gorda y haciendo guarradas con un desconocido, a todo color y en la portada de todas las revistas del país. Por supuesto, mi parte digna pugnaba por que yo jamás llegara a aquello, pero ¿y si el hipotético candidato terminaba gustándome?

Después de todo, y aunque intentara disimularlo, era humana. Una humana que llevaba sola el tiempo suficiente como para echar de menos ciertas cosas.

¿Conclusión? Todo era un lío.

Tras la copiosa comida, la sobremesa, algunos arrumacos a mi padre y un par de Chester, me volví al refugio de mi dormitorio y me decidí a volcar el desastre de mi maleta de mano sobre la cama. Para esa noche había pensado ponerme unos vaqueros pitillo negros y una blusa de seda roja cruzada a la espalda con la que luciría unos hombros muy hermosos de ver. Mis botines altos de charol, algo brillante para las orejas y un buen maquillaje conformarían el resto para ayudarme a franquear la terrible barrera que me alejaría inexorablemente de esa línea segura y estable que separaba la veintena de lo terrible que venía después.

Estaba dejándolo todo colgado de una percha cuando mi hermano Jesús se personó en la habitación. Le costó cruzar por la puerta de ancho de hombros como era, os lo juro.

—¿No sabes llamar, Suso?

—Mamá nos ha contado a papá y a mí lo tuyo. —Se sentó a los pies de mi cama.

Y la hundió un poco—. ¿Has decidido qué va a ser?

—Pues, mira, sé que abortar sería lo más sensato, pero es que yo le quiero, y aunque solo tengamos quince años y él se vaya a su país por ese matrimonio concertado, podemos conseguirlo.

—Mira que eres payasa. —Jesús sacudió la cabeza—. Y con una imaginación envidiable. ¿Cómo es que no eres tú la que pone a los otros en la tesitura de tomar estas decisiones de mierda, canija? Eres lista.

Vaya. Casi me había olvidado de que mi hermano, capullo la mayoría de las veces, era esa roca férrea que no se movía de tu lado cuando le necesitabas. Ay, otra vez el nudo en el estómago.

—Es la segunda vez que un miembro de la familia me llama lista.

—No te acostumbres. —Se pasó la mano por la cara. Iba necesitando un buen afeitado—. A papá no le hace gracia eso de que te estén grabando para que todos lo vean, y, si te digo la verdad, a mí tampoco.

—Era de esperar... Por no hablar del pequeño detalle de utilizar a todo un pueblo. Aunque me han asegurado que no estaré obligada a interactuar más que con un grupo reducido. Por temas de guion y durabilidad de los directos. —Ironicé—. Ofrecen un cambio bestial en la economía y la situación del lugar elegido, pero no sé si eso...

—Nina, que ese pueblo vaya a ser el más visitado por los fans desde las localizaciones de *Juego de tronos* a mí me da igual. Lo que me preocupa eres tú. —Jesús me clavó esos ojos azules—. Eres mi hermana pequeña. Te pusiste mala y no paraste de vomitar el año que mamá enseñó uno de tus vídeos de ballet en su club de lectura. Nunca has tolerado bien ser el foco de atención.

En eso llevaba razón.

—He crecido, Suso. Y, para tu información, soy periodista. Mi trabajo es estar expuesta.

—Tu trabajo es sentar el culo en una redacción y escribir periódicos y noticias serias. La verdad, me chocó lo de la tele, pero entendí que, bueno, podrías mantenerte oculta, siendo una periodista... de biblioteca, ya sabes. ¿Esto? Esto es una exposición pública. Una locura.

—¿Mantenerme oculta? —Le arreé con todas mis fuerzas. Y resonó, así que debió de dolerle. Sentí que había crecido diez centímetros—. ¿Crees que no soy lo bastante buena para estar delante de la cámara? ¿Es eso? ¿Soy fea y desagradable y por eso más me vale estar escondida en el sótano de las periodistas?

—No me toques los cojones, Nina. Eres mi hermana. Por supuesto que eres fea para mí.

—Imbécil.

—Eso ha quedado claro. —Jesús resopló. Después me miró, serio—. No quiero que te hagan daño, canija. Eres sensible y buena persona. A la primera mentira que digan de ti, te va a doler a rabiar. Y cuando algo te duele a ti, en esta casa arde Troya. No sé si voy a poder soportar que alguien diga o intente algo contra ti.

Qué cabrón... Ahora me apetecía abrazarle.

—Hay mucho en qué pensar, Suso. No es una decisión fácil. No soy mentirosa por naturaleza. No sé ocultar nada. ¿Plantarme delante de desconocidos, fingiendo ser otra, actuando según los parámetros que marcan? Quizá no sea para mí.

—¿Y entonces por qué no llamas y dices ahora mismo que no?

Y, como pasa a veces, vi clara la respuesta a esa pregunta.

—Porque eso es con lo que cuentan. —Levanté la cabeza. Un rizo me tapó los ojos y mi hermano me lo apartó con cuidado, metiéndolo detrás de mi oreja. Le cogí la mano y sonreí. Esta vez, sin medias tintas—. Esperan que me acobarde y diga que no. Quieren apartarme a un lado y seguir a otra cosa sin mí. Pero mis ideas son buenas, mi forma de trabajar es impecable y, sí, cometí un error que no sirvió de ayuda al programa, pero lo habría enmendado si me hubieran dado la oportunidad.

—Nina, no tienes nada que demostrar.

—Ahí es donde te equivocas, Jesús. ¿Qué hiciste tú cuando algunos de tus amigos se burlaron por escoger enfermería?

—Dejar que el tiempo hablara por sí solo. Yo estaba seguro, no debía convencer a nadie. —Me miró intensamente—. Y tú tampoco.

—Te equivocas otra vez. Hay alguien a quien tengo mucho que demostrar, y es a mí misma. No sé si diré que sí, pero si rechazo el programa te aseguro que no será por vergüenza ni miedo. Nina Carvajal no se achanta ni se acobarda ante nada.

—A no ser que ese «nada» sea una cucaracha voladora. Entonces estás muerta.

—¡Cierra el pico, Suso! —Lanzó una carcajada y me atrapó entre sus brazos de oso. Apretó tan fuerte que supe que no podría romperme jamás—. ¿Confías en que pueda conseguirlo?

—Confío en que estás lo bastante mal de la cabeza como para no dejar que nadie te mangonee. Y como vea ese culo tuyo sin ropa en la pantalla, te la vas a cargar.

Estaba convencida de que así era, y de que mi padre hacía extensible esa petición.

A las diez de la noche, la casa estaba llena de gente. Nosotros cuatro y los tres Hernández, Cayetana y sus padres, los famosos «señor quiosquero y señora quiosquera»: Ignacio, mi padre adoptivo por parte de mejor amiga, y Bea, que

lograría entrar hasta la misma habitación donde la reina Letizia guardaba sus zapatillas de estar por casa si llevaba bajo el brazo su famosa ensaladilla.

Mi padre había montado un toldo en el patio trasero y andaba liado entre las brasas, con Suso a la zaga, que se tomaba una cerveza e iba comentando los últimos desaguisados del fútbol y el trabajo, alternando los temas según mi padre participara más o menos. Andaba mohíno mi taxista, y eso requeriría de una charla consistente por mi parte, pero mientras tanto...

—¡Es tu cumple, tía!

Caye me echó los delgados brazos al cuello —otra vez— y me dio un coletazo que, de haber llevado yo lentillas, me las habría sacado de cuajo.

—Y tú vas piripi. ¿Es que no se te ha asignado un controlador?

—Buah, no lo necesito. —Sí. Lo necesitaba. Siempre. Cayetana no sabe beber. Su hígado tiene el tamaño de una aceituna con hueso—. Vivo a dos pasos y mis padres han venido. Tu hermano está más insoportable que nunca.

—Hablando de hilar temas al tuntún... —Eché una miradita y pillé a Suso mirando en nuestra dirección. En cuanto él me pilló, bajó los ojos al botellín de cerveza que se estaba tomando—. ¿Os ha pasado algo? Esta inquina no es normal, ni siquiera en vosotros.

—Es un insoportable. Ya me amargó tu último cumpleaños. No va a volver a hacerlo. No señor. Yo no... no... lo soporto.

—Ya...

Alargó la mano para cogerse otro vino y yo hice de todo por detenerla... sin éxito. Mi madre y Bea escogieron ese momento para salir al patio y cogirme por banda. Por lo visto, lo de mantener dentro del núcleo de la familia el tema de *Cliché* y mi hipotético salto a la tele no había calado, aunque, bien visto, ¿acaso no eran el señor y la señora quiosqueros prácticamente de nuestra sangre?

Total, que me tocaba volver a contar la historia, pero sin ponerle mucho énfasis, por no hundirle a mi padre la moral mientras él se liaba dándoles vuelta y vuelta a los chorizos parrilleros. Que si nada estaba decidido. Que si había muchas opciones sobre la mesa. Que si un cambio de aires laboral nunca era una puerta cerrada... Ya sabéis. Lo típico.

Entre tanto, como más tarde me contó ella misma, Caye, más pedo que Alfredo, se me escapó de la vista. Subida a unos tacones que no sé yo si estaban aptos para alguien tan propenso a tropezar como ella, deambuló por la casa hasta hallar su tesoro: la botella de vino de la cocina. Cogió una copa y se sirvió una cantidad generosa, que se bebió allí, *in situ*, porque le apetecía. «Por templar los nervios», se dijo. Se miró de lado, de frente y otra vez de perfil en la superficie brillante del

horno, y cuando otra imagen apareció a su lado, dio un salto que a punto estuvo de provocar un estropicio. Aunque, claro, la movida buena iba a pasar de todos modos.

—¿Admirando tu propia belleza, Narcisa?

Jesús, con la camisa remangada hasta los antebrazos y unos vaqueros azulones, la miraba burlón. Muy burlón. Demasiado para lo que Caye estaba dispuesta a soportar. Con tiento y paciencia, se acabó el vino y se dio tiempo a pensar en una réplica aplastante —o todo lo aplastante que su cerebro hasta arriba de alcohol le permitiera— y, luego, dejó la copa sobre la encimera. Se acercó un pasito... y otro más.

—¿Cuánto rato llevas esperando el momento de venir detrás de mí?

—Venga ya, ¿en serio? Cayetana, mi madre me ha pedido que lleve más pan. No te flipes, que no ardía en deseos de verte... ni de nada.

—Pues entonces quítame los ojos de encima y vete.

—Técnicamente esta es mi cocina. Y te miro porque estamos hablando. Es un simple tema de educación.

—Ya... Y tú de eso sabes mucho, ¿verdad, don educado?

Caye intentó una salida triunfal. Erguida. Orgullosa. Majestuosa. Pero al primer intento de poner un pie delante del otro se dio de bruces justo con el pecho de mi hermano, que la cazó al vuelo. Jesús, con una cara que no decía nada amistoso, la agarró de la cintura. Firme. Y la zarandeó un poquito.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Quieres probar mi paciencia?

—Lo que quiero es que apartes tus jodidas manos de mí.

—Ohhh..., vaya boquita. Parece que la niña ha crecido.

Cayetana levantó los brazos para arrearle, pero de alguna manera, no me preguntéis cómo, porque yo no estaba ahí, terminó enroscándolos al cuello de Jesús. Tipo boa constrictor.

—Soy mayor. Lo bastante como para tener claro lo que hago con mi cuerpo. Y con mi boca.

—No me cabe la menor duda, Caye. ¿Con tu dinero también sabes lo que haces? Porque hay una cantidad que no paras de tirar todos los meses.

—Pago una deuda de orgullo.

—Pagas una deuda imaginaria porque eres tonta. —Suso fue a soltarla. Esa era su intención, pero terminó por abrazarla más cerca. Y más fuerte—. Y yo no sé qué coño hacer contigo.

—Para empezar, soltarme, y para terminar...

—Quizá tomar aquello que me ofreciste el año pasado, y que, aunque me moría por aceptar, rechacé por convencionalismos y miedos. ¿Pero sabes qué, Cayetana?

—Una de sus manos, cálida y fuerte, le alzó el mentón—. Aunque todo eso sigue siendo verdad, y encima estás borracha e indefensa, tenías razón en una cosa: no puedo quitarte los ojos de encima.

A ella se le secó la boca, pero de algún modo encontró saliva suficiente como para humedecerse los labios.

—Siento decirte que la oferta caducó. Fuiste un capullo y no voy a perdonarte.

Suso esbozó una sonrisa pedante. Y arrebatadora.

—Pues yo siento decirte que en ningún momento he buscado tu perdón. Y que siempre has mentido de pena, Cayetanita.

La levantó en vilo, probablemente porque él era tres veces más grande que ella y no le suponía ningún esfuerzo. Con las manazas pegadas al culo de Caye, Jesús se movió por la estancia hasta hallar un lugar digno de aterrizaje... y acabó escogiendo la mesa del desayuno, donde yo me había tomado los cereales esa misma mañana. Tan pronto la sentó, una Cayetana cada vez menos dispersa le enredó las piernas en la cintura y sus bocas, ávidas tras un año de dimes y diretes, se consumieron. Aquel no era un beso de amor, ni siquiera uno apasionado. Era una tortura checa. Una doma de voluntades. Y, sobre todo, un «quiero, pero no he podido ni pensar en ello hasta ahora».

De esa guisa, embebidos en saliva y gruñidos, me los encontré cuando mi madre, harta de esperar, me mandó a mí a ver qué problema tenía Jesús con el pan, al que, por lo visto, se le habían ido las manos de más.

Entré en la cocina y no pude ni moverme ni esconder el grito de asombro que se me escapó de la garganta. Me cargué el momento, ¡vaya, qué penal!, pero es que sorprender a mi hermano y mi mejor amiga, enemigos acérrimos, a punto de montárselo en mi cumpleaños..., pues, qué queréis que os diga, no me dejó muchas opciones.

Cayetana, abochornada, se bajó de un salto de la mesa y empujó a Suso con las escasas fuerzas que le quedaban. Le miró con rabia. Y también con un poquito de desesperación. En mí apenas reparó, o tal vez eligió no hacerlo de tanta vergüenza como le daba, pero, claro, en esos momentos, estaba la mujer a otra cosa.

—No lo tuviste cuando yo quise —le dijo a Jesús, con la voz entrecortada—. Pues no va a ser ahora que quieres tú.

Se quitó los zapatos y, después, salió de allí escopetada. Mi hermano se metió la camisa por dentro, soltó un par de improperios y, supongo que por no echarse las manos al cuello y estrangularse a sí mismo, cogió la cesta del pan. Al pasar por mi lado, solo dijo tres palabras.

—Feliz cumpleaños, canija.

8

EL FANTASMA DEL CUMPLEAÑOS PASADO

Decir que me desperté el domingo mosqueada probablemente sería un eufemismo amable. Después de una noche sin pegar ojo, lo único en lo que mi cabeza abotargada y yo estábamos de acuerdo era en hacer las maletas y emigrar. Con la mitad de la ropa sobre el hombro y la otra mitad convertida en una bola en el fondo de mi bolso de mano, entré en la web de Renfe y compré otro billete para ese mediodía. Sabía que estaba actuando como una cría, que estaba siendo irracional, pero me daba lo mismo.

Jesús había estado aporreando la puerta buena parte de la mañana, pero, pese a sus increpaciones, no había dado mi brazo a torcer. Las ganas que tenía de hablar con él eran inversamente proporcionales a las que sentía de arrancarle la cabeza, así que más valía que no se me acercara mucho.

En cuanto a Cayetana... Un par de mensajes suyos sin leer reposaban en mi móvil. Y no pensaba abrirlos todavía. Con respecto a ella sentía algo... algo que no había logrado calificar. Una mezcla entre enfado y pena, sin saber qué porcentaje había de cada una de esas cosas en mi corazón.

Imagino lo que estaréis pensando: «Joder, Nina, qué cría eres, mira que armar todo ese escándalo... Sois personas adultas, lo podéis arreglar». Pues, mira, que os den. A ver, no quería deciros eso, perdón, pero es que... ¡Mi hermano y mi mejor amiga! —Podéis leerme en el tonito de Ross Geller que todos conocemos y amamos—. No me enfadaba que se hubieran enrollado: me molestaba que, después de odiarse tantísimo —al menos, presuntamente—, salieran con aquello. Así, sin más. La familia de Cayetana y la mía eran, en sí mismas, una familia. ¿Cómo se les ocurría aquella barbaridad? ¿Es que no sabían la cantidad de historias que podían destrozar a su paso?

Os confesaré que había algo más en mi malestar, pero eso había de hablarlo cara a cara con Caye, y todavía no era el momento.

Salí de la habitación para recoger la chaqueta y el bolso que había dejado el viernes colgando del perchero de la entrada y, tal como esperaba, Suso me cercó.

—Tengo prisa. —Cuadró los hombros. Llevaba cara de cansado. Y de ser un hombre sumido en un mar de dudas, pero, ¡eh!, esta es mi historia, no la suya—. ¿La

lengua de mi amiga te ha dejado sordo? Aparta.

—Estás actuando como una niña, Nina.

—Ya, lo dice el que, después de mantener a media familia preocupada por la forma en que trata a Cayetana, ha estado a punto de darle un pollazo en plena cocina.

—¡Las cosas no son así! No sabes de lo que estás hablando.

—No, Jesús, no tengo ni puta idea de lo que estoy hablando, porque lo último que supe fue que entre Caye y tú esa animadversión simpática y poco peligrosa que habíais arrastrado toda la vida se había convertido en una pelea abierta con insultos y malas miradas, y pregunté si había ocurrido algo, pero no recibí una respuesta clara, y después....

—Fue en tu cumpleaños —me cortó de forma inesperada—. En el del año pasado, quiero decir. Esto no lo sabe nadie, Nina. Ni siquiera mamá y papá, y si te lo cuento es porque asumo que todo este numerito de recoger y pirarte incluye no hablar con Cayetana, y no quiero que por mi culpa vuestra amistad se eche a perder.

Fue mi turno de cruzarme de brazos.

—Si te crees que me vas a venir a dar lecciones sobre cómo hacer bien las cosas, Suso, estás muy perdido en la vida.

—Que te calles. —Se tocó la cara con las manos—. Ignacio tuvo un problema con el quiosco. Debía el dinero de la remodelación y no iba a poder hacer frente a los pagos. Puso la casa como aval para el préstamo... y la letra le ahogaba.

—¿Y tú le diste el dinero?

—Se lo... adelanté. —Mi hermano parecía incómodo. Es más, estaba sonrojado bajo la barba. Yo no daba crédito—. No iba a saberlo nadie. Él se pondría al día con el resto y, bueno, íbamos a ir viendo cómo arreglar lo demás. No era un dinero que a mí me corriera prisa en ese momento, y..., joder, Nina! Guardo muy buenos recuerdos de ese quiosco, di mi primer beso ahí, después de invitar a Laura Solano a chicles Boomer. Ese hombre es familia.

—Pero Caye se enteró. —Suso asintió—. Y no fue bien.

—De hecho, al principio más o menos lo fue. Me imagino que para ella supuso un *shock*; ya sabes que siempre andábamos tirándonos mierdas a la cabeza. Pero en tu fiesta iba bastante borracha y el tema... digamos que se... calentó.

Jesús lo dejó ahí. Mi hermano tiene lo suyo, pero es un caballero. Entre chicas, la cosa es distinta. ¿Hay curiosidad morbosa por los detalles? Pues, tranquilos, porque llegarán.

—¿Os enrollasteis?

—Cayetana no era consciente de cómo estaba gestionando el tema. Dijo unas

palabras que no me gustaron. Algo que sonó a «Hago esto para pagarte el favor por lo de mi padre». Me cabreeé. La rechacé. No estuvo bien por ninguna de las dos partes.

—Y desde entonces estáis en pie de guerra..., por lo menos hasta ayer.

—Ella ha estado ingresándome una cantidad de dinero mensual desde entonces; intento devolvérselo, pero es una cabezota y no atiende a razones. Ayer se nos calentó la boca y, bueno..., todo se fue de madre. Otra vez.

—Joder, Suso... ¿Qué coño significa esto?

—Nada, Nina. Esto no significa una mierda. Porque Cayetana es... es tu mejor amiga. Es como otra hermana para mí. Y, además, una muy insoportable. Es voluble y caprichosa, y me marea sentirla cerca, pero nada de eso implica que tú pegues la espantada. Sobre todo, sin hablar con ella.

—Tengo mucho que pensar, créeme. Con lo mío solo...

Me quedé callada un momento. Recordé a Cayetana taciturna en el tren, y rara desde que pisamos mi casa. Estaba tensa y por eso había bebido sin control, y después había desaparecido durante un lapso de tiempo, y yo... pues había seguido dándole vueltas a lo mío. Con la cabeza metida en el culo. Creo que había usado antes esa comparación, ¿verdad? Bueno, visto con la perspectiva del tiempo, aquellos fueron días de oler mucho a mierda. En todos los sentidos que uno le quiera dar.

—Hablaré con ella cuando sea capaz de procesar que no habéis parado de mentirme. Ahora, si has terminado tu historia del fantasma del cumpleaños pasado, me espera un tren.

—¿Estás de coña? ¿Te vas así, antes de tiempo? A papá y mamá les vas a dar un disgusto.

—Papá y mamá están curados de espanto, y si no, les puedes contar tu movida para insensibilizarlos. Me voy porque no quiero soltar cosas de las que luego me arrepienta, y, créeme, estoy a punto.

Finté a la izquierda y conseguí superar el bloqueo que suponía el cuerpo de mi hermano, que me dejó avanzar, pero me persiguió por el salón, aunque los dos sabíamos que no iba a servirle de nada. La Nina cabezota había salido de la caja y no pensaba volver a ella.

—No te pires así, Nina. Joder..., tienes muchas decisiones importantes que pensar. No lo hagas sola, en Madrid. Y mucho menos mosqueada... Acabarás cogiendo la opción que menos te conviene.

—La decisión ya está tomada, Jesús. Y no te preocupes por lo de que me vaya a Madrid: si me echas de menos, siempre podrás encender la tele. Por si se te ha

olvidado, voy a protagonizar un programa.

Le cerré la puerta en las narices. Tenía el corazón a mil por hora y me notaba la respiración en las sienes. Le oí gritarme algo, pero puse en *mute* mis oídos para todo lo que no fueran mis propias reflexiones personales. Debía salir de allí. Era momento de hacer a un lado toda aquella locura de descubrimientos, decisiones y sentimientos para gestionar. Estaba en el borde, y, sinceramente, una sola memez más, minúscula, me desbordaría.

Leí los mensajes de Cayetana. Quería explicarme su versión, y conforme leía aquellas palabras atropelladas, donde se adivinaba más vergüenza que pesar, el enfado con la situación dio paso a un cabreo conmigo misma, porque si hubiera estado menos centrada en mi drama personal, quizá habría notado antes que mi amiga estaba lidiando con una situación que, os voy a ser sincera, se iba a poner todavía peor de lo que ya estaba.

Quería pedir perdón por eso, pero no podía sacarme de la cabeza que Caye y Jesús llevaban ocultando cosas un año, un puto año entero. Y aquella verdad me laceraba.

Grabé un audio para Caye con la voz más firme que pude. Le dije que había adelantado la vuelta, que iba a fijar una reunión con Lula en los estudios a primera hora del día siguiente y que ya hablaríamos en Chamberí. Después le quité los datos al móvil y esperé a que mis padres llegaran del mercado.

Mi madre se lo tomó regular, pero me dio *tuppers* con comida y fingió que aquel arranque de veleta no afectaba demasiado a sus planes ni a los filetes para cuatro que ya tenía descongelados. Lo siento, mami. Mi taxista... fue otro cantar. Se empeñó en llevarme a Santa Justa con la radio puesta, y solo cuando el coche estuvo parado se giró hacia el asiento trasero y me echó una mirada de las suyas. Se me secó un poquito la boca, lo admito.

—Cuando uno es tan orgulloso como nosotros, Nina, a menudo hace cosas que están por encima de sus capacidades solo para que nadie dude de que es capaz de ello. —Agarró el reposacabezas con la mano tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos—. No te voy a decir lo que me parece todo esto; eres mi hija y yo tu padre desde el mismo día y nos conocemos bien. Entiendo por qué las entrañas te piden que aprietes los dientes y tragues, porque yo también he pasado por esas cosas.

—Entonces, ¿cuál es tu consejo?

—Que cuando no puedas más, admitas que no puedes más. —Entonces, mi padre, mi taxista, el hombre que me conocía entera y, aun así, me seguía mirando con cariño, sonrió un poco—. No fallarás a nadie más que a ti si te mantienes en un

sitio cuando ya no puedes respirar en él. ¿Prometido? Bien..., pues ahora, vete. El taxímetro corre, vida.

Me agarré una llorera importante, no voy a mentir.

Durante el trayecto de vuelta hasta Atocha moquéé por ser una mala hija que huye del hogar con una pataleta en ciernes, una amiga despegada que no se da cuenta de cuándo la necesitan, una hermana jueza y verdugo que hasta aquel momento ni siquiera se había planteado las vicisitudes por las que podría estar pasando Suso — ni lo que todo el tema de Cayetana podría significar para él— y una profesional que aprobaba raspada, demasiado cobarde para romper con todo y demasiado asustada por la decisión que había tomado, empujada por un puñado de circunstancias más que llevada por el convencimiento.

Para cuando llegué a mi apartamento de Chamberí, con los ojos hinchados y el pelo en un moño desordenado, estaba exhausta. Y solo era media tarde.

Le escribí un mensaje a Charo para avisarla de mi regreso y cuadrar con ella el momento de recogida de Loki y después me derrumbé en el sofá. Estuve haciendo *zapping* por Netflix de forma ridícula, retrasando lo inevitable, refrescando la página de Instagram, buscando algo que me entretuviera para no lanzarme a aquello que me había prometido en el tren: acatar las elecciones que había tomado.

Mi abuelo, que en gloria esté, siempre me decía: «Nina, con la cuchara que cojas tendrás que comer. Elige bien». Podía sonar absurdo, pero era un consejo de la leche. Así que agarré otra vez el teléfono, entré en mi aplicación de correo electrónico y tecleé la dirección de Lula. El cuerpo del mensaje, escueto y conciso:

«Mañana a primera hora en el estudio, si te viene bien.

Estoy a bordo del proyecto.

Me gustaría establecer algunas condiciones.

Espero respuesta.

Saludos».

Revisé la ortografía y le di a «Enviar». De forma inmediata, las sienes empezaron a palpitarme, y algo, un atisbo de sensatez, se me apareció. ¿Qué iba a hacer yo como cabeza de cartel en aquella obra rocambolesca? ¿De verdad iba a protagonizar una temporada de *Cliché*, sometiéndome a la voluntad pública y dejándome medio arrastrar por desconocidos que, por lo que yo sabía, podían estar pirados? ¿Hasta ese punto quería redimirme ante mi jefa? ¿Hasta ese punto quería otra oportunidad para llegar a algo en mi rama de trabajo?

Pues tenía pinta de que sí, que hasta ese punto.

Unos pocos minutos más tarde Lula me contestó:

«Mañana.
9.30».

Un bote de fideos Yatekomo y dos episodios de *You* después, la puerta del apartamento reveló a Caye, que venía con Loki bajo el brazo. Le puse el *pause* a la tele y me erguí en el sofá, esperando. Venía seria, pero no parecía especialmente enfadada. La verdad es que yo tampoco lo estaba: las horas en el tren, sola con mis pensamientos, me habían templado las ideas, y ahora estaba preparada para tener aquella conversación con Cayetana.

Loki maulló y empezó a restregarse con todo, contento de estar en terreno conocido. Arañó un poco el lateral del sofá, se revolcó sobre la alfombra y después se fue a la cocina, seguramente para investigar que sus cuencos y el arenero de sus necesidades seguían donde recordaba.

—Si quieres estar sola, puedo irme a mi habitación.

—He estado sola desde Santa Justa, Caye. Creo que ya ha sido suficiente.

Menudita como era, mi mejor amiga se dejó caer a mi lado. Llevaba el largo pelo en una trenza floja que le caía sobre un hombro y una camiseta de David Bowie metida dentro de sus vaqueros. De pronto, la vi frágil y cansada. Y me pregunté cuánto tiempo llevaba acarreado cargas de las que yo no sabía nada.

—Tenías que haberme contado el problema de tu padre, Caye. Yo te habría ayudado.

—Yo le habría ayudado de haber sabido algo, Nina, pero es que el quiosquero no me dijo nada, ni siquiera a mí. Sé que mi madre supo del pufo que debíamos, pero no estoy segura de que se haya enterado por él. —Se tapó la cara con las manos un momento.

—¿No te dijeron nada a ti? ¿Y entonces cómo...?

—Es como una jodida peli mala, tía. Mi padre necesitaba consejo legal y fue a pedirselo a Ramiro. Se supone que ese tipo de cosas se quedan entre abogado y cliente, pero Ramiro es íntimo de Jesús, y Jesús... pues metió la nariz porque se trataba de mi padre.

—Y entonces mi hermano le hizo un préstamo.

Caye asintió.

—Para que no perdiera la casa, que había puesto como aval para el préstamo por las deudas del quiosco y tal. —Bufó. Subió los pies al sofá y se toqueteó los dedos al descalzarse—. Cuando me enteré, no sabía a quién tenía más ganas de arrancarle la cabeza, si a mi padre por callarse o a tu hermano por ir de justiciero.

—Jugaré a abogado del diablo, Caye: yo entiendo que para el quiosquero fuera difícil soltar algo así. Estás empezando tu propia vida, no querría preocuparte.

—Ese hombre me pagó los estudios, Nina. Todavía no sé cómo, pero lo hizo con esfuerzo. Habría vendido la Nikon, un riñón y lo que fuera. Me habría vuelto a Sevilla y me habría metido de cajera de ser necesario. Y sabes que no lo hubiera dudado. —Era verdad, yo la conocía—. Pero no me dio opción ni posibilidad para ayudarme. En lugar de eso, aceptó la mano de Jesús.

—Conociendo a mi hermano, algo me dice que tampoco le dio muchas opciones. ¿Qué es lo que te molesta exactamente? ¿Deberle algo a mi hermano?

El mohín de Caye me puso la mosca detrás de la oreja: allí había más. Y tanto que lo había.

—El año pasado, cuando nos fuimos a Sevilla por tu cumpleaños, encontré unos papeles en casa y mi padre me lo contó todo —explicó en voz baja, reflejándosele la pena que sentía por el recuerdo—. Lo primero que pensé fue en increpar a Jesús, ¿sabes? Decirle que se metiera en sus cosas, que dejara de andar siempre ejerciendo de hermano mayor. Yo no tengo hermanos mayores, y nunca he querido uno prestado. Bebí de más, y en algún momento lo que quería decir se me nubló. Empecé a... tontear con Jesús... Me ofrecí a pagarle la deuda y me dijo que no dijera tonterías, que el tema del dinero era entre mi padre y él, y entonces yo le dije que no me refería a pagárselo económicamente...

Ay, Dios.

—Ay, Caye...

Asintió, con los labios pegados en una línea muy fina.

—Me agarré a sus vaqueros, hiqué la rodilla y... me ofrecí a hacerle la mamada que entraría en todos los libros de récords del mundo.

—¡Cayetana, joder!

—Me rechazó. Obviamente. —No estaba contenta. Bueno, coño, yo tampoco lo estaba. No necesitaba aquel nivel de detalle—. Iba borracha, estaba encarando mal toda la situación... Sé que actuó como debía. Pero fue condescendiente y un capullo, y yo... no me lo tomé bien.

—Espera un segundo... ¿Mi hermano no fue acompañado a mi fiesta? —Hice memoria. Silvia. Sara. ¿Sonia? Algo así. Cayetana asintió—. Menudo culebrón.

—Le vi irse con otra y, bueno... No vayas a montarte la película de que sentía celos, porque no es así. A mí tu hermano me parece un tubérculo con bata de enfermero. Pero me jodió, me... tocó el ego. Y todavía no lo he superado.

—Y llevas un año pagándole la pasta por transferencia bancaria.

—Más bien, peleándome por ello. Cada dos o tres meses me manda una

devolución que me obliga a volver a empezar. Es como si quisiera que no acabara nunca.

—No creo que quiera ese dinero, Caye. Suso es noble. Hizo lo que hizo por ayudar al señor quiosquero. No dejes que un arañazo en tu amor propio te impida ver eso.

—Tú no lo entiendes. —Me dio una palmadita en la rodilla—. Jesús siempre se ha creído responsable de mí porque piensa que tiene dos hermanas pequeñas. Lo de la fiesta fue una reivindicación... mal llevada, puede, pero la única que se me ocurrió. Y lo de ayer... se nos fue de las manos, pero la cosa iba por el mismo camino.

—Así que sentís resentimiento, rabia y un poquito de atracción insana el uno por el otro. —Me levanté para dejar el bol vacío de fideos en la cocina—. Pues, oye, me quedo mucho más tranquila.

—Deberías estarlo, porque no se va a repetir. Voy a centrarme en mi trabajo. Me han ofrecido otra boda y una sesión de compromiso para este mes, y entre eso y lo que saque por mi cuenta, estaré liada. No más Jesús ni más *vendettas*, prometido.

Me planté en medio del pasillo y la miré, pero luego me di cuenta de que todas aquellas palabras, vacías, no significaban nada, que no estábamos siendo nosotras quienes éramos, así que dejé la basura a un lado, fui hacia ella y la estreché entre mis brazos, fuerte.

—Creo que estás hecha un lío, Cayetana. Las dos lo estamos, pero siento mucho no haberme dado cuenta de que había algo más. He sido una amiga de mierda. Y no te lo mereces.

—Anda, boba, ¡pero si vas a salir en la tele! Con que me dejes ir luego a contar cosas sobre ti y sacar pasta cuando la artritis por el WhatsApp me joda las manos para disparar la cámara, en paz.

Me reí. ¡Joder, qué bien sentaba!

—Oye, ¿y tú cómo sabes que voy a aceptar lo de *Cliché 2.0*?

—Te fuiste antes de tiempo, mosqueada como una mona. Deduje que eso te daría empuje para tomar la decisión final. —Un encogimiento de hombros. Un brillo especial en aquellos ojos rasgados tan bonitos—. Te conozco, Nina. En el fondo solo necesitabas algo para decir «¡A la mierda!», así que de nada, por la parte que me toca.

—Todavía puede ser la mayor cagada en la historia de mis metidas de pata épicas.

—Bueno, la cagada de hoy será el abono de mañana. Inténtalo: ¿qué es lo peor que puede pasar?

Pfff, ¿por dónde empiezo? Porque la lista es larga.

—Sé que has dicho que ya no más, pero eres mi amiga y tengo que preguntarlo:

¿quieres hablar de Jesús?

—Nunca. —Fue rotunda. Quizá demasiado como para no estar escondiendo algo, pero ¿qué sé yo?—. Él es tu hermano y tú, la mía. No hay nada que decir.

—Si estás segura, no voy a insistir. Pero si alguna vez dejas de estarlo... No volveré a distraerme.

Cayetana me sonrió y, después, dejamos el tema. La acompañé mientras cenaba y me contaba algún que otro detalle del pueblo, cosillas de última hora, y, luego, provisionamos el congelador juntas a base de *tuppers* maternos.

Cuando nos despedimos y cada una se fue a su habitación, me quedé despierta mirando al techo, pensando en ella y en Jesús, porque..., guau, ¿sería posible, en un universo paralelo o una galaxia muy, muy lejana? También pensé en mí y en la reunión que Lula había fijado para las nueve y media del día siguiente. En lo que me depararía la vida cuando estampara mi firma en los términos y condiciones del programa, en si valdría para algo, si conseguiría demostrar quién era o si, como mi padre había predicho de alguna manera, terminaría teniendo que ser más fuerte que nunca... para decir que no podía soportarlo más.

Amparada en la luz de la linterna del móvil, escribí una lista de mandamientos. Cosas por las que no estaba dispuesta a pasar y en las que no transigiría. Iba a entregársela a Lula nada más entrar en su despacho, y aunque ella no las contemplara, me aferraría a aquel papel como al último clavo ardiendo de mi cordura. Era probable que estuviera a unas horas de embarcarme en la mayor locura de mi vida, pero, por lo menos, intentaría hacerlo a mi manera. Y ya veríamos si el remedio, como casi siempre en lo que a mí respecta, resultaba ser peor que la enfermedad.

El lunes amanecí confiada. Armada con esa falsa sensación de seguridad que te da abrir los ojos y que todo a tu alrededor te sea conocido. Las cortinas de tu ventana no te juzgan si te paseas por el dormitorio en toalla, buscando prendas favorecedoras que ayuden a que tu ánimo se mantenga *top* mientras afrontas el día. Te pones, te quitas. Combinas, recombina. Metes de aquí, giras por allá... El espejo no siempre es benévolo, pero es un enemigo conocido que te dice la verdad cuando todavía caben cambios. Eso siempre es de agradecer. Buscas manchas, rotos y descosidos, te tomas tu tiempo. Te embelleces a solas. Si eliges unos calcetines y te asoma algún dedo, solo hay que revolver en el cajón y buscar otros. No hay temores entre las cuatro paredes de la zona de confort. Pero tan pronto pones un pie fuera...

Lula me esperaba con novedades que no iban a hacerme ninguna gracia. Esther estaría presente en la reunión, por supuesto. Lamer culos de buena mañana debía de estar inscrito a perpetuidad en su menú, y después... Después estaba Lucas, al que todavía no conocía, pero con el que muy pronto iba a darme de bruces. Literal y metafóricamente hablando.

¿Pensabais que ya sabíais de qué iba esta historia? Pues no tenéis ni idea de lo que queda por venir.

9

NI ITALIANO NI AL PIE DE LAS MONTAÑAS

Entré en los estudios pisando fuerte y con firmeza, como Carrie Bradshaw recorriendo Nueva York subida a sus Manolos. Vale. Yo iba en Converse —rojas, para ser más precisa—, pero, para el caso...

Me sentía segura y decidida. Ataviada con una blusa estilo bolera estampada con planetas y estrellas, los vaqueros estrechos que mejor me sentaban y mi melena rizada arrancando destellos a los focos del techo, compré un par de cafés en el Starbucks falso que teníamos a un par de metros del edificio y esboqué mi sonrisa más felina.

En contrapunto a días anteriores, aquel, cuando todo el pescado estaba servido y la decisión tomada, había empezado mejor. Un buen desayuno, un conjunto pensado al milímetro y un detalle de hermanamiento para mi jefa, que era la persona con la que iba a reunirme, y la única a la que pensaba invitar a café... #Sorrynotsorry. Todo parecía sonreírme, o, por lo menos, no me vomitaba en la cara. Que ya era mucho.

Llevaba bajo el brazo el porfolio con las pautas que había estado diseñando de cara al programa y aquella ínfima lista de cosas que prefería que se quedaran fuera de las cámaras. Contaba con que Lula sería profesional y abierta de mente, y asumiría que, como cabeza de turco, yo iba a tener algo —o mucho, en realidad— que decir sobre la edición y trato que se diera a mi imagen dentro de *Cliché 2.0*. Así pues, con la cabeza alta, altísima, crucé la esquina que se unía al largo pasillo en cuyo final se encontraba el despacho, y tan cegada estaba en mi aparente buen karma que no me percaté de que una sombra impía, larga y oscura como boca de lobo se abalanzaba sobre mí.

Algo. Alguien, en realidad, ataviado con unos vaqueros gastados y una camisa a cuadros remangada se estrelló directamente contra mi persona. La pared más cercana hizo que no me fuera al suelo de culo, pero los cafés.... Ay, los cafés... Mi camisa estilo bolera estaba ahora adornada con planetas y manchurriones que se escurrieron por aquellos pantalones que tan bien me sentaban, y, sí, me mancharon la blanquísima puntera de las Converse.

Apreté la mandíbula tan fuerte que juro que oí rechinar mis propios dientes, y

cuando levanté la cabeza, dispuesta a lanzar la diatriba marinera más grosera que pudiera ocurrírseme al culpable de aquel atropello, el susodicho se limitó a sacudirse las manos y echarme una suerte de mal de ojo en forma de mala mirada.

Pero mala de verdad.

—Joder, rizos. A ver si miras por dónde vas.

Y se piró. Me dejó allí, manchada, flipada y sin interesarse lo más mínimo por lo ocurrido. Todo lo que percibí, además de su altura apabullante, fue un montón de pelo que se ondulaba a la altura de los hombros, desaliñado y castaño, a juego con la barba más poblada que hubiera visto jamás. De hecho, su cara no era sino un par de ojos de color claro y una nariz respingona. No tuve nociones de nada más.

¿Sabéis esa escena de *Dirty Dancing* donde una Baby supercabreada porque no consigue mantener la postura sola y hacer bien los pasos al mismo tiempo da saltitos y pone caras mientras practica de camino a la cabaña de Johnny Castle? Pues de esa guisa me fui yo a los baños más cercanos. Brincando sobre un pie de rabiosa que estaba. Malgasté agua, jabón de manos y un montón de electricidad del secador para absolutamente nada. La blusa estaba para el tinte. Y, encima, habían aparecido dos surcos oscuros bajo mis axilas.

Estupendo. Iba a personarme ante Lula Rodríguez para aceptar un trabajo que podía suponer un cambio abismal en mi carrera y parecía Camacho. ¿Se podía tener más mala suerte en la vida?

Con un humor bastante diferente al que tenía al llegar, me presenté en la reunión. Nada más cruzar, la sonrisa perfecta de Esther me recibió. Ella, con su minifalda de polipiel ajustada sobre unas bonitas medias tupidas y una camisa rosa de mangas abullonadas, era la misma imagen de la perfección. Me miró de arriba abajo. Y luego de abajo arriba, sin cortarse un puto pelo. Se echó su melena corta hacia atrás y me indicó una silla vacía, como si fuera la jodida presidenta del Gobierno y yo, la señora de la limpieza acudiendo para pedirle un aumento.

—Jesús, Nina, ¿es que vienes de la guerra?

—Buenos días a ti también, Esther. Pareces descansada.

«Y apta para que te claven un puñal en el ojo».

—Huy, pues no te creas... Han sido unos días de locos por aquí, de cenar mal y cualquier cosa en cualquier parte y volver al despacho para sacar el programa adelante...

—Me lo puedo imaginar. —«Templa, Nina. Templa. Que lo mejor de que te manden a grabar a localización externa es que no vas a tener que ver su cara de mojigata en mucho tiempo»—. Empezar nueva temporada siempre es muy estresante.

—Sobre todo si la persona por la que estás esperando se toma su tiempo para aceptar o declinar un ofrecimiento más que generoso.

Me sonrió, pero igual que te sonreiría una cobra antes de clavarte los dientes. Mientras yo me tragaba la bilis, ella sirvió unos cafés en unas tazas monísimas. Me puso uno delante, colocó otro ante el butacón de Lula y, como si lo llevaran ensayando todo el fin de semana, segundos después, apareció ella. Con toda su altura y porte, cargada de papeles y con sus gafas rojas de vista oscilando sobre su pecho de un lado a otro. Fantaseé con que se las pusiera y cruzara los brazos, rollo los imitadores de la Campos, por romper un poco la tensión, pero el ridículo en aquella habitación ya lo estaba haciendo yo.

—Hola, Nina. ¿Qué tal?

Yo me señalé de arriba abajo.

—Un bisonte me ha placado a cinco metros de tu puerta. Te puedes imaginar que contenta no estoy.

—¡Vaya, qué faena! ¿Te has quemado? ¿Necesitas algo limpio para cambiarte?

—Justo ahora iba a ofrecerle una camisa limpia. Siempre guardo algunas en el coche para casos de emergencia.

«Ay, Esthercita... Cava un puñetero hoyo en el asfalto y luego muérete de un infarto por el esfuerzo».

Sonreí.

—No os preocupéis, estoy bien. Prefiero ir al grano de lo que nos atañe. —Puse el portfolio sobre la mesa y erguí la espalda. «Nina Carvajal, demuestra que puedes ser profesional»—. Lo he pensado mucho y, como te adelanté en el correo electrónico, creo que ser la cara de *Cliché 2.0* puede traer muchas oportunidades para mi carrera. Estoy buscando un cambio profundo, un reto profesional, y, la verdad, salvo operar a corazón abierto con unas pinzas de las cejas, pocas cosas me parecen más al límite que esto.

Lula sonrió. Bien. Buena señal.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso, Nina. Estábamos contrarreloj, y no estaba segura de si al final te unirías a nosotras en la aventura.

—Bueno... Tenía entendido que la cosa echaría a rodar en veinte días: no he contestado tan tarde como algunas pueden pensar. Así que nos queda cierto espacio para...

Esther carraspeó. Joder... Era tan molesta... ¿Por qué no se largaba?

—En realidad, esa es la fecha que dimos para que hubiera algo en firme con lo que reclamar a la audiencia. Y para tener imágenes de promoción que montar. Antes, necesitamos grabar. Eso supone trasladar al equipo y comenzar el trabajo...

ya.

—¿Ya? Define «ya».

—Tenemos el pueblo, Nina. Una belleza natural, no demasiado rural, pero, desde luego, alejado de lo que conocemos como urbe. Está en alguna zona entre Burgos y Palencia.

—¿«Alguna zona»? —Forcé mi memoria rápidamente, retrotrayéndome a primaria. ¿Eso qué comunidad autónoma era?

—No queda muy claro a cuál de las dos provincias pertenece, pero eso es, precisamente, parte del encanto. —Esther sonrió, poniendo ante mí una suerte de fotografías de calidad dudosa sacadas de Google Maps. Ay... Si Cayetana las hubiera visto, habría escupido al suelo como mínimo—. San José de Los Altos. Una población de quinientos habitantes.

—Por supuesto, y como ya te he adelantado, no esperamos que congenies con todos. —Lula fue mostrando las imágenes, embebecida en su maravilloso hallazgo—. Cuenta con una escuela, un pequeño salón parroquial, algunos bares, una mercería... Será como estar metida en tu propio *Cuéntame cómo pasó*. Es absolutamente perfecto.

«Señoras y señores, demos la bienvenida a Merche Alcántara versión pelirroja».

—Lula... ¿De qué espacio de tiempo estamos hablando para el traslado y comienzo de las grabaciones?

—Pues, Nina, según mi itinerario..., ya vamos con retraso. —Me miró suspicazmente. Joder, ¡pero si le había respondido en pleno fin de semana! ¿Qué más quería de mí?—. Lo ideal es que el equipo y tú emprendáis camino en dos días.

—La cadena pondrá a vuestra disposición una caravana, discreta pero cómoda, donde tú y un máximo de tres personas podréis viajar a San José de Los Altos. La zona autóctona nos da tregua para montar los dispositivos. Tanto tu cámara como tu regidor estarán en absoluto contacto contigo —dijo Esther.

Me estaba dando un infarto. Puto karma... Eso es lo que conseguía por desear la muerte a Esther; ahora iba a palmar yo, allí, pringada de café y con cara de besugo fuera del agua. Cerré la boca y la volví a abrir, porque me quedaba mucho que decir.

—¿Una caravana? Pero yo creía...

—Hay que ser discretos, Nina. La cuestión es que llegues al pueblo y te mimeticés. El juego no será interesante si viajas con lujos, llevas un montón de maletas o los habitantes habituales se dan cuenta de que vas acompañada de un equipo de investigación.

—Tú eres el señuelo de *Cliché* —me explicó Esther, como si fuera necesario recalcarlo—. Para los demás, solo una empleada eventual a la que han mandado a

un lugar remoto con necesidad de incluir a personas jóvenes en su censo.

Juro que estuve a punto de enseñarle el dedo corazón. Puta.

—Entonces voy a tener que interpretar un personaje. —Lula asintió—. ¿Alguna noción o es también... una repentina sorpresa, como todo lo demás?

—Esta noche lanzaremos un preestreno con cuatro opciones para el público. Se anunciará en un espacio especial, justo después de las noticias, y se les dará la información justa para crear el *hype*. Te haremos llegar los datos de baremo en cuanto se haga el recuento.

Me eché hacia delante en la silla, porque aquello... aquello ya era demencial, pero es que encima nada estaba saliendo como en un principio yo pensé que saldría. Iba a empezar a preguntar en batiburrillo cuando la puerta se abrió de golpe. Así, sin llamar ni nada. Y, entonces, el bisonte apareció por ella.

El susodicho, todo pelo, barba y camisa a cuadros, se cruzó de brazos y se quedó pegado a la pared, como si quisiera mimetizarse. Le miré flipada, y él, os lo juro por Dios, ni siquiera se dio cuenta de mi existencia.

—¡Ay, por fin! —Esther casi dio palmitas. No sé decir si con las manos—. Aquí está la otra piedra fundamental en este asunto. Nina Carvajal, este es Lucas Buendía, el cámara que no se despegará de ti durante toda la experiencia.

Para buen día el que me había dado a mí con el café. Joder...

—No puedo decir que haya sido un placer. —Me señalé la blusa con ademán evidente, pero él siguió a lo suyo, así que yo decidí seguir a lo mío—. Escucha, Lula: he traído una serie de anotaciones, posibles ideas y sugerencias, y una lista de aspectos que me gustaría tratar en privado contigo. Seguro que comprenderás que hay algunas cosas con las que no me sentiría del todo cómoda...

—Las revisaremos atentamente.

Esther levantó la mano en cuanto me vio abrir el porfolio, pero la ignoré.

—Vamos justitas de tiempo, Nina.

—Pues entonces será mejor parar las interrupciones y dejarme hablar con Lula, ¿no crees? —A la sonrisa de la víbora podíamos jugar las dos—. Como iba diciendo... Quisiera tratar estos puntos a solas: hay presentes personas a las que no conozco y podría resultar violento.

—Asumo que no quieres que te grabe tirándote a nadie. Estoy conforme. Te aseguro que nadie tiene en tu culo menos interés que yo.

Lucas Buendía. Os quedaréis con el nombre porque voy a maldecirlo mucho a partir de aquí.

—¿Disculpa? —Me giré hacia él como acicateada. Borde de mierda... ¿Qué se había creído? —¿Te estás dirigiendo a mí?

—¿Acaso hay alguien más hablando..., rizados?

Se acordaba. Por supuesto que sí. Bajo todo aquel pelo de salvaje venido de las cavernas se atisbó una pequeña sonrisa. Y el odio quedó servido ante nuestra mesa personal como una buena cena de siete platos.

—Lula..., ¿dices que este y yo vamos a viajar juntos hasta Burgos en una caravana?

—Lucas, tú, Pedro como regidor y Amelia, que hará las veces de tu ayudante personal. Maquillaje, anotaciones, peluquería..., todo ese tipo de cosas. —Lula me quitó de las manos el papel al que yo me había estado aferrando como si fuera mi última esperanza vana de poder tratar asuntos delicados con ella. Lo dobló en dos sin mirarlo, y para mi eterno horror, se lo dio a Esther—. Pero nada de venirse arriba, Nina. Se trata de que todo sea lo más natural posible. Pasar desapercibida, recuerda.

—Meli tendrá que ganarse el sueldo. Con esa cara tan pálida, dará la sensación de que lleva muerta tres días en cuanto la enfoque con la cámara.

Por supuesto, Esther rio la gracia de Lucas y yo me sentí atrapada. Atrapada ante una jauría de lobos que parecían haberme hecho la cruz sin que yo supiera por qué. La ayudante lameculos, enana y llena de veneno, y el cámara peludo, con sus dos metros de altura y su mal genio y que me había echado a perder mi blusa preferida y, encima, lejos de disculparse, acababa de volver a faltarme al respeto sin cortarse.

Pues si se pensaba que yo era de las modositas, el señor Buendía se había topado con un problema de base. Y tan gordo como mi mala leche.

—Si de apariencia física hablamos, tampoco es que la tuya vaya a quedar bien en ningún póster.

—Pero no soy yo el que va a salir delante de la cámara, rizados. —Se metió un mechón detrás de la oreja. De su muñeca derecha colgaba algo, una especie de pulsera, pero el gesto fue demasiado rápido y no pude verlo bien—. Como profesional, te aconsejo que te maquilles más. Ahora, lo tomas o lo dejas.

—Pues yo, como profesional, te recomiendo cerrar la boca hasta la asfixia. Y, créeme, deberías tomarlo.

—¡Estupendo! Os conocéis y ya tenéis hasta vuestras cosillas. —Lula se puso de pie, lo que en su lengua significaba «Basta de perder el tiempo»—. Solo una cosa más: no me toquéis los ovarios, me juego mucho con este formato y nadie va a meter la pata. ¿He sido clara? —No nos dio tiempo ni a movernos—. Estupendo. ¿Esther?

—Sí, claro. Nina, necesito que me acompañes para ultimar detalles. Lucas... — otra vez la risita absurda. Ay, señor...—, eres un experto; no creo que necesites que

te dicten ninguna especificación, pero si quieres...

—Yo siempre quiero muchas cosas, chata. Ya lo sabes. —Le guiñó un ojo y abrió la puerta—. Pero creo que se te va a cubrir el cupo de trabajo con doña profesional. Haz lo que puedas.

Se dio la vuelta y se largó. Otra vez. Y yo, que siempre he tenido piquito de oro para defenderme cuando me atacan, me quedé allí sentada. Ignorada por una jefa a la que en ese momento le importaban más sus plazos que mis inquietudes y vilipendiada por mi archienemiga de siempre y un némesis nuevo.

Creo que si alguna vez existió un momento para ponerse en modo víctima, fue ese.

—¿Nina? No podemos perder todo el día, cielo. ¿Vienes?

Agarré mis cosas y seguí a Esther hasta una sala contigua, donde durante dos horas me explicó todo lo que ella sabía, con los poderes ultrageniales que le daba ser superperfecta, que yo haría mal. Hablamos de la imagen que debía dar y, por tanto, de las pautas deseables que seguir cuando me enfrentara al inminente desafío de preparar las maletas para irme en caravana para un lugar indeterminado entre Burgos y Palencia, del uso de las redes sociales, del cuidado que debía llevar con mis perfiles personales, del contacto externo y de un montón de cosas más que me hicieron sentir como una espía rusa preparándose para un día cualquiera en la oficina.

—Te daremos un móvil de uso restringido y también una serie de páginas de uso autorizado con información sobre ti cuidada por nuestro informático de confianza. —Me tendió el aparato. Ni nuevo ni antiguo. Un móvil del montón. Como me veía a mí, supuse—. No se trata tanto de crear una identidad falsa como de vivir dentro de los parámetros de *Cliché*. San José de Los Altos no está a la vanguardia tecnológica, pero saben lo que es el teléfono móvil.

—¿Y no les llega internet? Porque podrían encontrar por accidente sus caras en algún portal de noticias. O la mía, y descubrir todo lo referente al programa.

—Nos hemos ocupado de eso, Nina. Si lo has pensado tú, nuestros expertos también.

Conteniendo las ganas de darle un puñetazo en la boca del estómago, me interesé. Con todas las cartas puestas sobre la mesa, estaba claro que allí solo Lula le daba crédito a mi capacidad para llevar aquel barco suyo a buen puerto —por seguirle el rollo en cuanto a las metáforas náuticas—. Yo no sabía si lo hacía por confianza o porque no le quedaba más remedio, pero, personalmente, tenía mucho que demostrar y que ofrecer, y ya fuera solo por darles en las narices a Esther y a ese... cámara con pinta de Jim Morrison, pensaba ofrecer una *performance* de la que se

hablaría durante años.

Atención, *spoiler*, no me equivoqué.

—¿Habéis cortado el cableado de todo el pueblo o algo así?

—Ay, Nina, ¡no seas simple! Y no intentes descubrir todo el pastel antes de tiempo: te perderás parte de la emoción.

—La verdad es que viviendo durante cinco semanas en un pueblo que no sale en los mapas, sin apenas contacto exterior y con una población que cabría en un estadio pequeño, no tiene pinta de que emoción vaya a sobrar.

—¿Estás dudando sobre la elección de Lula, Nina? ¿Acaso crees que eres más lista y que deberíamos haber tomado en cuenta tu brillante experiencia previa?

—Esther, si tienes algún problema personal conmigo, cosa que resulta evidente, puedes decírmelo. —Me levanté de la silla, cansada de ser la piñata que aquella zorra golpeaba solo porque creía que podía—. Ni loca me plantearía ser amiga tuya, pero, a diferencia de ti, yo no te he faltado al respeto. Puede que cometiera un error, pero te aseguro que soy lo bastante profesional como para conseguir que cualquier patraña que tú o cualquier otro haya montado salga adelante.

—Vaya... Así que patraña, ¿eh? Me pregunto qué pensaría Lula de tus calificativos para su programa.

—Puedes correr a decírselo. A mí me despedirá, probablemente, pero la que quedará como la acusica incapaz de conseguir nada si no es pisando a los demás serás tú. —Le sonreí, crecida—. Y te aseguro que a mí con eso me vale.

Toqué hueso, me di cuenta en cuanto vi su cara de acelga mustia. Aquella mosquita muerta estaba muy acostumbrada a que sus salidas de tiesto se le perdonaran. Bueno, con un pie en una jodida caravana y a punto de que mi cara fuera de dominio público, yo no tenía mucho que perder, así que lo de callarme por la paz quedaba descartado. Ella había sido mi primera diana. La próxima, con toda probabilidad, iría directa a aquel imbécil melenudo. «Haz lo que puedas», le había dicho a Esther, condescendentemente el muy capullo, como si estuvieran en la obligación de enseñarme a hacer la o con un canuto para ser apta para el trabajo.

—A mí con lo que me vale es con que prestes atención y memorices tus nuevas contraseñas. Aprende el uso de las páginas, que serán abiertas al público que vea el programa. No podrán añadir publicaciones, pero sí ver en el momento lo que tú subas si deciden seguirte. —Esther me pasó una pequeña libreta brillante, donde había esbozados unos bosquejos nada complejos que representaban *posts* y mensajes—. También contabiliza audiencia y hace que la historia de que te has mudado a ese lugar sea más creíble.

—La iré llevando actualizada. Incluso añadiré información e imágenes de mis

nuevos vecinos conforme los vaya conociendo. ¿Alguna cosa más?

—Sí, muchas. Pero se me está agotando la paciencia. Seguiremos mañana.

—Necesito el día para organizar mis asuntos, paralizar mi vida social y cibernética hasta la vuelta y preparar mi equipaje. Cualquier cosa más que quieras decirme, envíamela a mi nuevo *email*. Seguro que ya te lo sabes.

—¡No puedes faltar a la cita de mañana, Nina!

—¿Y qué harás si no vengo? ¿Despedirme? —Cargué con el porfolio, que de nada me había servido, y me encogí de hombros—. A ver a quién subes a la caravana dentro de dos días como te pongas quisquillosa, Esther. Venga, nos vemos.

¿Parte de la verdad? Casi oí música y aplausos mientras me piraba de allí, dejando a esa zángana plantada y habiendo dicho la última palabra. Empoderada, espabilada, fuerte, decidida... Igual que cuando había entrado y todavía llevaba la blusa limpia. Le había demostrado que estaba segura, que no tenía miedo ni dudas, y, lo más importante, que aunque habían intentado amedrentarme de todas las formas posibles, no habían conseguido lo que, admitámoslo, todos esperaban: que me echara atrás.

¿La otra parte de la verdad? Estaba hiperventilando y acojonada. Me cagaba encima de pensar que todo estaba listo y preparado, que solo unas horas me separaban de protagonizar el pato más grande de mi vida y que además pareciera que lo hacía con confianza. Salir delante de la cámara era una cosa, con preparación, siendo una misma y leyendo textos ocurrentes de los que se hubiera encargado otra persona, eso podría haberlo llevado, ¿pero lo mío? Lo mío no había por dónde cogerlo. Era el acabose. El fin de los tiempos. El mal de todos los males. La piña de las pizzas.

Cuando llegué a mi piso de Chamberí, Cayetana me estaba esperando con canelones en el microondas, helado Ben&Jerry's en el congelador y *El diario de Noah* puesta en la tele. Le conté con pormenorizados detalles la movida que se me venía encima. Ella abrió los ojos, sonrió y blasfemó en aquellos espacios intermedios a mi charla donde una buena amiga sabía que debía tomar partido. Guardó silencio en otros. Me jaleó cuando mi respuesta le sonó bordada y al final se acurrucó a mi lado, mientras Noah y Allie recorrían el río entre los cisnes y empezaba a caerles el diluvio universal sobre las cabezas.

Por algún motivo no le comenté nada a Caye de Lucas Buendía. Me convencí de que era porque todavía no le había puesto en su sitio, y que, cuando ese momento llegara, quería hacerlo con lo que sintiera en las entrañas, y no sirviéndome de algún recurso que Caye me hubiera dado. No podía pedirle su opinión todavía, y eso que se la pedía por todo. Porque la verdad era que de aquel individuo ni yo sabía qué

pensar.

Habíamos trabajado en el mismo estudio y esa mañana había sido nuestro primer encontronazo. Es más, si no hubiera tenido luego un interludio con Lula y Esther, hasta podría haber creído que era fruto de mi imaginación. Esquivo y misterioso. Y antipático y dañino como una mala digestión. No quería ni pensar en lo que iba a ser compartir con él un espacio reducido durante varias horas.

Y, sin embargo..., no pensaba en otra cosa.

—Jo, ¿te imaginas? —La vocecilla soñolienta de Caye me sacó de mis pensamientos—. Que te construye una casa azul con los ventanales blancos..., y el río...

—Creo que en el pueblo al que voy no hay río. —Sonreí—. ¿En quién estás pensando?

Las dos nos quedamos en silencio. Hay preguntas que es mejor no responder.

10

AUTOPISTA AL INFIERNO

Me gustaría decir que el día marcado en el calendario con una gran X roja madrugué *motu proprio*, sin quejas ni bufidos, y que afronté el reto inmediato con estoicismo, pero la verdad fue que no pegué ojo en toda la noche, así que por más que quisiera marcarme el tanto, solo llegué a los estudios de *Cliché* con tiempo de sobra porque dormir me resultaba imposible.

Cargando con la maleta y un montón de buenas intenciones que se me iban diluyendo con el transcurrir de los minutos, repasé lo poco de lo que tenía controlado. Había preparado mis cosas como si fuera a darme una escapada a Sevilla. Nada demasiado llamativo o que enseñara una imagen errónea de mí. Ropa *casual*. Cómoda. Alguna prenda un poco más arreglada, pero, en general, dentro de las estrictas directrices.

Revisé mi móvil falso, recordé los códigos de seguridad y, al deslizar el dedo por la pestaña de la agenda, se me escapó una sonrisa por lo absurdo. Sabía que aquella lista de contactos no era real; por lo tanto, al pulsar en «Mamá», en lugar de con la amorosa señora sevillana que me había parido, tendría línea directa con Lula. Me habían apuntado en algún lugar a quiénes correspondían los demás números, pero ya habría tiempo de mirarlo.

Ahora debía enfrentarme a los nervios, y eso me parecía bastante más apremiante. Me tomé el café, que hervía, a sorbos pequeños, de pie en la acera, con la maleta al lado y envuelta en un abrigo de punto que me llegaba por las rodillas. Aquella mañana mi pelo tenía un día nefasto, seguramente como resultado de toda una noche de dar vueltas sin pegar ojo. Lo poco que había dormido había oscilado entre la histeria y varias pesadillas de lo más variado. Caravanas que se despeñaban, cámaras que me ahorcaban con los cables emitiendo mi asfixia y defunción en directo, Esther siendo coronada reina del mundo y mejor periodista *forever...* Todo muy realista.

Estaba tirando el vaso de cartón a la papelera más cercana cuando oí pasos a mi espalda. Me giré como un resorte y me encontré con la figura encorvada de Pedrito, que se acercaba, mochila al hombro y cabizbajo. Su pelo cano, muy corto, relucía a primera hora de la mañana. Igual que aquellas orejas con pinta de estar

congelándose. Me pregunté cuántos bocadillos de chorizo llevaba encima para el viaje... y luego recordé que la caravana, espacio concurrido, la íbamos a compartir todos durante un buen lapso de tiempo.

Joder. Esperaba que el Cantimpalo no repitiera.

—Con lo a gusto que estaba yo en mi sala de cámaras...

—Ya... No podrás tocarte en la oscuridad mientras ves a los concursantes con tus mil ojos. —Le dediqué un gesto de camaradería.

No es que fuéramos los mejores amigos, pero, teniendo en cuenta que había un miembro del equipo al que aún no conocía y otro al que ya detestaba, aceptamos Pedrito como animal acuático.

—Ahora podré hacerlo mientras te miro a ti. —Me guiñó un ojo. Vale. Lo mismo me había precipitado—. Así que aventura en carretera, ¿eh?

—Más bien autopista al infierno. ¿Esperamos aquí a los otros o...?

—Soy el conductor designado para esta excursión. Mi experiencia en viajes largos en coche me avala, aunque rezo para que no me toquéis los huevos y nos vayamos turnando. La caravana está en el parking de atrás.

Le dediqué un saludo militar —aunque no pensaba ponerme al volante de nada que fuera más grande que mi coche... por seguridad de todos los implicados— y le seguí arrastrando la maleta, que hizo un ruido insoportable.

Aunque no esperaba nada lujoso ni con rótulos identificativos, el estado exterior de la caravana me hundió un poco la moral. Un vehículo con forma de dirigible en color amarillo mantequilla, bajo y aparentemente hundido sobre el eje de las cuatro ruedas nos aguardaba en la parte trasera del edificio. Había un desconchón de pintura en la puerta derecha, y, según las placas de matrícula, el vehículo tendría por lo menos doce años. Solo le faltaba el rótulo de «Lo que necesitas es amor» y a Jesús Puente bajando la escalerilla. Apoteósico.

—Menuda caca —no pude evitar exclamar.

—Es solo para el viaje y como centro de operaciones. Nos hospedaremos en algún sitio una vez lleguemos a San José de Los Altos.

—Ya, ¿pero te imaginas cómo debe de ser por dentro?

—Seguro que el tipo de vehículo que fliparía a la familia Addams.

Pedrito y yo compartimos una risa cómplice. La mía, de nervios; la suya, de quién le habría mandado enrolarse en aquella locura de catetos. Y nos duró la gracia hasta que un golpetazo me hizo saltar del susto. Juro que, de haber sido un gato, habría perdido, enterita, una de mis vidas. Un macuto verde militar me cayó justo al lado del pie. No parecía cargado de piedras, pero con el estruendo que había metido, seguro que tampoco iba lleno de plumas. Me llevé la mano al pecho y levanté la

cabeza. Allí estaba, el Jim Morrison de pacotilla, con una camiseta blanca desteñida, los mismos vaqueros que le había visto la última vez y su alarde capilar, que no veía un peine desde principios de los 2000. También llevaba una gorra puesta, con la visera hacia atrás. Levanté más la cabeza para mirarle y un rayo de sol de la mañana me obligó a apartar la mirada.

—¿Te he asustado, rizos?

Cerré el puño, con ganas de estampárselo en las costillas.

—Tengo nombre. Y no es ese.

—Ya... —Lucas agarró el macuto y se lo cargó al hombro como si no pesara más que una fiambarrera con un sándwich—. Y también alardes de princesa, a juzgar por la cara de oler mierda que se te ha puesto al ver la caravana. ¿Esperabas una limusina con las lunas tintadas?

—Esperaba un saludo adecuado. No voy a decirte que dar los buenos días, porque seguro que eso está completamente fuera de tu alcance, pero, no sé..., llegar como las personas, no ser un capullo integral... Algo facilito.

Me eché los rizos hacia atrás y él tragó. La nuez le subió y bajó por la garganta, visible apenas tras toda esa aglomeración de barba sin control.

—Sí, bueno... Parece que todos vamos a empezar esta excursión decepcionados. Regi, ¿abres?

Decir que a Pedrito le encantó el mote sería quedarse cortos. En serio, vergüenza ajena de la cara que se le puso. Se apresuró a sacarse del bolsillo un llavero, adornado con la figura rechoncha de un minion —Jesús...—, y tiró de la puerta para que nuestro distinguido cámara pudiera cargar su mala hostia en la caravana. Yo aproveché para otear el interior, y, bueno..., lo de comparar aquella experiencia sociológica con *Cuéntame* no había estado desencaminado. Muebles lacados, papel pintado en condiciones que habrían hecho llorar al payaso de Micolor, techos bajos, espacio insuficiente y nulas comodidades. Al fondo había una mesa cuadrada rodeada de una suerte de bancos que seguramente se abrirían. La cocina, poco más que un fregadero y una vitrocerámica de un único fuego, estaba enclaustrada justo detrás del espacio del conductor. Una puertecita ridícula escondía el baño, y el resto..., bueno... No había resto.

Lucas se encorvó, metió su macuto en uno de los altillos y tomó asiento detrás de la mesa.

—¿Puede saberse qué estás mirando, rizos? —me preguntó, más agrio que un yogur griego que llevara abierto tres días sin refrigerar. Esperaba que eso de que era un cámara discreto, que apenas se dejaba ver, fuera cierto—. La cara del programa eres tú. Es a ti a quien debemos adorar.

—Ya. Sigue trabajando en sacarte lo que sea que te has metido por el culo.

—Ay, reina..., a mí no me va *recibir* en ese sentido.

Agarré el pomo de la puerta. Con fuerza. «No te imagines a Lucas Buendía dando ni recibiendo, Nina. No. Te. Lo. Imagines».

—Me importa poco. —Sacudí la cabeza—. ¿No se supone que deberías traer..., no sé..., una cámara?

—¿Te preocupa que te grabe con el móvil y la calidad de tus facciones no quede bien en la tele?

—Me preocupa mandarte a la mierda y que hayas estado tantas veces que no sea una experiencia satisfactoria para ti.

Lucas cruzó sus largas piernas y los vaqueros le tiraron de los muslos. Vale, puede que no tuviera mala forma física, pero su detestable comportamiento y esa pinta de náufrago recién rescatado de una isla desierta le restaban todo el atractivo. Todo en absoluto. Le apareció en la cara un amago de sonrisa y a mí, un amago de sonrojo.

«Maldita sea».

—El equipo técnico está en el guardabultos, rizos. Como comprenderás, dado que eres una gran profesional de la que todos aprenderemos, no guardo las cámaras, trípodes y objetivos en mi casa.

—Mi nombre es Nina.

Se encogió de hombros. Agggg..., ese tío era insoportable.

El cuarto miembro, Amelia —a la que todos llamaríamos Meli—, llegó andando con parsimonia, pisando suave y delicadamente, mirando todo como si aquello no fuera con ella. Era... ¿Cómo describirla? Un ser salido de los sueños más húmedos de Tim Burton. En serio. Alta, espigada, con no más de cincuenta y cinco kilos, medias a rayas muy estafalarias, pelo y maquillaje oscuros y un vestidito de cuello redondo que parecía perfecto para lucir en un funeral. Sin embargo, la adoré nada más verla, y me entraron muchísimas ganas de hablarle de ella a Cayetana, a la que ya empezaba a echar de menos. Meli llevaría los aspectos más «glamurosos» de aquella serie de catastróficas desdichas que iba a ser nuestro programa: maquillaje, peluquería y temas de publicidad. Nada más mirarme, me dio un abrazo y un par de besos, me atusó el pelo y me agarró las mejillas.

—Eres un encanto y una preciosidad —decretó mientras dejaba un maletín brillante y de tamaño sorprendente sobre la mesa—. No me vas a suponer nada de trabajo.

—Qué bien mientes —le contesté, devolviéndole la sonrisa con sinceridad. ¡Alguien majo, menos mal!—. Te veo futuro en esto de la tele.

Media hora más tarde salíamos. Como no tardé mucho en descubrir, lo de la

pericia de Pedrito llevando vehículos grandes no era más que un bulo: la caravana traqueteaba, daba botes y provocaba que te desplazaras de un lado a otro del asiento. Por suerte, había tenido la precaución de tomarme algo para el mareo, pero el dolor físico que me causaba el sujetarme a los muebles y las mesas para no darme de bruces con algo seguro que me iba a pasar factura.

Siendo sinceros, no esperaba algo último modelo, ya lo he dicho. Puede que en *Cliché* se manejara pasta, pero aquella era una especie de misión de poco presupuesto, para no desentonar en el pueblo que se iba a convertir en nuestra sede oficial. Además, no era yo en ese momento la niña bonita de la cadena, y, para qué mentir, tampoco Dolly Parton. No habría espejos con bombillas iluminadas a mi alrededor, batas de flecos, zuecos ridículos de tacón ni nadie que llamara a mi puerta —donde no habría pegada una estrella con mi nombre— que anunciara «Cinco minutos, señorita Carvajal»

Aquello no era Broadway. Y yo estaba a años luz de poseer un nombre de bombo. Pero todo eso podría cambiar, tal y como me recordé mientras sacaba los apuntes y todo aquello que había podido reunir sobre San José de Los Altos y me sentaba en un rincón para repasarlo. Esa noche sabría qué opción de las cuatro posibles había votado el público para dotarme de una personalidad alternativa a la mía. Era el único aspecto que se escaparía a mi control e, irónicamente, el más básico para empezar a trabajar en mi... tapadera.

¿Escogerían que fuera una psicópata? ¿Una enferma terminal? Eran conscientes de que yo no era actriz, ¿verdad? Y de que la mejor mentira es siempre una que se apega mucho a la verdad... Dios, ¿dónde narices me habían metido? A esas alturas podía estar doblando prendas tranquilamente en la calle Princesa, conservando parte de mi dignidad casi intacta, sin mezclarme en historias que, evidentemente, no iba a saber cómo controlar. ¿Y si todo se iba de madre? ¿Y si la mentira cobraba vida y luego no podía salir de ella? ¡Era todo un pueblo, joder! ¿Cómo se puede falsear una vida ante tantísimas personas?

—¡Eh! ¡Necesitamos una parada!

La manaza de Lucas, cerrada en un puño, golpeó con firmeza el panel que separaba el área denominada como «habitáculo» de la parte de conducción. Pedrito frenó y yo, tambaleante, me levanté del suelo. Algo frío y húmedo me recorría la nuca. Joder... había estado a punto de hacerme bola y potarme encima. Dos blusas echadas a perder en una misma semana.

—Gracias, Lucas. Yo no sé qué... No sé qué me ha pasado.

—Un ataque de pánico —anunció, sin emoción alguna—. Y no me agradezcas nada, rizados. He avisado porque necesito mear.

Y, en efecto, se apeó de un salto, caminó unos cuantos pasos hasta un árbol cercano y allí, dándonos la espalda, procedió a abrirse los vaqueros y regar el césped. Apreté la mandíbula. ¿Se podía nacer más borde?

Estaba a nada de descubrir que sí.

—Es supermono, ¿a que sí? —Meli sonrió a mi lado. Lo que me faltaba.

—Todo tuyo.

Yo también bajé de la caravana de los horrores, armada con mi jersey de punto y un paquete nuevecito de Chester, y deambulé de un lado a otro de la carretera dando caladas terapéuticas que me calmaran los nervios. Ni de coña podía permitirme otra salidita de tiesto como aquella, porque de nada valía propugnar a los cuatro vientos lo muy profesional que era si, entre cagadas y miedos escénicos, no paraba de liarla.

Lula era buena en lo suyo, y, mal que me pesara, la arribista de Esther tampoco trabajaba mal. No iban a enviarnos a cualquier lugar sin haber contemplado antes todos los pormenores, ni tampoco dejarían que la audiencia me nombrara cirujana cardíaca a sabiendas de que era un señuelo que jamás se sostendría. La verdad, lo que más me inquietaba eran las semanas venideras. Que las votaciones se salieran de madre y me tocara tirar de aquella lista, que, por lo que sabía, todavía nadie había revisado y establecer sobre la mesa mis condiciones.

Había muchos puntos con los que no iba a transigir, y eso no era negociable. No había dinero, ni fama ni oportunidades en el mundo que pagaran el ver la vergüenza en los ojos de mis padres. O la decepción en la cara de mi hermano. Bajo ningún concepto haría nada que comprometiera mi integridad. Y también esperaba no encariñarme con nadie, porque el final del programa ya estaba fijado para dentro de cinco semanas, y, una vez hubieran transcurrido, nos marcharíamos de San José de Los Altos, hubiera hecho amigos o no. Y dejaría un montón de personas engañadas detrás.

—¡Eh, rizos! —Lancé la colilla al suelo y la pisé con saña antes de agacharme para recogerla y guardarla en la cajetilla para tirarla a la basura más tarde—. Si su majestad tiene a bien volver a subir a la carroza... Hay que seguir.

Giré sobre mí misma con dignidad y caminé muy erguida hasta la caravana. Por suerte, no tropecé con nada, aunque me enfrenté a la alta figura de Lucas, que se quedó en lo alto de la escalerilla, mirándome con esa pinta de perdonavidas que se gastaba. Le eché un vistazo distraído y, después, fijé la vista en la mano que había apoyado en la manecilla.

—Espero que te las hayas lavado después de sacudírtela, hombre de Cromañón.

—¿No te gusta el olor fálico, rizos? —Se cruzó de brazos sin moverse—. Eso

explica muchas cosas.

El término «guarro» había alcanzado una nueva dimensión.

—¿Sabes, Lucas? Si existiera un premio a la persona más desagradable sobre la Tierra, lo perderías por jugar con ventaja.

Le di un empujón ridículo, pero captó el mensaje y se apartó para dejarme entrar. Esta vez, ocupé el asiento más alejado de la puerta, en el banco colocado detrás de la mesa de centro.

—Pues tú te llevarías el del insulto de niña de cinco años más logrado.

Le dediqué una peineta, y él graznó. O se rio. No estoy segura. El sonido fue ronquísimo y... se me clavó.

Viajamos en un silencio relativo, cortado solo por los sonidos mecánicos de aquella caravana, que, la verdad, parecía a punto de dejarnos tirados en cualquier cuneta. Hicimos una parada técnica para comer en Aranda de Duero. Mientras buscábamos un restaurante normalito donde no nos entretuvieran demasiado, mis ojos se pasearon por las calles y los comercios. Nunca había estado en la provincia de Burgos, y ante la belleza de la iglesia de Santa María, decidí que añadiría a mi bitácora personal de puntos positivos el estar conociendo rincones de mi país con aquella aventura.

Por mal que saliera todo, al menos el programa me había sacado de las cinco calles de Madrid que controlaba y me había llevado a un norte que me era desconocido y ahora me alegraba de ver.

—Llevas a alguien contigo... Alguien que te cuida y te acompaña.

—¿Perdona?

Meli se me puso al lado. Sus botas de plataforma y hebillas resonaron en el tranquilo silencio del mediodía.

—Un espíritu protector. Un muerto cercano. —Sus finas cejas se alzaron, esperando, me imagino, una confirmación por mi parte—. Soy... sensible a ese tipo de energías. Siempre lo he sabido, desde niña. Y alguien te está rodeando, pero no te asustes: es alguien bueno.

—Pues espero que no quiera una parte de mi salario ni un hueco en la caravana, porque vamos justitos.

Entramos en un asador y pedimos refrescos. La especialidad de la casa era la carne a la brasa, pero, con la mitad del recorrido por delante, no las tenía yo todas conmigo, así que pedí una ensalada y algo de queso de la zona. Lucas, que llevaba mirándome un rato con sorna, me tiró un trozo de pan tan pronto nos pusieron la cesta.

—¿Puede saberse qué haces? —le espeté.

—¿Vienes a Burgos a comer ensalada, rizos? Aquí el plato destacado es el cochinillo.

—Ya viajo con uno, gracias. No necesito más presencia de cerdos en la mesa.

—Ay, la hostia. —Se puso la mano en el pecho, burlándose—. Has herido mis sentimientos.

—No creo que tú sepas lo que es eso.

Intercambiamos miradas de desprecio, y después, se metió el pelo detrás de la oreja y se entretuvo toqueteándose la barba... Dios, esperaba que lo que fuera a comerse no incluyera salsa que escurriera, porque ese... matorral no parecía tener fin.

Sorbí mi Coca-Cola, buscando las posibles salidas para echar una calada rápida que me ofreciera unos minutos lejos de aquella panda de lunáticos, cuando el hombro de Meli, que se me había sentado al lado y mostraba evidentes problemas con el respeto al espacio personal, me sacó de mis cavilaciones.

—Me ha parecido que mis palabras te han asustado... No deberías tener miedo. El que te acompaña es alguien de espíritu noble. Normalmente las ánimas en pena con malas intenciones no poseen fuerza suficiente para seguir a nadie. O se cansan con facilidad.

—Vaya..., pues es un alivio que mi espíritu personal no sea un vago. —Sonreí. La chica me caía bien, pero ¿qué iba a decirle ante semejante ida de olla?—. ¿Le digo que vaya hacia la luz o algo?

Meli sonrió un poco. Se había pedido, igual que Pedrito, unas morcillas de Aranda. La verdad es que olían que daba gusto, pero mi estómago no estaba muy sereno, y después del ataque de pánico, me contenté con mi ensalada. Por si acaso.

—¿Por qué ibas a querer que se fuera? Ya te he dicho que es un espíritu protector. Solo quiere cuidar de ti.

—¿Y cómo funciona? ¿Puede parar una bala o llamar a emergencias si me pasa algo?

—Eso... Como no está lo bastante acojonada por sí sola, tú cuéntale tus mierdas, Amelia. —Lucas agarró los cubiertos y atacó el cochinillo con saña. Os juro por Dios que la National Geographic le hubiera contratado sin dudarlo para que interpretara al *homo habilis* en un documental—. Al final voy a terminar grabando cómo se lanza de un risco, y eso no mola. Aunque puede que venda.

—Cállate, o mi ánima protectora te dará una patada en los huevos.

—Chicos... No es un tema para bromas. —Por lo visto, Meli creía en lo que decía a pies juntillas. Mordió la morcilla y después, cruzando las piernas, se giró hacia mí—. ¿Has perdido a alguien recientemente? ¿A alguien cercano?

—Joder, me vais a amargar la comida.

Por acuerdo tácito, las dos ignoramos a Lucas, que se bebió a morro de un trago una Mahou sin alcohol e hizo lo propio con nosotras. Pensé a toda velocidad. No quería decepcionar a Amelia, y la verdad es que despertar aquel genuino interés en ella, en ese momento de mi vida donde parecía rodeada de peña que no podía soportarme, me ayudó a sentirme un poquito mejor.

—Pues la verdad... la verdad es que sí, tía. —Dejé el tenedor y me pasé la mano por la nuca—. Una amiga. Se ahogó y..., bueno..., siempre me costó asimilarlo. Una muerte así..., repentina..., sin aparente sentido.

—Claro que sí, claro que sí. Es supercomprensible. —Meli me agarró la mano. Cogió aire y lo soltó. Cerró los ojos, masculló algo. Mierda... Me cagué un poco, os lo admito en confianza. Cuando volvió a mirarme, sonreía—. Creo que es ella.

—¿Está... enfadada? ¿Con algún asunto pendiente? ¿Es un espíritu vengativo?

Meli negó con la cabeza a toda la velocidad que le permitían sus cervicales. A ver... Aquella era una mentira a medias. No iba a entrar en detalles, pero cuando estaba en el colegio una niña se ahogó con un bocadillo de mortadela y se murió. Vale. Había sido en otro colegio, pero el trauma le duró años a mi madre. Yo no sé ni cuánto estuve sin probar la mortadela.

—Quédate tranquila. Solo quiere acompañarte. —Meli siguió comiendo. Por lo visto, el convencimiento de que éramos cinco en la mesa le alineaba los chacras, o algo así—. Quizá le guste ver el mundo y continuar la vida, de alguna forma, a través de ti. Por haber perdido la suya demasiado pronto.

—¿Una muerte quiere sentirse viva a través de ella? —Lucas bufó. Dios, qué insoportable era—. Vaya desperdicio de muerte.

—¿Sabes, Jim? Creo que serías un espíritu cojonudo. A ver si se te va el cerdo por el camino malo y lo comprobamos.

Pedrito levantó la cabeza de su plato y nos echó una mirada a los tres. Ni siquiera perdió el tiempo en decir una palabra. Lucas se rascó la cabeza. Se le había pegado algo a la barba... No estaba segura de si me daba asco o risa.

—¿Y ahora quién hostias es Jim? —nos espetó Lucas.

—¡A lo mejor la acompaña otro espíritu! —Meli soltó el tenedor. Me agarró la mano otra vez. Inició el ritual de respiraciones—. ¿Jim? Jim..., ¿tienes algo que decirnos?

«Ay, la madre que me parió...».

11

LUCES, CÁMARA, MARRÓN

Para cuando llegamos a San José de Los Altos, el cielo resplandecía en un tono púrpura que despedía el día.

Raro, ¿verdad? Teniendo en cuenta que a mediodía estábamos a un cincuenta por ciento de distancia de nuestro destino... ¿Qué había pasado? Pues yo os lo cuento. Pedrito no sabía leer un mapa y tampoco toleraba que nadie viniera a soltarle lecciones de conducción. Como resultado, nos habíamos perdido una cantidad de veces que era mejor olvidar de la vergüencita ajena que nos daba.

Por supuesto, llegados a ese punto y viendo que dábamos vueltas en la caravana por Palencia como Scooby Doo y su pandilla chiflada en la Máquina del Misterio, Lucas, alias Jim Morrison, se había personado en la parte de la cabina y espetaba instrucciones sin ton ni son. El remedio fue, de lejos, peor que la enfermedad.

Mientras, yo intentaba concentrarme en mi lectura sobre el pueblo y trazar perfiles sobre algunos de sus habitantes —lo poquísimo, lo nimio que me había ofrecido Esther, que quería que todo fuera orgánico (#Laodio)—, y Meli inventariaba sus pinturas y potingues. No se oían más que voces masculinas alteradas, tacos y nerviosismo creciente. Para cuando la tarde nos tocó, me harté de la situación y me tambaleé hasta la zona de testosterona. Llamé a Pedrito con unos toques en el hombro y sus ojos encontraron los míos a través del retrovisor.

—Llámame loca, pero... ¿por qué no paras y preguntamos?

Lucas soltó un bufido. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza con ímpetu antes de volvérsela a poner. Dios... ¿Es que también tenía piojos? Con aquella maraña de pelo, no me habría sorprendido nada que le hubiera anidado en la cabeza alguna cigüeña.

—Claro que sí, rizos. «Perdonen, somos de un programa de televisión y buscamos un pueblo para grabar, pero nadie puede saber nada, así que indíquenos usted sin levantar la liebre». —Me miró como si fuera estúpida—. ¿Y tú eras la mejor opción? Pues sí que andaban desesperados...

—Salta a la vista. Te han contratado a ti.

Me di la vuelta con dignidad y volví a mí asiento. No le aguantaba. No podía soportar a ese tío. Fantaseé con abrir la puerta de un tirón y lanzarle abajo. Sonreí,

imaginándome el larguirucho cuerpo del cámara botando y rebotando debajo de...

—¿Nina? —Por suerte, Meli me sacó de ahí. ¿De dónde habían salido esos pensamientos?—. ¿Estás mareada otra vez? Ponías caras.

—Solo quiero salir de aquí y estirar las piernas.

Traté de concentrarme en mis apuntes, entre giros bruscos, insultos varios y peticiones de Pedrito de que todos nos fuéramos a tomar por culo. Era un hombre acostumbrado a trabajar en soledad..., por si decir algo en su favor ayuda.

—¡Necesito salir de esta puta lata de sardinas, joder! —Ese era Lucas. Todo elegancia y sofisticación.

—Pues cierra la boca y deja de desconcentrarme. Pírate atrás.

—¿Con esas dos? —Otra vez, Lucas—. El problema es que eres el peor conductor del mundo, coño. No sabes ni leer un jodido mapa.

—Por lo menos no toco los huevos a los demás ni llevo pintas de haber acabado la hibernación hace una media horita escasa.

Ahí tuve que reírme. Buen punto, Pedrito.

—¿En serio, tío? ¿Vamos a entrar en descalificaciones físicas? Porque tu cabeza está llegando a su otoño y no me ves meter el dedo en la llaga. Gilipollas.

—Anda y que te den, barbas.

—Eso mismo dijo tu madre. Una mujer de ímpetu.

Por Dios... ¡Pero qué básicos eran!

Llegamos al pueblo a trancas y barrancas, y todos estuvimos más que felices de abandonar nuestro vehículo-purgatorio.

Producción nos había alquilado una coqueta casita de una sola planta, revestida de ladrillo. Su ubicación, rozando casi el linde que delimitaba San José de Los Altos, era perfecta para contar con ese puntito de discreción que necesitábamos, por el pequeño detalle de viajar cuatro personas en caravana cuando, en teoría, la alquilada solo iba a ser yo.

Un par de llamadas adecuadas y servidora había aceptado una vacante laboral con vivienda incorporada. Por lo visto, habíamos respondido a un anuncio de prensa escrita, cosa que me pareció muy romántica, dados los tiempos que corrían, cuando el papel brillaba cada vez más por su ausencia, en todos los sentidos.

Mientras Pedrito y Lucas descargaban sus respectivos equipos, amparados en la noche y en haber tenido el tiento de aparcar la caravana en la parte trasera, yo deambulé por la pequeña parcela de césped reseco que rodeaba la propiedad. El lugar olía a fresco. El cielo estaba cuajado de estrellas. Algún grillo chirriaba a mi alrededor y el ambiente, una mezcla dulce y resultona entre pueblo del interior y

urbe chiquitita, me llenó de esperanza. Todo parecía limpio y agradable. Un lugar donde sentarte con una taza de café, arrebujada en la manta mientras veías amanecer y saludabas a tus vecinos por su nombre. Sin polución. Sin atascos. Sin ruidos groseros de griteríos y cabeceros de la cama que golpeaban contra tu pared de tan finos como eran los tabiques.

Nunca me había planteado un lugar como aquel para vivir, pero podía entender a las personas que le veían potencial.

Saqué un Chester de la bandolera y exhalé el humo con la cara vuelta hacia el cielo. El fresco era revitalizante, y por un momento, la idea de dormir bien tapada me sedujo. También era verdad que el viaje me había agotado la energía y que ya llevaba sobre la espalda una noche previa sin descanso. Joder, ahora que lo pensaba, estaba a un paso de sobarme de pie. La risa de Amelia me hizo volver la cabeza, y vi, ciertamente sorprendida, cómo Lucas le decía algo mientras movía la cintura, cargado con una enorme caja de cartón repleta de... qué sé yo, cables o pantallas de televisión. Por lo visto, Morrison sabía ser majo y hasta sexy... cuando le apetecía.

Y, desde luego, cuando yo no estaba implicada.

Apagué la colilla contra un murete y, luego, la puse en el fondo de una maceta vacía. Hice nota mental para recogerla luego, y empecé a acarrear mis propias cosas. Solté la maleta y el bolso en la primera habitación que encontré, que resultó ser una con dos camas. Meli me imitó, saltando sobre el colchón y murmurando que íbamos a ser «compis». Le sonreí y le despejé el tocador para que pusiera su enorme maletín de la señorita Pepis.

—Así no estaremos solas en tierra desconocida —me susurró, dejando una Samsonite de ruedas negras y cubierta de pegatinas con emblemas de bandas de rock debajo de la cama—. Y podré encargarme de tu chapa y pintura a diario. ¿Te parece bien?

—Mientras no tenga que dormir cerca del señor del chorizo y don borderías..., es perfecto.

Meli se rio, colocándose su perfecto flequillo cortado en forma de triángulo inverso.

—Pues yo creo que hay chispa entre los dos.

—¿Qué dos? —Me miró suspicazmente—. ¿Pedrito y yo? ¡Qué va! Le conozco desde ni sé cuántos años. Y a su mujer. La tía podría ser una luchadora de la WWE, créeme: no me acercaría ni aunque fuera el último hombre sobre la Tierra.

—¡No, mujer! Me refería a ti... y a Lucas.

—¿Quién es tu camello? Se está pasando con la dosis.

Se volvió a reír y, esta vez, yo la seguí. Dios..., me sentía tan cansada... Pero la

noche estaba lejos de ir a terminar. Nos quedaban por saber las votaciones de la audiencia, que en esos momentos estaría decidiendo cuál de las cuatro secretas opciones que el programa les había dado sería la elegida para iniciar nuestra aventura *Cliché 2.0*; a esas alturas, y ya metida en harina hasta los codos, yo solo pedía que fuera algo con lo que pudiera lidiar con relativa facilidad.

—¿Estás nerviosa, Nina?

—Cagada. Pero una vez en el burro, ya sabes: arre, burro.

—Hay algo que no te he contado... Pensaba esperar a más tarde, cuando estuviéramos solas y ya supieras un poco qué esperar..., pero...

Sacó de su bolsito una grabadora negra que llevaba el emblema del programa. Se me secó un poquito la boca, aunque, bien mirado..., bueno..., era lógico.

—¿Eres mi gran hermano, Meli?

—Piensa en mí como una amiga, porque de verdad que es el contexto en el que acepté el trabajo. Soy tu... asistente personal. Tu compi de cuarto y tu... diario de las mareas. —Sonrió, aunque con un poco de gesto culpable—. Me encantaría decirte que gozamos de toda la libertad del mundo para que haya un ochenta por ciento de las conversaciones que queden solo entre nosotras, pero...

—Pero tienes que grabar los testimonios para el programa. Lo sé. No te preocupes, sabía dónde me metía. Enchufa el cacharro, vamos con la primera cinta.

Le conté... pues un poco mis propios pensamientos iniciales. Aunque bastante menos bucólicos de lo que habían sido en mi cabeza, mientras fumaba tranquilita, sin ser consciente de la luz roja que parpadeaba y me indicaba que mis palabras —y mi horrendo tono de voz grabado— iban a ser *vox populi* en menos que cantaba un gallo. Amelia hizo algunas preguntas de rigor, como para orientar mis ideas y llevarme a atestiguar la información que me imaginaba que le habían pedido «de arriba» —me flipa esa expresión, ¿a vosotros no os pasa? Es como de... algo gordo—. Le hablé de mis nervios e inquietudes, de la incertidumbre de no saber a qué atenerte..., y aproveché para meter baza en que había una serie de cuestiones con las que estaba convencida de no llegar a sentirme cómoda nunca, por bien que fueran las cosas en el programa.

—¿Te refieres a... intimidad?

—De cualquier clase —le confirmé. Y me importó un cojón de pato si aquello iba en contra de la política morbosa de *Cliché*. Yo no iba a ponerme en plan llanera solitaria sobre maromo alguno en televisión. Ni ningún otro paso intermedio—. Hay unos enormes tabúes en lo que a ciertas actividades se refiere... A título personal, y por bien que fluya el programa, cosa que espero de verdad que suceda, no estoy en disposición de entregar esa parte de mí misma para la audiencia.

Amelia asintió y, después, apagó la grabadora.

—Gracias, Nina. Y no te preocupes: con el tiempo ni te acordarás de que estamos grabando.

En ese momento, y aunque le dediqué una sonrisilla, no me la creí, pero... ¿queréis un avance informativo bomba? Ella tenía razón. Y olvidarme de que estaba grabándome me metió en un montón de historias que..., bueno, ya llegarán. También me equivoqué de pleno en eso de que no iba a ponerme a galopar la pradera durante la duración del programa...

Pero eso ya lo veréis en su momento.

Me di una ducha, en parte para hacer tiempo, y en parte porque necesitaba diez minutos sin compartir espacio vital con nadie. En casa, Cayetana y yo, a fuerza de conocernos desde la adolescencia, sabíamos perfectamente que había momentos para acurrucarnos juntas en el sofá, rollo mellizas de circo, y momentos para meternos cada una en nuestra cueva a lamernos las heridas... o cortarnos las uñas de los pies. Me puse los tapones y dejé que el agua caliente me recorriera entera. El espejo del lavabo se empañó, y eso me creó la falsa sensación de estar sola y viviendo una vida estable. La realidad era que ni lo uno ni lo otro, pero confiaba en estar moviéndome en la dirección correcta para conseguirlo.

Cuando me sequé, me puse unos *leggings* térmicos, un suéter *oversize* color merengue y mis botines bajos de confianza. El pelo, a rizo natural. Salvaje y húmedo. Esperaba no arrepentirme de ello al día siguiente.

Una vez en el pasillo común, no había ni rastro de Meli, y Pedrito se había apartado a la caravana, que ya había rebautizado como su centro particular de operaciones. Ahí sería donde establecerían la conexión con los monitores, a los que, imaginaba yo, pez como era en telecomunicaciones y esas mierdas, llegarían las imágenes que Lucas grabara con alguna de sus cámaras.

Hablando del susodicho, trasteaba en su ordenador. Un USB portátil blanco lucía en un lateral y él tecleaba con la cabeza casi metida entre las teclas. La levantó un poco al oírme llegar y, luego, volvió a centrarse en lo suyo. Su capacidad para hacerme sentir como una mosca cojonera era digna de medalla de oro.

—¿Cuánto falta para que se cierren las votaciones y nos enteremos de algo?

Se subió la manga de la camisa de cuadros que se había puesto sobre la camiseta. Echó un ojo a su reloj. Volví a darme cuenta de que llevaba una pulsera, pero, de nuevo, no me dio tiempo material para analizarla al detalle.

—En unos cinco minutos.

Parco. Rancio.

Me senté en el sofá, frente a él. Levantó otra vez los ojos, brillantes a causa de la

luz de la pantalla. Se rascó la barba, lo que provocó un sonidito de esos que por alguna razón te producen cosquillas en la nuca.

—Vaya pelos de loca llevas, rizos —soltó como si tal cosa.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Qué dices? Mi pelo es genial. Uno de mis mayores activos. Igual de poblado en zonas del sur.

Representé una arcada y él... ¿sonrió? ¿Río? ¿Eructó una risa? No sé. Sus sonidos me eran incomprensibles..., aunque no desagradables.

—¿Ese chisme es para pillar internet? —Asintió—. ¿Pueden darme uno?

—Las conexiones están vigiladas. No conviene que haya demasiado movimiento de datos... ni mucha información sin control rondando por ahí.

—Claro... No se me había ocurrido. Ya sabes, yo fui la mejor opción, así que «arriba» están desesperados.

Paró los dedos y el sonido de teclear cesó. ¿Sabéis ese segundo de absoluto temor y nervios máximos cuando tu profesor te llamaba a casa? Ese instante entre que respondes y la persona al otro lado normaliza una situación que no es para nada normal. Pues así me sentí cuando Lucas me dedicó su atención, esta vez sin una miradita velada, sino con completa y absoluta determinación.

—Ya... Sobre eso, rizos...

—Es Nina.

—Como tú quieras. —Se quitó la gorra, atusándose los mechones hacia atrás. La mano se le hundió en la melena de tan poblada como era—. Es posible que no estuviera del todo bien que dijera eso. Seguro que no eres mala opción para este curro. Hasta puede que lo hagas bien.

—¿Estás intentando disculparte? ¿Y eso es lo mejor que te sale?

—En realidad estaba intentando dejarte lo bastante flipada como para conseguir que te callaras cinco minutos, pero parece que es una labor que escapa a mi poder.

—Tu poder... ¿Ser desagradable y tener cara de vivir en un perpetuo lunes a primera hora?

Se sonrió.

—Entre otras cosas.

La repentina aparición de Amelia a todo correr por el pasillo nos cortó las ganas de seguir charlando. Me fastidió un poco, aunque no le veía el menor sentido. Morrison seguía siendo un capullo. Uno de sonrisa bonita, pero yo no estaba ya en fase de que esas cosas me sorprendieran.

—¡Acaban de cerrar las líneas! —anunció Meli—. ¡Empieza el recuento! ¿Dónde está Pedrito?

Lucas sacó su teléfono e hizo un par de llamadas. En un par de minutos, Pedro contestó que estaba en directo desde la caravana, conectando con los estudios de *Cliché*, que a su vez... estaban en conexión directa con el programa de *prime time* donde se anunciaría, en exclusiva, la opción ganadora. Un galimatías propio de *Regreso al futuro*, si queréis mi opinión, pero nuestro programa todavía no había saltado al aire, por lo que aquella pincelada de promoción tenía que enseñarse en otro espacio.

A mi alrededor, todo era nerviosismo. Me preguntaba si alguno de los presentes conocía las opciones que se habían presentado. ¿Se habría votado para que fuera una toxicómana rehabilitada? ¿Una física cuántica con problemas de compromiso? ¿Una mujer bipolar y madre de seis hijos, protestante? Cualquier opción era posible. Y si Esther estaba detrás —#Lazorradisfrutabademisufrimientodesdesucómodacasa—, no esperaba nada bueno.

—Voy a puentear mi ordenador para coger la imagen que está procesando Pedrito desde fuera. —No supe para quién hablaba Lucas, que sacudió la cabeza al vernos las caras—. Es una forma de hablar, coño.

—Tú haz que podamos ver el momento de la elección del tema en directo, ¡venga, venga!

Meli parecía una cría en mañana de Reyes. Y yo de repente estaba desganada para tanta emoción. Aquello era como presentarte a la selectividad sin haber estudiado nada, a ver si el bombo te daba suerte y tocaba un tema que más o menos pudieras defender.

—Me voy fuera. Cuando sepáis algo, que alguno me lo vaya a decir, por favor.

—¡Pero Nina! ¿No quieres verlo en riguroso directo?

Le sonreí un poco, agarrando mi suéter de lana y echándomelo por encima.

—Ya vendrán otros directos. No pasa nada porque me pierda este.

Dejé la puerta entornada y salí. Caminé un poco, hasta dar con un murete de piedra donde aposentar mi cansancio. Con las piernas cruzadas, jugué a enredarme los mechones entre los dedos, permitiendo que el aire frío me estremeciera la piel. Añoré mi cama, en la que iba a tardar varias semanas en dormir; a Cayetana y a mi familia, que no tendrían noticias mías con tanta asiduidad como me habría gustado. Me pregunté qué estarían haciendo en ese momento... Imaginé que estarían pegados al televisor, atentos a los porcentajes marcados en colores chillones y esperando que el presentador de turno, tras una entradilla destinada a dejar a la audiencia con la miel en los labios, otorgara por fin el veredicto.

«Nina Carvajal —esperaba al menos poder seguir usando mi nombre de pila—, ayudante de redacción del famoso *reality Cliché*, saltando ahora a la palestra como

cara protagonista. ¿En qué entuertos y dramas se meterá cada semana? ¡Solo vosotros podéis decidirlo! Las grabaciones han empezado, en un emplazamiento idílico y alejado, un espacio controlado en algún lugar remoto entre Burgos y Palencia donde nuestra intrépida Nina forjará relaciones... y sobrevivirá a lo que vosotros, soberanos, le vayáis dictando cada semana. ¡No tengáis piedad! Y esperamos que elijáis la opción que, en el fondo de vuestro corazón, sabéis que va a meterla en más marrones. Para eso estamos aquí, ¿no? —Risas enlatadas—. ¡Que comiencen las torturas!».

Un silbido cortó mis pensamientos de raíz, cuando ya casi me veía a mí misma atada a un tronco mientras el presentador encendía una hoguera situada justo debajo de mí. Pelín dramático, ya lo sé. ¡Así es la televisión!

—¿Quieres la cuenta, Jim?

Lucas se acercó a zancadas largas. Lucía un ceño tan fruncido que se le habían formado tres surcos en la frente en los que podían plantarse patatas.

—¿Quién coño es ese Jim?

—¿Ya se han confirmado las votaciones? —Decidí ignorarle, porque las bromas internas pierden gracia cuando se explican. Y, además, la temperatura estaba bajando por momentos. Mejor ir a lo importante—. ¿Y bien?

—Pues ha salido la opción más sosita de las cuatro, la verdad. O arriba te aprecian mucho y lo han montado para que no tengas un comienzo complicado o es que no confían en que seas capaz de lidiar con algo más jodido.

—Que te den, Lucas. —Me bajé del murete de un salto—. Si puedo aguantar tu cara de culo, podré con lo que sea.

Eché a andar. Él no. Él se quedó allí plantado. Disfrutando del espectáculo que le suponía sacarme de todas mis santas casillas.

—Ya te he dicho, rizados, que yo no soy de los que disfrutan recibiendo. —Levantó el tono, para que pudiera oírle estando ya a un palmo de la casa—. Al final me vas a obligar a demostrarlo sin usar palabras.

Peineta por mi parte, y a otra cosa.

Un rato más tarde, ya metida en la cama, boca arriba y con los ojos como platos, con todo el cansancio brillando por su ausencia, repasaba los acontecimientos. Y agradecía en mi fuero interno estar al lado de la parlanchina de Meli, porque lidiar con las ojeras a la mañana siguiente no iba a ser tarea fácil.

—Pues yo creo que han optado por un enfoque superromántico —me susurró—. ¿No te parece?

—Soy una bibliotecaria divorciada. Imagino que eso conlleva... desencanto en el amor y mucho conocimiento de los clásicos de la literatura. —Me removí. Aquellas

sábanas no se calentaban ni frotando las piernas a conciencia—. Lucas cree que me han dado lo más soso porque no se fían de que pueda llevarlo adelante.

—¿Quieres que saque la grabadora? Puedes ofrecer una confesión de primeras impresiones.

—Mañana. —Cerré los párpados con fuerza—. Ahora no tengo el alma para desgarrarla.

—Bueno... —Silencio que duró un segundo—. Pero yo no creo que te hayan dado lo más fácil. Y, aunque así fuera, esa elección solo va a ser un inicio para la historia. Lo demás, en cualquier caso, siempre va a ser un guion original. ¿Eso te ayuda?

—Sí, Meli. Eso me ayuda mucho. —No sabía hasta qué punto.

A la mañana siguiente, ataviada con un *look* muy *casual* que consistía en vaqueros, botines cortos marrones y el suéter más gordo que poseía, me encaminé a la cafetería del pueblo para tomar mi primer desayuno. Bajo el brazo, el bolso y el periódico más local que pude encontrar. Crucé la puerta haciendo resonar las campanitas, y mi cara de forastera, amén de los rizos rojos fuera de control, llamaron inmediatamente la atención.

Sonreí y me senté en una mesa libre. Me ofrecieron café, y eso fue lo que acepté. Con tranquilidad, desdoblé un mapa del pueblo y empecé a recorrer las líneas trazadas con el dedo, sin fijar el contacto visual en nada. Despacito y con paciencia... Ningún primer día está siempre cargado de emociones, ¿verdad?

Le di un sorbo al café —que estaba de muerte, por cierto. Benditos pueblos— y un repiqueteo constante se me aproximó. Levanté la vista. Setenta años, aproximadamente. Cabeza limpia de pelo. Bastón. Ropa en tonos grises. Ojos brillantes llenos de curiosidad. Buena salud evidente. Un dedo sorprendentemente firme me señaló.

—Usted debe de ser la nueva bibliotecaria, joven. ¿Me equivoco? —Voz ronca. Fumador de toda la vida. Nos olíamos entre nosotros.

—No, señor, no se equivoca. —Le tendí la mano y la más radiante de mis sonrisas —. Nina Cervantes, encantada.

—¡Coño! Con ese nombre, le va el puesto que ni pintado.

—Imagínese qué disgusto para mi padre si me hubiera dedicado a otra cosa.

Risa cómplice. Mirada amable. Primer contacto establecido.

—Ermenegildo Ortega, señorita. Y le diría que solo para servirles a Dios y a usted, pero mi parienta todavía vive y, aunque uno se regale los ojos, me va a permitir que no me juegue la poca vida que me queda.

—Respeto a los hombres sinceros. —Doblé el mapa, preparando ya el próximo movimiento—. Ermenegildo... El suyo tuvo que ser un parto de los que hacen historia.

—Dieciséis horas contó mi madre antes de perder el sentido. Y me lo recordó hasta en el lecho de muerte. —Sonrió. Le faltaba un molar, pero ese rasgo de algún modo le daba un aire pícaro que me agradó—. ¿Sabe ya dónde está la biblioteca?

—Pues la verdad es que pensaba aprovecharme de usted para que me acompañara.

Le arreglé el día. Y no es por presumir, pero creo que el buen señor no había caminado tan deprisa en su vida.

Me acompañó fuera de buen grado y empezó a contarme una gran variedad de cosas sobre el pueblo, sus gentes, sus hortalizas... y lo alejados que se sentían de la provincia a la que pertenecían. El gobierno era un desastre, no había ayudas suficientes para los agricultores, su hija no llamaba nunca desde Cádiz y del pequeño..., del pequeño era mejor ni hablar.

—A los zumos, se dedica. ¿Usted se cree que eso es un negocio serio? Un zumo me lo exprimo yo en mi casa con cuatro naranjas y un cuchillo, ¿cómo va a vivir de eso? Bah... Los jóvenes.

¿Qué os puedo decir? La ancianidad nos vuelve sabios para tocar infinidad de temas.

Le seguí el paso, mirando todo a mi alrededor y buscando sin encontrar. Desde que había salido de casa, no había tenido ni un vistazo de Pedrito. Ni de Lucas. Se suponía que como cámara debía ser mi sombra, pero, hasta el momento, brillaba por su ausencia.

—¡Ah! Ya la esperan. —Ermenegildo tosió y yo volví mi atención a él. ¿De quién narices hablaba? —Jorge es quien puso el anuncio, así que él hablará con usted y se encargará de los detalles. Ahí está. Y la biblioteca también.

Levanté la vista y, en efecto, allí estaba. El hombre más guapo del mundo.

12

EL PRÍNCIPE Y EL OGRO

Me doy cuenta de que es muy posible que mi descripción previa haya sido insuficiente. Puedo hacerlo mejor.

Estoy segura de que cuando doña Letizia Ortiz Rocasolano vio por primera vez a don Felipe de Borbón y Grecia la manida expresión «sentir mariposas en el estómago» cobró un nuevo significado. Porque, imaginaos, ¿cómo les cuentas a tus amigas que estás saliendo con un tío como ese, cuyas intenciones inmediatas son convertirte en la reina de todo el país? Imposible encontrarle una pega. Porque hasta la suegra que iba a tocarte en suerte es una señora de lo más adorable.

Pues bien, algo así sentí la primera vez que vi a Jorge Méndez. Alto. Moreno. Pinta muy mediterránea con un corte de pelo ni demasiado antiguo ni de esos excesivamente modernos. Hoyuelo en el centro de una barbilla triangular muy bien rasurada. Hombros anchos. Estatura respetable. Sonrisa brillante y arruguitas en los extremos de unos ojos color chocolate que casi olían a Nutella.

Una maravilla. Me tendió la mano y yo se la estreché. Y después sonreímos y nos acercamos con torpeza para darnos un par de besos menos formales.

Una maravilla. Sí, otra vez.

Ermenegildo carraspeó intencionadamente, pero Jorge y yo parecíamos metidos en una de esas burbujas tan superbucólicas de las películas de Netflix donde la chica tropieza, su bolso estupendo cae al suelo desperdigando sus pertenencias más íntimas —pero nunca, ojo, un tampón, porque eso quedaría demasiado poco cuqui: las chicas de la tele no menstrúan— y entonces él se agacha y la ayuda a cogerlo todo y se miran... Pues en esas andábamos.

—¡Está usted en buenas manos, criatura! —Oí a lo lejos, con aquella voz ronca y bonachona. El bastón de Ermenegildo se alejó zigzagueando por el camino.

—Bueno... ¿Nina Cervantes? —Asentí, provocando que mis rizos se removieran —. ¿Quieres pasar a ver la biblioteca?

—¡Para eso estamos aquí! —Y di una palmada en el aire. Joder... Compostura, ven a mí.

—Me encanta tu entusiasmo.

Sacó una llave del bolsillo y abrió con un par de giros habilidosos de muñeca. Me

fijé en sus manos, fuertes, firmes. Suaves al tacto, tal como había notado en nuestro saludo. Y sin anillo. Bien. Eso era importante.

A mi alrededor, y debajo de alguna que otra capa de polvo, había una colección de literatura bastante respetable a pesar de que estábamos hablando de un pueblo. Del equipo informático que dominaba la mesa de la bibliotecaria no voy a decir nada, pero creo que, de tener conexión a internet, iba a ser aquella que se precipitaba al vacío cuando alguien te llamaba a casa por teléfono. ¿Os acordáis?

Paseé la mirada por las estanterías, reconociendo algunos títulos de las hermanas Brontë, *La Ilíada*, *El Principito*, *Las Crónicas de Narnia* y hasta *Harry Potter*. Sonreí. Parecía que en San José de Los Altos se habían esforzado por estar más o menos al día con los títulos más demandados, y con aquellos que pudieran atraer a posibles lectores. El sitio me gustó. Suelo en forma de damero, con grandes losetas en tonos rosados; estantes robustos de madera, ventanales limpios, lámparas pequeñas en cada mesa y una muy sencilla pero romántica en el techo. No era como la biblioteca de *La Bella y la Bestia*, ¡pero es que ninguna podía serlo!

—Se te ve entusiasmada de estar a punto de enfrascarte en el trabajo más aburrido del mundo.

—¿No te gustan los libros?

—Me encantan. —Jorge encendió las luces, y nuestras caras volvieron a ser visibles—. Pero prefiero leerlos cómodamente en casa en vez de pasar horas mirando sus lomos colocados en un estante del que hace mucho que nadie los saca.

—Intuyo que hay pocos apasionados por la lectura en este pueblo.

Él se encogió de hombros y fue a entornar la puerta. Por un segundo, cundió el pánico. ¿Dónde narices estaba Lucas? Si Jorge cerraba la puerta... Bueno, se suponía que el borde de Morrison era un gran cámara, ¿no? Pues que se las apañara.

—Nuestra población está envejeciendo, me imagino que te habrás dado cuenta. Hay muy pocas parejas jóvenes, lo que no nos da un índice de nuevos nacimientos muy amplio.

—¿Por eso habéis pedido ayuda del exterior? —Sonreí. Él me devolvió el gesto.

—Sí. El trabajo oficial es el de bibliotecaria, el extraoficial es la esperanza de que produzca criaturas que inscribir en nuestros libros de nacimientos. Ha sido usted engañada, señorita Cervantes.

No pude evitar ver la ironía en aquella frase. Porque él sí que estaba siendo manipulado. Él y todos los demás con los que me cruzara a partir de aquel instante.

—Siento comunicarle que la procreación no está en mis prioridades en este momento.

—Eso me lleva a pensar que... ¿no existe nadie con quien formar una familia a

corto plazo? —Su hoyuelo volvió a hacerse presente, y también se sonrojó. Dios, era monísimo—. ¿Te escandalizaría si confieso que eso me alegra?

Fui a contestar, pero el sonido de algo impactando contra uno de los cristales de la pared de enfrente nos sobresaltó a ambos. Varios trozos de cristal cayeron al suelo y dejaron un boquete visible en el ventanal. Jorge se irguió y echó un ojo alrededor, y después estiró la mano y me tocó el brazo en un gesto conciliador que envió una descarguita pequeña a través de mi piel. Sonrió con calma.

—No te asustes. Hay un nido de cigüeñas en la torreta del edificio —me explicó, como si aquello fuera una costumbre—. A veces las ramitas o las piedras pequeñas que usan para apuntalarlo se desprenden.

—¿Me estás diciendo que en este trabajo cabe esperar el lanzamiento de peso por parte de cigüeñas?

Jorge se rio y me indicó con un gesto que le siguiera fuera. En un lateral, una escalera de mano aguardaba.

—Bienvenida a los angostos pueblos del norte, señorita Cervantes. —Se agarró a uno de los peldaños con pericia—. Buen apellido para el oficio que desempeña, por cierto.

—Ya..., me lo dicen mucho.

Empezó a trepar con facilidad. Como si subirse a aquella escalera que no tenía pinta de ser capaz de soportar el peso de una hormiga fuera su pan de cada día. Y yo... pues me quedé allí, preguntándome si debía ofrecerse a sujetársela —la escalera, claro— o si era mejor que dejara las manos quietas y los ojos en el suelo. Aunque esto último no lo cumplí a tiempo: señores, Jorge Méndez tenía un culo maravilloso. Y me van a permitir el abuso del adjetivo, porque no creo que haya otro que pueda comparársele. Redondo. Prieto. Bien ajustado en unos pantalones vaqueros ceñidos. No sé qué trasteó en aquel tejado, no pude verlo ni poniendo la mano en modo visera, pero sí me fijé en el pequeño torreón terminado en punta y creí ver algo sobresaliendo de un rincón. Si era un nido o una antena parabólica abandonada, no puedo asegurarlo. Eso sí, por si acaso, di un par de pasitos atrás, no fuera a ser que una cigüeña mosqueada la emprendiera a picotazos con las visitas no deseadas.

—¿Quieres subir y echar un vistazo?! —me gritó Jorge desde arriba.

—¡Paso, gracias!

—¿Miedo a las alturas?!

—¡A la muerte por caída libre! ¡Algo irracional, ya sabes!

Cuando bajó y se ofreció a acompañarme en una vuelta de reconocimiento por el pueblo, yo asentí encantada. Saber más del lugar donde se suponía que iba a vivir

me pareció lo más lógico, y tampoco era que tuviera nada mejor que hacer...

Acompañé a Jorge y, conforme me contaba curiosidades y datos de San José de Los Altos, me iba olvidando de *Cliché* y de cuál era mi realidad. La única información que necesitaba recordar era un trabajo sencillo —al menos, *a priori*— y un estado civil por el que todavía no me habían preguntado. Con Jorge me resultaba extrañamente fácil abrirme: su sonrisa cómplice, los momentos que escogía para callar y aquello que añadía mientras hablaba yo me daban pie a contarle cosas sobre mí. A sentirme cómoda. Y a olvidar que, aunque el trasfondo era todo mentira, había mucha verdad en mis palabras.

Entramos en la cafetería donde yo había desayunado y tocamos temas prosaicos, como la firma del contrato y demás detalles prácticos.

—Si hay algún problema con la casa, puedo pasarme a echarle un vistazo.

—¡No! —exclamé, recordando de pronto quién era yo, qué hacía ahí... y que no estaba sola—. Quiero decir... que de momento todo funciona estupendamente. Es una casa muy grande y confortable.

—Quizá demasiado grande y apartada para una mujer sola. —Fruunció el ceño—. Lo siento, no tuvimos eso en cuenta. Tal vez algo más adentrado en el pueblo habría sido más apropiado.

—Me gusta la soledad. Me da... perspectiva.

Jorge dio un sorbo a su café. Lamió con gusto la gotita que se prendió del arco de su labio superior. No sé si él era consciente, pero era un hombre muy atractivo y sexy.

—¿No buscas ninguna clase de compañía, Nina? Una chica como tú, joven, preciosa..., si se me permite comentar lo obvio.

—Yo estoy divorciada, como sabes. —Me atusé el pelo—. Digamos que necesito... reconectar. Estoy abierta a los sentimientos, claro, pero no sé si habrá algún Cupido a la vuelta de la esquina dispuesto a intentar otro flechazo que quiera volver a probar suerte conmigo.

—Habría que estar loco para no intentarlo.

Sonreímos. Y llamadme loca, pero creo que estábamos coqueteando. Aquello me hacía sentir bien... y terriblemente inquieta. Debía apartar de mi mente ideas como «es un buen tío», «tiene pinta de superlegal», «él se está creyendo todo lo que proviene de ti», etcétera. Mi trabajo era lo primero, y no podía permitirme perder eso como perspectiva, a menos que quisiera dedicar mi futuro inmediato a la venta de prendas de ropa que nunca podría comprarme con un sueldo de dependienta.

—Yo también estoy separado. No fue bien; ella... San José se le quedó pequeño.

—¿Y marcharos juntos no era una opción? —Me mordí la lengua—. Mierda, lo

siento, no era mi intención indagar tanto. Y tampoco tenía que haber dicho, mierda, coño. ¡Ay! Lo siento.

Se echó a reír.

—Me caes bien, Nina Cervantes. ¿Eres tan auténtica como creo?

Cogí un vaso de agua, de cuya existencia me había olvidado, y lo apuré. Esa era una pregunta que no me apetecía responder. Su silencio me dijo que a él la mía, tampoco.

Volví a la casa que compartía con mi ecléctico equipo de *Cliché* más o menos a la hora de comer. Cargada de bolsas que ninguno de los supuestos presentes podía ayudarme a llevar porque, sorpresa, se supone que vivía sola.

Descargué nada más cerrar la puerta y fui dejándolo todo en la cocina. Mi cabeza era un barco a la deriva, y la sonrisa tonta que me había acompañado durante la jornada con Jorge seguía intacta.

Saqué los enseres necesarios para preparar pasta, y en esas andaba cuando Meli apareció. Me dio un susto de muerte, porque al girarme a la encimera la vi allí apoyada, con sus enormes botas de plataforma negra, un vestido de gasa corto y un par de moños atravesados por... palitos de *sushi*. Me agarré el pecho con ambas manos.

—Joder, eres como la muerte que viene a llevarme.

—Ojalá. —Sonrió. Sus labios lucían un tono morado muy oscuro—. ¡Por fin vuelves! Me he aburrido mucho toda la mañana. ¿Cómo ha ido?

—Pues mira... —Llené un cazo y lo puse a hervir. Mi don especial era calcular la pasta; ya sé que comparado con volar o mirar a través de las paredes resulta un rollo, pero en realidad es bastante práctico—. Creo que estoy de humor para una sesión de confesiones íntimas... grabadas para el público.

Amelia se esfumó dando saltitos y, cuando regresó, traía su grabadora. Yo me centré en terminar de guardar la compra —me había explayado, porque estaba de buen ánimo y porque pagaba la cadena. Esperaba que lo estuvieran restando todo del sueldo de Esther—, y fui removiendo la pasta y pelando tomates para la salsa mientras ella se sentaba a la mesa y pulsaba el botón.

Era consciente de que la grabadora estaba en marcha, pero en ese momento, de espaldas a Meli, no podía verla, y supongo que eso me ayudó a sincerarme.

—Creo que Jorge es perfecto. Noble, simpático, profesional... Con un puntito sexy apenas perceptible, y no tiene pinta de que se corte mucho a la hora de decir lo que piensa. Está claro que le importa el pueblo, sabe que mi presencia aquí podría resultar beneficiosa, pero, aunque soltó la broma con el tema del censo, creo que más bien... quiso quitar hierro a la situación.

—¿La broma del censo? ¿Puedes contarla?

—Dijo que mi trabajo oficial es el de encargarme de la biblioteca y el extraoficial, parir hijos para que la población rejuvenezca.

—¿Y cómo te sentiste ante esa alusión? ¿Violentada? ¿Incómoda? ¿Excitada?

Fruncí el ceño y miré a Meli por encima de mi hombro. Ella se encogió de hombros. Por supuesto, debía ir guiando aquella suerte de confesiones, esa era parte de su labor, pero, aun así, la salida me pareció simpática.

—Pues la verdad es que estuve tentada de subirme a la mesa, apartar con todas mis fuerzas el monitor HP del Pleistoceno que anda por allí y pedirle que me ayudara a engendrar a la nueva generación de San José de Los Altos.

Nos reímos juntas.

—Así que... Jorge. ¿Tenemos datos personales sobre él?

—Se apellida Méndez. —Escurrí la pasta y tapé la olla. Después, me centré en triturar los tomates y mezclarlos con cebolla, pimienta y especias. Todo en daditos muy pequeños—. Está separado y puede que un poco desencantado con el amor. Por lo visto, su ex quiso ampliar miras, y él no pudo o no quiso seguirla.

—¿Intentaste que te contara más sobre eso?

—Solo era el primer encuentro, estábamos bordeando terreno que nos fuera cómodo de pisar.

Meli asintió. Tomó un par de anotaciones, con las cejitas juntas. Después, enseñó los colmillos en una sonrisa amplia.

—¿Está bueno?

—Está para comérselo crudo.

—La audiencia quiere detalles. —Señaló la grabadora—. Y yo me paso la mañana metida en esta casa muerta del aburrimiento. Endúzame la vida, Nina.

Empecé a recrearme en una descripción que habría hecho a Tolkien sentirse orgulloso, con los brazos en alto, emulando formas de caminar, expresiones, gestos..., pasándomelo bien, cayendo de lleno en el clima de confianza que aquella cocina coqueta, los olores de la comida casera y las sonrisas de Meli me estaban inspirando. Por primera vez desde el fiasco del directo por culpa de mi mal tino en el *casting*, actuaba casi como la Nina de siempre, capaz de reírme de cualquier cosa, sin sentir que tenía el peso de medio mundo sobre los hombros.

De buen humor, con un índice de preocupaciones normal, con el que podía sobrevivir... al menos hasta que Morrison hizo su puta entrada triunfal. Despeinado, con la dichosa gorra vuelta del revés sobre aquella maraña de pelo y ataviado con un peto descolorido y una camiseta de manga larga debajo, entró pisando fuerte con sus zapatillas sucias y su expresión de asesinar cachorros como

deporte olímpico. Me dieron ganas de coger el rallador de zanahorias y afeitarse la barba, pero, en lugar de eso, tanto Meli como yo le dedicamos una mirada expectante. Por supuesto, no se dignó a decirnos a qué venía aquella aparición súbita.

—No sé si llegas para vendernos espárragos en tu carretilla o a convertirnos el agua en vino.

—No estoy para bromas, rizos.

—Cualquiera lo diría. —Le guiñé un ojo a Meli—. Con lo contento que se te ve...

Ella apagó la grabadora, quizá con mucho más tiento del que mostraba yo, que no paraba de enseñar el capote rojo ante las narices de un toro que no tenía el día.

—¿Te lo estás pasando bien? ¿Te diviertes?

—Pues mira, Lucas, estoy donde estoy y la situación es la que es. Pero mientras dure, sí, me planteo disfrutarlo. ¿Te gusta la pasta?

—No me toques los cojones, Nina.

—Créeme, eso es lo que está más abajo en mi lista de prioridades. Incluso por detrás de pillarme la lengua entre las palas de una plancha para el pelo.

Lucas giró la cara hacia la mesa y emitió un gesto vago.

—Amelia, ¿puedes dejarnos solos un momento?

—Claro, yo...

—Eh, eh, ¿pero quién coño te has creído? —Solté la cuchara y puse la encimera perdida de salsa. De puta madre—. Somos un equipo, y Amelia forma parte de él. La mierda que sea que te pique puedes decírsela delante de ella, porque también le compete.

Dio unos pasos amenazadores hacia mí. Parecía ridículo que un hombre adulto vestido con un peto pretendiera imponer algo, pero es que el puto Jim Morrison renacido era alto. Altísimo. Y tenía cara de bicho malo de matar.

—¿Que somos un equipo? Tiene guasa que tú, precisamente, me salgas con eso.

—¿Qué coño quieres decir?

Crucé los brazos. Amelia balbució que mejor hablábamos solos y se piró, pero os digo la verdad: ni el iracundo ogro de las cavernas, también conocido como Lucas, ni yo nos enteramos de que se había largado.

El tío me miraba como si quisiera echarme sobre sus muslos y darme una azotaina. Y parte de mí casi lo deseó. Así encontraría una buena excusa para agarrarme a esa melena desgreñada y tirar y tirar hasta...

—Te has metido en la biblioteca y has permitido que ese... quien sea cerrara la puerta. ¿En qué coño estás pensando?

Pestañee. Vale, vale... Ya sabía por dónde iba esto.

—A ver: para empezar, no es «quien sea», es Jorge Méndez. Él puso el anuncio para el trabajo y es quien alquila la casa. Supongo que contactaron con él desde el programa. Es un tío genial, es amable, es... —«Guapísimo. Aseado. Se peina»—. Tuve en cuenta el tema de que no ibas a poder grabarnos dentro del edificio, pero no podía forzar la situación para que las cosas fueran distintas. ¿Te preocupaba que me pasara algo?

Silencio denso.

—Me preocupaba no poder cumplir con mi puto trabajo porque tú te olvidaras del tuyo.

—Pues te informo de que no ha sido así. —Joder... Eso me había dolido. Putos Morrison y su incapacidad empática—. Pero era nuestra primera charla, y, la verdad, resultó agradable y amena, así que disculpa si no me movía en el ángulo correcto para que pudieras pillarlo desde donde quiera que estuvieras.

—¿Te crees que para mí es fácil o divertido irte a la zaga, cogiendo con mi cámara tus tontas conversaciones y observando durante horas cómo te atusas el pelo y pones caras?

—Me importa un rábano si te divierte o no, Lucas. Eres el cámara. Es tu trabajo.

—Exacto, y lo hago de cojones. —Se me acercó otro paso—. Deja de dificultármelo y de encerrarte en sitios con desconocidos para que no pueda acceder.

—¡Ya te he dicho que no he podido forzar la situación para que fuera diferente!

—Pero sacaros no fue imposible, ¿verdad? Ingenio y voluntad de que las cosas salgan bien, rizos. Aunque entiendo que esos términos te sean desconocidos.

Entonces caí. Los cristales rotos. La hipotética ramita del nido de la cigüeña.

—¿Has sido tú? ¿Tú has roto la ventana para forzarnos a Jorge y a mí a salir de la biblioteca? —Apreté los puños—. ¿Sabes que en este programa las manipulaciones no las controlas tú? ¿Te has enterado, por casualidad, de que debo crear un clima íntimo con alguien de mi elección? Has fastidiado el momento, te has entrometido y...

—Si tu intención era follártelo en privado, siento decirte que te has equivocado de programa.

Fue como una bofetada. Algo frío, muy frío, se me coló dentro, y no tuvo que ver tanto con la burda forma de decir aquellas palabras, porque Lucas siempre era antipático conmigo. Fue más bien... por la forma en que me miró. Como si sintiera asco. Como si estuviera decepcionado.

No podía ni mirarlo.

—Lárgate.

—Va en serio, Nina: para de esconderte donde no pueda verte, porque haré lo que sea para sacarte.

—¡Que te largues!

Asintió. Como si le diera igual. Porque, probablemente, era así.

—Está bien. De todas maneras, odio la puta pasta.

Se dio media vuelta y se marchó.

13

DECISIONES EQUIVOCADAS EN EL VIAJE A LO CORRECTO

Los días siguientes al suceso bautizado como «odio la puta pasta» vinieron marcados por una especie de tranquila cordialidad. Todo muy maduro... y lleno de una falsedad apabullante.

Ni Lucas ni yo decíamos nada el uno del otro, ni tampoco nos dirigíamos la palabra. Íbamos a lo nuestro, coincidiendo nada y menos, tanto en las zonas comunes de la casa como en mis habituales paseos por los recovecos de San José de Los Altos. Actuando como si nada hubiera pasado, aunque por dentro deseáramos al otro una almorraña bien gorda.

Falsedad he dicho, ¿verdad? Luego no digáis que no avisé.

La rutina era más o menos soportable. O, al menos, yo hacía lo posible por que así fuera. Pasaba mucho tiempo intercambiado historias con Meli, a la que esperaba poder considerar una amiga de verdad cuando todo aquel experimento llegara a su fin. Hablábamos mucho por las noches y durante las primeras horas de la mañana, cuando ella extendía su magia en forma de antiojeras y *gloss* brillante y yo casi parecía una persona. Desterraba mi palidez y conseguía arrancarme alguna sonrisa, gesto que yo premiaba cocinando casi cada día para la pequeña *troupe*. A excepción, por supuesto, de Lucas, que iba a su bola.

A veces comíamos en la cocina y otras nos íbamos a la caravana a molestar a Pedrito. Liado como estaba editando y atesorando como oro en paño todas las grabaciones, pasaba muchas horas del día solo y aislado, en contacto directo con los jefes, y tenía pocas oportunidades de socializar, y a veces hasta se veía obligado a mear en una botella, cosa que os cuento porque a punto estuve de pillarle en ello por entrar en la caravana sin llamar, y el trauma fue intensito. No podía quedármelo dentro.

El quinto día de ser Nina Cervantes vino con un poquito de angustia.

Me desperté cuando todavía era noche cerrada y noté una inquietante presión en el pecho. Casi como claustrofobia. Recordé el ataque de ansiedad que me había dado durante el viaje desde Madrid y, como no quería más numeritos, decidí salir y hacer unas respiraciones por mi cuenta.

Me abrigué bien y abandoné la habitación sin despertar a Meli, que dormía boca

arriba y con los brazos cruzados sobre el pecho, probablemente ensayando su pose definitiva para cuando estuviera rumbo al más allá. Me calcé unos botines gordos, me encasqueté un gorro y, armada solo con mi paquete de tabaco, me aventuré a una mañana fría del copón.

Porque, a ver, era enero y esto, el norte. Iba a volver a casa con la piel absolutamente perfecta.

Mientras fumaba, removiéndome bajo las capas de ropa y dando una suerte de pasos-saltitos para no quedarme congelada, eché de menos mi móvil: la libertad de enviar mensajes y emoticonos, consultar las redes, compartir música, subir al muro alguna sesuda reflexión que hiciera creer a mis *followers* que disfrutaba de una vida mucho más chupiguay de lo que era en realidad, el libre albedrío, que me habían arrancado por la oportunidad de estar en *Cliché 2.0*... Lula y Esther, como dos niñas malvadas con gafas de aumento, me sostenían en una pincita y extirpaban mis alas, como si fuera yo una mosca indefensa que ahora solo contaba con unos metros a los que poder llamar casa.

El cielo estaba despejado y las estrellas me guiñaban un ojo, pero yo me sentía encerrada y a disgusto. Meli y Pedrito me caían bien, pero necesitaba llamar a Cayetana, hablar con mi madre, pasear por el centro y mirar etiquetas de vestidos que no iba a comprarme, comer donde quisiera y no poner cuidado en lo que hacía y decía.

Saludar a personas y memorizar nombres y datos que luego transcribía a mi cuaderno de «Relaciones con el pueblo» era agotador. E intentar que la chispa naciera de forma artificial, todavía más. Jorge era un encanto, y nuestro interludio en la biblioteca me había dejado con mucho buen rollo dentro, pero después... mñe. La cosa se había estancado un poco, y me encontraba con más ganas de meterle mano al desastroso programa de clasificación de los libros que a él.

Puede que la cosa tuviera que ver con Morrison, el jodido cámara desgredado que me transformaba la bilis en veneno puro. O puede que todo aquello me fuera grande. En cualquier caso, mientras apagaba la colilla y la dejaba en la misma maceta de siempre, decidí que ya estaba metida hasta el cuello, y no era razonable pedir el comodín de la salida rápida por culpa de la nostalgia del hogar.

Me tocaría ser fuerte, masticar y tragar.

En mi primer día oficial como la nueva bibliotecaria, Amelia se esforzaba al máximo para darme una apariencia ligeramente arreglada pero que no destacara demasiado. Teniendo en cuenta que llevaba una buena media hora sentada en una silla de la cocina mientras ella aplicaba potingues, temía que, al mirarme en el

espejo, la imagen que este me devolviera fuera la de Carmen de Mairena.

—¿Quieres estarte quieta? Tienes el baile de San Vito.

—Creo que te estás pasando un poco. Voy al curro, no a una coronación.

—¿Sabes lo complicado que es eliminar imperfecciones y crear la ilusión de que parezca que solo te has dado una capa ligera de maquillaje? Esto es un arte.

—Pues yo me siento como el *Ecce Homo* después de ser restaurado.

—Calla y déjame trabajar.

Cerré los ojos. Puse muecas con los labios, giré a un lado. Después al otro. En general..., me comporté. Y aguanté las ganas de salir corriendo. Mi rutina de arreglo personal —la real, quiero decir— ocupaba muchísimo menos tiempo que todo eso. De hecho, no tener manchas de café en los dientes ni legañas en los ojos ya lo consideraba un triunfo, pero, bueno, ahora contaba con una profesional a mano. Igual aprendía algo.

—Me gusta lo que llevas. Parece que le has dedicado tiempo pero que tampoco te has obsesionado.

—Es la magia de los vaqueros: pueden ser informales y arreglados a la vez.

Había combinado aquellos, azul oscuro y con una tira de cuero negro muy fina en los laterales, con un suéter gris perla que cubría una camiseta térmica de cuello vuelto y botines de medio tacón, ideales para pisar césped húmedo y tierra embarrada. Los miré con penita: ¡menos mal que eran lavables!

La puerta se abrió a nuestra espalda y dejó entrar una pequeña corriente de aire que me erizó la piel. Contuve el aliento, diciéndome que el latido que mi corazón se había saltado se debía precisamente al frío y no a la posible figura desgarrada que podría llegar de sopetón. Por supuesto, la tos de fumador crónico de Pedrito rompió todo misterio en un segundo. Y, de paso, me obligó a plantearme seriamente la posibilidad de dejar de fumar.

—Señoras... A los buenos días.

Sacó de la nevera un refresco de lata y empezó a beberse a morro, acodado en la encimera. Llevaba un chaquetón marrón y una gorra con orejeras cubriéndole la cabeza. Sonreí.

—¿No deberías estar metido en tu agujero, zarigüeya?

—No tengo nada a lo que dedicarme hasta que el conejo haga su primer movimiento y el zorro peludo empiece a perseguirla.

«#Almorranagordaparaelzorropeludo», pensé.

Meli agarró el rizador en el aire, como enarbolando la bandera de la libertad francesa. Nos miró a uno y otro y luego negó con la cabeza.

—Parecéis sacados de un documental de Félix Rodríguez de la Fuente. —Aplicó

el chisme caliente en algunas de mis ondas más deformadas. Ahí sí que me estuve quieta. Me daba pavor quemarme con ese palo de churrero—. ¿Cómo me llamáis a mí?

—La mantis religiosa —dijo Pedrito al segundo—. Hay un halo de muerte que te rodea. Por lo menos, es lo que pienso cuando te veo.

—¡Jo, tío! —Meli le tiró un beso. Sin soltar el rizador. Hay gente con talento—. Eso es superbonito. Me encanta.

Lo dejé estar.

—¿Qué te cuentas, Pedrito?

—Pues no gran cosa... El finde viajo a Madrid. Es la reunión de equipo semanal en el estudio y aprovecharé para entregar cintas e intercambiar material, ya sabes. — Me miró suspicazmente—. Es el motivo de que nos hayan dado un destino que pueda cubrirse por carretera, imagino.

—Ya... Contacto directo con el gran hermano. Por lo menos en lo que a ti se refiere. —Hice un mohín y Meli me miró mal—. Lo siento... Quieta como una estatua.

—¿No tienes contacto directo con la jefa?

—Mira, Pedrito, la jefa pone el teléfono operativo, me manda instrucciones por mensaje escrito, a veces encriptado, y luego lo apaga otra vez. Llevar su número grabado en la agenda es ceremonial, porque tampoco es que nos peguemos largas charlas mientras nos untamos crema en las piernas.

—Joder... No creo que hayas debido poner esa imagen en mi cabeza, Nina.

Le hice una peineta, aunque no sé si estaba apuntando bien en su dirección. Amelia no me dejaba girar la cabeza.

—En todo caso, regañona, que sepas que estas excursiones al estudio son semanales, y valen como desahogo y salida de la burbuja para todos los que estamos metidos en esta mierda, perdón, oportunidad televisiva revolucionaria. —Tiró la lata de refresco marcándose un triple. Coño, ¿es que todos allí escondían talentos?

—Pues me alegro mucho por ti. Saluda a la familia. Y a las calles de la capital. Dile a Starbucks que lo echo de menos, y que, aunque ha habido otros cafés, sigue siendo especial.

—Lula me ha dicho que podríamos irnos turnando para ir a Madrid. Este finde lo haré yo, pero recomienda que seamos dos; ya sabes, para que no nos pille la carretera solos. —Me sonrió, con su amable rostro liberado de todo cinismo—. ¿Te flipas mucho si te digo que este viaje te toca a ti, gruñona?

—¿Va en serio?

—Se te nota agobiadilla. Es normal. Necesitas un día alejada de los focos. Ser tú,

llamar a mami... Esas cosas.

—Pero... ¿y el programa? ¿Y la tapadera?

—Es domingo, Nina. —Meli dejó el rizador. Cogió el rímel. Espera, espera... ¿Más rímel? —Si alguien te pregunta, vas a pasar el día en casa lavando ropa o... viendo a las Kardashian.

—Complicado sin línea de internet fija, pero me da igual. Ya nos inventaremos algo. ¡Pedrito, eres el mejor!

—Pfff..., dime algo que no sepa, nena. —Me tocó el hombro—. Curra mucho y danos planos maravillosos y mucho morbo que vender y, como premio, el domingo salimos de este manicomio.

—Ojalá hubiera una cámara grabándote mientras llenas una botella de Coca-Cola de pis, Pedrito. Eso sí que es morbo y audiencia.

Se carcajeó y luego nos dejó solas para que acabáramos con aquel suplicio. Amelia me miró de reojo y luego me puso el espejito delante. El resultado valía el dolor de cuello que se me había quedado por culpa de las posturitas.

—Eres una artista.

—Todas las almas torturadas poseen el don de la poesía. El mío se manifiesta maquillando.

Le di un besito volado y cogí el bolso y una bufanda. El tiempo en el norte era traicionero, y me gustaba imaginarme a mí misma subida a una almena, con la melena al viento y los hombros cubiertos por pieles pesadas y gorditas, rollo Sansa Stark en Invernalía. Excepto por la altura.

—Ya estás lista, ¡ahora ve a por tu hombre!

—Voy a trabajar. Espero que Jorge se pase por allí, pero, si no, por lo menos aprenderé sobre libros.

—Yo aprovecharé para escribir a Lula: me dijo que había algunos flecos sobre ti que podríamos ir llenando hasta que lleguen las votaciones del primer directo.

—Genial. —Me enrosqué la bufanda—. Me flipa que vayáis tejiendo mi persona como si fuera un muñeco inanimado al que dotáis de vida. No olvidéis darme manos en vez de tijeras.

—¡Pasa un buen día, Eduardo!

Compuse una sonrisa y abandoné la seguridad del campamento base. El edificio de la biblioteca era uno de los más altos, superado solo por la iglesia del pueblo, así que me fue visible nada más echar a andar.

Saludé con la mano, sonreí y me paré ante un banco donde un par de señoras descansaban, vigilando cual halcones sus carros de la compra repletos. Por lo visto, la gente allí madrugaba para sus quehaceres.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo, bonita? —me preguntó una de ellas. Pelo cano, gafas enormes y anillos gruesos y antiguos en la nudosa mano derecha.

—Pues no lo sé, depende de lo bien que trabaje.

—Bibliotecaria, ¿no? —Adujo la otra, que sonrió cuando yo se lo confirmé—. En ese trabajo te va a ser imposible cazar a ningún buen hombre, mujer. ¡Encerrada entre libros! Si mi pelo todavía tuviera color, ni locos me iban a meter a mí entre cuatro paredes.

—¿Cazar? ¿Aquí? ¡Como no sea un resfriado! No quedan más que caderas de hierro y dientes sueltos, niña. No te entusiasmes de más.

Aguanté la tentación de sentarme y echar la mañana allí. Las señoras eran geniales.

—Pues yo a ustedes las veo estupidas. ¿Es algo que hay en el agua o...?

—En mi caso —dijo la de los anillos—, es haber enviudado pronto. Los hombres dan mucho trabajo. La de tiempo libre que me quedó después de enterrar a Fulgen, oye.

—El mío todavía vive —añadió la otra, con una mueca—. Pero ya no debe de quedarle mucho, digo yo. Se me está haciendo largo.

—Me han quitado toda la ilusión. Más me vale meterme entre los libros, por si acaso alguno me echa el ojo y luego me toca aguantarlo.

—Así se habla, criatura. Que no te amarren. Tú... libre. Ay, estos tiempos... Qué envidia.

—Envidia, sí. Hoy día no hay que guardar las bragas buenas para el facultativo.

Me alejé, despidiéndome con la mano mientras ellas seguían... pues me figuro que hablando en esa suerte de clave que usan las amigas, mezclando datos del presente con reminiscencias pasadas que nadie más que los implicados puede entender. Caye y yo lo hacíamos también. Cuánto la echaba de menos...

Pausé la morriña, y me recordé que con suerte el domingo podría pasar un par de horas con ella y, quizá, atiborrarnos a calamares grasientos mientras intercambiábamos noticias y nos poníamos al día. Me agaché y cogí la llave de debajo de la piedra situada a la derecha de la entrada. Jamás había visto algo como aquello fuera de los límites de la pantalla de la tele, pero, por lo visto, en San José de Los Altos nadie temía que robaran los libros. Tiré del picaporte y el sonido de apertura resonó a mi alrededor.

Junto al mostrador había una carpeta sellada. Y habían dejado un cactus en una maceta pequeña que llevaba prendida una nota:

«Feliz primer día, señorita Cervantes. Espero que no hayamos olvidado adquirir ejemplares de tu célebre antepasado. Revisa el contrato con calma: si algo no está bien, podemos discutirlo. No queremos perderte, podemos negociar. Acepta este pequeño presente vegetal como gesto de buena

voluntad. Dicen que los cactus absorben radiación de los ordenadores; Dios sabe que con ese de ahí necesitarás toda la ayuda posible».

La firmaba, por supuesto, Jorge.

Sonreí y me guardé la nota en el bolso. Era agradable que te recibieran así en tu primer día. Jorge era agradable. Y guapo. Todo un hallazgo afortunado cuando todavía no había cumplido ni una semana en el cargo. Lula había establecido, a través de sus concisos mensajes, que estaba de acuerdo con la elección. Jorge le parecía «resultón», y daba bien en cámara. Podríamos sacarle jugo. Daría juego. ¿Se os ha ocurrido alguna vez forma más romántica de describir a alguien? La televisión, señoras y señores. Aparato «fabricador» de cinismo.

Abrí de par en par las dos puertas de la biblioteca, me remangué el suéter, abandoné la bufanda por ahí y me puse a trabajar.

Mientras el ruidoso ordenador arrancaba, empecé a vaciar el primer estante. Coloqué los libros de las cinco primeras baldas en un carrito de lo más apañado y tiré de él hasta fuera. Extendí una manta sobre el césped, teniendo cuidado de que la humedad no la traspasara, y fui dejando allí los volúmenes. Después, volví dentro y me armé a conciencia con todo lo que pude encontrar en el armario trastero que pudiera serme útil. Trapos, abrillantador y un pañuelo que atarme a la cara para no respirar a la población civil de ácaros que estaba expulsando de sus viviendas de manera indiscriminada.

Repetí la operación hasta sentir los brazos más agotados que después de una sesión de *spinning*. Sacaba los libros fuera, limpiaba el estante e iba tomando anotaciones de temática, autor, fecha de publicación y título de la obra. Marcaba por colores en qué lugar de la biblioteca estaban situados, para localizarlos después; y fui llenando de esas hojas el mostrador hasta irlo atestando poco a poco.

Ya casi terminaba con la primera estantería cuando los nudillos de Jorge me distrajeron de mi tarea. Estaba subida a lo alto de la escalera, limpiando la segunda balda desde arriba. Giré la cabeza y me sujeté para no perder el equilibrio. Él me sonrió, situándose a mi lado en un par de zancadas. Puso sus dos manos, fuertes y recias, en mi cintura.

—Si esto fuera una de esas novelas que estás torturando ahora mismo, habrías tropezado y caído en mis brazos.

Le devolví la sonrisa, y paró de sujetarme en cuanto empecé a bajar, aunque no se apartó.

—Si esto fuera una de esas novelas, yo llevaría tacones y un vestido vaporoso en vez de... —me señalé— esta pinta.

—Me gusta tu pinta. —Jorge tiró del pañuelo con el que me cubría la nariz para

dejar mi cara al descubierto. Con la yema de su dedo retiró una motita de polvo de mi mejilla—. Eres la salteadora de caminos más guapa que he visto jamás.

—Pues entonces recorres poco el Lejano Oeste, forastero.

—Mi madre siempre me dice que tengo que salir más.

Compartimos una risa cómplice, y sus ánimos de charla fueron mi aviso para tomarme un descanso. Me acompañó fuera cuando volví a coger el carrito, esta vez vacío, y miró con curiosidad los libros expuestos sobre la manta. Cuando comencé a recolocarlos, se inclinó para ayudarme.

—Estoy deseando saber por qué hacemos esto.

—No pienses que estoy exponiendo vuestra valiosa colección a las inclemencias del tiempo —expliqué—. En realidad, los aparto de los químicos y del polvo en suspensión mientras limpio, y como el proceso no dura más que unos pocos minutos, dejo que se aireen y sequen de posible humedad con este aire tan frío.

—¿Y el aire frío no conlleva, en sí mismo, humedad?

—No si solo están fuera unos pocos minutos. —Guardé el último en el carrito y doblé la manta—. Es una forma de apreciar posibles desperfectos en las tapas y las hojas a la luz del día. Y me ayuda a ir quedándome con los títulos para luego revisar el catálogo. A fuerza de llevarlos y traerlos he memorizado una buena sección de misterio e intriga.

—Eres estupenda, Nina.

Me sonrojé un poco. No recordaba la última vez que el cumplido de un hombre me había sacado los colores, y como no supe interpretar lo que aquello significaba, le quité importancia con un gesto de la mano. Jorge estaba impresionado por mi iniciativa y mi forma de trabajar; creía que todo aquello había nacido como resultado de mi formación o porque era una profesional... cuando la realidad era que me había pasado la noche buscando información sobre cómo tratar libros cuando uno apenas cuenta con material y tiempo para la faena. Aquello, como todo lo que él sabía, era mentira.

Y los embustes no habían hecho más que empezar. ¿Ese era el motivo de mi sonrojo? ¿La vergüenza, porque un hombre encantador estaba interesado en aspectos de mi vida que no tenían, en realidad, nada que ver conmigo?

—Ya me conocerás mejor..., y cambiarás de idea. —Cuando se acabe el programa, por ejemplo.

Me ayudó a arrastrar el carrito, que ahora pesaba mucho más. Conforme nos aproximábamos de vuelta al recinto cerrado de la biblioteca, las palabras agrias de Lucas sobre esconderme de su vista revolotearon por encima de mi cabeza... y me paré en seco. Jorge me miró, confuso.

—¿Estás bien? ¿Pesa demasiado? Estas ruedas creo que necesitan un poco de aceite o algo.

—¿Quieres comer conmigo alguna vez?

Levantó la cabeza de su repentino interés por la tracción del carrito y me miró. El sol se le reflejó en el pelo, oscuro y bien peinado. El hoyuelo de la barbilla lució también en todo su esplendor, como el brillo que despertó en sus ojos tan pronto empezó a asentir.

—Iba a pedírtelo en cuanto cruzáramos el umbral.

—Pues... siento haberme adelantado. —Me encogí de hombros—. Una chica moderna no espera, ya sabes.

—No te imaginas cuánto me alegro.

—¿Entonces...?

—¿El próximo lunes? ¿O es demasiado precipitado? —balbució. Era adorable—. Podría encontrarme contigo nada más acabar aquí y llevarte a algún buen sitio. Sería una forma inmejorable de empezar la semana. ¿Qué me dices?

—Que es perfecto.

Y lo era. Me daba un par de días para organizarme y la opción de recoger algunas cosas de mi piso de Chamberí cuando fuera con Pedrito el domingo. Además, Cayetana era buena urdiendo primeras citas. Podría pedirle consejo para ser encantadora, pero sin pasarme.

Jorge y yo volvimos a la biblioteca con dos sonrisas tontas en los labios. Silbó mientras me ayudaba a dejar los libros en su sitio, y hasta fue dictándome los títulos y demás detalles para mis hojas de clasificación. No parecía tener prisa por marcharse, así que, si había dejado algo pendiente, tenía pinta de que no lo iba a retomar hasta el día siguiente.

En cuanto a mí, me mantuve alejada de las ventanas y no hice amago ni intención de salir fuera ni cuando el mono de nicotina era ya del tamaño de un gorila adulto de espalda plateada. Me dije que la cosa por fin estaba despegando. Que la iniciativa que había demostrado iba a ser vista como algo muy positivo de cara al programa y su evolución, y que si Jorge demostraba no ser un compañero con el que pudiera encajar y empatizar... estaba dejando un amplio margen para encontrar a otro que fuera mejor conmigo. O, al menos, con la parte de mí que quedaría visible en *Cliché*.

Frío. Calculado. Medido. Sé de lo que tiene pinta, y seguro que acierto en mis conjeturas si intento adivinar qué pensáis. Pero no todo era tan aséptico como debería. La verdad era que aquel tipo me gustaba. Todavía no se trataba más que de un tonto flirteo inocente, pero me sentaba bien, y en aquel momento puntual, picada de añoranza, en territorio extraño y con la soledad planeándome alrededor

pese a estar rodeada de gente, me agarré a la sensación agradable como un koala a su rama de eucalipto. Necesitaba algo así. Un respiro de la falsa realidad. Era refrescante oír buenas palabras, disfrutar de gestos caballerosos y tener un poco de amabilidad masculina alrededor para variar.

No como... En fin, ya sabéis quién.

Así que sí, me cité con Jorge por muchas razones prácticas. Parecía algo positivo, pero, por supuesto, en aquel marco de pretensiones y mentiras, nada salía nunca a gusto de los conspiradores. ¿Yo creía que mis cagadas anteriores habían sido grandiosas? Bueno... Estaba por venir una todavía peor.

14

JINETES EN LA TORMENTA

Me recibieron como si hubiera ganado los Juegos del hambre. Era una heroína. La protagonista femenina del *reality* agarrando al toro por los cuernos. Resolutiva. Echada para adelante. Completamente *on fire*.

Bueno... Amelia me recibió así, para ser sinceros. Era la única presente en la casa cuando volví de mi jornada de trabajo... dentro de la jornada de trabajo —¿día de la marmota? Eso es para cobardes—. Como mi pobre maquilladora/psicóloga de grabadora se aburría lo indecible por las mañanas, se había dejado caer por la caravana y había visto, en riguroso directo, mi petición de cita a Jorge.

—Ha sido alucinante cómo has manejado la situación. —Me sonrió, dándome toallitas desmaquillantes para aliviarme un poco toda la presión de esa perfección poco natural que ella misma me había puesto—. Has visto la oportunidad y la has aprovechado.

—Se supone que él estaba a un soplido de arrancarse, pero el tiempo de esperar a que sean ellos los que te pidan una cita está pasado de moda.

—¡Espera, espera! Guarda esa bomba de frase para el área de confesiones.

Corrió a por la grabadora y, a mi pesar, me reí. Mi vida era puro teatro, pero aun con lo inverosímil de la situación, tenía la sensación de que las cosas se estaban acomodando en su sitio. Más o menos.

El primer directo de *Cliché 2.0* estaba previsto para el lunes en horario de *prime time*. Para entonces, Jorge y yo habríamos disfrutado de nuestra cita y el programa podría arrancar con un acercamiento real entre nosotros. No prometía beso al finalizar la velada, cogernos de las manos o toquetearnos en un callejón mal iluminado... De hecho, eran aspectos, si bien no tan vergonzantes como un polvo ante cientos de espectadores, que formaban parte de mi lista de líneas que no cruzar. Había aceptado aquella charada para después conseguir dedicarme al periodismo de forma seria: no quería que mi imagen terminara relacionada con escándalos y escenas morbosas. No iba a sentarme en platós, de tertuliana, por haberme dado un revolcón en directo.

El camino correcto no siempre era el que se transitaba mejor, pero era el correcto. Y no pensaba desviarme.

—¡Venga, ahora sí! —Amelia puso ante mi cara la grabadora con el piloto rojo—. Nina, cuéntanos a todos: ¿por qué has decidido lanzarte y pedirle tú la cita a Jorge?

Guiñó un ojo y yo... ofrecí el espectáculo que buscaban de mí.

—El tiempo de esperar a que sean ellos los que den el primer paso ha quedado atrás. Este es el momento de las mujeres. Decimos lo que queremos y pedimos lo que necesitamos.

Me sentía como una diosa. Buenos pasos en lo profesional, una escapada personal donde podría ponerme al día con Caye y sentirme segura en mi espacio de confort... No parecía que nada me pudiera nublar aquel día, ni siquiera la leve llovizna que había hecho que bajaran todavía más los grados en el termómetro. Por supuesto, debí imaginar que cuando todo tiene pinta de ir demasiado bien es porque las cosas están a punto de cambiar.

Justo después de comer el sábado, en esa hora tonta en la que uno se siente demasiado lleno y perezoso para hacer nada, se desató la tormenta. No fue literal, pero casi.

Amelia y yo disfrutábamos de un rato de tele en el sofá, mientras ella transcribía sus cosas y yo actualizaba mi diario personal sobre aquella experiencia, con un aire bastante más positivo y ñoño que en las entradas anteriores —ya me veía en un periódico serio, creando artículos de opinión, o escribiendo series de éxito, recibiendo el Ondas al mejor guion... Vamos, que estaba subidita por haber dado un buen paso después de treinta tropezones—. Entonces, Pedrito hizo acto de presencia, y a la zaga, el Morrison de los huevos, de cuya cara prefería no acordarme —aunque no se me olvidaba tampoco. Maldito—. Habíamos interactuado nada y menos desde su arranque en la cocina, y mi intención era continuar aquella guerra fría, con suerte, hasta el final del programa.

Ay, Nina Carvajal, parece mentira que todavía no hayas aprendido que las cosas nunca te salen como planeas.

—Sé que no es perfecto, pero es lo que hay —entró diciendo Pedrito, quitándose capas y capas de ropa de encima. Parecía el muñeco de Michelin—. ¿Te crees que me da confianza dejarte con todo el material del que depende MI trabajo?

—No tengo que caerte bien, regi. Pero no vuelvas a llamarme poco profesional.

—Me caes bien, Lucas. Y creo que eres profesional. El problema es que también eres un polvorín, y no recuerdo que leyeras bien un mapa.

—¿Ese puto mapa de los años 60 te refieres? Ya llevamos activas las funciones de los móviles, abuelete. Pondré el GPS.

Levanté un poco la vista... y la volví a bajar. Amelia subió el volumen de la tele y

se inclinó hacia adelante. No sé en qué momento había dejado de lado sus transcripciones, pero, por lo visto, ya no le importaban mucho.

—Ya, claro. Entre Cogollos y Quintanilla del Agua la recepción es casi nula.

—¿Entre qué y dónde?

Pedrito se llevó las manos a la cabeza y Lucas soltó una carcajada. Le había oído reírse antes, con ese sonido sordo que se clavaba... en alguna parte de mi anatomía y luego tardaba en disiparse, como un eco molesto en una escalera muy alta. Volví a levantar la cabeza.

—La caravana tiene que estar en perfecto estado y cubrir ese recorrido de vuelta el mismo día, Lucas, no jodas.

—¡Que te relajés, tío!

—¿Os importa? —Amelia golpeó un cojín con la violencia con que aletea una mariposa—. Intentamos escuchar si Kendall Jenner volverá a ponerse las alas de ángel de Victoria's Secret o no.

Los dos hombres la miraron como si hablara en otro idioma.

—Perdonad que me meta...

—Perdonada, rizos.

Le ignoré. Capullo infame...

—Pedrito, ¿le pasa algo a nuestra Máquina del Misterio? No he podido evitar oír...

—Porque estabas poniendo la oreja en una conversación que no te incumbe.

Le saqué el dedo corazón. Él hizo lo mismo. Vale. Los dos volvíamos a los ocho años.

—En realidad sí que le interesa. —Pedrito se sentó en la mesa de centro y me tocó la rodilla. No me gustó su gesto—. Y a la caravana no le pasa nada... siempre que este sea capaz de traerla de Madrid sana y salva.

—¿De Madrid? ¿Cuándo va a ir Morrison a Madrid?

—¿Morrison? —Lucas se rascó la cabeza. Juro que en ese pelo cabía una mano adulta entera hasta la muñeca. Palabra.

—Ha surgido un problema con uno de los equipos de campo, y, si queremos que haya directo el lunes en condiciones óptimas, aquí me quedo.

—¡Pero íbamos a viajar mañana! —le lloriquéé. Joder. Ver a Cayetana, hablar con mis padres y hasta oír a cuántas mamás agradecidas se había beneficiado mi hermano. Todo me apetecía. Todo lo que tuviera que ver con alejarme un poco de la jaula de grillos de *Cliché*. Ser normal. Hacer cosas fuera de guion. Dejar de apellidarme Cervantes por un puto día—. ¿Habrá que esperar a la próxima semana? ¿No puede Lula enviar a alguien?

—Lo más rápido y eficiente es que me quede y lo solucione yo. Además, nadie dice que tus planes vayan a cambiar. —Sudor frío. Negación. Ojos apartados del objetivo. No. No. No—. Viaja con Lucas.

—¿Qué? No dijiste nada de ir acompañado. —Este era Morrison, por supuesto.

—No pienso ir a ningún sitio con él: no me fío de sus capacidades sociales, como para fiarme de las de conductor. —Y esta era yo.

—¡Sí! Kendall va a repetir como ángel de Victoria's... ¿Qué os pasa? —Y esta, Dios la bendiga, era Amelia.

Pedrito giró la cabeza en todas direcciones y después... después se levantó y se fue a la cocina a recalentarse algo. Literalmente, pasó de nuestros culos inmaduros. No pudimos reprochárselo.

Renegué, lo juro. Me quejé, intenté buscar otras soluciones, presioné y hasta chantajeé emocionalmente —no estoy orgullosa, pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas y el fin justifica los medios—, pero nada. Era ir a Madrid en la caravana del horror con Lucas Buendía #JimDesgreñado o... no ir.

Así que claudiqué.

El domingo por la mañana, enfurruñada, pero visualizando solo la pronta reunión con personas más gratas, subí a la caravana, me abracé a la mochila y esperé. Oí vocerío y las recomendaciones de Pedrito, esas típicas frases masculinas, como «no ahogues el motor, es maña, giras media muñeca y luego sueltas y vuelves a girar», que en mi estado de nervios me sonaban incomprensibles. Escribí un texto a «Mamá», informándola de los avances y de los pocos planes que, a decir verdad, había hecho en lo referente a la cita del lunes. Imaginaba que Lula ya lo sabía todo, pero quería mostrarme profesional y dejarle saber que mantenía el control de aquella situación.

Que fuera mentira... era otra cuestión.

Lo que me pareció una eternidad después, Lucas subió por fin al asiento del conductor. Se había puesto unos vaqueros muy gastados, una camiseta de manga larga en color blanco y con un dibujo completamente destrozado y, encima, una sobrecamisa de cuadros azules y verdes. Su gorra del revés y unas gafas de sol de aviador completaban el atuendo. No voy a insistir en el ceño malhumorado, los carrillos tensos y la mandíbula apretada, porque eso era marca de la casa. Seguro que debajo de la barba escondía los restos de los cachorritos que se desayunaba.

Arrancó y nos pusimos en marcha sin dirigirnos una sola palabra. Tanto mejor. Podría centrar todos mis pensamientos en la vuelta a Madrid. Quería comer en El Brillante, y quizá bajar desde Chamberí a pie con Cayetana, contárselo todo y oír

cómo se reía, maldecía conmigo y luego me animaba recordándome que había trabajos peores. Que aquello era un medio para un fin, que estaba demostrándome algo a mí misma y, sobre todo, que no pasaba nada si al final las cosas no salían como yo quería.

Mi padre me había dado un consejo similar, y lo llevaba a fuego tatuado en el pecho. Sabía que no pasaba nada si me bajaba de la atracción antes de la caída final. No sería menos válida. Ni cobarde. Solo consecuente con aquello que podía y no podía tolerar. Ese pensamiento me daba cierta serenidad, porque, a veces, nos empecinamos en algo que, aunque todas las fibras de nuestro cuerpo nos gritan que no puede ser, nos negamos a soltar hasta que estamos desgastados.

Yo no quería quemarme, así que estaba dispuesta a fortalecerme en mi flaqueza, si esta llegaba a presentarse.

La llovizna se fue haciendo persistente, repiqueteando contra los cristales. Lucas puso los limpiaparabrisas a máxima velocidad. Desde donde me encontraba, la oscuridad parecía haberse cernido sobre nosotros, un poco como la siniestralidad que acompañó a Bella en aquel bosque lúgubre y nevado, cuando va en busca de su padre y, en lugar de eso, se topa con el castillo de la Bestia.

Me acerqué con tiento a la cabina del conductor. Lucas iba pasando la mirada de la carretera a la pantalla iluminada de su teléfono. No voy a decir que estaba siendo imprudente, porque las circunstancias de que yo me negara a compartir el mismo espacio vital que él le habían llevado a ocuparse de las dos cosas solo. Lo que sí diré es que tenía pinta de agobiado, con los nudillos blancos sobre el volante, y que lo que se divisaba de la carretera justo delante de nosotros daba impresión de llevar directamente al infierno.

Que me perdonen los locales de las zonas geográficas situadas entre Burgos y Palencia, pero una es muy dramática.

—¿Quieres ayuda? —Agarré con fuerza el respaldo del asiento del copiloto. Quiso gruñir, estoy segura, pero el buen juicio le forzó a contenerse. Me tendió el móvil—. ¿Qué necesitas que vaya diciéndote?

—Todo lo que veas. Desvíos. Carreteras secundarias, aviso de anegaciones de agua... Cualquier detalle que se actualice estará bien.

—De acuerdo. —Me senté a su lado y me abroché el cinturón. Era la primera conversación que compartíamos desde el encontronazo de la cocina. Fui con pies de plomo. Quería llegar a Madrid entera—. No creo que se anegue nada, no está lloviendo tan fuerte.

—El problema es que anoche hizo viento y aquí hay mucha vegetación. Las hojas caen, las piedras hacen tapón, discurren con la lluvia, crean socavones...

—No te discutiré que esta no es la mejor carretera por la que he ido con una caravana cutre. Le daré a la experiencia... dos estrellas.

Sonrió. Fue fugaz. Un segundo, pero sonrió. Y pensé que, cuando curvaba los labios de esa manera, estaba guapo.

Durante los minutos siguientes, intercambiamos un par de palabras ambiguas. Yo le daba indicaciones, él maniobraba y se quejaba por lo bajo de la lluvia, que no daba tregua. Quise preguntarle por el equipo que tenía que entregar en los estudios, pero imaginaba que Pedrito ya le había comido el coco con eso, y, la verdad, no quería fastidiar aquel amago de tregua en el que nos habíamos visto inmersos. Ojo, yo no buscaba caerle bien a Lucas, pero era agotador estar en pie de guerra con una persona con la que te ibas a ver forzado a convivir.

—Entonces... ¿ya has planeado algo?

—¿Para la estancia en Madrid? ¡Me van a faltar horas! Esto de que nos restrinjan el uso de nuestros propios dispositivos coarta mucho la comunicación.

—Ya, nos hemos vuelto esclavos de los putos emoticonos. Pero yo me refería a tu cita de mañana, con Pueblerino Bonito.

—¿Jorge? —Fruncí el ceño. Lucas pilló un bache de lleno. La cabeza me rebotó contra un lado—. ¡Ay! Se llama Jorge.

—Es de pueblo. Y una cara bonita. Pueblerino Bonito. Ya verás cómo se vuelve viral.

—¿Serías capaz de poner eso en internet para que todo el mundo se burle de él? No se merece algo así. Es un buen tío.

—Un buen tío que sí merece que tú salgas con él a través de una mentira. —Asintió. Me di cuenta de que llevaba todo el asiento echado hacia atrás, de tan alto como era—. Seguro que eso le duele menos que el detalle insignificante de que un desconocido le llame «Pueblerino Bonito» en Twitter.

—Eso no es justo. —Pero sí verdad. Maldito fuera—. Todos estamos aquí haciendo el mismo trabajo.

—Sí, rizos. Pero la mentira la orquestas y ejecutas tú solita.

Aquello me dolió. Mucho. Porque Lucas decía el tabú que yo me había obligado a silenciar. Y no podía soportar que me lo escupieran a la cara.

—¡Somos un equipo!

—¿De verdad? ¿Y has pensado mucho en el resto de nosotros mientras tomabas decisiones que empujaran TU carrera?

Abrí la boca y cerré el puño. No sé si habría sido capaz de golpearle: estaba enfadada, y en un primer instante esa fue mi intención, pero un abrupto volantazo me lo impidió. Creo que grité cuando la rama impactó contra mi lado de la luna

delantera, y estoy segura de haberlo hecho cuando la rueda de la caravana encalló en un agujero de la carretera. El golpe seco, el latigazo cervical, el sonido sordo... Todo se precipitó. Los frenos chirriaron y el motor tosió y se esforzó, pero no salió por sí solo del agujero. Después..., silencio.

Abrí los ojos, sin ser consciente de haberlos cerrado previamente. Lucas estaba lívido, tieso en el asiento. Su brazo estaba extendido sobre mi torso, como si en el momento de la colisión su instinto hubiera sido protegerme. Me quedé mirando sus dedos aferrados a la tela de mi jersey. No me moví. No me atrevía. De forma racional sabía que no estábamos en un precipicio y que recobrar mis funciones motoras básicas no nos mataría, pero me costó.

—¿Te has golpeado con algo? —me preguntó Lucas con la voz ronquísima. Soltó los dedos despacio y apartó la mano. Yo negué con la cabeza—. Vale. Bien. De acuerdo.

—La... la rama... ha caído sobre... —Señalé justo delante de nosotros. Mierda. ¿Y ese titubeo?—. Lo siento. ¿Tú estás bien?

—Estaré peor en un segundo. Y tú también. —Se soltó el cinturón—. Quítate eso, hay que bajar.

Llovía mucho. Las gotas no dejaban de escurrirse por los cristales, ahora creando sonidos diferentes al encontrar en su camino la gruesa rama caída.

—¿Qué? ¿No deberíamos... pedir ayuda?

—¿A quién? Estamos en medio del monte. —Agarró la clavija de mi cinturón de seguridad y lo soltó—. Tenemos que apartar eso del espejo y sacar la rueda del hoyo.

—¿«Tenemos»?

—¿No éramos un equipo, rizados? Pues levanta el culo y ayúdame a empujar.

Os había dicho antes que se había desatado tormenta, ¿verdad? En este caso, fue literal. Desde muchos puntos de vista.

No hubo tiempo de echarnos por encima mucho más que la ropa de abrigo que ya llevábamos. La caravana no estaba muy pillada, pero si dejábamos pasar el tiempo, su propio peso la hundiría más en la tierra blanda y sacarla sería el doble de complicado. No cesaba de llover, tal como constaté cuando salté fuera, siguiendo a Lucas, y una azotaina de agua helada me barrió la cara.

—Joder... ¡Joder!

Pensé en Madrid, tan lejos en el horizonte cuajado de niebla. En mis padres, en Suso. En Cayetana y en Loki. Mi gatito... Intentaba no acordarme mucho de él porque la culpa por haberlo dejado en Chamberí me cerraba un nudo en el estómago. Mi primera intención había sido llevarlo conmigo a San José de Los

Altos, pero Caye me sometió a una tortura emocional de tercer grado, acusándome de querer desarraigarla de todo lo que le era conocido y encima dejarla sin nadie con quien hablar cuando estuviera en casa, presa de limpiar la cocina, y no poder escaquearse de vaciar el lavaplatos.

Me acongojó mogollón, pero como Loki era un señor marqués que no llevaba bien acostumbrarse a sitios nuevos, al final tomé la salida de dejarlo en casa. Qué ganas de intentar abrazarlo y agasajarlo entre mis brazos, mientras él maullaba, me arañaba y, básicamente, peleaba por alejarme. Si es que conseguía llegar, claro.

—¡Rizos! ¡Mueve ese culo y empuja!

Le seguí hasta la parte trasera de la caravana. Lucas tenía las manos sobre la chapa desgastada de metal y los pies puestos en el suelo con firmeza. Llevaba los vaqueros hechos una pena y la camisa pegada al pecho, completamente húmeda. Preferí no indagar en la pinta que debía de lucir yo.

—¿Quieres, por favor, dejar mi culo en paz?

—¿Por? —Cuadró los hombros. Le salieron músculos en la espalda que me esforcé en dejar de mirar—. Es una de las pocas partes de ti que merece la pena mirar.

—¿Serás capullo? ¡Troglodita peludo! ¡Animal de circo!

—De circo, ¿eh? —Le caían chorros de agua por la barba—. ¿Adiestraditos te gustan, rizos? ¿Para pedirles la patita y que salten cuando tú les digas?

—Me gustan humanos, gilipollas. Ya te sales de la escala.

—Uh..., qué boquita... Como lo hagas todo con la misma soltura con la que hablas, me tienta hasta empezar a saltar. Y darte la patita.

Le gruñí algo feo. No voy a reproducirlo, porque algo de señorita me queda. Y empujé como una posesa. Él también. La rueda salió del agujero. Me quedé perpleja. ¿Nosotros habíamos conseguido eso? ¿En serio?

—No hay mejor motivación que la ira. —Lucas me guiñó un ojo. O puede que tuviera agua en él—. No sé tú, pero yo voy dentro a secarme.

Tardé un segundo en reaccionar. Cuando lo hice, fui detrás de él. No resbalé por poco.

—¡Espera un segundo! —Subí las escaleras y tiré de la puerta. Él ya estaba quitándose las zapatillas embarradas. Los regueros de agua empapaban el suelo y la ropa pesaba el triple a causa de la humedad—. ¿Te parece divertido?

—¿Ver cómo se te pega esa masa roja a la cara? Pues la verdad es que no lo había contemplado desde un cariz humorístico, pero...

—¡Cállate, Morrison! En serio, ¡cállate!

Me arranqué el jersey y las botas. Estaba helada y de pésimo humor. Había metido

un par de prendas dobladas en mi mochila, pero no recordaba si la había dejado atrás, en alguno de los cubículos desmontables de la ridícula cocina, o delante, en el área de conducción.

—Como diga la reina del *show*.

Le lancé la camiseta, pero la pescó al vuelo. Maldito.

—¿Ves bien comportarte como un gilipollas?

—Ya te he dicho que enfadarte era parte del plan para que empujaras con fuerza. No era nada personal.

—¿Ah, no? ¿Llamarme poco profesional no es personal?

Se llevó las manos a la cabeza. Al despeinarse, su melena soltó agua por todas partes. Era como pelear con un san Bernardo.

—Imagino que no trabajas mal, aunque no sea algo de lo que estar orgulloso.

—¿Serás cínico? ¡Tú estás en el mismo programa!

—Pero no formo parte de la mentira. Solo la grabo.

—Claro, como el que no roba, pero tampoco lo impide.

—¿Quieres que te lo impida, rizos? Pues lo siento, pero eso debería obrarlo tu conciencia. Creo que te has equivocado de persona.

—No, no me he equivocado. Te he calado, Morrison. Te he calado a la primera.

—Le di en el pecho con el dedo, justo encima de la camiseta, que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel—. Y no me sorprendes.

—Pues ya ves tú qué pena. —Se arrancó la prenda de un tirón. Vale... Eso... eso me había sorprendido. Un poco—. Y para de llamarme Morrison de una puta vez.

—Cuando tú dejes de llamarme rizos.

—Pues espera sentada.

—¡Pues... que te den!

Lucas se agarró el cinturón, dio un paso adelante y luego... luego pareció que se lo pensaba mejor, y, al final, leí en sus ojos un claro «¡A la mierda!». Soltó la hebilla y tiró de ella hasta que se sacó el cinturón por completo de los vaqueros. Cayó al suelo con un sonido metálico.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

—Prepararme para follarte, si te parece bien.

Decir que me quedé anonada habría sido... mentira. Porque la verdad fue que respondí con mucha facilidad.

—Me parece perfecto.

15

YO, TÚ, ÉL

Los seres humanos tenemos un importante problema de base; y es que tomamos el noventa por ciento de nuestras decisiones basándonos en lo que nos dicen las entrañas, y no la razón. Por eso, y aun con el convencimiento de que lo que está hecho no se puede remediar, la mayoría de nuestras equivocaciones nos provocan dolor de barriga. Abuso de entrañas, en muchas ocasiones. Y atracción de decisiones no pensadas, en otras tantas.

Me gustaría decir que esa reflexión me sirvió para que se me enfriara la cabeza. Para recular y dar un paso atrás, pero no es así. La verdad es que abrí una ventana muy pequeña y tiré por ella la razón. No me planteé nada más allá del movimiento rítmico de mis manos mientras iba quitándome todas las inhibiciones prenda a prenda, hasta quedarme desnuda en el mismo tiempo récord que tardó Lucas en sentarse sobre una de los incómodos bancos de la caravana. Tampoco estaba dispuesto a que nada más que sus vísceras le guiaran. Qué curioso, pensé en un segundo: era la primera vez que estábamos en sintonía. Me dejé caer sobre su cuerpo. Sus manos, grandes y frías, me apresaron el trasero. Me pareció un magnífico punto de apoyo. Algo en lo que sostener las equivocaciones, dolores de barriga y malas decisiones que vendrían después. Hubo mucha entraña. Y de todo lo demás, también.

No os voy a descubrir nada nuevo sobre el sexo. No inventamos el fuego aquel día. Todos sabemos cómo funciona la mecánica de la actividad carnal más básica del mundo. Los sonidos, las sensaciones, los olores, piel que se rinde a la invasión y acaba participando de unos pasos que nadie sabe cómo aprende, pero que, al final, sabemos bailar al compás.

Lo que sí describiré, si me permitís recrearme en lo que fue ese momento con Lucas Buendía, serán las sensaciones. Yo totalmente desnuda y él con los vaqueros mojados todavía cubriéndole las piernas. Recuerdo moverme, encontrar la ubicación y sentir que los canales de mi cuerpo se sintonizaban con su erección como por ensalmo. Notaba la tela rígida y helada contra mis muslos, el sonido como de chapoteo cada vez que me movía. Y el calor. Sentía que el humo me saldría por los poros si dejaba de cabalgarle, o si él paraba de sujetarme de la forma

en que lo hacía. Su barba me estremeció la piel del cuello y me dio unos besos en el pecho que me dejaron el alma en carne viva. Yo no quería sentirme así, no en ese momento, y, desde luego, no con él... Pero ¿cómo frenar algo que buscas a conciencia? Mis uñas abrieron surcos de ganas en su espalda. Me arqueé cuando la profundidad de sus embestidas no me parecía suficiente, y él... él, con esa cara de niño malo eternamente enfadado con el mundo, me agarró como si quisiera dejarse hasta la última gota de cordura dentro de mí. El ceño fruncido y la mandíbula apretada no le abandonaron ni siquiera cuando mis músculos internos amenazaron con robarle el aliento y hasta un par de años de vida.

Nos miramos mucho. Puede que por primera vez. No sé lo que vio él, porque apartó los ojos y hundió la cara en mi cuerpo mientras me penetraba, con la polla y con ese gesto que se me quedó más clavado que cualquiera de las acometidas. Se me secó la garganta y cuando llegué... no grité, porque no pude. Tampoco eché la melena hacia atrás, sonreí o me lamí los labios. No hubo gesto alguno de posturo, nada ensayado ni premeditado. Dicen que cuando te tocan las manos correctas, el cuerpo se pone en modo piloto automático y no hay nada que representar. Era la primera vez que yo entendía aquellas expresiones, y conforme el agarre de Lucas se fue volviendo más y más suave y nuestros cuerpos dejaron de sentir presión..., el miedo me atenazó por dentro.

Quería moverme y no era capaz. El saber que podría quedarme en su regazo hasta que se deshiciera el hielo de los polos me asustó hasta el punto de darme el empuje necesario para arrancarme de su cuerpo. Me giré, entregándole la visión de mi espalda mientras me peleaba a toda prisa con la ropa para volver a ponérmela. La necesidad de subir las barreras nos agobió tanto que no dijimos una sola palabra. Lucas, ese Morrison malhumorado y desgredado, se guardó las intenciones que había tenido dentro de los pantalones y las selló en firme con un tirón de bragueta. Agachó la cabeza para no dejársela contra el techo de la caravana y volvió al espacio del conductor. No me miró a la cara, y yo se lo agradecí en el alma, porque aquello... aquello encabezaba una lista de equivocaciones que ya me pesaba demasiado.

Se me había ido la jodida cabeza, y cuando me senté, pegando la espalda al respaldo del banco, todavía caliente de su cuerpo, noté cómo los motores se ponían en marcha, cerré los ojos, apreté los puños y me pregunté en voz muy baja qué demonios pasaba conmigo.

Cuando llegamos a Madrid, la lluvia ofreció una pequeña tregua. El cielo de la capital estaba azul, y sus calles, como siempre, atestadas. La M-30 fue un infierno, y para cuando llegamos a los estudios de *Cliché*, se habían secado todas las gotas de

agua de la caravana para dejar un rastro de barro reseco que yo no podía parar de mirar.

No habíamos follado sucio, en el sentido más simple del término, pero así era como lo sentía. Me temblaban hasta partes de mí que hacía mucho que no notaba. La vulnerabilidad es veneno, ya lo sabéis.

Lucas aparcó y luego tiró de la puerta, dispuesto a salir pasando por delante de mis narices sin hacer notar que yo estaba allí. Llevaba sus cosas encima y, del hombro, una mochila que reconocí como uno de los muchos macutos que Pedrito cargaba siempre. Imaginaba cintas o rollos de grabación metidos dentro. *Pendrives*, quizá, discos duros extraíbles..., todas esas mierdas tecnológicas a las que nunca había prestado mucha atención pero que eran nuestra excusa principal para haber viajado desde el norte en medio de la puta tormenta.

Esa, y por lo visto unas ganas que se habían ido agazapando, sin hacerse notar, hasta que ya nada las pudo parar.

—Lucas... —Me incorporé. No sé por qué le llamé, pero igual que las cosas hechas no se pueden remediar, las dichas tampoco se pueden eliminar. La vida real no es como un audio de WhatsApp. No hay un candadito que te salve el culo y te permita eliminar lo que has dicho antes de que lo oiga la otra persona—. Espera. Hablemos.

Se había vuelto a calar la gorra en la cabeza. Visera hacia atrás. Gesto desafiante. No quería una sonrisa poscoital, porque yo tampoco lucía una, pero esperaba... ¿Qué? ¿Una palmadita en la espalda del tío al que no aguantaba pero con el que acababa de compartir una sesión de sexo sin sentido?

Estaba hecha un lío.

—No hay nada que decir.

Me sorprendió lo cortante y frío. Aunque no debería, él era así. Me acerqué. No a él, sino a la salida. Al aire que se me escapaba y a todo lo que se estaba condensando en esa puta caravana a la que deseaba prender fuego. ¿Íbamos a volver juntos a San José de Los Altos esa tarde? Prefería ir a pie. Sobre tacones.

—Yo tampoco estoy nada contenta con lo que acaba de pasar, ¿sabes? Pero somos adultos, y creo...

—Contenta o no, el orgasmo te lo llevas puesto.

—Joder... Tienes un don para superarte a ti mismo, desde luego. Cuando pienso que no puedes ser más indeseable, ahí estás para sorprenderme. Que te jodan, Morrison. —Agarré la puerta con fuerza—. Y ahórrate la respuesta obvia.

Me bajé de un salto. Cuando mis pies tocaron el asfalto del aparcamiento me lagrimearon un poquito los ojos, pero por mis ovarios que no emití sonido alguno.

No compuse ni una jodida mueca.

Para que entendáis el momento, llevaba algo así como año y medio en algo que Cayetana y yo habíamos bautizado como... «barbecho vaginal»; mi última ruptura me había dejado muy tocada a todos los niveles —sobre todo económicamente, porque el tío era un gorrón de cuidado—, y no había estado inspirada para abrirme a nadie nuevo. En ningún aspecto.

Lucas Buendía poseía una lista de defectos considerable, pero la mala dotación no era una de ellas. Y tampoco es que hubiéramos dedicado tiempo y cariño para que yo pudiera darle un recibimiento cálido y fluido. A buen entendedor... Estuvo muy bien, no me interpretéis mal, pero los músculos se me estaban enfriando, y, con ellos, llegaban los calambres. Y las agujetas. Estupendo. ¡A ver si el karma se buscaba ya una víctima nueva!

—Que me pongas cachondo no quiere decir que me gustes, rizos. No te confundas.

Por supuesto: la cosa no iba a zanjarse dejándome a mí con la satisfacción de decir la última palabra.

—Por favor... ¿Crees que quiero eso, Morrison? ¿Gustarte? —Me encaré con él, aunque en altura me ganaba por mucho. Levanté la cabeza, y esta vez sonreí un poco—. En mi lista de prioridades vitales estás por debajo de todo. De todo. No te olvides.

—Llevo arañazos en la espalda que desmontarían tus palabras, pero, claro..., ¿qué sé yo? No soy el experto en mentir.

—¡Eh! ¡Eh! —Intenté darle un empujón, sin éxito.

—¿Qué pretendes?

—Para de una puta vez de creerte moralmente superior a mí. Esto es mi trabajo. Es lo que hago para ganarme la vida.

Lucas torció el gesto. Más, si eso era posible. Juro que deseé abofetearlo, porque cada vez que me juzgaba, destapaba mi propia caja de Pandora, y no estaba lista para enfrentarme a esos demonios.

—Lo que haces dice mucho de quién eres —sentenció.

—No sabes nada de mí. No me conoces. Así que no pretendas que haber pasado un par de días conmigo y haberme metido la polla te da derecho a decir algo sobre cómo llevo mi vida. No quiero tu opinión. ¿Te queda claro?

Le vi agarrar con fuerza las cosas que estaba cargando y moverse. A lo mejor no podía soportar tenerme enfrente. ¡Bien! Yo tampoco aguantaba ver su cara de arrogancia ni un solo minuto más. Echó a andar, pero antes de rebasarme, se me paró al lado, a centímetros, y buscó mi oído a través de mi pelo suelto. No me tocó,

pero la calidez que desprendía su ira la sentí como un abrazo apretado, de esos que te asfixian por desearlos y repelerlos al mismo tiempo.

—Yo tampoco quiero nada de ti, rizo. Es una tortura constante saberte metida en mi cabeza cada maldito segundo... y al mismo tiempo no soportarte.

Entró en el edificio de los estudios y, aunque era una falta grave contra mi dignidad, le seguí con la mirada mientras se alejaba. Después, conseguí moverme. La necesidad de salir que me había agobiado tanto dentro de la caravana se repetía a pesar de estar en espacio abierto, así que caminé hasta encontrarme de lleno en la zona comercial, rodeada de grandes naves, camiones e instalaciones en tonos grisáceos, fábricas a gran escala y personas atareadas ajenas al mar de mierda que sufría yo por dentro. Ni siquiera se me ocurrió que mi jefa podría querer reunirse conmigo. Lo suyo sería haber entrado en su despacho y contarle de palabra las novedades. Iba a tener una cita con Jorge —alias el coprotagonista perfecto— al día siguiente, justo a tiempo para el primer directo de *Cliché 2.0*. Había cumplido una expectativa que seguramente hasta la propia Lula había dudado ver realizada con éxito, y en ese momento me daba igual.

El jodido Lucas Buendía, con su don innato para echar las cosas a perder, me había hecho sentirme como basura diciéndome verdades que yo escondía bajo un buen maquillaje, una lista de líneas que no cruzar y la esperanza de conseguir algo mejor. Estaba mintiendo. Jugaba con personas. Cada saludo, sonrisa, gesto, palabra o acción que estaba haciendo esos días era falso. Y en ese instante, de pie en mitad de la calle, con la ropa sucia de barro y la dignidad pendiente de un hilo finísimo, me parecía que mis razones eran ridículas.

¿Me definía realmente como ser humano aquello a lo que me dedicaba? ¿Tenía razón Morrison o no era más que un cámara resentido? Nuestra relación había sido un puto infierno desde el minuto uno. Acostarnos había sido, con toda seguridad, peor idea que intentar operar a corazón abierto siendo profesor de primaria. Aun así, había pasado. Sin hablar, sin casi pensar, sin... condón.

—Mierda. Me cago en la puta.

Paré un taxi y le indiqué que me llevara a Gran Vía. Al conductor le hice el agosto, y a mi cartera... la putada. No os voy a decir cuánto cuesta ir desde las afueras de Madrid hasta el centro, pero es una cifra obscena, y aprovecho la tesitura para pedir, a quien corresponda, que por favor se eche un ojito a las tarifas de los taxis en las ciudades grandes. Mi padre nunca facturó cantidades como esas en un solo viaje, y vivimos muchos años solo de lo que sacaba conduciendo. Ya está. Ya lo he dicho.

Con mi móvil habitual otra vez operativo —pero restringido en cuanto a redes sociales, para no destapar la realidad sobre Nina Carvajal—, llamé a Cayetana. Entré

en El Brillante y esperé todos los tonos necesarios hasta que saltó su buzón. Le dije dónde estaba. Que apenas me quedaban unas horas y que necesitaba verla. Una hora después y ante varios tics que no se ponían azules, desistí. Pagué el bocadillo y subí la calle hasta la entrada del metro.

Necesitaba ir a casa, ducharme, dejarme arañar por Loki y oír la voz de mi madre al otro lado de la línea. Le escribí a Jesús y él me envió un par de fotos que me provocaron una sonrisa. Llevaba una de sus batas de enfermero en tonos rosas y violetas, llena de pequeñas manos infantiles en colores vivos, estampadas aquí y allá. Además, su identificación tenía superpuesta una pegatina que rezaba «ENFERMERO MACIZO» de la que estaba superorgulloso. Ese día había dado tres altas después de ingresos de larga duración. Su trabajo, en esos momentos, le parecía genial.

El mío, en cambio...

—No pienses en eso ahora. La televisión es espectáculo, y en los espectáculos no todo es verdad —me repetí, como un mantra cansino que ni yo me creía—. Te estás abriendo camino por un trabajo mejor, uno que merezca la pena, del que te sientas satisfecha. No hay por qué avergonzarse por que el programa en el que trabajas dé a personas con problemas un rato de esparcimiento: eso... eso es importante.

Llegué a Chamberí y a mi apartamento cabizbaja, pero al entrar el desastre me consoló. A ver, no era un desorden evidente, Caye no es una chica dejada, pero las cosas no estaban... de mi mano. Faltaba el toque final en casi todas las tareas, ese que da la parte de la pareja que es mucho más neurótica que la otra parte. La obsesión era mi trabajo, y como yo no estaba, el tendedero que ella había traído del patio por las lluvias seguía extendido y cubierto de ropa en medio del salón. El lavaplatos, abierto, estaba cargado, y había un par de prendas de ropa colgando de una de las sillas del comedor. El gato se me acercó maullando y se restregó contra mis piernas. Después amagó para treparme por los vaqueros con las uñas. Jugueteeé con él hasta que se cansó. Fueron unos dos segundos de interacción.

Me senté en el sofá y moqueé un poco al oler profundamente y reconocer... la casa. Luego, saqué el móvil y realicé la llamada. Un tono me hizo esperar mi madre. Ni uno más.

—¡Ay, Nina, por fin! ¿Cómo es el pueblo? ¿Comes bien? ¿Hace mucho frío? Papá lo ha buscado en su callejero del taxi, pero no nos sale... ¿Burgos, has dicho? ¿O era más al norte?

¿Se puede sonreír mientras lloras? Pues sí, señores. Se puede.

—Mami..., ¿estás más orgullosa de Suso que de mí porque él estudió rama médica y yo... yo estoy metida en cosas en la tele?

—Nina, una madre no distingue ni quiere más ni siente más orgullo por un hijo que por otro. Podrías haber sido drogadicta, cielo, y yo seguiría llevando tu foto en mi cartera y enseñándola con orgullo.

—¿Aunque fuera una foto sin dientes, levantando una placa policial o enseñando una ficha de llevar treinta días sobria?

—¡Treinta días! ¡Mi niña, un mes sin beber, pero qué orgullosa estoy de ti!

Me eché a reír. Jo..., cuánto quería a mi madre. La *jodía* era dueña de un humor muy ácido que yo presumía de haber heredado, pero el suyo, el original, siempre era mejor. Oírla me tranquilizaba el alma. Me calmaba todos los males. Mi madre era como el yoga, beber tila y comer chocolate del caro todo a la vez. Una cura en sí misma. Una bendición.

Pasad más tiempo con vuestras madres. Y contadles todo, aunque os dé corte o penséis que os va a caer una bronca, no importa la edad que tengáis: una bronca de una madre se añora cuando dejás de tenerlas.

—En serio, mami. Lo de la tele... ¿es una mala idea?

—¿A ti te gusta lo que haces, Nina? —Era una pregunta espinosa. Se debió de dar cuenta, porque la reformuló—. ¿Los pasos de hoy te acercan al sitio al que quieres ir mañana?

—Sí..., creo..., yo creo que sí. Hay un plan. No todas las fases son bonitas, pero... es mi plan.

—Pues entonces cíñete a él mientras todavía funcione para ti, nena. —Mi madre no juzgaba. Ella decía «Si puedes con ello, inténtalo; si no, a otra cosa»—. Además, ¿sabes cuánta gente daría lo que fuera por salir en la tele? Las hay hasta que se casan con futbolistas, ¡con futbolistas, Nina, que no saben decir una frase larga! Si tanto lo desean, debe de ser bueno, ¿no?

Debía de serlo. Un planteamiento simple..., pero estaba lo bastante desesperada como para agarrarme a lo que fuera.

—Te quiero, mami. Os echo de menos.

—Y nosotros, cielo. ¡Pero mañana te veremos en la tele!

Preferí no pensar en lo que sería para mi padre, que nunca había comulgado con la farándula, lo de que su benjamina saliera en el *prime time*. Esquivé las preguntas engorrosas de mi madre, escudándome en el secreto de sumario que siempre pendía sobre *Cliché*, y luego colgué. No me sentía más ligera, pero sí un poquito menos embotada.

Preparé un bolso pequeño con algunas cosas que llevarme y después me metí en la ducha. Ir y volver desde San José de Los Altos en un mismo día era agotador, pero unas pocas horas en casa, poder contactar con la familia y miccionar en tu

propio váter valían el traqueteo. No estaba segura de si me compensarían aguantar a Lucas otra vez, pero haría mi mayor esfuerzo por no crear con él ningún tipo de contacto. De ninguna clase.

Y eso me recordó algo...

Después de asearme y ponerme por fin ropa sin barro, bajé a la farmacia. Por un momento me planteé coger el coche o subirme al metro y acudir a una más lejana, por evitar suspicacias, miradas o comentarios en un lugar adonde no solo vas a volver, sino que, además, puede que se acuerden de ti por compras anteriores. Como haces la primera vez que, de adolescente, compras condones y no quieres que la farmacéutica del barrio se lo cuente a tu madre.

No obstante, había prisa y poco tiempo, así que me dio igual lo que un montón de desconocidos pudiera opinar. Me compré la píldora del día después y subí a casa a tomármela con un té.

Aunque llevaba puesto el NuvaRing y me lo cambiaba religiosamente, tuviera relaciones o no —obsesa del control, ya lo habíamos aclarado, ¿no?—, necesitaba estar segura. Evitar problemas, complicaciones, sorpresas... y no dedicarle un solo pensamiento más al tema de Morrison. La sensación de seguir sintiéndolo dentro de mí no me ayudaba, y juro por los dioses de Asgard que intenté visualizar en mi cabeza, con sonido estéreo y todo, la bronca que habíamos protagonizado. Sus palabras groseras, su capacidad de hacerme sentir como una mierda... Pero prevalecía el olor de su piel humedecida por el sudor. El roce de su cuerpo. Su pelo entre mis dedos.

Joder, era todo pelo el muy maldito. Pero a mí eso no me había gustado nunca. ¿No?

—¡Nina! ¡Ninaaaa! —El sonido de las pisadas de Caye era inconfundible. Como lo fue el golpetazo al dejar su enorme equipo de fotografía sobre la mesa de centro. Sonreí—. ¡Has recogido mi ropa! Dios, ¡te adoro!

—También he vaciado el lavaplatos.

Abrió los brazos y me estrechó. Olía a casa. A amiga de siempre. A todo lo que yo necesitaba.

—Como he dicho, te adoro. ¿Cómo estás? Deja que te mire, quiero saber si la fama te ha cambiado.

—La que no cambia eres tú. —Señalé a la mesa—. Le has dado una hostia curiosa a eso. ¿Llevas la cámara dentro?

—Y todos los objetivos y demás mierdas, sí. Pero, tranquila, el bolso lleva un acolchado a prueba de balas. Costó casi tanto como el trípode. ¡Venga, cuéntame cosas jugosas!

Puf... Pues había para rato.

Le hablé del pueblo. De Amelia. De Pedrito. Le conté todo lo que sabía de Jorge, con esas pausas que las amigas de verdad saben que son para que se asombren, inhalen y exhale aire de forma dramática, abran la boca en forma de «¡Ohh!» o exclamen un «¡Tííííaa!» con pasión. También le conté mis dudas por la cita, y Cayetana, que es una mujer práctica acostumbrada a mirar a la fealdad a la cara y hacerla lucir bien, le quitó importancia al tema de una forma que me asombró.

—A ver, él no te conoce, y, por lo que sabe de Nina Cervantes, por cierto... originalidad ante todo, estás en un curro eventual en un pueblo que no es el tuyo y con un alquiler que depende de un sueldo regularcillo en una biblioteca. —Emitió una mueca—. No dudo que le gustes, eres guapa y muy sexy. Tu pelo es como de diablesa del infierno. Atraes a los hombres, y seguramente él tenga muy vistas ya a todas las mujeres de edad y situación sentimental aceptables que le quedan al alcance... Pero no creo que se venga arriba, así que no te angusties por sus sentimientos.

—¿De verdad? Porque estoy engañándole, Caye. A él y a todos. No soy bibliotecaria, no me apellido Cervantes y nada de lo que hemos compartido...

—Cuando se enteren en el pueblo, seguro que se asombran, pero no creo que vaya más allá de ese... gesto de incredulidad que ponen los famosos cuando les pasa una putada inverosímil y luego aparece una azafata buenorra con un ramo que lleva pegado el logotipo de *Inocente, Inocente*. —Fingió recogerlo asombrada y luego sonrió y saludó a la nada. Estaba pirada—. No digo que vayáis a ser amigos para siempre, pero tampoco buscabas eso. ¿Te da miedo colgarte de él?

—No, no qué va... —Me quedé pensando—. Y, aunque me gustara, después de toda la historia y con el pueblo en boca de todos por haber sido el primer destino de *Cliché*, ¿crees que mis hipotéticos sentimientos iban a importarle?

—¿Quieres que le importen?

—Es el prototipo de tío perfecto, Caye. Casi no parece real.

—O eso piensas porque la situación es la que es. El tal Jorge no es un ángel que vaya a perder sus alas por culpa tuya. Relájate. Disfruta. No te digo que te lées la manta a la cabeza y empiece el locurón, pero tampoco te flageles. No te culpes por hacer algo malo si todavía no ha pasado.

Me mordí la lengua. Ay, coño...

—Bueno..., puede que... sí haya algo. Igual no malo en toda la extensión de la palabra, pero... inapropiado. Eso desde luego. E irrepetible. Eso también. —Me tapé la cara con las manos—. Una cagada peor que la del *youtuber* y la *influencer*, Caye. Peor. Peor. Mil veces peor.

—¡No me digas que te has acostado con él!

Negué con la cabeza.

—No..., con él, no.

A esas alturas, os podéis imaginar. Cayetana de rodillas en el sofá, con las manos en la cabeza y la boca abierta. Año y medio, ya os lo he contado. Bueno. Ella ha sido la presidenta del anticlub de fans de mi sequía sexual.

—Pero... ¿cuándo? ¿Y tu barbecho?

—Lo he mandado a tomar por saco... sin premeditación. Te lo juro. Todavía no sé cómo pasó.

—Tropezaste y ¡huy! ¿Caíste con tu vagina en su pene? Pasa mucho, no creas.

—No tiene gracia. —Vale, igual un poco. Pero no me reí.

—¿A quién te has cepillado, Nina?

Ahí venía... Joder... ¡Hasta decirlo en voz alta me costaba!

—Al maldito y peludo Morrison.

—Putos viajes en el tiempo... Los carga el diablo. —Caye chascó la lengua—. ¿Te cantó por lo menos *Riders on the storm*?

Sí, para coñas y tormentas estaba yo. Resoplé, y como no podía ni quería hablar del tema, naturalmente, se lo conté todo con pelos y señales. Dos veces.

16

COMO SI NADA, COMO SI TODO

Cayetana y yo compartimos una cena pronta, como dos abuelas con un horario muy establecido que no se saltan ni por visitas ni por eventos especiales.

La verdad, yo estaba intranquila. Mirando el reloj cada rato. Con una hora de vuelta pactada y una agenda cerrada para el lunes, no podía permitirme relajarme en el sofá de mi apartamento, poner Netflix y dejar que la vida pasara sin más preocupaciones, como toda persona normal un domingo cualquiera.

Nos tomamos una ensalada con pollo, aguacate y mostaza dulce mientras Sandra Bullock se infiltraba en el concurso de Miss Estados Unidos tras una transformación épica que la llevaba de la típica agente de policía poco femenina — ¡hablando de clichés manidos!— a una tía espectacular. Y se enamoraban de ella, claro.

—Anda que no molaría tener a Michael Caine de tu lado para regalarte un *makeover* y quedarte nueva... —fantaseó Caye, masticando y asintiendo al mismo tiempo—. ¿Qué tal es tu estilista, por cierto?

—Una mezcla entre Eduardo Manostijeras y la novia de Jack, el de *Pesadilla antes de Navidad*, pero en mujer y con talento.

—Pon *She's a lady* de fondo y que te haga un *Miss Agente Especial*.

—¿La uno o la dos?

Por supuesto, incurrimos en un debate que nos llevó de las sombras de ojos a las secuelas de películas de culto. Y, de ahí, a la moda de los vaqueros con el tobillito al aire, las deportivas con plataforma y los suéteres ombligueros pero que llevaban capucha. Encadenando tema tras tema, hablando de esa forma que solo entienden las amigas que se conocen lo bastante como para que, en una única charla, quepa todo un abanico de posibilidades de conversación. Si hay alguien así en vuestro horizonte, no lo dejéis escapar: son las personas que valen la pena de verdad.

Cuando la hora se me echó encima, Caye se ofreció a llevarme a los estudios en mi coche. Yo creo que albergaba la esperanza de ver a Morrison de reojo; no era tonta, ni me había caído de un guindo, y, ¡qué coño!, conocía a mi amiga como si la hubiera parido.

Su versión oficial fue que no quería que me dejara más ahorros en un taxi, pero la

verdad era que le picaba la curiosidad tanto como me picaban a mí ciertas partes de piel. Jodida barba... Me había gustado más de lo que nunca admitiría ante nadie.

Frenó delante de las puertas que daban al edificio de la tele. Caye, mi chica con pinta de asiática que era más andaluza que el Cristo del Gran Poder —perdón por la blasfemia—, estiró el cuello y arrugó la naricilla cuando vio la caravana, ese esperpento metálico, frío, incómodo y lleno de recuerdos que no sabía cómo me iba a lavar del cuerpo. Me arrebujé en el jersey y agarré el bolso con manos firmes, como si eso fuera a librarme de tener que pasar otras tres horas metida en medio de la hojalata, con la única compañía de mis pensamientos y el ceño fruncido del hombre más borde del universo.

Pero que era guapo. Mucho, cuando sonreía.

—Solo le faltan Jesús Puente y los zumos de naranja, tía —oí decir a Caye. Sonreí—. ¿Qué?

—Es lo mismo que pensé la primera vez que la vi.

—Ahora no me voy a poder quitar el tintineo de *Lo que necesitas es amor* de la cabeza en todo el día. Hasta la voy a buscar en Spotify.

Nos abrazamos, primero de forma superdramática y luego ya normal. Cayetana me dio sus últimos consejos de cara al directo, cosas típicas, anodinas, pero que necesitaba oír: olvida los prejuicios, recuerda lo que quieres y no quieres y hasta dónde estás dispuesta a llegar, no pienses que dañas si no haces nada malo, pero tampoco te confíes y por ello actúes sin pensar... Atesoré cada palabra. Iba a echarla mucho de menos.

—Intenta disfrutar de la experiencia y conocer a gente nueva.

—Yo los estoy conociendo, pero ellos... ven una parte de mí que no existe.

—Pues apégate a la verdad tanto como te sea posible. —Me cogió la mano. Fuerte—. Te veré el lunes, en horario de máxima audiencia.

—Dios... No me lo recuerdes.

—Lucha por lo que quieres, Nina... —Se le nubló la vista un poco. Durante un segundo, y fue como si ya no hablara para mí, sino para sí misma—. O por lo que creas que quieres en este momento. Lo peor que puede pasar es que constantes que lo desees o que aceptes que no.

—¿Estás bien? —Asintió, y yo no insistí—. Intentaré tatuarme tus palabras a fuego.

Me bajé del coche y eché a andar a paso vivo. Uno sabe que siempre siembra lo que recoge, y yo había hecho mi salida digna por no darle a Lucas Buendía una patada en los huevos, ignorando que mi jefa estaba dentro de aquel edificio y que seguramente no se encontraría nada contenta conmigo.

Pasé la identificación metálica por la puerta y me recibió un golpe de calefacción. Me quité un par de capas y seguí directa por el pasillo. Evidentemente, y como ya era una costumbre, la suerte no me acompañaba, y allí, delante justo de mis frías narices, estaba Esther, monísima con su vestido negro de cuello Peter Pan y su melenita corta lisa y resplandeciente. Yo me había soltado los rizos y me había ahuecado el pelo con un par de sacudidas; esperaba que la pinta que presentaba no fuera muy mala. Me sonrió, pero no con alegría, sino más bien... ¿Sabéis esas sonrisas cansadas, que se dibujan y vienen adornadas con unos hombros caídos, como de lástima? Pues así.

—Ay, Nina... Ya creíamos que no te íbamos a ver la cara.

Se me ocurrieron un montón de disculpas, pero luego caí en la cuenta de que esa tía no era nadie para recibirlas.

—Ya. ¿Está Lula en su despacho?

—Esperándote.

Estiró el brazo para indicarme la única jodida puerta que había delante de mí. ¿Ahora qué se creía, azafata del *Un, dos, tres*? Puse los ojos en blanco, pero me dio apuro tropezar, así que recuperé pronto la compostura. Llamé y entré. Mi jefa, alta y corpulenta, tenía los brazos laxos a los lados del cuerpo y estaba apoyada en su mesa. Sonreía. Vale. No era mala señal..., salvo porque su gesto estaba orientado hacia Morrison, que estaba sentado con las piernas extendidas en una de las sillas, mesándose las greñas.

En cuanto me vio, su cara se puso hosca. Cojonudo, ¡yo tampoco me alegraba de verle! Es más, hasta se me había puesto el estómago del revés.

—Perdón, no quería interrumpir.

—¡Nina, adelante! —Lula me hizo gestos. Vale. Descartado lo de huir como una cobarde—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

—Lo siento, Lula, yo... solo contaba con unas horas y necesitaba... Mi madre estaba muy tensa y debía llamarla; viajar a Sevilla iba a ser imposible, pero al menos un rato con ella, ponernos al día, para su tranquilidad, era básico—. Y tomarme la píldora del día después, también.

—Lo entiendo, Nina. Y aunque al principio me pareció poco ortodoxo que no vinieras directamente, debo decir que yo, quizá, habría actuado igual. Uno tiene que cuidar de sus apegos, sobre todo cuando el trabajo le fuerza a estar alejado de ellos.

Huy... Demasiado buen rollo en el ambiente, ¿no? Me puse tensa enseguida.

Lula me indicó que tomara asiento, y yo obedecí. En la silla que estaba justo al lado de la de Lucas. En el proceso de moverme y doblar las extremidades, nuestras rodillas se rozaron un nanosegundo. Él, que había estado despatarrado, se tensó y

retomó la posición erguida y yo... yo crucé las piernas hacia el otro lado, girando en el proceso la cadera, parte del tronco y hasta el cuello. En un arranque de madurez sin precedentes, no fuimos capaces de saludarnos ni siquiera con un gesto de la cabeza. Como si horas antes no hubiera estado montándole y él aferrándose el culo como un poseso.

«Borrar imágenes de mi mente. Borrando. Borrando».

—Bien, Nina: de cara a mañana y ese primer encuentro pactado con Jorge, ¿tienes algo en perspectiva?

—Pues... Bueno, yo no lo llamaría «encuentro pactado». —Me costó horrores centrarme en lo que me estaba diciendo Lula—. Me recogerá cuando acabe mi turno y me llevará a comer, seguramente en algún sitio cercano.

—¿Sabes a qué se dedica él? ¿Cuáles son sus horarios? —Negué con la cabeza. Prácticamente no sabía más que su nombre—. Es importante que podamos hacernos un mapa mental de su día a día, Nina. Eso ayudará a Lucas a organizarse.

—¿Qué...? ¿Mapa mental?

—Ella no piensa mucho en los valores de equipo cuando estamos en el trabajo de campo. Se mete en sitios cerrados de acceso imposible, se aleja de las ventanas, no cuenta al resto adónde va ni con quién, ni piensa en la infraestructura cuando va a sus... citas. En fin..., un engorro. Está costándome mucho cumplir a pleno rendimiento.

Mi silla chirrió cuando me di media vuelta para mirarlo. Jodido Morrison. Su lengua era puro veneno. En más de un sentido. Estaba claro que seguía resentido por mí... existencia en el mundo. Vale, pues yo tampoco estaba nada contenta con él, así que entré al trapo. Porque a eso podíamos jugar los dos.

—Sí, está claro que tu rendimiento deja muchísimo que desear.

—Nunca hasta el momento he tenido queja de mis... habilidades.

—Habrás dado con compañeras de... trabajo poco exigentes. O con experiencia nula con la que comparar.

Sus ojos emitieron un brillo peligroso que se tradujo en un calor inquietante para mí. Algo que se concentró en lugares muy específicos de mi cuerpo de cuyo nombre no me apetece hablar ahora.

—Desde luego, eran un poquito más abiertas.

—¿Cómo te atreves...?

—Has empezado tú, rizados. Si no puedes soportar la presión, no entres al juego.

—¿Ah, sí? Pues si tú no eres capaz de preparar el terreno como es debido, igual deberías ser tú el que se quedara fuera.

—Uhhh, tu abuso del pronombre personal para dejar claro a quién atacas es

tan... tú... —Sonrió bajo la barba—. Nina Carvajal, la reina del individualismo en un trabajo que debería ser colectivo. Ese es tu problema.

—No me obligues a decirte cuál es el tuyo.

—Estoy ansioso por oírlo. Constataré opiniones.

—Vete al...

—Después de ti, rizos.

—¡Eh, chicos! ¿Pero de qué narices va esto?

Lula medió en la bronca y nos cortó en seco, como la profesora de instituto que te pilla pasándote papelitos o molestando al de delante cuando estás sentado en clase y te da un toque de atención delante de todos los presentes. Se me subieron los colores, que hicieron juego con mi pelo, y no me quedó otra que girar la cara. Coño, qué vergüenza... Había perdido los papeles a un nivel muy profundo con Morrison y ni siquiera recordaba por qué. La profesionalidad, el saber estar y el pudor mismo me habían abandonado. Era como si estuviera fuera de mi cuerpo; le había seguido el rollo y me había dejado llevar por el calor del momento. Sentirme atacada y devolver la dentellada, no había pensado en nada más. De haber estado a solas, probablemente nos habríamos agarrado y zarandeado. O...

No. No hay más opciones. Las otras opciones no existen.

—Lo siento, Lula; puede que la cosa se haya ido de madre. No volverá a ocurrir.

—Estoy de acuerdo —añadió Lucas. Y me dio a mí que no estábamos hablando de la pelea—. No volverá a pasar jamás. Pero no es mentira que me pone muchos impedimentos de cara a las grabaciones.

—Nina, no necesito recordarte que el éxito de este programa radica en que el público se sienta parte de todo lo que tiene que ver contigo. —Esa era mi jefa, claro. Dándome llamaditas al orden—. Vas a tener que ser más accesible a Lucas. Facilitarle que pueda llegar más a ti.

No le miré. Lo juro. Vi por el rabillo del ojo cómo se cruzaba de brazos y se le subían las comisuras de la boca, pero no puse los ojos en él. Jodido engréido... Disfrutaba con los dobles sentidos y la incomodidad evidente que me estaba provocando. Esa reunión era una pesadilla. Mi vida actual era una pesadilla. Vivía inmersa en un puñetero sueño del que no despertaría ni aunque me besara Charlie Hunnam.

—El problema es que no estoy habituada a ser la cabeza visible de *Cliché*, Lula. Tengo toda la disposición y todo el entusiasmo para que la audiencia nos apoye, pero me falta un poco de carácter de protagonista.

—Bueno, ¡pero eso es normal! Esther dedujo que podría ser nuestro hándicap principal, y, anticipándose, ha preparado este dossier. —Me entregó una carpeta de

color vino. La miré con asco. A la carpeta, se entiende—. Hay algunas pautas que te vendría bien tener en cuenta de cara a las interacciones de interés para el público. No puedes meterte en un reservado de restaurante, oscuro y nada accesible con Jorge, porque entonces ni Lucas ni el público podrán verte.

—Ya se lo he dicho. Espero que tu palabra valga más que la mía, Lula.

Esta vez sí que le miré. Mal. Deseándole un... una... hinchazón de huevos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que tu trabajo sea fácil y no encuentres problemas más allá de... lo que sea que te anide en la cabeza.

—Accesible, rizos. Y abierta. —Me guiñó un ojo antes de levantarse—. Recuérdalo. Un poco de relajación tampoco te iría mal. Te espero en la caravana.

Lula y yo nos quedamos solas. Separé los labios para entonar el *mea culpa*, pero ella se dio la vuelta y empezó a revolver los papeles que llenaban su mesa. Imagino que era una invitación a que me largara, al más puro estilo Lula Rodríguez. Con la suavidad de un elefante en una tienda de cristal.

—Te iré manteniendo informada de los avances.

—Los vamos recibiendo puntualmente, gracias. —Una sonrisita velada—. Recuerda desconectar tus dispositivos personales cuando abandones el edificio. Eres Nina Cervantes, y ella no posee ni ese móvil ni ninguna de las otras cosas.

—Descuida. —Adiós, vida real. O lo que fuera—. En cuanto a las quejas de Mo... de Lucas...

—Buendía es el mejor cámara con que contamos. Para ser tan bueno, también hay que ser un poco imbécil a veces. Se queja porque quiere lo mejor, y lo mejor sería que pudiera ponerte la cámara en el hombro, pero las dos sabemos que no es así. — Me hizo un gesto hacia la puerta. En serio. Sutileza cero—. Intenta darle cancha, pero tampoco facilitemos el terreno hasta el punto de que le lleve a pensar que no debe trabajárselo.

—Ya... Por mi parte no habrá problemas. Somos un equipo. —Pensé en Meli. En Pedrito—. Trabajaremos como tal.

—Estupendo, Nina. Estupendo. Cierra la puerta cuando salgas.

Abandoné el despacho sintiéndome como una niña de la ESO a la que pillan fumando en el baño. Iba a repasar la conversación en mi mente —y puede, solo puede, que a pasársela a Cayetana en un audio vilmente largo antes de apagar mi móvil— cuando vi a Morrison, tan alto como un puto sauce, siendo todo sonrisas y amabilidades con Esther.

Ella, apoyada en la pared. Él, con una mano a un lado de su cabeza y el cuerpo levemente inclinado. No era una posición comprometedora, pero verlos tan cercanos me chocó. Y me molestó por razones que no voy a entrar a discutir ahora.

Esas dos personas, por motivos muy distintos, me superaban. Me sacaban de mis casillas y me enfadaban. Verlos animados, sonriendo y tan cómplices me hizo sentir fuera de lugar. Inquieta. Incómoda.

Celosa.

—Cuando termines de perder el tiempo, hay que volver a San José de Los Altos. Mañana tengo una cita importante con el hombre perfecto. Un plan que toda España va a ver en *prime time*, a menos que llegue tarde porque tú eres incapaz de cumplir la palabra dada. —Pasé de largo ante ellos, sin mirarlos. Pisando fuerte con mis botas sin tacón—. Como, a diferencia de ti, yo sí soy consecuente con lo que digo, estaré esperándote en la caravana, Morrison.

Lucas me pilló el paso enseguida. Se me puso al lado. Rivalizamos por ver quién era capaz de andar más recto, más rápido y a zancadas más largas. Mis agujetas me hicieron perder, pero no mostré señas de que me importara, aunque por dentro maldijera su estirpe hasta el mismísimo primer miembro de su familia.

Se sacó del bolsillo el llavero del minion y tiró de la puerta de la caravana. Vuelta al infierno de cuatro ruedas. Resoplé, poniendo el pie en el primer peldaño. Entonces, Lucas carraspeó, con las manos en los bolsillos, la gorra hacia atrás y aquellas piernas tan largas... que me imaginaba extendidas debajo de mí.

Joder... ¿De dónde coño había salido ese pensamiento?

—Has sido muy mordaz antes. En el despacho de Lula.

—Y tú, un gilipollas. Pero siempre. Y en todas partes. —Intenté irme, pero me lo impidió sujetándome del brazo. Sus dedos sobre mi piel, aún cubierta por la tela del jersey, se dejaron notar. Nos quedamos quietos. Di un tironcito y él me soltó al instante. Silencio pesado.

—Es verdad que no controlas mucho el tema de que haya una cámara pendiente de ti, pero es posible que la forma que he usado para que lo vieras no haya sido la más... apropiada.

—¿Tú crees? —Subí otro escalón. Necesitaba la ventaja de la altura, como Obi Wan en su lucha contra Anakin. Lucas Buendía era la lava de Mustafar para mí. Mejor lejos.

—Intento disculparme, rizados.

—¿Sí? Pues esfuérzate más.

—Vale, oye..., todos deberíamos poner de nuestra parte. No me gusta lo que haces, pero...

—Vamos a dejar algo claro, Morrison. Ya te he dicho antes que mis motivos para haber aceptado este trabajo son solo míos. No eres mi familia. No eres mi amigo. Ni siquiera eres un compañero de trabajo por el que sienta estima. Cualquier

explicación está fuera de contexto. No me interesa lo que pienses, por lo tanto, ve a lo tuyo y guárdate las opiniones.

Golpe de melena, media vuelta con éxito en el espacio reducido de los escalones y ascenso triunfal y glorioso a la caravana... con pinchazo en las ingles incluido. Mierda, ¿es que nada podía salirme bien? Esta vez no pude esconder la mueca, y lo sé porque él se me puso detrás. Muy cerca. Muchísimo. Y sus dedos rozaron mi espalda.

—¿Te he hecho daño, Nina?

Me recompuse en un segundo, porque aquello, en realidad, no era algo físico. Se trataba de lo que sus palabras me habían provocado por dentro.

—No podrías. Ni aunque quisieras.

Supongo que en ese momento fue cuando me transformé del todo en el personaje que representaba. Le di la espalda y me alejé sin mirar atrás. Como si nada. Como si todo. Fue mi mejor mentira hasta la fecha.

Mientras yo emprendía la vuelta a mi vida falsa de focos y pretensiones, en silencio y con una presión en el pecho que me duró hasta que la caravana quedó parada en San José de Los Altos, muda como quienes la habíamos ocupado durante tres horas, Cayetana, desde Madrid, protagonizaba su propio vía crucis. Yo estaba muy lejos en ese momento, pero os lo cuento tal como lo supe después...

La liaron después de una sesión de fotos complicada —una viuda de la calle Sagasta quería immortalizarse con sus siete perros de competición, que, por cierto, fueron más fáciles de domesticar para el posado que ella—, y, agotada y oliendo a mal bicho, Caye aceptó ir a tomarse un tercio con un par de esas colegas de sus cursos de fotografía a las que, a fuerza de encontrarse siempre inscritas en las mismas historias, había terminado por acomodar en sus ratos de ocio.

Un tercio llevó a una caña. Y esta, a otra más, y para cuando quiso darse cuenta, mi amiga estaba deambulando por Atocha comprando un billete de tren y subiéndose a un vagón con destino... Sevilla.

Debió haberse comido al menos un bocadillo de la máquina en la estación, pero en lugar de hacerlo se pidió otra caña nada más llegar a Santa Justa. Por templar los ánimos. Cuando sintió que más que doble veía triple —y cuando uno cuenta con tres opciones, sabe que siempre hay que optar por la del medio, por mareado que esté—, se cogió un taxi, y con dos ovarios bien gordos se plantó delante de la sala de pediatría del Hospital Universitario Virgen del Rocío.

Borracha y calentorra, se echó sobre el mostrador y clamó —sí, en sus recuerdos y los míos, después de que me lo contara..., gritaba— por mi hermano Jesús. Sin

saber si estaba de guardia ni nada, siendo noche cerrada y después de haberse comido unas horas de tren absolutamente innecesarias. Por suerte para ella, o quizá por desgracia, vosotros juzgaréis, Suso trabajaba esa noche. Se le abrieron los ojos como platos cuando se encontró de frente con el percal.

Y eso no era nada para lo que venía.

—¿Cayetana? —Corrió hacia ella, y tuvo que cogerla en brazos, porque, sin el apoyo del mostrador, mi amiga se dio de bruces con él—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? ¿Es Nina?

—Nina ha follado, Jesús. Está mejor que bien. Ella dice que no, pero... ¿cómo no iba a estarlo? Ha follado. Y yo también quiero. Yo... me lo merezco.

—Vale... Estás pedo, Cayetana. Joder.

Ella siguió balbuciendo y restregándosele. Mi hermano, que de santo no tenía más que yo de carpintera, se la cargó en los brazos y la llevó a uno de los *boxes* de urgencias y la sentó en una camilla. Le preparó un suero. Intentó mantener una charla civilizada con ella, pero Cayetana empezó a abrirse los botones, y cuando Suso quiso pararla, le echó las manos al cuello y le besó como si el mundo fuera a terminarse.

Así lo sentía ella por dentro, aunque se lo hubiera sabido guardar hasta entonces.

—Caye... Eh, eh... No, niña. No podemos.

—¿Por qué no? Sé que tú también lo quieres. Lo veo. Lo siento.

Le enredó las piernas en las caderas y él..., débil, porque llevaba demasiado tiempo siendo fuerte, la abrazó. Abrió la boca y se dejó arrastrar, pero las caricias arañaban y las marcas se infectaban con el paso de la lengua. Cayetana no estaba en su sano juicio, o quizá se sentía más cuerda que nunca, pero Suso llevaba todas las prohibiciones puestas. Y no podía permitirse un paso en falso.

—Te conozco desde que naciste, Caye. Eres la mejor amiga de mi hermana. Prácticamente te has criado en mi casa.

—Quiero que me folles, Jesús, no que me cuentes la historia de nuestra vida, porque esa ya me la sé.

Se le lanzó a la boca de nuevo, pero esta vez él la apartó.

—Voy a decirte que no..., y se me hace el cuerpo entero trizas, niña. —La besó en la frente. Y maldijo. A su cordura. A su cabeza. A sus sentimientos, que le habían traicionado desde hacía media vida—. No me puedo arriesgar a que un polvo mal echado, contigo borracha, acabe jodiendo lo que somos, Caye. Porque si mañana te despiertas y te arrepientes, yo no podré olvidar ni un solo segundo de esta noche.

—No voy a arrepentirme. No me arrepiento de estar aquí, de esto. —Le recorrió el pecho con los dedos. El corazón de mi hermano llevaba rato sin responderle—.

Me da rabia seguir simulando, no puedo...

—Cayetana... Voy a traerte un café y a pedirte un taxi. Cuando estés más serena, te irás a tu casa, y mañana vuelves a Madrid. —A Suso le brillaron los ojos. Con el índice, acarició aquella boca húmeda, con la que llevaba años soñando—. Que me condenen por lo que deseo..., pero no por hacer algo que nos cueste más de lo que podemos pagar.

La soltó y salió del *bax*. Aquella decisión era la correcta, porque Cayetana no era cualquier conquista que, si al final salía demasiado cara, uno podía devolver sin remordimientos. ¿Se arrepintió Jesús de no haber cedido a lo que tenía dentro? Inmediatamente, pero fue firme a sus principios, aunque estos se le mezclaran con el deseo.

Cuando volvió con el café, mi amiga ya no estaba. Había dejado una nota asegurando que podía cuidar de sí misma. Una disculpa velada se deducía entre las líneas trazadas de prisa y corriendo. Y, también, la intención de que aquello quedara en el olvido para siempre.

La verdad..., el encontronazo prendió unos rescoldos que se salieron por completo de control. Pero esa es otra historia.

MUCHA CABEZA Y POCO CORAZÓN

El lunes amaneció frío, pero aquello era el norte y estábamos en enero, así que esta es una forma bastante chapucera de empezar a contaros cómo arrancó el día de mi cita con Jorge.

A ver si lo entono mejor.

Me levanté temprano y aguanté con valor las ganas de hundirme en una taza de café tamaño King Kong mientras Amelia me ponía bigudíes en el pelo —rizado natural, por si no lo había señalado con la suficiente precisión— para, según ella, crear un peinado más «coral».

—Coral es un color, no un tipo de pelo —rezongué.

—¿Quién es la experta? Deja de mover la cabeza.

Al final debió de apiadarse de mí, o cansarse de mis continuas quejas silenciosas, porque agarró sus bártulos de estilista y accedió a seguir con aquella tortura medieval en la cocina, mientras yo desayunaba algo. De verdad, estoy segura de que la manicura y el proceso de acicalamiento femenino profesional, con todos aquellos instrumentos, estaba reservado para ser aplicado en casos de extrema gravedad en alguna de las salas de la Torre de Londres.

—¿Ya sabes qué vas a ponerte?

—Algo cómodo. Y *casual*. —Vamos, que ni idea—. Recuerda que iremos a comer después del trabajo. No voy a vestirme con nada que me impida trastear con los libros.

—Ya, pero tú recuerda que esta noche las imágenes saldrán en la televisión nacional. Por lo menos, elige unos vaqueros limpios.

—Gracias por la ración extra de agobio, Meli.

—¡Y esa va por cuenta de la casa! —Levantó una especie de... chisme justo delante de mi cara—. Es un rizador, deja de apartarte.

—Joder... Mi pelo natural ya es rizado, ¿de verdad es necesario?

—El arte, Nina, está compuesto de capas superpuestas que, si luego las miras de lejos, confluyen.

—Estupendo. Ahora me siento como una cebolla cubierta de grumos a la que hay que observar en la distancia.

Nos reímos, y, al final, Amelia siguió trabajando en su magia y yo mojé un par de galletas campurrianas en una leche muy tibia porque ella me miró como el gato de *Shrek* cuando hice amago de coger la cafetera. El café mancha los dientes y afecta al aliento. Pintarme los labios, por supuesto, quedó pospuesto. Mientras ella se entregaba a su «arte» de dejarme arreglada como una habitación de Pinterest, pero sin que pareciera que llevábamos levantadas dos horas, yo le daba vueltas a lo ocurrido en el trayecto San José de Los Altos-Madrid. Era inevitable. Me había quedado sin poder hablar con mi padre, y mi madre, aunque sonaba animada y positiva... Bueno, ella presumía de conocerme, pero esa sabiduría era bilateral. Y yo sabía cuándo ella lo pasaba mal.

Saberme lejos y expuesta no era plato de gusto para mi familia. Incluso Cayetana, con su forma alocada de ver la vida, había estado taciturna. Los echaba a todos de menos, pero me aferraba a la idea de estar consiguiendo algo por mí. Importante y significativo, que valiera aquella añoranza.

Y después estaba Morrison.

Veneno. Desagradable. Antipático. Sexy y... caliente. El momento en que me puso la mano encima para saber si me había dañado, había hecho que me sintiera..., bueno, como el caracol de Bob Esponja, dejando un rastro viscoso y húmedo a mi paso. Lo siento, pero es la mejor comparación posible para que veáis claro lo desesperada que era la situación. Cuanto peor nos llevábamos y más desgarradoras eran las palabras que nos decíamos, más ganas me daban de ir a por más.

¿Me había vuelto una masoquista con el tiempo? ¿Ahora me iba la marcha? Joder, como si no cargara ya suficientes problemas.

—¿Estás nerviosa?

—¿Qué? Perdona, Meli. Tenía la cabeza... No sé.

Me sonrió. Empezó a enroscar frascos de forma mecánica.

—Te pregunto si estás nerviosa por la cita. ¿Sabes cómo vas a enfocarlo? *Off the record*, ¿vale? No voy a sacar la grabadora ahora. Solo lo hablaremos como amigas.

—Pues, si te digo la verdad, creo que voy a improvisar. —Anteriormente había preparado las cosas a conciencia y le había dado vueltas a todo mil veces, y eso no me había llevado a nada, así que...—. Jorge es un hombre estupendo. Es divertido, amable... Seguro que comer con él no está mal, y no quiero que llevar un guion preestablecido lo haga todo..., bueno...

—¿Falso? —Asentí—. Quieres ir lo más apegada a la verdad posible.

—Creo que le debo eso, al menos. Me ayudará cuando llegue el momento de contarle todo.

—¿Y no has pensado en qué pasará si él... acaba gustándote?

—Eso no es posible.

Fui radical. Amelia intentó rebatírmelo, pero yo negué con la cabeza con firmeza. Jorge era guapo, atento, listo... Pero, precisamente, cuantas más virtudes le encontraba, menos posible era que llegara a sentir algo por él. No me interpretéis mal: me gustan los buenos hombres tanto como a cualquiera, no se trata de hipocresía, lo que ocurre es que... su perfección me recordaba constantemente mi mentira, y eso me incomodaba.

Tampoco me ayudaba que Lucas me echara en cara lo que ya sabía, pero, de algún modo retorcido, que él fuera consciente de toda la verdad, lo convertía en algo más... tangible. Nos ponía en un nivel de honestidad que no podría alcanzar con Jorge hasta que el programa llegara a su fin. No sé si me entendéis, porque de verdad que incluso a mí me estaba costando, pero era así como estaban las cosas. Un follón de planetas y estrellas metido en la cabeza.

—Una cita a la aventura... Esperemos que a Lula le parezca bien.

—Ya me tiene entre ceja y ceja —bufé. Y aparté el paquete de campurrianas a un lado porque al final la iba a liar—. Cuando fui a Madrid me piré a ver a mi amiga y a llamar a mi madre. Dejé la reunión de equipo para el final.

—¿Te echó la bronca en público?

—No..., aunque tampoco habría sido la primera vez. Dijo que lo entendía, pero no creo que deba forzar esa situación mucho más. Ya bastantes movidas he creado.

—No es para tanto, Nina. A mí me gustaban Pujol y María.

Levanté una ceja. Amelia se había sonrojado un poco, pero no se desdijo de sus palabras. ¡Vaya, hombre! Nuestro único espectador debía de haber sido ella. Qué ironía.

—No hay necesidad de que me engañes para que me sienta mejor. Tú me haces el *eyeliner* igual en los dos ojos. Has cumplido tu cometido en esta vida terrenal.

—Hablo en serio. Su historia me enganchó.

—¡Pero si no pasó nada! —Cada vez que me acordaba...

—¡Por eso! Me parece superromántico que las cosas vayan a fuego lento. Esto de cambiar de pareja como ir de oca en oca está desvirtualizando las relaciones.

—Pues que digamos eso nosotras, trabajando en un programa que se llama *Cliché* y que abusa del morbo y la atracción física...

—Nos ganamos la vida, Nina. Pero somos más profundas que eso. —Amelia levantó el cepillo, como la Estatua de la Libertad su antorcha. Me reí con ganas. Era estupenda—. Oye..., ¿estaba Esthercita en esa reunión de equipo?

—Pfff, no me tires de la lengua. ¿Crees que es tan tocapelotas porque, al ser tan enana, su mala leche se concentra?

—¿Y qué me dices de esa vocecilla de Pitufu colocado? —Me tuve que agarrar a la silla cuando Amelia empezó a imitar a Esther. Era una pena que el rímel acabara estropeándose, pero reírme me sentó tan bien...—. ¡Cuando se cabrea solo la oyen los perros!

—Pues suena exactamente igual cuando se corre.

Las dos nos llamamos en el acto. En el umbral de la cocina, con unos pantalones chinos y una camiseta de los Doors —¡tócate los pies!— estaba Lucas Buendía. Despeinado y pasota, llegaba para cortarnos el rollo con una información que provocó que las campurrianas se me levantaran en pie de guerra dentro del estómago. Creo que hasta me puse pálida. En serio.

—Esto es información confidencial, ¿eh? —le dijo Amelia, enarbolando una de sus brochas—. A ver si vas a ir con el cuento a la jefa.

—Estoy del lado del empleado medio, chata. Soy igual que vosotras. —Me miró de reojo, y siguió de largo hasta la encimera—. Me pareció evidente de quién estabais hablando, y tenía algo que compartir.

—Una información un poquito desagradable, por cierto.

—Meli, ¿qué puedo decirte? Un hombre necesita comer.

¿Sabéis eso que pasa cuando algo es muy desagradable a la vista y, aun así, no puedes apartarla? Un accidente de coche, una lesión fea en televisión o alguna escena rocambolesca donde os quedáis con los ojos bizcos, enganchados a la propia repulsa que provoca... Pues eso sentía yo con respecto a Lucas y Esther. Juntos. Desnudos. En posiciones y escenas que provocaban que ella, al final, se corriera. Sentí asco. Y celos, aunque me dije que no tenía nada que ver con que él hubiera estado con alguien del trabajo..., ni tampoco con que la elegida hubiera sido Esther.

El problema estaba en que, entonces, nuestro episodio era todavía menos significativo. Bueno, ¿qué esperaba?

—Te has acostado con Esther. —Lucas me miró. Asintió mientras tragaba cereales—. Eso explica las sonrisas y el buen rollo. Era algo sin precedentes.

—Bien, rizos... Normalmente no acabo a cuchilladas con las mujeres con las que tengo sexo. —Una mirada significativa—. Aunque siempre hay excepciones.

—Es lo que pasa con los arrepentimientos, supongo.

—Todos cometemos errores.

—Y Esther no fue uno.

Lucas siguió comiendo. Una gota de leche se escurrió por su barba y le cayó en la camiseta. No me contestó, pero a buen entendedor... Carraspeé y me levanté de un salto. Los rizos se me removieron alrededor y yo me los atusé dedicándole a Amelia un gesto de satisfacción que sé que ella apreció. Necesitaba salir de esa cocina,

recuperar la compostura y... puede que vomitar el desayuno y después golpearme la cabeza contra la tapa del váter.

—Me siento peinada para matar.

—Mejor que sea para robar corazones. —Me dio un último toquecito de rubor, que mal no iría—. ¡Buena suerte con Jorge, Nina!

—No olvides desistir de estar escondida de mí, rizados. —La voz de Morrison, oscura desde mi espalda, me recorrió el cuerpo como un corrientazo—. Te encontraré y te sacaré. Es una promesa.

—Ahórratela.

Me di la vuelta y le dejé allí plantado. No fue hasta llegar a mi habitación cuando noté que había estado conteniendo la respiración. Cogí una bocanada profunda, normalicé el ritmo de mis expiraciones... y después me miré al espejo. Era hora de trabajar. Todo lo demás se quedaría entre aquellas paredes. Las dudas y los sentimientos no cabían en mi día a día. Nina Cervantes no cargaba con nada de eso, y yo era Nina Cervantes.

Tenía que hacerlo. Podía hacerlo.

Disfruté la mañana entre clásicos. Coloqué con mimo en un estante reluciente la colección de Jane Austen y tomé nota de un desperfecto en el ejemplar de *Emma*, que habría que reparar. Anoté que no se había devuelto una de las copias de *El viejo y el mar* y organicé los libros de Stephen King, primero por fecha de publicación y después por orden alfabético. Lo metí todo en el ordenador, creando tablas de Excel y pretendiendo que la búsqueda fuera rápida y eficiente para las... dos o tres personas que utilizaran el servicio en los próximos meses.

A media mañana, mordisqueé un sándwich deambulando entre los pasillos. Después, barrí con tesón y pasé la fregona hasta que me pareció que el suelo relucía. Nada de aquello era mi cometido, pero estaba dedicándome a un trabajo para el que solo contaba con la cualificación propia de quien ha leído mucho, y además... mentía. Mentía en todo. Continuamente. En quién era. En a qué me dedicaba... y en decirme a mí misma que no estaba pensando en Lucas.

Podía negarlo ante quien fuera, incluyéndome, pero, llegados a este punto, fingir que animadversión era lo único que me provocaba sería ridículo. Me había quedado la noche en vela recordando su olor y los sonidos que emitía mientras estábamos juntos. Un intercambio corporal de minutos en lo que la única vez que nuestros ojos se encontraron nos fue imposible aguantar la mirada del otro. No tenía que ver con no soportarnos, sino quizá con todo lo contrario. Morrison había dicho que le torturaba saberme metida en su cabeza y, a la vez, no soportarme. Supongo que eso

podría resumirlo de forma bastante eficaz.

Lucas Buendía me recordaba que mi lista de pros para aceptar aquel trabajo también contaba con un apartado de contras. Ponía palabras a mis temores y hacía sonar bien alto lo que me inquietaba. No sé si me molestaba que pareciera no respetarme como profesional. Había sido sincera cuando le había dicho que ni había pedido ni quería su opinión, pero es que, con el paso de los días, empezaba a preguntarme si aquella no sería también la mía propia.

¿Había escondido lo que pensaba detrás de la que imaginaba una buena oportunidad? ¿Por eso me escocía tanto?

Y luego... estaba lo de Esther.

—¿Nina? Lo siento, he llegado un poco antes, pero he pensado que... ¡Caramba, menudo cambio!

Jorge, con sus vaqueros y sus botas tipo Panama Jack, se quedó en medio de la biblioteca, mirando las estanterías y los espacios de ocio en los que había estado trabajando. En el trastero —sí, señores, como los museos de antigüedades, las mejores cosas de una biblioteca están siempre, siempre, en el trastero— había encontrado un par de mesas pequeñas y alguna butaca que ahora llenaban espacios vacíos, invitando a sentarse y compartir una buena charla sobre literatura.

—Me he tomado la libertad de quitar algunos de los filtros de papel pegado a las cristalerías, no todos: entiendo que el exceso de luz no solo podría ser molesto para los lectores, sino que además incidiría demasiado en los libros —expliqué, señalando los rayos de luz que se colaban ahora por los cristales—. Pero creo que los que he retirado de forma estratégica dejan entrar una gran cantidad de luz natural que puede ser aprovechable.

—Estoy totalmente de acuerdo, Nina. Vaya... ¡Caramba!

El cristal desnudo también ayudaría a la cámara de Morrison, pero eso era algo entre el equipo de *Cliché* y yo. Otra mentira para Jorge. Suma y sigue.

—Si te sobra un minuto, me gustaría enseñarte el modelo de clasificación que he usado para las colecciones.

—En realidad, me encantaría besarte ahora mismo, Nina. —Guardamos silencio. Él se removió inquieto y yo... yo estaba alucinando—. Por supuesto, no... no voy a tomarme ese atrevimiento en este momento, claro. Pero solo quería hacerte partícipe de que... me alegra nuestra cita hasta ese... punto. Dios, espero no haberte ofendido.

¿Se podía ser más mono? Ya os contesto yo: no.

—No me ofendes, Jorge. De verdad, de verdad que no. —Intenté sonreírle, pero creo que la mueca se me acartonó en los labios—. Los besos son... un mecanismo

que los humanos usan por multitud de razones. Para expresar intimidad, cierto, pero también como gesto de camaradería, de amistad, de cariño, de calor familiar...

—Vaya..., ¿eres psicóloga además de bibliotecaria?

La verdad es que tenía un máster en conductas humanas, porque quería dedicarme al periodismo profundo y significativo. Tratar a personas. Hablar de personas. Escribir sobre personas. Pero, claro, no podía decirle eso.

—Pagué algún curso *online* mientras..., ya sabes..., me salía algo relacionado con libros.

—Eres increíble, Nina. En serio.

Y, por lo visto, una mentirosa cada vez más creíble.

Cerré el edificio y Jorge y yo echamos a andar sin aparente rumbo. Era temprano, y la temperatura, aunque baja, se dejaba tolerar. Hablamos de lo humano y lo divino, de sueños por cumplir, de expectativas de futuro y hasta de familia.

—¿Te ves viviendo fuera del pueblo? ¿Ampliando las miras, aunque eso suponga ser un pez pequeño en un estanque más grande?

—¿Quién dice que soy un pez grande aquí? —Jorge me sonrió.

—Vamos... Conoces a todos por su nombre, eres quien pone los anuncios y, por lo visto, quien decide las contrataciones. Sospecho que ostentas un puesto de importancia. ¿Eres el alcalde?

—Qué va. Ni siquiera soy el amado profesor ni el noble farmacéutico. —Me guiñó un ojo—. Soy dueño de una pequeña empresa de construcción. Pequeña porque, después de la huida de mi cuñado, me encargo yo solo de prácticamente todo. Hago reparaciones en todas las casas del pueblo y, básicamente, soy aprendiz en todo y maestro en nada.

—¿Tu cuñado se largó?

—Con la mujer que iba a casarse conmigo, sí. —Me abrió la puerta de un restaurante pequeño y coqueto, al que yo no había caído en la cuenta de que habíamos llegado, y se encogió de hombros—. Mi hermana y yo estuvimos meses sin hablarnos, culpándonos de algo que no era culpa nuestra. Nos rompió la familia durante un tiempo.

—Joder, Jorge..., o sea, ¡Dios mío!

—No te apures por los tacos. No estás menos preciosa por expresarte tal y como eres.

Le sonreí, tomando asiento en la silla que me retiró —sí, me apartó la silla. Aquellos eran #Toomanyfeelings—, cogí la servilleta y me la extendí en el regazo. Agarré la carta. Fruncí un poco el ceño.

—La verdad es que no sé por qué te he contado la historia de mi vida así... —

Jorge sirvió agua en las copas. Se rio un poco, pero era ese gesto nervioso que uno pone cuando no sabe cómo ha tomado la otra persona una confesión importante—. Supongo que me siento a gusto contigo, Nina y quería..., bueno, quería que me conocieras un poco. Sé que tú también estás separada y...

—Era un capullo. Un... intento de pintor que se quedó en eso, en un intento. Se llevó mi tiempo, un montón de expectativas y todo el dinero que invertí en sus materiales y que usé para pagar las facturas mientras él... buscaba inspiración.

—Vaya..., es una lástima. Veo que la cosa no terminó bien.

—La cosa no fue bien, en general. —Me humedecí los labios con el agua. Federico. Solo tenía un talento—. No había una mala intimidad, pero del resto... Creo que he tenido una charla más sincera contigo en esta media hora que con él en toda la relación.

Jorge extendió la mano sobre el mantel. Sus dedos encontraron los míos y yo... mandé la orden a todo mi sistema nervioso de no presentar batalla. ¿Estaría Morrison obteniendo un buen plano de nuestra caricia?

—No entiendo cómo es posible que no encontrara la inspiración estando casado contigo.

—Bueno... Dicen que las musas deben verte trabajando para quedarse contigo. Imagino que ese era parte del problema.

—Lo siento, Nina. Está claro que no supo valorar lo que le dabas.

—Sí... Yo también lo siento.

Sobre todo, por la falda de Desigual que el muy mamerto me había manchado por su estúpida creencia de que usar pinturas al agua desprestigiaba su proceso creativo. ¡Como si hubiera tenido alguno!

—Espero que te guste la comida: leí en tu currículum que eras vegetariana. La verdad es que me chocó, porque casi nadie rellena los datos de interés, pero me resultó muy útil.

—Perdona, ¿qué dices? —Mierda, por eso la carta me resultaba tan... rara—. ¿Esto es un restaurante vegetariano?

—No, no. Cuenta con un surtido de carnes y pescados: no tenemos un espacio tan grande como para poder permitirnos un local de cada cosa. —Jorge sonrió como disculpa. Era adorable—. Pero es especialista en verduras y hortalizas de la huerta. Las guarniciones sin hidratos de carbono son bastante famosas. Pensé que podría gustarte.

—¡Claro! Por supuesto que sí. Me... me encantan. Ha sido un... un detalle increíble, Jorge. Gracias.

Leí aquellas palabras. Aquellos nombres que me sonaban como insultos. Mierda.

Hostia puta. Yo era la persona más carnívora del universo. Yo iba a McDonald's y pedía que me quitaran la lechuga de las hamburguesas y la sustituyeran por otra hamburguesa. Yo había hecho con mis arterias el pacto de que no iba a cuidar de ellas nada, y ellas, a cambio, podrían matarme cuando quisieran.

—¿Es muy personal si te pregunto por qué decidiste abrazar el vegetarianismo?

—Pues... —¿quién coño había añadido aquello a mi currículo y por qué me quería matar de hambre?— vi... en el instituto un... un documental sobre cómo alimentaban a las vacas. Ya sabes. Y a los pollos. Los... los obligan a comer para que engorden y, luego, pues... los matan y eso. Y es... es inhumano. No son humanos, claro, pero yo no hago distinciones.

—Vaya, pues suena horrible, y hace que me replantee el chuletón casi crudo que pensaba pedirme. —Jorge se encogió de hombros—. ¿Me odiarás si como carne delante de ti?

—No, hombre, claro que no. —Lamería su plato cuando se despistara, eso seguro—. Es más, yo... A ver, sigo creyendo firmemente en mis propósitos y siendo... verde a tope. El verde es mi color. —Levanté el puño. ¿Por qué? Ni idea—. Pero voy cumpliendo años y el cuerpo empieza a no asimilar bien el tema de la falta de proteínas. Es posible que... que tenga que ir añadiendo una pequeña cantidad de carne a mi dieta para estabilizarme, ya sabes.

Lo siento por todos los vegetarianos, veganos o crudívoros con principios. Yo era débil. Ni siquiera había conseguido dejar de fumar: que dejara de comer productos procedentes de animales me parecía un imposible al que no me podía someter. Lo siento, en serio. ¡A tope con lo vuestro!

—Eso es horrible, ¿no tomas algún complejo vitamínico que pueda suplir esa falta?

—Claro, claro que sí, pero... Ya sabes. Nada como los métodos de ingesta naturales. —Le quité importancia con la mano, porque aquel era un tema del que no tenía ni idea—. Pero no hablemos más de mí. Cuéntame sobre ti, Jorge. ¿A qué te dedicas cuando no reparas casas?

—Punto de cruz.

Parpadeé.

—No es verdad.

—Es muy bueno para prevenir la artritis en los dedos.

—No te veo esclavo del móvil, así que no creo que necesites prevenir nada. Cuéntame la verdad.

—Pues no es nada interesante. Yo... pesco. Juego a los bolos... Veo películas de serie B, muchísimas. Dios, es penoso. Y... digitalizo fotografías y vídeos antiguos.

—Se sonrojó un poco. Sus mejillas lampiñas, teñidas de rubor, me resultaron muy sexys—. Mi madre está perdiendo la capacidad de conservar todos sus recuerdos en la cabeza y, bueno..., no quiero que los pierda. Que pueda toquetear las fotos y ver repetidamente los vídeos sin temor a que se estropeen por antiguos es una de mis prioridades ahora.

—Jorge, eso es... es precioso.

—Los soportes actuales aguantan más que los antiguos, es solo... Ya sabes.

—No. —Esta vez, fui yo quien le cogió la mano—. Lo que haces por ella es la cosa más bonita que he oído nunca. Estás conservando todo lo que ha significado algo para tu madre. Y eso no se paga con dinero.

Era un hombre extraordinario. Tierno y muy dulce. Y cuando me miró con aquellos ojos oscuros, casi logró que me olvidara de que la realidad que compartíamos no era tal. Jorge se inclinó sobre la mesa y me cegó con sus hoyuelos y su mirada limpia. Extendió la mano y enredó los dedos en uno de mis rizos con suma suavidad.

—¿Es de mala educación insistir en las ganas que tengo de besarte... antes de comer?

Como en una coreografía, Jorge inclinó la cabeza y cerró los párpados a medida que sus labios rozaron los míos. Me quedé quieta, ordenando a todo mi sistema nervioso rendirse a la invasión. Lo sé. No es la descripción más romántica del mundo, pero en ese momento en particular no pude evitar preguntarme si ceder al cliché del beso en la primera cita era lo correcto o, dadas las circunstancias, habría sido más honrado apartarse.

Tampoco fui capaz de dejar de pensar en Lucas, agazapado fuera de mi vista, pero seguramente sin perderse detalle. Intenté cerrar los ojos, pero estos se me abrían de forma constante, a la búsqueda de un estímulo que, sin duda, no encontraría en la lengua de Jorge, por más que él pusiera toda su pericia a mi disposición.

No. No era la forma más romántica de describir un beso, pero eso es lo que pasa cuando haces algo llena de cabeza y vacía de corazón. Los sentimientos mutan y se convierten en pensamientos e ideas sobre lo correcto y lo incorrecto. Sobre lo bueno y lo malo. Lo incómodo, lo banal...

Cuando Jorge me sonrió, yo forcé el gesto y bajé la mirada a la carta. Los labios me sabían a hiel, porque la culpa me rezumaba hasta cubrirlos por entero.

18

BESARNOS UN CAFÉ

Alargamos la cita hasta que el crepúsculo convirtió el cielo en una paleta de rosas y naranjas sobre las copas de los árboles. El pequeño torreón, con su puntiagudo final, se recortó justo ante mis ojos, mientras caminaba cogida de la mano de Jorge, escuchándole hablar de su vida y sus planes, aunque estos no fueran más que un borrón sin orden ni concierto.

—Me gustaría viajar, conocer el país..., ¡qué diablos!, otros países. Pero mi madre... ¿Quién sabe cuánto le queda? No puedo... no puedo plantearme dejarla ahora. —Y sonreía con tristeza—. Entiendo que no es un plan muy halagüeño para ninguna mujer, por eso mi expareja reaccionó como lo hizo. Con el tiempo, he llegado a entender que se fuera. Yo no podía ofrecerle más. No era justo para ella conformarse. Nadie debería conformarse nunca.

Entonces yo asentía y les daba un ligero apretón a sus dedos. Notaba los míos fríos y muy acartonados. Mi brazo, caído a su lado, se había dejado llevar por la inercia. Caminar entrelazados no implicaba nada profundo. No era un acto emocional o de unión física. Se trataba solo de un gesto sin más pretensiones que el sentir cercanía con otro ser humano que, en ese momento, se estaba abriendo en confianza a mí.

Os podéis imaginar el percal.

Después de comer en el restaurante —por llamar de alguna manera al plato en diversos tonos de verde que me habían puesto delante—, nos habíamos liado a dar vueltas por el pueblo. San José de Los Altos no era grande. No sé deciros la cantidad de kilómetros cuadrados, pero nada excesivo. Estaba segura de que, para ese momento, ya lo habríamos visto todo, pero, aun así..., continué callada, yendo a su lado y escuchando lo que me decía.

Jorge era, en una palabra, perfecto. Noble, buen hijo, trabajador, un vecino ejemplar y hasta un ex al que no puedes odiar porque, incluso si eras una tía que le había dejado para pirarse por el mundo..., él te entendía. Guapo, listo, atractivo... Y no besaba mal, aunque yo no hubiera experimentado absolutamente nada en nuestro leve intercambio. La boca no me hormigueaba, no ardía en deseos de cortar la charla para enredarnos otra vez, y, desde luego, no me había parecido que el

tiempo transcurriera a toda prisa, escapándose de nuestras manos. Por el contrario, conforme más nos aproximábamos a la casa en la que el equipo y yo estábamos pernoctando, más ansiosa me encontraba por que todo terminara.

El directo comenzaría en unas pocas horas, y, si bien había provisto de material al programa, necesitaba desesperadamente estar sola y esconder la cabeza entre las piernas. Me sentía sucia. Falsa. Llena de una capa de podredumbre y mentira que apestaba hasta el punto de provocarme picores en los ojos. Cada palabra dulce, cada mirada tierna y cada gesto amable de Jorge me repelía aún más, porque enfatizaba la enorme lista de cosas que estaba haciendo mal.

Aquel era un hombre por el que cualquier mujer podría perder la cabeza. Era sensato. Era calmado. Era estable. Demasiado bueno para ser real. Supongo que igual que Nina Cervantes, que, de tan poco real, no era más que una falsificación prefabricada sin ninguna base.

—¿Te encuentras bien? Estás muy callada.

—Este lugar es muy tranquilo. —A lo lejos, pero no a tanta distancia como me habría gustado, estaba la casa. Había que ir cortando las despedidas—. Pueden oírse los grillos, verse las estrellas... Se escucha hasta el susurro de la hierba cuando pisas. ¿Es normal que me agobie un poco tanta quietud?

Jorge sonrió. Su dedo pulgar me acarició el dorso de la mano y noté un escalofrío de inquietud. ¿Sabéis eso que pasa cuando entráis en una página web no segura y vuestro ordenador o móvil envía una alerta al antivirus, que bloquea el acceso? Pues eso pasa también con los cuerpos, cuando son tocados por las manos incorrectas. No tiene nada que ver con el dueño de esos dedos, que normalmente, y como le ocurre a Jorge, es una persona maravillosa... para otra. En ese momento me sentía mimada por alguien que no encajaba conmigo. Atrapada en un escenario que era precioso y olía bien... pero que no terminaba de convencerme. Como si te pones unos zapatos que te quedan grandes, y aunque no te molestan ni te rozan, te es imposible andar con ellos.

—¿La chica de ciudad está empezando a estresarse?

—Nunca pensé que echaría de menos el ruido y la polución de Madrid.

—Bueno... Puedes visitarlo cuando quieras. Quizá un día... podríamos organizar algo y así me enseñas lo maravilloso que es salir de las fronteras del pueblo.

Me paré en seco y le dediqué un gesto... digamos que amable. Desenredé mis dedos de los suyos y bloqueé cualquier acercamiento colocando mi cuerpo totalmente de frente al suyo, sin escorar a ningún lado, para no darle pie a un «tomar la última» o «esperar a que entres» que pudiera traducirse en algo más... íntimo.

No tenía yo ninguna zona para intimidades esa noche, cuando mi cara y toda mi persona iban a quedar emitidas en la televisión nacional. Mi línea de pensamientos me llevó a algo...

—Jorge, ha sido... un almuerzo estupendo. De verdad.

—Permíteme dudarlo. El estómago lleva rugiéndote una hora.

Putas hierbas... ¡Lo verde es para los animales de granja, de toda la vida!

—La digestión vegetariana es lenta. —Le sonreí—. Ahora debo irme: mañana es día de trabajo y hay que madrugar.

—No creo que a tu jefe le importe si trasnochas un poco más.

—Ya, pero soy muy profesional y organizada y quiero dejar todo el estante de clásicos de la literatura europea catalogados y etiquetados para mitad de semana. — Le puse la mano en el pecho cuando empezaba a aproximarse—. Para la mitad de la semana y ni un solo día más.

—Vaya..., una mujer que se toma en serio su trabajo.

—Muy en serio. El trabajo es... es lo más importante de mi vida ahora mismo.

Tanto que allí estaba, preguntándome cómo esquivar al tío al que estábamos utilizando para conseguir audiencia, mientras todo el equipo de estilismo, cámara y dirección del programa del que yo formaba parte estaba a unos metros de distancia, con toda la parafernalia montada y preparados para nuestra gran apertura.

Mi vida era un puto circo donde la pista estaba formada solo por mí, en el papel del enano, la mujer barbuda, el payaso torpe y hasta el elefante bailarín al mismo tiempo.

—En ese caso, Nina, buenas noches. —Me cogió la mano y besó mis nudillos, despacio. Recreándose. ¿Cómo se recrea alguien en ese tipo de beso?—. «La despedida es tan dulce pena que diré “buenas noches” hasta que amanezca».

—¿*Romeo y Julieta*?

—Eres toda una profesional.

Sí, bueno, eso y que había suspendido ese examen dos veces en el instituto. Me había leído la obra de Shakespeare en tres ocasiones hasta que conseguí encontrar las metáforas, los simbolismos y las lógicas escondidas en una trágica historia de amor que duró tres días, se cobró seis vidas y, por razones que todavía hoy me eran incomprensibles, levantaba suspiros de anhelo y envidia entre los fans del amor. En fin...

Me quedé plantada esperando a que Jorge se fuera alejando en la distancia, por no querer arriesgarme a abrir la puerta de la casa y que Amelia o Pedrito revelaran su existencia cuando se suponía que yo vivía sola. La temperatura bajó en el transcurso de los cuatro metros que caminé por la parcela, con la mente embotada y un nudo

en la garganta. Saqué un cigarro y me lo fumé en tres caladas, con tanto apremio que me dio un ataque de tos. Exhalé el humo, observando cómo se perdía en la distancia, y después saqué las llaves del bolso.

No estaba preparada para afrontar aquella noche, aunque esta iba a demostrar ser mucho más complicada de lo que yo hubiera podido esperar.

—¿Cómo ha ido?

Amelia estaba en el sofá, esperando. Era como un cachorrito que de puro aburrimiento te saltaba encima nada más verte.

—He comido alfalfa y luego caminado el equivalente a un maratón olímpico. Me siento ligera, tonificada y muerta de hambre. —Me siguió a la cocina. La televisión estaba puesta, pero sin sonido—. ¿Los demás?

—Pedrito lleva toda la tarde en la caravana, con el directo encima; seguramente no le veremos el pelo. Tendrá que coordinar las grabaciones o... lo que quiera que haga cuando está allí.

Asentí, abriendo el frasco de Nocilla y untando una capa obscena en un par de rebanadas de pan de sándwich. No. Acepto. Que. Me. Juzguen.

—Y... ¿Morrison?

—Imagino que vendrá en unos minutos. Se supone que va detrás de ti, ¿no?

—Ni idea. —Di un bocado que me supo a gloria. ¡Aquello era comida!—. No me acostumbro a que esté detrás de mí todo el día. La mayor parte del tiempo ni me acuerdo de que existe.

Caramba... Mirad eso. Se ve que había mentiras que salían más fácilmente que otras.

—Bueno, estoy en ascuas; ¿qué tal la cita? ¿Cómo ha ido la cosa con Jorge? ¡Cuéntame!

—Saca tu grabadora. Es hora de las confesiones de Nina.

Aunque lo único que quería era encerrarme en una cueva hasta el fin de los tiempos —o hasta el fin del primer episodio de *Cliché 2.0*, lo que llegara antes—, sabía que Meli no iba a rendirse en sus pesquisas. Ya fuera como amiga, por aquella relación que estábamos empezando a compartir, o porque era su trabajo, insistiría en saber los pormenores de mi cita con Jorge hasta haberme exprimido por completo. Por eso, y sin tenerlas todas conmigo, decidí que lo mejor sería ofrecer una información controlada y carente de emociones, mirando directamente el botón parpadeante de la grabadora, que me recordaría dónde estaba y hasta qué punto podía mostrar mis sentimientos.

Al principio fue bien: hablé en tono sarcástico sobre el revés con ser vegetariana, el detalle de Jorge de llevarme a un lugar con amplia carta de alimentos, la elección

de sentarnos junto a la ventana y cómo había estado controlando todo lo que ocurría. Le hablé de lo que él me había confiado, sus dudas con respecto a marcharse, el detalle de digitalizar los recuerdos analógicos de su madre y el apego que tenía por ella. Su trabajo, su capacidad para formar parte de las vidas de todos, el dulce y caballeroso acercamiento que habíamos tenido y que al final terminó en ese primer beso, en medio de un comedor pequeñito y con apenas testigos...

No habíamos repetido en el umbral, ni tampoco se habló de una segunda cita, aunque sus intenciones quedaron claras. Me sentí cómoda. Me sentí objeto de toda su atención..., pero me noté que había faltado *feeling*, que yo no tenía puestas las vísceras en el momento y que, aunque todo a mi alrededor —tal y como había pasado con María y Pujol tiempo atrás— estaba dispuesto para que el romance naciera, había un regusto artificioso. Inquietante. Y no había podido dejarme llevar.

—Cuanto más bucólico era, menos inclinada me notaba hacia él. La puesta de sol, sus dedos entre los míos, la boca curvada en una sonrisa honesta y las mejillas suaves... No tuve intención de seguir explorando el potencial de nuestra cercanía. No podía dejar de pensar...

En Lucas Buendía, que con una sola arremetida había borrado la realidad y el continuo espacio tiempo sin esfuerzo. Maldito veneno. Maldita boca la suya. Y malditas ganas las mías, que no se dejaban esconder ni me ayudaban a fingir que, en realidad, no existían.

—¿Nina? ¿Estás bien? —Negué despacio con la cabeza y Amelia, en un arranque de empatía, apagó la grabadora—. ¿Estás teniendo un ataque de pánico?

—De ansiedad, tal vez. —Sonreí sin gracia—. Tranquila, es... es todo. En un rato empezará el programa, y... ¿qué pasa si alguno lo ve en el pueblo, haciendo *zapping* o... lo que sea?

—Arriba se han encargado de eso, no te preocupes.

—Arriba... —Tiré los restos del sándwich. Tenía la tripa demasiado revuelta como para seguir comiendo. Estaba harta de pelo revuelto y barba. De gorras al revés. De gestos mal encarados. Y de besos dados sin quererlos dar—. Cuando alguien dice algo referente a «los de arriba» me imagino una mesa tipo *La última cena*, con peces gordos muertos sentados alrededor, coartando nuestro libre albedrío con sus... varitas mágicas de poder.

Joder, me estaba dando un ictus, mínimo.

—Nina, tener dudas y estar preocupada es normal. Has trabajado mucho por este proyecto. Como todos nosotros. Si las audiencias hoy no fueran buenas, si el público no respondiera, será normal que te sientas así, pero todo irá bien. Ha habido mucho *hype*; ya verás que mañana despertamos con fantásticas noticias.

—Ya... Seguro que sí. No es eso, Meli. No... no sé.

—Solo estás nerviosa. ¿Quieres disfrutar de un baño mientras te preparo un té?

—Sí... Seguramente eso no empeorará nada.

Arrastré los pies por el pasillo hasta el aseo, pero reconozco que, al cruzar el salón, pequé. Eché una mirada de soslayo a la televisión, donde la presentadora habitual de *Cliché*, cuyo cuerpo perfecto cabía en un pequeño recuadro situado a la derecha de la pantalla, contaba algo muy sonriente. El sonido estaba en modo *mute* y, en la parte izquierda, algunos de los edificios y calles de San José de Los Altos iban pasando de imagen en imagen. Probablemente, todos aquellos fotogramas eran parte del material que Morrison y yo habíamos dejado en Madrid el día anterior. Una estampa prístina del lugar donde todo se desarrollaría.

El plató, iluminado y lleno de colaboradores cuyas caras me sonaban, lucía sus mejores galas. Y al fondo, en la pantalla colocada justo a la espalda de la presentadora —Lucía Torres, la sensación del momento, una chica que había empezado su carrera dando la vuelta a las casillas en un conocidísimo programa relacionado con el mundo de las ruletas—, vi mi cara. En todo su esplendor de rizos desordenados y palidez llena de pecas. Nina Carvajal, ahora conocida como Nina Cervantes, la nueva protagonista del *reality* más morboso de la televisión.

Si hubiera estado en mi casa, estaba segura de que mi diploma de periodista se habría precipitado de la vida cayendo al suelo, muerto de vergüenza.

Cerré el pestillo cuando por fin llegué al baño, me desnudé y dejé que el agua caliente intentara limpiar mis pecados. Sé que estoy siendo muy dramática y que normalmente, cuando una se dedica a lo que yo, tiene el cuerpecito curtido de estas cosas, pero no era mi caso. De algún modo esperaba llegar al lugar donde quería ir sin ensuciarme demasiado los pies, y al final, había terminado metida hasta las rodillas en el fango.

Deslicé la palma de la mano por el espejo para despejarlo del vaho con que el agua caliente lo había empañado. Odiaba ir de víctima y también ser una hipócrita, y en el tiempo que llevaba en San José de Los Altos me sobrevolaba la sensación de no haber hecho otra cosa. Cuando era yo la que estaba en la sala de cámaras, no había reparos en mover todos los hilos a mi alcance para que los participantes de *Cliché* nos regalaran un buen espectáculo. Si el *youtuber* y la *influencer* hubieran acabado fornicando en directo el día que nos cortaron la emisión por falta de público, yo habría salido del estudio dando palmas con las orejas. Porque, claro, eran otros los que tenían los pies empantanados entonces, y no yo.

Las cosas se veían diferentes cuando eras el foco de atención. Entonces la moralidad y el ataque a tu integridad escocían mucho más que cuando ordenabas

cambiar la temperatura de una habitación o lanzar al ambiente un olor predeterminado que despertara las feromonas. Supongo que esa era parte de mi sensación de culpa: saber que había sido parte activa de otros montajes similares.

—Pero ellos saben dónde se meten y a qué se atienen. No como Jorge.

Ahí estaba el verdadero meollo de la cuestión. Y me planteé, mientras me ponía un albornoz y maldecía a mi cabeza olvidadiza por no haber llevado el pijama al baño, que quizá engañarle me molestaba tanto porque, en cierta manera, me había encariñado con él. No en un sentido romántico, claro. Aunque eso, en otras circunstancias, tal vez podría llegar. La verdad era que Jorge era uno de esos tíos estupendos que siempre recomiendas a una amiga porque sabes que puede hacerla feliz. Y no se merecía que sus acercamientos, sus sonrisas y sus gestos dulces acabaran en la televisión sin que él pudiera controlarlo.

No era justo que la audiencia juzgara y opinara sobre si nuestro beso había estado a la altura, nuestra relación podía tener futuro o sobre si su planteamiento vital era o no correcto. Me dio apuro imaginar que la gente comentaría en sus debates diarios, tomando zumo y tostadas, si era un buen hijo o un cobarde por no querer marcharse del pueblo. Si juzgarían sus decisiones como si a alguien más que al propio Jorge le importaran. Yo le había puesto en esa situación, y cuando todo acabara, después de las opciones votadas por el público y de que *Cliché 2.0* tocara a su fin, él lo sabría todo.

Y entonces, nunca más me miraría con la cercanía y la dulzura de aquel día y sabría, como todos los demás, que había dirigido sus palabras y malgastado su tiempo con una mujer que ni existía ni se lo merecía.

Cabizbaja —para evitar que mis ojos dieran otra vez con la televisión—, me volví a la cocina. Necesitaba tomarme el café que esa mañana Amelia me había impedido degustar con su mirada de sentirse traicionada. Ahora no llevaba maquillaje, y a nadie le iba a importar si mi esmalte dental se oscurecía un par de tonos. Necesitaba estabilizar la cabeza, y eso jamás se ha conseguido sin cafeína.

La luz estaba encendida, pero no me planteé las razones hasta que fue tarde para evitar la colisión. Frente a mí, sentado en la encimera, se encontraba Lucas, acabándose precisamente un café que todavía desprendía su dulce aroma en toda la estancia. Se lamió el labio inferior antes de dejar la taza sobre la superficie de granito, emitiendo un sonido leve que a mí se me clavó. Me llevé las manos al nudo de la bata y lo apreté. Ya me había visto desnuda, pero en este momento no estábamos cegados por la pasión y, además, los focos de la cocina eran mucho más potentes que los de la caravana, y yo no me sentía en mi mejor momento como para dejar el alma visible ante sus ojos.

—¿De dónde has salido? —le cuestioné, girándome hacia la cafetera y poniéndola en marcha para que su contenido se calentara.

—No estoy aquí, rizados. Debes de haberte quedado dormida, y, seguramente, estarás soñando conmigo.

—Entonces cogeré el cuchillo del pan con el que habitualmente te abro en canal.

Sonrió. Apenas una mueca visible bajo la barba, y se bajó de un salto de la encimera, cruzando los brazos.

—Bonito atuendo, por cierto. ¿Intentando quitarte los restos de azúcar después de tu cita con Pueblerino Bonito?

—No hables así de él. Es un buen tío.

—Ya... Mucho mejor que yo, ¿no?

—Pues sí, Morrison. Resulta que es mucho mejor que tú, porque, para empezar, da los buenos días cuando llega a un sitio, lo cual está ya a años luz de tus capacidades.

—Puede ser. —Se me acercó. Tanto, que tuve que levantar la barbilla para seguir mirándolo a los ojos—. Pero, aun con todo eso, sigue sin gustarte ni la mitad de lo que te gusto yo, rizados.

—Dios, ¿en serio? ¿Qué tienes, doce años? No compitas.

—No es una competición cuando ya la has ganado.

Hostia puta. Había gente con la autoestima alta y luego estaba Lucas Buendía.

—Sí, claro, lo que tú digas. ¿No deberías estar trabajando?

—¿Quieres que me aleje?

—Me encantaría perderte de vista, Morrison. De verdad. Ahora y todos los momentos del día que sé que me sigues sin que pueda evitarlo.

—¿Por eso no dejabas de girar la cabeza en el restaurante? ¿Intentabas encontrarme? ¿Me estabas buscando a mí, rizados, mientras ese pobre buen hombre trataba de ganarse tu atención con ese amago de beso chapucero?

Se me secó la garganta. Olía el café, que burbujeaba en la cafetera eléctrica a mi espalda, llenándolo todo de su aroma reconfortante, pero no podía moverme para alcanzarlo. Estaba allí parada, a un par de palmos de Lucas, que había clavado en mí aquellos ojos... ¿Os he descrito ya los ojos de Lucas? Seguramente no, porque cuando no llevaba gafas de sol, se cubría con aquella gorra o con aquel pelo infernal, pero en ese momento, esa noche en particular, en la cocina donde yo había esperado encontrar refugio y en su lugar había aparecido él, eran muy visibles. Color caramelo. Con diminutas motitas doradas. Sé lo que estáis pensando. Las chicas, cuando nos sentimos subyugadas por un hombre, tendemos a darle fuerza descomunal, una altura de seis pisos, hombros anchos como una cama de

matrimonio y unos atributos..., bueno, ya me entendéis. Yo no suelo ser así. No lo he sido nunca. Me defino como alguien objetivo y cabal; por eso, cuando le estudié los ojos, emití un jadeo bajo, porque no esperaba que me calaran tanto como una lluvia fina que te coge sin paraguas.

—Tienes... tienes unos ojos muy bonitos, Morrison.

Su mano cálida, de palma ligeramente áspera, me acunó la mejilla. Descargas enteras me recorrieron la piel. Cuando su otro brazo me rodeó la cintura y me aproximó hasta su cuerpo, la temperatura se desbordó.

—Tú en cambio, rizos, eres bonita entera. Y no sabes cuánto me cabrea.

—A ti te cabrea todo.

—Puede. —Se inclinó, con los ojos abiertos y los labios separados—. Pero nada me enciende la sangre más que tú. ¿Te lo demuestro?

Perdí el mundo de vista por un segundo. Mis pies dejaron de tocar el suelo cuando Lucas me levantó para posarme sobre la encimera. No pidió permiso para hacerse hueco entre mis piernas, y tampoco lo necesitó, pues yo misma se lo concedí. Mi madre me dijo una vez, cuando era adolescente y un niño intentó cogerme la mano y yo reaccioné dándole un puntapié, que cuando las manos que te tocan son las adecuadas, el cuerpo no necesitaba pensárselo. Era una verdad como un templo. El mío ya había bajado la guardia ante Lucas, así que solo se planteó darle la bienvenida de nuevo, como a un amigo largamente esperado en una tarde de sol cálido.

Sus dedos se enredaron en mis rizos, su boca cayó sobre la mía y todo lo que no fueran sus labios se difuminó a mi alrededor. La oscuridad de mis párpados me sirvió de arrullo y el sonido de su respiración agitada, de nana. Su lengua fue la manta que me protegió del frío y su saliva, el agua que necesité para no morir de sed entre sus brazos. No había cocina, ni pueblo, ni mundo fuera de aquel beso. Todo ruido y humedad. Todo mordiscos y ansiedad. Todo suspiros, anhelos y brazos que no saben cómo parar. Todo sabor. Nos besamos el café que se demoraba en su aliento, en su paladar.

—Meli... Meli está en el salón. —Susurré, con un hálito de cordura que no estaba segura de poder mantener—. Podría...

—Esa mujer posee un don para meterse dentro de cualquier *reality* y no salir de forma voluntaria. Podrías chillar como una loca, que no levantaría la cabeza.

Fruncí el ceño. Lucas puso su boca sobre mi nariz y las manos, en el nudo de la bata. El cuerpo me tembló, y a pesar del frío de la encimera que había debajo, noté calor.

—Yo no chillo, Morrison.

—Bueno... Ya veremos. —Su mano descendió por mi cuello y mi torso, yendo más allá del valle entre mis pechos—. Te debo algo, rizos, desde la caravana. Y no me permito que pase un solo segundo más sin dártelo.

Tragué saliva cuando sus dedos encontraron mi ombligo y después siguieron bajando hasta acariciarme el pubis. Tonteó con mis labios... y su dedo encontró el camino a mi interior. Me removí. Él sonrió.

—Aquí... —dije en agonía, separando las rodillas, porque que siguieran unidas iba en contra de todo lo que en ese momento pugnaba por pedirle que me hiciera—. Lucas...

—Quiero..., no, necesito ver tu cara cuando te corras, Nina. —Buscó mi oreja, y mientras su dedo me exploraba y me distendía, me mordisqueó—. Eres tan prieta y pequeña... Casi no pude aguantarme. Fui un torpe. Y un bruto, pero eso no va a volver a ocurrir.

—No estuvo... Tampoco estuvo tan mal.

—No lo estuvo, cierto. Pero ahora será mejor. —Su boca, juguetona, se posó en mi pecho. No sé cuándo o cómo separó los laterales de la bata, pero me encontré arqueándome al roce de sus dientes capturando uno de mis pezones—. Me encantaría mirarte justo cuando llegues, preciosa... Pero, por si acaso me lo pierdo, lo saborearé.

Entonces se arrodilló ante mí, como un noble que jura lealtad a la corona de su reina. Me acarició los muslos y coló sus brazos por debajo, abriéndolos sin esfuerzo aparente. Su lengua, húmeda y blanda, me barrió de arriba abajo antes de centrarse justo en el punto más palpitante de mi clítoris. Hinchada, expuesta y excitada, no acerté más que a extender las manos y sujetar a Lucas del pelo, enredándome los dedos en sus rizos mientras saboreaba el roce de su barba y la sujeción de sus dedos. Ronroneé. Gemí y supliqué, no recuerdo si pidiendo que siguiera para siempre o implorando que parara. El calor inundaba mis mejillas. La vergüenza mezclada con el deseo mientras latigazos de placer curvaban mi espalda. Los dedos de los pies se me retorcieron, la boca se me abría, lo sentía cerca, pero a la vez... esquivo, y entonces... entonces...

—¿Qué haces... qué haces con el dedo? ¿Dónde...? ¿Cómo...? ¡Oh, Dios, Dios!

Lucas Buendía, el Morrison lleno de veneno, tenía un don. Su lengua abría camino y su mano encontraba escondites que yo juro que jamás había relacionado con mi cuerpo. Desconocía los lugares mágicos a cuya puerta él llamaba..., pero la respuesta no se demoró un segundo. Exploté en su boca y un huracán se me derramó por los muslos en forma de orgasmo. Oleadas y réplicas de gusto se me multiplicaron por la piel y después, cuando el silencio volvió a llenarlo todo y creí

que el vacío y la oscuridad me tragaban, él me sujetó, mirándome de cerca. Sus ojos clavados en mí. Su boca húmeda.

Su ceño, como siempre, fruncido.

—Puedes intentar seguir adelante con esta charada tanto como quieras, Nina. Pero nunca funcionará. —Su pulgar trazó el arco de mis labios. Su otra mano, entre tanto, unió los lados de la bata hasta cubrir mi cuerpo perlado de sudor—. Él no te gusta. Jamás te atraerá como yo. Y no te equivoques, no es fanfarronería. Esto que nos pasa no me provoca felicidad. Peleo contra ello todos los minutos del día, pero no tengo ningún control. Es una condena, y al final... nos consumirá a los dos.

Me soltó despacio, dedo a dedo, mirada a mirada. Después se mesó el pelo, se dio la vuelta y le perdí de vista. No fui capaz de moverme hasta mucho rato después.

19

LA SUTILEZA DE QUE TE ARROLLE UN TREN

Sé que la creencia de que las personas aprendemos por imitación es común. Si durante nuestra infancia y juventud nuestros padres, hermanos o tíos son lectores, y verlos con la nariz metida entre las páginas es algo habitual de nuestro crecimiento, es muy posible que nosotros también sintamos apego por los libros. Si en casa se come mucha comida procesada, nos acostumbraremos a ella como algo normal; veremos los programas de televisión que escuchábamos de fondo mientras hacíamos los deberes en la mesa del salón y asimilaremos todas esas prácticas imitadas como un cordón umbilical invisible que nos une a recuerdos y añoranzas del pasado.

Yo estoy de acuerdo con eso. Y no. Me explico.

Está claro que somos animales que imitan por naturaleza. Copiamos peinados, estilos de vestir, *outfits* completos, formas de hablar... Por copiar, copiamos hasta formas de ser si eso nos ayuda a encajar en un determinado grupo social. Copiamos en exámenes. Copiamos para que nuestro yo más radical y diferente se eche un sueñecito dentro de nuestro subconsciente y no se manifieste hasta que seamos —o nos sintamos— lo bastante fuertes como para encarar lo que supone tener principios, creencias y pensamientos propios. Todo lo que conlleva ser humano está marcado por la copia y extensión de nuestros iguales. Pero en el aprendizaje... hay un trasfondo más.

El ensayo-error. O lo que viene siendo, vulgarmente, entender las cosas a hostias.

A base de tropiezos, de llantos y de mucho dolor. Sabes que no puedes parar de pedalear cuando te has caído de la bicicleta y te has dejado la piel de las rodillas en el asfalto. Sabes que los consejos de tu madre sobre ese chico no eran malos, cuando te dice algo que provoca que el corazón se te rompa en pedazos. Y sabes que cuando las tripas se te remueven al tomar una decisión y le das vueltas y más vueltas, aunque ya la hayas asumido como hecha, nunca terminarás de estar conforme.

Nos resistimos a cosas que por dentro sabemos que deseamos porque nos da apuro admitirlo, porque tememos, porque dudamos. Tendemos a aceptar la zona de confort como si fuera un apartamento en Gandía con vistas, y no es así.

Acomodados donde no podemos rasparnos las rodillas, donde el corazón no está amenazado y donde el peligro es pequeño y casi imperceptible, nos perdemos muchas cosas a las que estamos convencidos de ser capaces de renunciar.

Virgencita, virgencita, que me quede como estoy. Porque al final, y a fuerza de aprender a hostias, o por ensayo-error, los golpes y los arañazos van haciendo mella, y de adultos tardan mucho más en curar que cuando éramos pequeños.

Pues en esas me encontraba yo. Mirando al techo de la habitación vacía, incapaz de moverme mientras fuera la vida seguía su curso. Había aprendido, en una noche cargada de horas de vigilia —pero sin bohemia, ni mucho menos ilusión—, que la verdad siempre te encuentra, aunque tú seas un experto en el arte del escondite. Las palabras de Lucas me habían perseguido, como una sentencia que se dictaba y me enviaba al patíbulo sin necesidad de revisión.

Ya no se trataba solamente de la moralidad y las buenas o malas decisiones que me habían arrastrado a estar expuesta y presente en *Cliché 2.0*: el asunto iba más allá de sentirme culpable por mentir y engañar a personas inocentes que daban por cierta la cotidianidad que nosotros habíamos prefabricado. Ahora, había emociones entremezcladas. Otra persona más que entraba a formar parte de aquel triángulo cuyas magnitudes se me antojaban siniestras. Alguien que no deseaba lo que estaba sintiendo pero que lo había compartido para llenarme de dudas y de agobio añadido al que ya cargaba.

Una condena que al final nos consumiría a los dos, había dicho Lucas. No quería que yo le atrajera, pero le atraía. Y yo no quería pensar en él, pero en mi cabeza no cabía ninguna otra cosa. El programa, Jorge, lo que quedaba por delante..., todo eso se había diluido, y al mismo tiempo, cobraba forma y se volvía físico y fuerte. Muros de granito y acero que, si yo cruzaba, me apartarían de la verdad sobre mí que creía conocer y que, hasta ese momento, echada en la cama, oculta bajo el calor de las mantas y pretendiendo que el mundo al otro lado de la pared no existía, no me había permitido plantearme. Lucas Buendía renegaba de quién era yo y de lo que hacía, y aunque no tenía derecho a juzgarme por el trabajo que yo había escogido, sus palabras ácidas, su arrojo de la verdad en mi cara sin contemplaciones, no me raspaban las rodillas como la bicicleta de la que me había caído mil veces siendo niña, sino que me arrojaban claridad.

No podía evitar preguntarme: ¿me era tan molesto escucharle porque sus palabras eran las mías pronunciadas por otra boca? ¿Me juzgaba él realmente, o esa era mi opinión arraigada, escondida en mi subconsciente para encajar?

Nada duele tanto como las verdades que te niegas a aceptar y que otro te escupe. Quizá yo no quería estar allí, pero seguía estándolo porque me convencía de que era

lo correcto. De que, al final, valdría la pena. De que la recompensa olería lo bastante bien como para apartar el hedor que ahora me recorría por dentro.

Estaba por ver si yo sería la misma cuando el proceso llegara a ese punto. Si Lucas sería el mismo... y si quién era él y quién sería yo entonces podrían confluír en un mismo plano o, por el contrario, nuestro gran e hipotético momento se quedaría en una imagen que se desgastaría sin remedio con el tiempo.

Me levanté cuando el ruido exterior hizo imposible que siguiera oyendo mis propios pensamientos. Paliducha, con el pelo recogido en una pinza en lo alto de la cabeza, me eché la bata por encima del pijama y, básicamente, fui tropezando contra las jambas de las puertas y las paredes del pasillo hasta que la inercia o mi piloto automático interno me llevaron a la cocina. Allí estaban todos reunidos: Pedrito, embutido en su chaquetón marrón y con las manos llenas de lo que parecía un bocadillo que podría haber alimentado a toda una familia; Amelia, con su maletín plateado al lado removía una infusión de té negro sonriente; y Lucas..., de nuevo apoyado en la encimera. Otra vez, con una taza de café entre las manos. Los ojos, visibles bajo el pelo y la gorra vuelta del revés, conectaron conmigo un segundo hasta de desviarse hasta el interior humeante de su taza. *Flashbes* de la noche anterior me llenaron la mente. Yo, arqueada, con la boca semiabierta, gimoteando mientras él y su lengua me demostraban que había grietas entre mis muslos que podían convertirse en una perdición.

Y sus palabras de después. Ácidas y melancólicas. «No te equivoques, esto que nos pasa no me provoca felicidad. Peleo contra ello todos los minutos del día». Empezaba a entender su comportamiento. Y eso hacía más difícil que yo pudiera mantener el mío a raya.

—¡Aquí está nuestra estrella! —Meli se levantó de un salto y se estrelló contra mis brazos—. Anoche no te vi irte a la cama. ¿No viste el programa?

—Qué puedo decir... Yo lo viví en persona, no necesitaba ver el montaje.

—Pues fue cojonudo. Cojonudo de verdad. —Pedrito asintió a sus propias palabras, masticando a dos carrillos—. Ahora voy a echarme un sueñecito, porque estuve editando hasta tarde, pero ha valido la pena. ¡Líderes de audiencia, perla!

—¿Que... qué?

—¡Hemos barrido, Nina! ¡Lo más visto de nuestra franja! —Amelia dio un saltito. Sus botazas de hebillas resonaron en el suelo como una bomba—. ¡La gente está loca contigo y con Jorge!

Boqueé. Sé que me quedé paralizada, con cara de tonta, como si de repente me hablaran en un idioma que me resultaba incomprensible. Como ese meme de Pikachu... ¿Sabéis el que os digo? ¿Con la boca abierta y expresión de no saber qué

está pasando? Pues igual.

De reojo, vi cómo Lucas dejaba la taza. Se remangó el jersey que llevaba, largo y suelto sobre los vaqueros. La pulsera de su muñeca brilló un segundo. Me mataba la curiosidad: ¿qué joya llevaría un hombre que era tan parco en su arreglo personal? La noche anterior le había tenido muy cerca y no me había fijado. Claro, que la noche anterior su lengua me había vuelto completamente loca y en mi mente no había quedado espacio para nada que no fuera recordarme a mí misma que debía respirar.

—Entonces ha... ¿ido bien? —Me esforcé por salir de mi burbuja—. ¿Los *ratings* de audiencia nos han acompañado?

—¿Estás de coña? —Meli me zarandeó por los hombros. Joder, ahora tenía la cabeza todavía más embotada—. ¿Qué parte de «somos líderes» no has entendido, guapa?

—Déjala, Nina no es nadie sin un buen café. Que asiente el estómago antes de que se venga arriba.

Pedrito me llenó una taza y me la pasó. Yo lo tomaba con leche. Y también con condensada. Me gustaba el café dulce, aunque ahora el aroma y el gusto fuerte se me habían clavado en la memoria, y no sabía si iba a poder seguir conservando mis hábitos. Se lo agradecí con un gesto y aproveché el haber alzado la mano para dar el primer sorbo... para poner los ojos en Morrison, que no se había pronunciado. De fondo, Amelia seguía parlotando, risueña y feliz, probablemente porque aquel era su primer trabajo a gran escala y la cosa prometía. Había ido como debía. Todos habíamos dejado una impronta.

¿Por qué eso me ponía de mal humor?

—¿Crees que habrá un *hashtag*? Lo hacen de todo lo que es tendencia. Nina y Jorge son tendencia ahora mismo.

—Podrían ser «Nirge». O... «Jorna».

—«Nirge» me gusta. Le veo potencial. ¿Te gusta «Nirge», Nina?

—¿Qué...? Lo siento, Meli, no sé de qué estás hablando.

—¡Aterriza, mujer! ¿Cómo llevas el día hoy? Si te va bien, podrías venir a la caravana y echar un ojo a los cortes que voy a enviar a la cadena para las promociones. A mediodía saldrá la encuesta y luego...

—Espera, Pedrito, espera... ¿La encuesta sale hoy? —Se me heló algo dentro. El café que había tomado pareció cobrar vida en forma de kraken dentro de mi intestino. Lo dejé a un lado—. ¿Se sabe ya cuáles son las opciones?

—Pero ¿qué te pasa? ¿De repente no te acuerdas de tu trabajo?

Amelia se apresuró a recordarme cómo funcionaban las cosas en *Cliché*. Después

del programa de la noche anterior, la cadena entregaría al público cuatro posibilidades que regirían mi vida —y la de Jorge— la próxima semana en San José de Los Altos. Las propuestas, que serían votadas durante un plazo de unas cinco o seis horas, saldrían al aire en el *magazine* de la tarde que tenía contrato de asociación con nosotros, mientras los colaboradores y tertulianos comentaban la jugada del programa anterior. Luego, por la noche, entre las noticias nacionales y el especial de deportes, la opción ganadora sería revelada, y sobre ella trabajaríamos.

Así había sido desde la primera edición, cosa que yo ya sabía, pero en ese momento... Bueno, es distinto hacer cábalas y reírte en el comedor de los estudios, pensando qué nuevas putadas y situaciones embarazosas van a afrontar los concursantes, a ser tú la que va a vivirlas.

—Bueno, céntrate y ya hablaremos de lo de revisar los cortes, perla. —Pedrito hizo una bola con el papel de aluminio de su bocadillo y se estiró—. Me vuelvo al zulo de hojalata. No hagáis nada interesante hasta dentro de unos... veinte minutos o así. Tengo que cagar antes de ponerme a trabajar.

—¡Dios, qué asco!

—No pienso disculparme por mi aparato digestivo, Amelia. Tú también lo tienes.

—Sí, pero no hablo de mis horarios de defecación delante de los demás.

—Normalicemos las cosas que son normales, siempre lo digo. —Pedrito levantó las manos en son de paz—. Cagar se ha cagado desde que el mundo es mundo.

—¡Pero deja de anunciarlo de una vez! Nina, ahora vengo contigo. Un segundo.

Los dos salieron, enzarzados en una discusión sin sentido alguno sobre los esfínteres. En la cocina, Morrison y yo. Sin mirarnos, sin hablar. En mi caso, sin desayunar, porque de repente no podía paladear nada que no fuera su sabor en mi boca. Por inercia, me llevé las manos a los cordones de la bata y tiré. El gesto no se le escapó; noté cómo me recorría con los ojos, demorándose durante lo que me parecieron horas, aunque, por supuesto, no lo fueron.

Se apartó de la encimera, y supe que su intención era largarse sin más. Dar la espalda al tremendo elefante rosa que había allí en medio, sin hablar, sin plantearse nada. Sin que lo pasado y lo presente fueran a condensarse en un solo instante real. No había un ahora con Lucas Buendía, y no tenía que conocerle mucho para descubrirlo.

—Ya veo que tus malos hábitos educativos no cambian... —susurré, no sé si pretendiendo sonar simpática o simplemente por decir algo que rompiera la tensión del momento—. ¿No se te permite dar los buenos días?

—¿En serio, rizados? ¿Eso es lo que quieres?

—Somos compañeros de trabajo, Morrison. Lo que hubo...

—Ni cambia ni significa nada. Ya te dije anoche que no te equivocarás. Fue un segundo de debilidad, pero eso...

Me acordé de Cayetana y sus metáforas. Decidí encararme con él, porque quedarme callada bajo sus reproches empezaba a minarme mucho la moral, y, francamente, bastante tenía ya con lo mío.

—¿Un segundo de debilidad que hizo que tropezaras y se te cayera la cabeza entre mis piernas? Cuidado, no te veas en esas con alguna desconocida.

—Que te haya comido el coño no nos convierte en amigos, Nina.

—Gracias a Dios. Me quedo mucho más tranquila.

Cogí la taza abandonada de café y me lo terminé de un sorbo. Estaba amargo y frío, pero eso se asemejaba mucho al momento actual, así que, como la escena que estaba protagonizando, me lo tragué.

Esa era mi vida ahora: un sinfín de secuencias donde no me reconocía.

—No entiendo esa actitud ofendida, rizos. ¿No deberías estar preparando tus entrevistas futuras? El programa ha ido muy bien, es lo que querías.

—Ya te dije una vez, Lucas, que no cometieras el error de creer que me conocías. Tú no sabes lo que quiero. Y yo no voy a perder el tiempo en decírtelo.

Eché a andar, pero antes de llegar al umbral, me agarró del brazo. El calor de su piel sobrepasó la tela de la bata, del pijama y hasta de mis propios huesos. Noté su respiración húmeda en mi oreja, y el suave vello que me recubría la piel del rostro se me erizó.

—Van a darte hasta un *hashtag*, ¿no lo has oído? Jorge y tú, la pareja del momento —ironizó. Cada una de sus sílabas era puro desdén envenenado. Fantaseé con la idea de cerrarle la boca de un puñetazo—. ¿No estás contenta, rizos?

—Eufórica. Suéltame.

—Eres una mentirosa.

—Bueno, de eso se trata, ¿no es cierto? ¿No te encanta recordármelo? Pues sí, soy una mentirosa. La cita con Jorge fue mentira. Es mentira que sea vegetariana y bibliotecaria, pero ¿sabes qué, Lucas? Me he comprometido con este trabajo, y aunque no sea el mejor del mundo, es mi obligación profesional dar lo mejor para que salga adelante. —Apreté los puños, harta de tener que reafirmarme. Harta de su mirada de desdén. Harta de que me importara lo que él pudiera pensar de mí—. No voy a darte explicaciones.

—No, claro. Solo vas a aprovechar el momento para tu propio beneficio.

—Pues sí, es posible que lo haga. Aprovecharé la fama y mi momento de gloria para luego conseguir lo que quiera. Con mi trabajo. Piensa si tú puedes decir lo mismo.

Recorrí el pasillo a toda la velocidad que me daban las piernas, pero supe que me venía a la zaga. El corazón me latía en la garganta, y cuando sentí que me agarraba de la cintura y me giraba de forma abrupta, juro que se me paró un momento.

—Ya te he dicho que me sueltes, joder.

—Huy, esa boquita... ¿Qué dirán tus padres si te oyen jurar así en la tele?

—No sé, ¿qué dirán los tuyos si saben que te acuestas con compañeras de trabajo?

—El agujonazo funcionó. Sus manos abandonaron mi cuerpo en el acto. Me sentí huérfana, pero no dejé de pinchar—. ¿Por eso te tiraste a Esther? ¿Para asegurarte ser el cámara de *Cliché 2.0*?

La mandíbula de Lucas se endureció.

—Soy el cámara porque soy el mejor. No pongas en duda mi profesionalidad, rizos. Con quién me voy a la cama no influye en mi trabajo.

—¿Estás seguro? Porque suena muy sospechoso. Vamos a analizarlo con frialdad... Esas sonrisas, esos guiños, esos gestos de camaradería... Venga, Lucas. Eres la persona menos amable del mundo, ¿por qué sigues tratándola bien si no? Sexo por trabajo, el binomio más antiguo del mundo.

—A lo mejor lo que te pasa es que no entiendes que a ti apenas pueda verte después de follar y a ella sea capaz de sonreírle. —Se inclinó hacia mí—. Suma dos y dos, rizos. No es una cuestión de trepar laboralmente, sino un hecho de dónde he obtenido más placer y dónde menos.

Una bofetada no me habría dolido tanto. Maldita Esther. Maldito Morrison. Malditos los dos, juntos, con su sexo fabuloso y su capacidad posterior de disfrutar de una conversación que no fuera subiendo decibelios.

—No habrías vuelto a por más si tan a disgusto te hubieras quedado.

—Tenía una deuda de honor contigo, Nina. No te confundas. —Enredó el dedo en uno de mis rizos sueltos. Cuando espiró, su aliento me rozó la cara. Otra vez, olor a café—. Que te corrieras una sola vez me bajaba puntos en mi cuenta personal. No iba a permitirlo.

—Pues ya puedes volver a poner el contador a cero, Morrison. Y centrarte en tu trabajo.

—Yo siempre estoy centrado en mi trabajo, rizos. No permito que nada me distraiga.

Desde luego, no algo como yo. Estaba claro.

—Pues entonces haz eso que te convierte en el mejor. —Le miré, y sé, por la mirada que él me devolvió, que parte del dolor que sentía dentro se me había reflejado por fuera—. Vuélvete invisible.

Me metí en el dormitorio y le cerré la puerta en las narices. Con la frente apoyada

en el vano, le oí alejarse a grandes zancadas. Hipé... durante un segundo, y conté hasta diez. Y luego, hasta veinte. Si dejaba salir aquella angustia en forma de sollozos, el agua de los ojos se me saldría hasta ahogarme. Intenté hacer memoria, por distraer la cabeza a cualquier cosa más banal, de la última vez que había llorado. Tenía unos veinte años, y a mi padre le había dado un infarto. Mi taxista. Mi roca. Mi padre no había estado enfermo jamás. Yo nunca, en toda mi vida, le había visto postrado en una cama, pálido, débil, necesitado de ayuda para cosas tan simples como colocar las almohadas o levantar una cuchara con gelatina para comer.

Al entrar en la sala de emergencias, me acuclillé en el suelo y rompí a llorar como una cría. Lloré y lloré hasta que Suso me sacó a rastras de la habitación y me gritó a la cara que parase. Fue la primera vez que mi hermano me levantó la voz de esa manera. Y la última, que yo recuerde. Sus ojos estaban tan anegados como los míos cuando nos miramos, pero me habló con un tono seco y duro que, hasta hoy, recordaba.

—¿A ti se te ha muerto alguien, mocosa? —me increpó—. Papá está vivo, así que aquí nadie hace duelo hasta que haya un muerto. ¿Estamos?

Desde ese día, relativicé todas mis penas recordando las palabras de mi hermano. No derramaba lágrimas de forma gratuita. Por nada ni por nadie. No lloré cuando unas décimas me forzaron a presentarme a la selectividad en septiembre en vez de en junio, como mis compañeros, porque sabía que mi rendimiento estudiando no había sido el óptimo. Tragué, seguí con mi trabajo de camarera a media jornada y estudié más. Saqué la carrera y no lloré cuando el trabajo perfecto no llegaba. No lloré cuando Fede me confesó que llevaba los seis últimos meses de nuestra relación tirándose a otra, en lugar de pintando o buscando un curro con el que ayudarme a pagar las facturas. No derramé lágrimas de cocodrilo en mi gran error profesional con *Cliché*, aunque eso pudiera haberme costado la calle y el alejarme aún más de mis metas. No lloré al saber que si todo iba bien pasaría cinco semanas lejos de todo lo que me era conocido y querido.

Así pues, no lloraría por Lucas Buendía, aunque las lágrimas ya me estuvieran corriendo mejilla abajo.

—Este espectáculo debe continuar —le dije a mi reflejo en el espejo.

Y como no me quedaba nada más, decidí seguir mi propio consejo. Vestirme, empezar el día y enterrar la pena muy dentro, hasta que una de las dos —la pena o yo— no pudiéramos seguir compartiendo el mismo cuerpo.

VERDADES Y MENTIRAS, TODAS DILUIDAS

Después del pequeño bajón anímico, decidí seguir adelante como si nada. O por lo menos intentarlo. Como si mi bronca con Lucas fuera una herida de hemorragia interna, comí con Amelia y le dediqué sonrisas y asentimientos mientras ella —Dios la bendiga— llevaba el peso de la conversación. Me enteré de que tenía cuatro hermanas, que su novio vivía en Barcelona y que su intención de cara al futuro era cambiar de trabajo a una productora catalana para poder estar con él.

—Las citas en el Prat son muy románticas al principio, pero terminan quemando.

Reconozco que me picó la curiosidad sobre el tipo de chico que podría gustarle a Amelia, una mujer que estaba a un par de sacudidas de sombra de ojos negra de ser considerada gótica, pero dejé que siguiera explayándose. Era huérfana de padre desde los cinco años, y en su familia su madre había sido la autoridad máxima. Un rollo *La casa de Bernarda Alba*, de Lorca, pero de forma más sana.

Me ofrecí voluntaria para lavar los platos mientras ella seguía parlotando. La falta de silencio no me molestaba, más bien al contrario, ayudaba a mitigar el caos de mis recuerdos, empeñados en repetirme en la memoria las palabras de Lucas. ¿Cómo habíamos llegado a aquel nivel de inquina en tan pocos días? No puedo responderlo. Me imagino que, igual que existen los flechazos a primera vista, existe también el odio acérrimo sin motivo ni razón. Dos personas destinadas a no soportarse se encuentran en un momento y lugar determinado y, ¡bum!, estalla la bronca. Él no lo buscaba. Yo tampoco, pero las cosas suceden así.

El sexo, bruto y salvaje, era un buen ejemplo de ello. Otra forma de intentar ser superiores al otro cuando las palabras y las acusaciones se nos volvían insuficientes. No estaba segura de cómo sentirme al respecto de que un solo roce de sus dedos en mi cuerpo provocara que este olvidara lo que mi cabeza no paraba de gritar, pero tampoco podía hacer nada para estudiar la situación sin profundizar en ella hasta machacarme a mí misma tocando términos prohibidos y sacando a la luz cosas que no admitiría experimentar ni bajo pena de ver íntegra la filmografía de... (insertad aquí el nombre del actor o la actriz que menos valoréis. Así sabréis lo que quiero decir).

—¿Nina? ¿Me estás escuchando?

¿La verdad? Hacía como media hora que no.

—Sí, claro. Perdona, es que..., ya sabes, en un rato van a dar las opciones al público para las votaciones y estoy nerviosa.

—¿Qué esperas de esta segunda semana en *Cliche*? ¿Crees que vas a poder desarrollar más tu personaje?

Saqué un cigarrillo de la caja y lo sujeté entre los dedos. Sonreí un poco, sin gracia, pero esforzándome un pelín.

—¿No deberías tener la grabadora delante para este tipo de cuestiones?

—Tengo memoria fotográfica, que no sirve de mucho en este caso, pero digo yo que seré capaz de acordarme de tu respuesta. —Meli se encogió de hombros—. ¿Crees que, si la situación fuera distinta, Jorge podría haberte atraído de forma natural?

—Pfff... Tía, esa es una pregunta que no se puede contestar sin vino. O peyote.

—Te estás yendo por las ramas, Nina.

—Ya... Pero es que no sé qué decirte. Jorge es... un tío que roza la perfección. ¿Podría gustarme? Pues supongo que sí, que podría. ¿A quién no?

Amelia se apartó la coleta hacia un lado. La vi pasarse la yema del dedo por los labios, donde un pequeño resquicio de maquillaje se le quedó adherido.

—Las mujeres tendemos a buscar lo que menos nos conviene. No optamos por el chico bueno que mamá aprobaría. Está en nuestro ADN.

—La suerte de tener este curro es que todo puede ser edulcorado a tu antojo. Incluido el ADN.

Levanté el Chester y lo usé como excusa para salir de la cocina y encontrar unos momentos de soledad. Como he dicho, las voces de Amelia ayudaban a opacar las mías, pero el rumbo de su conversación amenazaba con tomar derroteros que no estaba preparada para asumir.

Recorrí el césped con pasitos pequeños, dando caladas al cigarro y mirando de tanto en tanto el cielo y el horizonte. Pueblo pequeño, habitantes que se conocían entre sí... y nosotros, con nuestra caravana, nuestros rollos de cable, las cámaras y las mentiras, allí metidos, removiendo el avispero. Durante un momento me pregunté dónde narices se habría metido Morrison, y luego pensé con ironía que tal vez estuviera grabando planos de hojas removiéndose, a ancianos echando una petanca o a niños dibujando rayuelas en la calle. Todo muy bucólico y bonito. Planos de imágenes cualquiera para usar como ráfagas promocionales: «¿Le ha gustado nuestro programa? Pues no dude en visitar San José de Los Altos y conocer a sus protagonistas por su propia cuenta. Pregúnteles qué sintieron al saberse engañados, y qué les parece que su idílico hogar sea ahora pasto de curiosos e

instagramers».

Sí... No estaba yo en mi mejor día para ver el vaso medio lleno. Salvo de mierda, claro.

Me fui a la parte posterior de la parcela y llamé con los nudillos a la puerta de la caravana. Pedrito abrió enseguida. Llevaba los ojos medio escondidos debajo de una especie de... sombrero de pesca, su abrigo inseparable y un rollo de cinta aislante en las manos. Yo levanté las mías y di un paso atrás.

—Tío, no quiero problemas. Si desaparezco, alguien lo notará. Piénsalo bien.

—Anda ya. Entra y cierra; hace un frío para congelar huevos.

—¿Pero tú tienes de eso? Yo pensé que eras como un ángel, sin sexo identificativo.

Subí los escalones y di un tirón a la puerta. La última vez que había estado ahí, en la vuelta de Madrid, la situación había sido muy distinta. Para empezar, la mesa de la... vamos a llamarlo cocina/comedor no estaba extendida, pero ahora Pedrito la tenía atestada con sus tres monitores y todos los cachivaches que usaba para organizar las grabaciones que Lucas le enviaba y montarlas de cara a que llegaran a los estudios. Podría intentar explicaros el proceso, pero la verdad es que yo tampoco lo comprendía del todo bien.

En el monitor del centro podía verse el *magazine* de la tarde, donde, en directo, saldrían a la luz las cuatro opciones para el público. Los otros dos eran una suerte de *remixes* de mis primeros días en San José. Me fijé en el de la izquierda, pues se veían un montón de primeros planos míos en todo detalle. Mirada, manos, cabello flotando mientras caminaba, sonrisas taimadas, conversaciones que no se escuchaban pero que evocaban sensaciones... Mi paseo con Ermenegildo el primer día, la forma en que sostenía la taza de café al desayunar en el pueblo. No había rastro de Jorge, ni espacio de plano abierto para prácticamente nada que no fuera... yo.

—Da un poco de grima, ¿verdad? —Pedrito señaló con su índice hacia donde mis ojos se habían quedado perdidos—. Ese Lucas es sigiloso como un mal bicho, pero, desde luego, cumple con su trabajo. No ha perdido detalle alguno de ti.

—¿Es tan concienzudo en sus otros trabajos?

Como respuesta, nuestro regi se rascó la cabeza.

—Ni idea, perla. La verdad es que este es el primero suyo que veo tan detallado. Será por las características.

—Sí... Seguramente será eso.

¿Qué otra razón podría tener un tipo que detestaba solo oír la mención de mi nombre para dedicarme una atención tan grande? Era bueno en lo suyo. Aquel era

su trabajo. Me lo repetí. Pero su nivel de detalle era tan delicado y bello... que casi me conmovió. Había captado una frágil vulnerabilidad en mí que me asombró, porque esa, la chica tímida que paseaba y miraba todo con ojos de entusiasmo, no era Nina Cervantes, bibliotecaria. Esa era yo, llena de miedos y dudas sobre si mis decisiones eran o no las acertadas. La que fruncía el ceño por temor a que su código moral le impidiera ser lo bastante fuerte como para terminar lo que había empezado.

Lucas lo había visto. No estaba segura de que eso me gustara.

—¿No deberías estar fingiendo que trabajas?

—Lo bueno de esa biblioteca es que cuenta con un horario muy flexible. Pedí un par de días a la semana el turno de tarde.

—Ese Jorge debe de estar loco por ti para dejar que hagas lo que te dé la gana cuando estás recién llegada.

—¿A qué viene eso, Pedrito? No estarás celoso... Ya sabes que estoy esperando a que te divorcies para meterte ficha.

—Tengo cuatro hijos, Nina. Divorciarme y mantenerlos hasta la mayoría de edad no sería rentable. —Sonreímos, porque los dos sabíamos que solo la muerte podría separar al bueno de Pedrito de su mujer—. El monitor de la izquierda se queda contigo, pero el de la derecha va variando las escenas. Mira, estas son de la cita de ayer. Jorge te mira y actúa como si su interés por ti fuera... real. Intenso.

—¿Como si fuera real? —Fruncí el ceño. Allí los que mentíamos éramos nosotros; ¿a qué venía ese reproche?

—Ha pasado poco tiempo; debes de haberle golpeado las pelotas con un buen bate para que te mire así.

—Soy una mujer que levanta pasiones, muchas gracias.

—Sí, ya he oído las broncas que te traes con el melenas. Cuidado, perla. Donde tengas la olla...

—Por favor, no termines esa frase.

Sobre todo, porque la polla, ya había sido metida. Y perdón por la expresión.

—Solo digo que sonáis como un matrimonio de los que duran.

—¿Has estado esnifando algo aquí dentro? —Me crucé de brazos. Mi espalda dio con la chapa fría de uno de los laterales de la caravana, y la sensación me recordó aquella tormenta... y lo que había traído consigo—. No podemos llevarnos peor.

—A ver si te crees que donde todo es calma y serenidad, hay algo por lo que merezca la pena pelear, guapa. —Pedrito me hizo un guiño, dejándose caer en su silla—. Atenta, van a dar las opciones. ¿Estás emocionada?

—No quepo en mí. Ponle volumen.

Lo que fuera por que sus palabras no calaran hondo.

La guapa presentadora y su colaborador abrieron el espacio de debate del *reality* con imágenes de Jorge y mías. Sé que me sonrojé, pero intenté mostrarme profesional mientras escuchaba los comentarios y opiniones de aquellas personas que ni estaban allí ni sabían muy bien de lo que hablaban. Una afirmaba conocerme, haberme visto por los pasillos y haber participado de conversaciones y charlas de cafetería conmigo en el ejercicio de nuestro trabajo, cuando yo era ayudante de guionistas. No la había visto en la vida. Otro decía que le resultaba evidente que mi interés por salir de la «ratonera» me había llevado directamente a los brazos del tipo más pudiente del pueblo, y que, aunque la audiencia no acompañara, siempre podría pasarme por los platós y sentar el culo en distintos programas para contar cómo había vivido todo desde dentro. Se preguntaban si mantener una mentira unilateral era ético, pero parecían ávidos por empezar el juego y entrar en él hasta el fondo.

Se habló de mi nivel de elocuencia fingiendo, de hasta dónde sería capaz de llegar. De cuánto había de la Nina real en aquella que había besado por primera vez a Jorge después de disfrutar de un romántico almuerzo vegetariano. «¡Ella es una carnívora consumada, lo sé bien, hemos almorzado juntas en un montón de ocasiones!».

—Bueno, eso no es falso del todo. Me pregunto si el bótox se le saltará por decir una media verdad.

Pedrito me acompañó con una risilla sibilante.

—Relájate, perla. Nada de eso es personal. Es *show*. La máquina de mierda necesita moverse mucho para que no huela, ya sabes cómo va.

—Sí, bueno..., creí que lo sabía.

Desde fuera. Siempre desde fuera. A salvo de los dardos y las opiniones que no quería.

Por fin, la pantalla con las imágenes se compartimentó hasta dividirse en cuatro. Tras mucha parafernalia y un montón de frases y especulaciones sin ningún sentido —os cuento que todo ese tiempo aparentemente perdido en los programas de este estilo, mientras cierran los teléfonos, hacen recuento y demás y vosotros, desde casa, os preguntáis por qué tardan tanto en mostrarlo en pantalla..., bueno, es porque los rotulistas están escribiéndolo. En serio. No hay más misterio—, por fin, las sentencias quedaron dictadas. ¿A qué se enfrentaría Nina Cervantes durante la próxima semana? ¡Estas eran las posibilidades para la audiencia!

PRIMER CONTACTO CON LA MADRE DE JORGE

ESTÁ EMBARAZADA DE SU EX

SE QUEDA ENCERRADA CON JORGE ¡TODA UNA NOCHE!

SEGUNDA CITA ¡TÓRRIDA!

—Tiene que ser una broma. —Los ojos se me salían de las cuencas mirando aquellas palabras, que flotaban alrededor de la cabeza de la presentadora, moviéndose en la pantalla para que el público no las perdiera de vista—. ¿Conocer a su madre? ¿Embarazada?

—Hay dos asumibles y dos que han puesto con muy mala hostia, perla. —Pedrito giró en la silla y me miró—. Deberías ir pensando cómo proceder con independencia de lo que salga.

—Ahora mismo lo único que se me ocurre es puentear este trasto y salir corriendo. ¿A qué hora es el especial de deportes que va después del informativo? Aproximada.

—¿Por? ¿Quieres saber cómo va la Liga?

Le saqué el dedo corazón. Él fingió arrancármelo y metérselo por el... Bueno, que nos conocíamos lo bastante como para aquellas saliditas de tiesto.

—Quiero saber cuánto tiempo me dan para... sopesar todas las posibilidades. Y seguro que Amelia quiere unas primeras impresiones con la grabadora de las narices antes de que me vaya a trabajar.

—Pues más te vale correr, Nina, porque la votación es inminente.

—¿QUÉ?

Bienvenidos a las innovaciones de *Cliché 2.0*, de las que Lula no había considerado necesario informarme. Por lo visto, era mucho más coral si la gente contaba con una media de dos horas para decidir. Así, las puntuaciones en las cuatro opciones eran mucho más ajustadas, había menos margen de decisión y los acontecimientos se precipitarían unos sobre otros, como un jodido castillo de naipes que a mí me iba a caer encima. Cojonudo. Estupendo.

—Me imagino que no quieren correr el riesgo de que la cosa se enfríe.

—¿De que la cosa se enfríe? ¡No llevo aquí ni dos semanas!

—Nina, esto es tele. Aquí los períodos de adaptación no suelen cuajar.

La alarma del móvil me avisó de que mi momento de esparcimiento llegaba a su fin. Tenía que pasar por las manos de Amelia y después marcharme al trabajo... dentro del trabajo.

Pisoteé la hierba con saña en todo el camino hasta la casa, y aunque normalmente participaba de forma activa en el proceso de maquillaje y peluquería, estuve callada y mohína todo el rato. Meli, que, por supuesto, había visto en directo el salto a la palestra de las opciones del público, me dio su opinión sobre cada una de ellas, pero

yo decidí ignorarla porque... porque quería que mi madre me llamara y me dijera que aquello era un despropósito; y también quería contárselo todo a Cayetana y ver lo que había delante desde sus ojos, que siempre eran capaces de encontrar el rayo de sol en medio de la lluvia.

Mi actitud no era justa para Amelia, lo sé, pero, en un principio, protagonizar el programa y ser la que escogiera compañero y personas con las que interactuar me había dado la falsa sensación de llevar el control absoluto sobre todo lo que ocurría a mi alrededor. No era así para nada. Es más, lo que vivía estaba lejos de parecerse en nada a controlar algo.

—No importa lo que salga, Nina: tienes al público contigo. Han empatizado con tu historia.

—Saben que mi historia es mentira. —¿Qué he dicho? Mohína.

—¡Pero podría no serlo! Es decir, eres tú todo el rato —me decía ella, rizador arriba, *eyeliner* abajo. Sombra aquí, sombra allá—. La voz en *off* enlatada es un poco cutre, pero los planos, Nina... Se te ve tan bien. Se nota que estás en conflicto. Ojalá lo montaran con las grabaciones que te hago, pero me temo que eso van a guardarlo para el final.

—¿Has visto las imágenes de Lucas? ¿Los primeros planos, donde estoy sola?

—¿Que si los he visto? No paran de repetirlo en todas las sobremesas. La verdad, puede tener pinta de salvaje, pero está claro que le pone alma a su trabajo.

Alma. El Morrison melencólico y venenoso, rasgándose el alma en primeros planos sobre mí. El tío que me había hundido la boca entre las piernas porque provocarme solo un orgasmo le habría bajado la media. ¿Podía confiar en que alguien así tuviera el estómago y los sentimientos necesarios como para hacer un trabajo tan delicado como el que había visto en la caravana?

Probablemente lo resolvería igual con todas. Lo de grabar, me refiero..., aunque lo otro también. ¿Por qué iba a ser especial? Seguro que si le preguntaba a Esther, podía detallarme una cronología de los movimientos de su lengua y los embates de su cadera. Incluso era muy probable que contara con más detalles que yo.

Qué puto asco me daban los dos. Y qué puta la envidia que sentía, que, aunque no la entendía, no me la podía quitar.

—Me voy a la biblioteca. Tengo mucho que ordenar.

—¿Ya? ¡Pero todavía te quedan veinte minutos! —Amelia me persiguió por la casa con una barra de labios en la mano. Pobre. Debía de encontrarse muy sola allí, podía entenderlo, de verdad, pero yo necesitaba distancia—. ¿No quieres ver en directo cuál es la opción ganadora?

—Creo que, en este caso, lo justo será que equipare mi conocimiento al de Jorge.

—Se encogió de hombros—. Si él no ve venir lo que va a pasar, entonces yo tampoco.

Se había levantado viendo. Lo sentí mucho por los esfuerzos que había empleado Amelia en componerme un peinado decente, pero nada más salir de nuestro cuartel general, mis rizos cobraron vida propia y echaron a volar. Algunos me azotaron en plena cara y otros se limitaron a enredarse entre sí. Con la mandíbula apretada, me subí el cuello de la gabardina y abracé mi cuerpo mientras peleaba por ganarles un paso a las ráfagas de aire, que se empeñaban en empujarme en dirección contraria.

Tenía completamente perdida la noción de la realidad en aquel momento. Ya no sabía si caminaba sola o si mi sombra era siempre vigilada por algún ave de rapiña barbudo, captándolo todo con su cámara. Me subí la *pashmina* hasta cubrirme media cara y seguí avanzando. Lenta pero segura, como si mis pies estuvieran hundidos en la nieve. Pensé con satisfacción maligna que aquellas prendas iban a dificultar mucho los primerísimos planos de mis emociones y mi cutis maravillosamente maquillado —Amelia, qué injusta había sido estando rancia contigo. Lo siento—, y la conciencia de ello me llevó otra vez a Lucas, que, por lo visto, se había pillado un alquiler de renta antigua en algún lugar de mi hipotálamo y se negaba a dejarme vivir en paz.

Vivir. O lo que fuera aquello. Las palabras de las tertulianas, compañeras o no, me habían afectado mucho. Hice ejercicio de conciencia, porque yo también había dedicado mis comidas y ratos de ocio a destripar al famoso de turno. Incluso había llegado a votar más de una vez en las ediciones anteriores de *Cliché*, porque, claro, cuanto más *feedback*, mejor para la cadena, y, de alguna forma, mejor para mí y mis ansias de salir del zulo de los ayudantes de guion.

Ahora el caldo sabía diferente, porque ya no compraba yo los ingredientes, ni podía decidir cómo administrarlos. Era confuso. Y molesto. Mi primer instinto fue coger mi teléfono falso y llamar a mi falsa madre para que me explicara el porqué de que todas aquellas personas hubieran empezado a debatir sobre mis empujes personales o el porqué de las decisiones que me habían llevado a aceptar el puesto. Ellos no sabían que la otra opción era el paro: yo no había optado por ser Nina Cervantes por una cuestión de ego. No quería trepar a toda costa, yo solo quería...

¿Qué quería? Un puesto mejor. Más reconocimiento. ¿Ser famosa? ¿Quizá, aunque no lo admitiera?

Tiré del picaporte de la puerta de la biblioteca con mucho más esfuerzo del habitual. La sujeté con una piedra lo más grande posible, intentando que el aire virulento no la moviera. Miré al cielo, confundida. ¿Iba a estallar otra tormenta de la nada? No parecía que esas nubes fueran de lluvia, pero ¿qué sabía yo? Lo mismo en

realización tenían también poder sobre el tiempo. Dejé mis cosas sobre la mesa y encendí el ordenador, dándole el acostumbrado tiempo de reacción antes de poder usarlo. Consulté el reloj de pulsera. Había llegado con antelación suficiente para estar a solas con mis pensamientos, deambular entre los libros, convencerme de que todo aquello que recorriera hoy me acercaría a donde quería estar mañana... Pero no conté con los pasos. Ni las sombras. Ni los ruidos.

Desarmada como estaba, tiré de la única —y patética— defensa que se me ocurrió: el cactus que Jorge me había regalado el primer día. Una cosa pequeña pero que pinchaba sería lo que separaría mi cuerpo del ser que se hubiera colado allí para molestarme. Ratonés. Reptiles. La familia entera de los bichos más indeseables se me cruzó por la cabeza mientras escudriñaba en medio de la penumbra, sin saber muy bien qué coño haría si una zarigüeya o cualquier otra cosa me saltaba al paso. ¿Matar a base de golpetazos de cactus era de recibo?

Iba a tener que servir...

Crucé la estantería de novela negra. Y la de ciencia ficción. La sombra se volvió más profunda en el apartado de los *thrillers* —¡manda narices con el bicho!—, y, por fin, apareció. Solo que no era ningún tipo de roedor, aunque yo podría haberle bautizado como «el monarca de todos los lagartos», ¿pilláis la referencia?

—¿Se puede saber qué narices haces aquí?

—Baja el cactus, rizos, antes de que tengamos un disgusto.

—¿Como ver tu pelo lleno de espinas y tierra? No me parece algo que me apetezca perderme.

—Si me tiras eso a la cabeza, me sacudiré en tu cara. No voy de farol.

A regañadientes, lo bajé.

—Qué caballeroso....

—Ni siquiera Darcy respondería bien si le amenazas con pincharle los ojos con un cactus.

Me sorprendió que conociera al personaje de *Orgullo y prejuicio*, pero no se lo hice notar. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Lucas estaba justo ante el haz de luz que se colaba por las ventanas después de que yo les quitara parte de los cobertores. Me fijé entonces en su muñeca. Llevaba un cordón del que colgaba una diminuta pieza metálica en forma de copo de nieve.

—No has respondido a qué narices pintas aquí.

—Tú estás aquí. —Señaló a la esquina. Detrás del robusto estante, estaba su cámara de mano—. Yo estoy aquí.

—¿No se supone que debes ser imperceptible? —Recordé nuestra bronca previa. Me tensé—. Te pedí que desaparecieras.

—Y yo, que dejaras de esconderte en sitios donde no puedo hacer bien mi trabajo. Parece que ninguno de los dos conseguirá lo que quiere.

—¿Te refieres a un montón de planos bucólicos y detallados sobre mí? Porque creo que el programa ya va sobrado.

Le detecté un instante de nerviosismo, visible en un pequeño tic en su ceja derecha. Soy una persona observadora, y en alguien como él, que no solía mostrar más que dos expresiones: huraño o huraño con enfado, los cambios saltaban a la vista. Igual que la mala ortografía. No duró mucho, pero sí lo bastante como para que yo me sintiera satisfecha de haberle molestado y él, incómodo de que me hubiera dado cuenta.

—No sabes manejar tu trabajo y pretendes decirme cómo llevar el mío. Mal, rizos. Mal.

—¿Has consultado los índices de audiencia últimamente, Morrison? Por si no lo sabes, arrasamos. —Le di un golpecito en el pecho con el índice. Puede que un par de veces. O seis—. Creo que represento muy bien mi papel.

—No me toques, Nina. En serio.

—¿O qué? ¿Vas a ser grosero y antipático? Dime algo que no sepa.

Se acercó un poco. Sus piernas y mis muslos entraron en contacto.

—Si me vuelves a tocar, te tocaré yo.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Ya has saldado tu deuda. No me debes nada.

—Puede que ahora me lo deba a mí. Puede... que no me lo quite de la cabeza y eso me esté volviendo loco.

—Yo creo que no has estado cuerdo en la puta vida.

—Ay, esa boca... La de maravillas que haría yo con ella para curarte la necesidad de defenderte con tacos...

Puso la mano en la balda que quedaba justo a la altura de mi cara. No me cercó, ojo, yo podía caminar hacia atrás y alejarme de él tanto como hubiera querido, pero me quedé donde estaba, al amparo del calor que emanaba de su cuerpo, como una jodida polilla atraída hacia la luz aunque sabe que esta acabará consumiéndola de una forma muy dolorosa.

—He despejado las ventanas, Morrison. No tienes que estar aquí para sacar buenas imágenes.

—A lo mejor quiero profundizar mucho más en las emociones.

—Tú no sabes lo que es eso.

—¿Y tú sí? ¿Eres una profesional también de la emoción? —Acercó su cara, hasta que pude contar los pelos de su bigote. Casi sentir el roce de su barba en mi mejilla —. ¿Tiras de recuerdos felices para fingir con Jorge que te gusta estar con él?

—Finjo todo el rato. De eso se trata.

—No, rizos. Todo el rato no. Aquí no. Conmigo no. Esto es de los dos, sin nadie más.

—Lucas...

Un estruendo nos cerró la boca a los dos. El golpe, seco y metálico, vino precedido de unos pasos apresurados y un gruñido que no pertenecía a ninguno de nosotros. Lucas me miró suspicazmente. Su cuerpo, tenso, pegado al mío, consecuencia del susto, imagino. O de una innata necesidad de proteger. Me removí inquieta. Las pisadas se aproximaban, dubitativas. La mirada oscura de Morrison se fue alejando hasta que las sombras se lo tragaron. Le perdí de vista, sin quedarme más que con una expresión de desdén, que fue lo último que compartimos antes de que, en aquel pasillo, me quedara aparentemente sola.

—¿Nina? —La voz de Jorge rompió el silencio—. ¿Estás aquí?

Salí para darle la cara. Un gesto de su mano y una mirada a la entrada fue todo lo que necesité para comprender la situación.

—Parece que se ha levantado viento —comenté, sintiéndome estúpida al momento, porque yo ya sabía lo que estaba pasando—. ¿Se ha cerrado la puerta?

—Y el picaporte no cede. Creo que estamos encerrados.

Desde luego que sí. ¿Cómo lo habían hecho? Me enteraría más tarde, pero, por lo visto, aquella había sido la opción más votada por el público: una noche completa con Jorge. Solo había un problema: que Lucas también estaba allí con nosotros.

En aquella velada planeada a la fuerza íbamos a ser tres.

21

LA TENTACIÓN SALTA POR LA VENTANA

—No consigo... No puedo abrirlo. ¡Maldita sea, no puedo abrirlo!

Me mordí el labio inferior mientras veía forcejear a Jorge. Por supuesto, la puerta no iba a ceder, aunque él no conocía el verdadero motivo. Me quedé donde estaba, quieta y en silencio, preguntándome otra vez qué clase de erróneas decisiones llevan a una mujer como yo, que solo busca ser una buena profesional, a verse metida en embolados como aquel.

Encerrada en la biblioteca de un pueblo que me era desconocido, en pleno enero y a solas con un hombre del que, por no saber, no sabía ni siquiera si era claustrofóbico. Perdón, me corrijo, con dos hombres. Lucas también estaba allí, escondido en alguna parte después de que la repentina llegada de Jorge rompiera el que estaba siendo otro de esos... extraños momentos que Morrison y yo, por más que detestáramos, no dejábamos de vivir.

Su cercanía me resultaba tóxica. Su olor. Su pelo. Hasta su mal carácter y su ceño, siempre fruncido y dispuesto para la pelea. ¿Nos habríamos besado si la puerta no nos hubiera dejado incomunicados? ¿Habrían llegado nuestras manos a cumplir los deseos que los dos parecíamos tener pero ninguno éramos lo bastante valientes como para aceptar? La cabeza me dio vueltas, sin saber si la interrupción era algo digno de agradecer o un motivo más por el que estar enfadada.

Por supuesto, en un rato pensaría en temas más prosaicos, como la necesidad de comer, beber, estar más abrigados o vaciar el esfínter, pero en ese instante, con Jorge haciendo esfuerzos inútiles por abrir una puerta que no cooperaría mientras unos insultos casi sobreactuados salían de su boca, no podía pensar en nada. Me encontraba absolutamente bloqueada.

—Nina, tranquila. No debes asustarte. —Su mano cálida se posó en mi hombro —. ¿Llevas encima el teléfono móvil?

—La verdad es que me lo he dejado en casa. No soy una persona muy apegada a esos trastos.

Sobre todo, cuando no eran míos y la información que guardaban estaba programada de antemano. ¿Qué iba a hacer? No podía llamar a nadie, los únicos contactos que tenían eran miembros de *Cliché*, y esos eran los que estaban detrás del

encierro en primer lugar.

Jorge sacó su móvil y empezó a teclear. Por supuesto, se quejó de la falta de cobertura y del nefasto acceso a internet. Típico. No me sorprendió. Todavía no sabía cómo se lo habían montado para evitar que vieran el estreno del programa la noche anterior, pero, desde luego, trucar la señal wifi o reprogramar algunas funciones básicas de telefonía entraba dentro de lo que «los de arriba» eran capaces de controlar. En la edición previa a la mía —la de la gran cagada con los dos siesos—, consiguieron que un cine local emitiera una película de los 80 de la que la protagonista femenina del *reality* del momento era muy fan. Montaron un autocine en el jardín del apartamento. El polvo de después fue uno de los mayores picos de *share* que se ha visto en el canal.

Pero volvamos al presente, con un Jorge desesperado y una yo... que no sabía si sentarse a esperar, llorar o quedarse tan estática como estaba. Por el rabillo del ojo, intenté escrutar las sombras, pero no había rastro de Lucas.

Las palabras compartidas volvieron a mí; su presencia en la biblioteca y su aparente necesidad de sentirme cerca aun arriesgándose a ser descubierto. Su recta forma de trabajar, de mimetizarse y hacerse ausente, dejada de lado por el deseo, aparentemente irrefrenable de decirme que lo sabía todo. Que me leía. Que, para él, las páginas que conformaban el libro de mi persona no albergaban ningún misterio. Podía fingir, simular o mentir, pero él lo sabría. Lo descubriría, porque estaba ahí, aquí, por algo que era de los dos y de nadie más. A no ser...

El entendimiento me aclaró la mente como un rayo ilumina el cielo oscuro en una noche de tormenta. Lucas no era así. Y mucho menos conmigo. Puede que me hubiera dejado engatusar durante unos segundos. Palabras bonitas, calor masculino y unos ojos grandes y melosos... Pero había una única y verdadera razón para que se metiera en la biblioteca tan solo unos minutos antes que yo. Una razón para que hubiera dicho todo eso, asegurándose con ello de que yo me quedaba justo donde estaba y Jorge tuviera tiempo de llegar. Lucas no había puesto en riesgo su leyenda de buen cámara, más bien al contrario: se había asegurado de seguir siéndolo usando para ello las artimañas más sucias que había encontrado: tirar de sentimientos falsos.

Porque sí, señoras y señores, él había sabido antes que ninguno de nosotros cuál iba a ser la elección de la audiencia y, por eso, estaba encerrado con nosotros. No había sido un accidente, ni mucho menos algo casual. Morrison, el maldito y venenoso, solo quería conseguir el mejor plano posible de la noche que se avecinaba.

Era eso y nada más.

—¡Hijo de puta!

Jorge levantó la vista de sus intentos de hacer una llamada de emergencia y me miró como si estuviera viendo..., qué sé yo, al monstruo del Lago Ness. Como tenía que disimular y pensar rápido —y vaciar parte de mi ira contenida sin que ninguno de los dos hombres presentes entendiera los verdaderos motivos que la provocaban—, eché a correr hacia la puerta y empecé a aporrearla mientras pedía auxilio. No fue mi mejor momento. Incluso es posible que esté en el *top* de los peores, pero seguí insistiendo hasta que se me enrojecieron las palmas de las manos, haciendo juego con los rosetones de vergüenza que se me tenían que haber puesto en las mejillas por solo creer que Morrison... que nosotros... ¡No habíamos tenido un jodido momento! Él, a diferencia de mí, sí que era un profesional. Iba a concederle eso. Nunca se salía del papel.

Bueno, yo también podía jugar a eso con la motivación adecuada; y estar cabreada... me parecía una perfecta.

—¡Nina! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —Jorge vino hacia mí y me arrulló en sus brazos. Yo... me dejé—. Por Dios, podrías haberte roto la mano, esas puertas son macizas.

—Lo sé, yo... estaba en *shock* y solo quería... intentar algo.

—¿Eres claustrofóbica?

—Creí que lo había superado, Jorge, de verdad. Hace años que no sufro un brote, pero... yo... —Empecé a toquetearme el cuello del jersey, apartándomelo de la piel a manotazos—. Apenas he comido y me siento mareada...

—Vale, vale, tranquila. Ven aquí, respira despacio, hay aire de sobra y no vamos a asfixiarnos, pero no quiero que hiperventiles, ¿de acuerdo?

Con mucho tiento, Jorge me ayudó a sentarme en el suelo, me extendió las piernas y posó sus palmas frescas en mi frente. Yo emití un suspiro de alivio y dejé caer los párpados. No miré en la dirección oscura de los estantes donde había estado antes, pero supe que él estaba allí, escondido tras su cámara y su impertérrito silencio que no se rompía con nada. «Bien. ¿Te parece un buen plano, Morrison? Porque espero que tu objetivo capte lo a gusto que me siento junto a un hombre que es capaz de ser amable y considerado, en lugar de un vil mentiroso como tú».

Y no tenía que fingir mucho, la verdad. Jorge era una persona con la que resultaba muy sencillo estar. Podría acostumbrarme a ello, estaba segura.

Le sonreí.

—Menudo lío... Vaya noche nos espera.

—¿Das por sentado que no vamos a poder salir de aquí hasta que amanezca?

Ups. Demasiada información. Perdón por el *spoiler*, Jorge...

—Bueno, es que... es que... a esta hora y sin cobertura ni posibilidad de llamar a nadie... ¡Dios, por qué me habré dejado el móvil!

—Tranquilízate, Nina. —Me regaló un amago de sonrisa, dejándose caer a mi lado—. La verdad, creí que el angustiado iba a ser yo. Se te veía serena mientras intentaba abrir esa puerta como un imbécil.

—No eres un imbécil. —Algo se me removió dentro al decirlo, porque lo pensaba de verdad—. No lo eres. A veces, en situaciones extremas, la fuerza de una persona se triplica. Bien podrías haber sido capaz de abrirla con las manos.

—¿De verdad me crees capaz de algo así?

—Por lo que se dice de ti en los círculos internos del pueblo, Jorge, empiezo a creer que eres capaz casi de igualar al último que convirtió el agua en vino.

—Por Dios... —Se mesó el pelo. Parecía genuinamente incómodo, y, a pesar de la situación, me reí—. ¿Te hace gracia?

—¡Venga, no finjas que es tan malo! Eres algo así como el yerno que todas las madres quieren.

—La edad de las mujeres solteras ronda los cuarenta y cinco años. —Me señaló—: Te has cargado la media, por cierto.

—Pues espero que no me pidan daños y perjuicios: todavía no he cobrado un solo sueldo aquí.

—Algo me dice que la población está más inclinada en conseguir que te quedes. —Removió el pie, y la suela de su bota crujió un poco—. Muchos tienen las esperanzas de que te instales aquí y sientes la cabeza. La sentemos. Ya sabes.

—Ya veo... ¿Esperan boda en San José de Los Altos?

—Seguida muy de cerca de un bautizo.

—¡Eh! ¿No hay farmacias o qué?

—Nina, somos un pueblo al borde de desaparecer de los censos por falta de población. La farmacéutica seguro que pincha los condones creyendo que hace un bien mayor.

Abrí los ojos como platos, y luego los dos compartimos un par de carcajadas sinceras. A Jorge le rugieron las tripas, y eso me provocó reír todavía más fuerte.

—No se puede quedar más en desventaja con una mujer —se quejó, levantándose con asombrosa agilidad—. A ver si esto me devuelve alguno de los puntos perdidos.

Le vi revolver en uno de los archivadores metálicos que cubrían parte de la pared más cercana a nosotros, justo junto a la mesa donde el ordenador prehistórico y mi cactus aguardaban. En los hondos cajones grises se guardaban fichas de socios, antiguos ejemplares, alguna primera edición, libros de cuentas, recibos de compra y préstamo, los enseres para los carnets, mapas, periódicos antiguos y...

—¡Oh, Dios mío! —Podéis jurar que lo dije exactamente igual que esa molesta novia de Chandler, el de *Friends*—. ¿Eso es lo que creo que es?

Ante mí, un Jorge vencedor con las manos llenas de barritas de chocolate.

—No me puedo creer que no hayas descubierto el alijo por ti misma. ¿Es que no tienes curiosidad por los cajones cerrados?

—Soy bibliotecaria, Jorge. Me centré en el montón de títulos a mi alrededor, en lugar de en tu colección privada y secreta de chocolate.

—En realidad es de Mercedes, la bibliotecaria a la que sustituyes. Hace dos meses que se operó de la cadera, así que... No sé muy bien si estoy dándote algo para llenar el estómago o para que lo vacíes. —Se encogió de hombros—. En todo caso, sabes dónde está el baño, ¿verdad?

Como respuesta, le arranqué un Mars rancio de las manos, y, después de retirar el papel y, con él, media cobertura, le di un buen mordisco. Dulce placer de los dioses... El mundo era un lugar que merecía la pena habitar solo porque existía el chocolate.

Durante un rato nos dimos al vicio sin intercambiar mucho más que alguna mirada y palabra suelta. El cielo estaba completamente oscuro y las bombillas del techo crujían levemente por el esfuerzo de llevar tanto rato encendidas. Bromeamos con la posibilidad de que un grupo de entusiastas ansiosos por celebrar matrimonios de conveniencia hubieran urdido un plan, comandado por Ermenegildo para dejarnos encerrados y hacer nacer la chispa. Desde luego, yo sabía bien que aquello había venido de muy lejos, de Madrid, para ser exactos, pero me fue sorprendentemente fácil dejarme llevar por el momento y caer en la broma. Cómoda y a salvo, así me sentía con Jorge, que, aunque coqueteaba de forma directa, no me provocaba rechazo.

Quizá porque yo sabía que aquella «no-historia» tenía fecha de caducidad y no veía peligro en fomentar algo que nunca cruzaría la línea. O tal vez... porque mi orgullo y mi amor propio se habían hecho más pupa de lo que yo podía admitir.

—Te has quedado muy callada. ¿Estás bien?

—¿Dices aparte del tema del encierro y el chocolate rancio?

Jorge sonrió, pero el gesto no le llegó a la mirada.

—Pareces ausente, como si te hubieras ido lejos. A algo que duele.

—Creo que todo duele, Jorge. Así es como las personas aprendemos, curándonos arañazos y sobreviviendo a heridas profundas que a veces dejan una cicatriz de la que, con suerte, podremos presumir cuando nos sintamos mejor.

—Una forma un poco funesta de ver la vida.

—Es que la vida es, en sí misma, un relato funesto. —Estiré los brazos. Estaba

empezando a quedarme agarrotada de pasar tanto rato sentada en el suelo—. Venimos al mundo solos, desnudos y cargados de confianza ciega que se nos va diluyendo con cada tropezón, pero, aun así, seguimos creyendo en nuestros semejantes, por ninguna razón.

—No lo veo así. —Giró medio cuerpo, orientándose hacia mí—. Necesitamos calor humano para no morir de frío, Nina.

—¿Es algo metafórico o un intento bastante burdo de arrimarte, Jorge? Porque esto solo es el norte, no Siberia.

—Además de social por naturaleza, el ser humano usa la doble intención para conseguir lo que quiere. —Una sonrisa. Unos hoyuelos. Unos ojos que gritaban que te perdieras en ellos—. No diré que imaginarte en mis brazos no sea un loable sueño. Algo onírico y sin aspiraciones. Al menos, de momento.

—Vaya labia te gastas, chico para todo.

—¿Qué puedo decir? Estoy con una mujer que conoce las citas románticas más bellas jamás escritas: sorprenderte es muy difícil. Tal vez ni esté a mi alcance.

Algo se me removió dentro. No sé si estaba conmovida o... prevenida. No creo que podáis entenderme, pero hubo algo en su forma de hablarme, algo en sus palabras, en sus frases edulcoradas y bien elegidas, que me hizo notar ese extraño picor en la nuca que uno siente cuando no le vienen bien dadas. Me dije, desde luego, que siendo yo la principal embustera allí presente, poco rasero tenía para juzgar a nadie. Cerré la boca, cambié el ángulo de mi cadera y busqué otro foco que mirar. Lo que fuera, salvo Jorge, al que estaba dejando mover ficha y creerse que aquel momento era significativo cuando yo no estaba actuando ni por creencia en mi trabajo ni por convencimiento personal.

Despecho, lo llaman...

—¿Te he incomodado con mis palabras, Nina? Porque no pretendía...

—No, tranquilo. Lo que pasa es...

Giramos la cabeza al mismo tiempo. Yo lo oí. Él lo oyó. Algo en la sombra oscura de los estantes de enfrente que se había movido. Algo que no podía ser el viento y que, para mí, que conocía la verdad, solo tenía una explicación que fuera plausible: no estábamos solos, y la tercera persona en discordia la había cagado.

—Se habrá caído un libro —atajé, sin imaginar qué pensaba Jorge, que ya se estaba moviendo—. Espera, ¿adónde vas?

—A comprobar qué hemos oído.

—A lo mejor ha entrado un bicho. O un ratón. ¿Vas a dejarme sola?

—Solo será un segundo, Nina, te lo prometo.

Mierda. Mierda. Maldito Morrison de los cojones... ¿Es que no podía hacer

alarde de su magnificencia como cámara y ser capaz de esfumarse como el humo y ser más cuidadoso? Estaba segura de que había tirado un libro, o arrastrado alguna de las sillas, pero lo que fuese había ocurrido peligrosamente cerca de su escondrijo, del que no iba a poder escapar si Jorge se lanzaba a la caza.

Por un loco instante me planteé dejarlo como estaba. Que se buscara la vida. Que pasara lo que tuviera que pasar. Daríamos explicaciones, pediríamos disculpas y al día siguiente estaríamos de camino a casa..., pero no fui capaz. Y, ojo, no porque creyera que Lucas Buendía, esa sabandija sin escrúpulos que acusaba a la gente de mentir y engañar cuando él jugaba al mismo juego, se mereciera consideraciones. Ni siquiera por mí o por *Cliché* y la audiencia. Aquello era por Jorge, que se había abierto y mostrado tal cual era, y no merecía..., en fin, no merecía nada de lo que el guion le deparaba.

—¡Espera, por favor!

Solo conté con una milésima de segundo para tomar la decisión. Jorge ya estaba en cuclillas, y era cuestión de instantes que se levantara para investigar. Encendería las demás luces o pondría la linterna del móvil, y entonces...

No tuve otra opción.

Le tiré del brazo hasta que su culo volvió a caer al suelo y antes de que pudiera increparme por retenerle, le besé. Sus ojos se cerraron despacio y una de sus manos encontró mi pelo. La otra se me enredó en la cintura mientras yo me quedaba estática y mandaba a todo mi cuerpo relajarse y ceder. Fue como si escribiera un *whatsapp* de urgencia con mi cerebro como destinatario y le pusiera «¡Está todo OK, en serio! Déjalo estar. Son órdenes mías, y dentro de este cuerpo yo soy lo más arriba que hay». ¿Os acordáis de esa serie infantil de *Érase una vez el cuerpo humano*? Se veían seres diminutos, antropomorfos, que se paseaban por el cuerpo, guiando células, llevando sangre..., todo eso. Pues bien. Mientras intentaba relajar mi sistema nervioso, sentí como que todos esos personajes se quedaban paralizados dentro de mis órganos, con gesto de sorpresa. Algo como: «Pero, tía, ¿por qué le estamos besando si no nos gusta?».

Complicado e incómodo, no voy a mentir. El desagrado se me mezcló con la culpa de las razones por las que ocurría aquello y la saliva se me hizo bola. Me aparté con una tos, sintiéndome sucia y más falsa que los bolsos de Michael Kors del *top* manta. Pensé que había salvado el momento, pero Jorge debió de sufrir un subidón de adrenalina importante, porque se lanzó a besarme a saco cogiéndome de los hombros. Estrelló su boca contra la mía y yo me removí, pero el suelo frío de la biblioteca me jugó una mala pasada y las suelas de las zapatillas resbalaron, haciéndome perder la postura y quedar parcialmente tendida. Extendí los brazos

hacia atrás para no golpearme la espalda y sentí el peso de su cuerpo contra mí.

—Jorge, no, ¡espera, quita!

Chocamos, y él tardó un segundo en darse cuenta de que la situación había dejado —si acaso lo había sido alguna vez— de serle propicia. Con el rictus confundido, reculó y nuestros cuerpos dejaron de tocarse. Me sentí un poco tonta por haberle chillado; yo le había besado, era cierto, pero estudiando mi gesto en retrospectiva, no creo que mostrara muchas emociones más, sobre todo en la situación en que nos encontrábamos.

—Lo siento, Nina. Creo que he malinterpretado un poco tus señales...

Tuve intención de quitarle importancia al asunto, pero, entonces, el estruendo de los cristales al romperse nos paralizó a los dos. Esta vez el susto me duró lo suficiente como para no poder recuperarme a tiempo. Me había quedado sin excusas para mantenerle sentado a mi lado, y no me quedaron fuerzas de buscar más, de modo que me incorporé y fui detrás de él, que recorrió el espacio en un par de zancadas. El aire silbaba con mucha virulencia y una corriente molesta se colaba por el ventanal roto. Cristales hechos añicos cubrían el suelo y crujieron bajo nuestros pies. Por supuesto, Lucas no estaba allí, y el agujero de la ventana revelaba que, por lo visto, había visto todo lo que necesitaba ver antes de decidir que el encierro, para él, había terminado.

—Pues sí que son grandes las cigüeñas en San José.

Jorge me miró un segundo, pero luego volvió su vista a la ventana, seguramente buscando una explicación.

—¿Pero qué demonios...?

—Habrá sido una rama, o una piedra levantada por el viento. ¡Mira el lado bueno! Ya hay una salida.

—¿Estás loca? ¿Por la ventana?

Estudí la situación. Desde el cristal hasta el suelo no habría más que un par de metros. La decisión era fácil.

—Solo es un pequeño saltito de fe. Procura que no se te doble un tobillo y todo irá bien.

—¿Qué? Pero... ¡Nina, espera! ¡No puedes...! ¡Tenemos que quedarnos!

No me paré a analizar sus palabras, ni a escuchar lo que iba a decirme. Ni siquiera cogí carrerilla antes de asomarme al vano sin cristal y precipitarme fuera. Caí en un segundo, con los dos pies. El aire gélido me azotó la piel y se me perdió entre la melena, pero en mi interior no había más que calor en ebullición. Lucas Buendía, el gran cámara, se había cargado la primera votación del público; la primera vez haciendo notar su presencia y la segunda, ofreciendo una salida que yo no me resistí

a tomar.

¿Por qué? Bueno... Esta vez no pensaba contentarme con especular al respecto.

Puede que Jorge, en su ignorancia, llevara razón. Tal vez debíamos quedarnos, pero yo sentía arder la rebeldía en mi interior, y no fui capaz de disuadirla. Además, había un par de cuestiones que tenía que hacerle a Morrison, y no iba a dejar que se fuera de rositas sin responderme a todas ellas.

Que los planes de los directivos de *Cliché 2.0* se fueran al garete, en ese momento, no me importó nada. Crucé la calle en medio de la noche y eché a correr hacia la casa como si algo me llamara, guiándome los pasos. No miré atrás ni una sola vez.

SIN NADA BAJO LOS PIES

No fui consciente de hasta qué punto había metido la pata hasta que se me bajó el subidón; cosa que ocurrió, más o menos, a los cinco minutos de llegar a la casa de alquiler. Por supuesto, no había rastro de Morrison; en su lugar, una asombradísima Meli me miraba de soslayo, con sus ojos enormes muy abiertos y un gesto interrogativo pintado en su cara de personaje de Tim Burton.

—Nina, ¿por qué estás aquí? ¿Qué has hecho?

—Yo... ¿Le has visto? ¿Ha estado Lucas por aquí?

Amelia negó con la cabeza, sin despegar los ojos de mí. Por supuesto, ella sabía bien que a esas alturas yo debía encontrarme encerrada en una biblioteca con Jorge, según los designios y deseos del respetable de *Cliché 2.0*, y, en lugar de eso..., me había dado un siroco. Un amarillo. Llamadlo como queráis, pero servidora, guiada por alguna especie de enajenación mental supertransitoria, había salido por la ventana y echado a correr cual loca, estropeando el precepto del programa. Y ya iban dos veces.

Aquello estaba camino del Guinness.

—Él ha impedido que pasara —le dije a Amelia, aturullada—. ¿Entiendes? No tenía por qué hacerlo, le habría ido mejor que siguiera su curso, pero lo ha interrumpido. Varias veces. No sé si ha sido por mí. No le entiendo; a veces creo que hay algo y otras que no, y me estoy volviendo loca, me estoy convirtiendo en una mujer voluble que no separa sus propias locuras del trabajo que realiza, pero esto, Meli, esto... debe de significar algo. Ha sido abrupto, completamente espontáneo, solo para impedir que la noche fuera como tenía que ir. ¿Me sigues?

—La verdad es que no... Pero si me esperas un segundo, voy a por la grabadora.

—No hay tiempo para eso, tengo que encontrarle.

—¿Pero de quién estás hablando?

—¡De Morrison!

Sobra decir que no pensaba con claridad. Y mi intención de hacer las cosas lo más fáciles posibles para Jorge había quedado en el olvido. En ese momento solo pensaba en Lucas Buendía, el cámara que ocupaba la mitad de mi capacidad cerebral con sus idas y venidas, volviéndome tarumba cuando yo estaba ya a medio

camino de la demencia sin retorno. Puede que nuestros acercamientos previos no hubieran sido honestos. Quizá los hubieran conducido la rabia o una atracción insana mal entendida, pero lo de la biblioteca..., eso debía ser diferente. ¡No había otra explicación!

Si Lucas sabía que la opción más votada era que Jorge y yo estuviéramos la noche encerrados, tenía sentido que hubiera estado metido también. Era su trabajo, y lo hacía, aunque luego renegara de él. Romper la ventana..., ese era otro tema.

—Necesitaba una salida para que Jorge no descubriera lo del programa; a lo mejor fue solo eso, una salida, pero debió haber confiado en que yo mantendría la atención puesta en otra cosa. No iba a dejar que todo se estropeará así, soy una profesional.

Una profesional. Que había saltado por una ventana para seguir a un loco que no podía ni verla y por el que sentía... ¿qué?

Me dejé caer en la cama con los ojos muy abiertos esa noche, mirando al techo, sin pegar ojo. Morrison no había dado señales de vida, y en la sala Amelia y Pedrito habían entrado en una suerte de discusión en susurros que, aunque no oía con nitidez, sabía que me llevaba a mí por protagonista. Sus trabajos dependían del éxito del programa, y yo no había estado poniendo de mi parte para que los conservaran. Tampoco sabía nada de Jorge, ni de lo que había acontecido en su noche aciaga después de mi estampida. Lucas, Lucas y solo él, esos eran mis pensamientos, repetitivos, molestos. Tan detestables como yo misma cuando no entendía algo y la emprendía a dar vueltas sin llegar a ningún destino.

Por la mañana comprendí el alcance de mis errores, cuando se me citó en la caravana para una videoconferencia con Lula Rodríguez, mi jefa.

Os diría que tenía pinta de estar a punto de arrancar cabezas a mordiscos, pero creo que me quedaría corta.

—Lo que has hecho no se justifica, Nina. Es una insubordinación, una falta de respeto para tus compañeros, para tus superiores y para el programa. ¿En qué narices estabas pensando? —La imagen se ralentizaba, pero la voz chillona de Lula me llegó con toda nitidez—. Lo primero que me vino a la cabeza fue despedirte en el acto. ¡Cancelarlo todo y mandarte a tu casa para dejes de estropearme los proyectos de una jodida vez!

Me miré los pies. Sentía las manos tan frías que las uñas empezaban a ponerse azules. Intenté encontrar voz para expresar mis excusas..., pero tampoco se me ocurría mucho que decir.

—La... la situación iba mal desde un principio, Lula. Había ruidos e

interferencias. Jorge estaba incómodo, no tenía puesta su atención en mí y no me parecía que fuera un clima propicio para seguir adelante con la decisión de la audiencia. No se veían nociones de que fuéramos a sacar nada.

—¿Que no te lo pareció? ¿Que a ti no te lo pareció?

—No sé, Lula, igual me equivoco, pero no creo que le paguemos para que juzgue las decisiones que otros toman, ¿no? Ese no es su trabajo.

Esther... Por supuesto, y aunque la cámara del ordenador portátil de Lula no la sacaba, estaba allí presente, en el despacho, escuchando mi caída a los infiernos — otra vez—, y tomando buena nota de todo con sumo y desagradable placer. Maldita serpiente viscosa. ¿Y Lucas se había metido en la cama con ella? ¿Qué clase de penitencia estaba purgando para ello?

—Soy la cara visible del programa. —Contraataqué, porque antes muerta y enterrada que dejar a esa muñequita trepadora decir la última palabra—. El momento no era adecuado, ya he dicho que Jorge no estaba centrado en nosotros. Consideré...

—¡Es que no te he contratado para que tomes consideraciones, Nina! —Lula alzó la voz. No pasaba mucho, pero, cuando ocurría, sabíamos que las cosas estaban en modo gravedad absoluta—. Ya ocupaste un puesto donde tú tomabas las decisiones en cuanto al momento, el clímax y toda esa mierda, ¿debo recordarte cómo terminó?

—No...

—No te oigo, Nina: ¿debo que recordarte cómo terminó todo cuando tú tomaste esas decisiones por tu cuenta?

—No, Lula. No tienes que recordármelo. Lo sé. La cagué.

—Y cancelaron el programa antes de tiempo. No va a repetirse, ¿queda claro? No va a volver a ocurrir. —Se acercó más a la pantalla, aunque eso casi no era posible—. Si Jorge no estaba al cien por cien, era tu trabajo conseguir que se centrara, ¿no eres tan profesional?

—No quería forzarlo más, ¡di lo que pude, Lula! No me sentía cómoda, yo no...

—¿Lo qué pudiste? ¿Te crees que pedirle que espere, sentada en el suelo mientras él ya se ha levantado, es hacer todo lo que se puede? ¿Y qué mierda es esa de no forzarlo y estar incómoda? ¿En qué programa te crees que estás? Mira, Nina, francamente, no esperaba esto...

Siguió despotricando. Mucho. Mi cabeza, sin embargo, estaba a otra cosa. ¿Por qué creía Lula que yo no había hecho «más»? ¿Acaso no había visto el beso, mi resbalón de después, cómo Jorge se me caía encima y... lo demás?

Se supone que las imágenes captadas por Lucas iban directamente a la caravana,

donde Pedrito, nuestro regidor, las enviaba en tiempo casi real a los estudios de Madrid. No me preguntéis cómo tenía lugar esa tremenda obra de ingeniería, pero así era. Sin embargo, por lo que estaba oyendo, parte de las grabaciones de la noche anterior no habían llegado a destino. La pregunta era: ¿por qué?

—Disculpa, Lula... ¿Hasta dónde has visto de la grabación de anoche?

Un momento de tenso silencio.

—¿Qué clase de pregunta es esa, Nina? Pues todo, ¿qué voy a ver? A Jorge y a ti encerrados, luego algo que le distrae desde la posición de la cámara, a él con toda la intención de ir a averiguar de qué se trata y a ti sin solucionar NADA. ¿Te parece una descripción exacta?

—Francamente, había muchas salidas posibles que ella pudo haber tomado, no entiendo cómo no lo probó... Es decir, no es su primer programa, ¿no? Hay herramientas para estos casos.

Tanto Lula como yo ignoramos el resuello molesto de Esther, que seguía sin aparecer ante el monitor, pero, por lo visto, tampoco se callaba. Hice recuento... y no me llevó mucho tiempo darme cuenta de que, tal como había supuesto, a Lula no le habían llegado los eventos completos de la noche de biblioteca. No había visto el beso, ni lo de después. No sabía nada de la ventana... ni de mi precipitada huida en plan novia a la fuga detrás de Morrison.

¿Él no le había enviado parte de las grabaciones? A mí me parecían imágenes jugosas. Un beso, un acercamiento —con rechazo incluido— y una huida. Es más... Joder, ¿de verdad había estado tan mal? Se me acusaba de no haber intentado nada para mantener la atención de Jorge, ¡pero había hecho todo lo posible! Y luego se me había ido por completo la olla. Pero eso es otro tema.

—Lula, yo... creo que hay un error.

—Sí, Nina, el error, desde luego, ha sido ponerte al frente de algo que, está claro, no puedes gestionar.

La puerta de la caravana chirrió y el sonido grave de unos pasos interrumpió el rapapolvo. El hombro ancho de Morrison me apartó a un lado sin miramientos, dejándome en un rincón mientras él se posicionaba delante del monitor, frente a frente con Lula.

—Hola, jefa. Lo de anoche fue culpa mía. Rizos tuvo a Jorge bien entretenido, pero no has podido verlo porque desconecté la cámara y no se grabó nada más que lo que te llegó.

—Lucas... ¿Qué pretendes? —La palma de su mano se abrió en mi dirección, mandándome callar.

—Lo que estás diciendo es muy grave. —Oímos a Lula, cuyo tono se había

relajado—. Nunca has cometido un error semejante; ¿por qué debo creer que no estás intentando salvar el culo de tu compañera?

—Sé que el curro depende de que ella deje de cagarla, pero no me cae tan bien como para ir de mártir. —Se cruzó de brazos. Tenía las piernas abiertas y estaba levemente inclinado para que su altura le permitiera poner los ojos fijos en la pantalla—. Me dio un ataque de claustrofobia de la hostia dentro de la biblioteca y perdí el norte. Tuve que reventar una ventana para salirme porque no pude más.

—¿Que saliste por una ventana?

Morrison explicó los acontecimientos como si hablara de algo banal con uno de sus colegas. No mencionó el beso, ni la ida de cabeza que me dio después, despachando a Jorge cuando él se me había acercado. No dijo una palabra sobre mí, sino que centró su relato en él mismo y las equivocaciones cometidas.

—Me da la sensación de que la cosa no avanza, Lula. Y no tiene nada que ver con nuestro equipo, la gente de este lugar, y ese tal Jorge... Bueno, están moldeados con una pasta que no creo que case bien con los focos y los programas de tertulias. —Apoyó las manos en la mesa, acercando su cara llena de pelo al ordenador—. Podrías ponerle a Nina en bandeja y pediría permiso para echarle un vistazo. Ayer se intuía que buscaba distracciones, cuando cualquier otro tío habría aprovechado la ocasión para lanzarse.

Se formó un debate improvisado entre Lula y Lucas, con Esther apostillando sin que nadie le preguntara —#Todoslaodiamos— sobre la viabilidad o no de Jorge como sujeto B de *Cliché 2.0*. Y yo allí, sin entender qué demonios estaba pasando ante mis narices. En dos ocasiones intenté hacer señas, pero Lucas se cerró en banda e ignoró por completo mi existencia. Fue como si me suprimiera de mi propia bronca. Borrada del tirón. Adiós, Nina, no nos importas.

—En todo caso, y sea factible contar con ese tío o no..., asumo mi error. No fue una buena noche para mí.

—No sé, Lucas, ¿justifica eso que dejaras tu puesto y que Nina te siguiera?

—Nina no está acostumbrada a verme cuando trabaja. Me dejé notar en la biblioteca, armé follón, distraje a Jorge y luego me fue insostenible continuar con la situación. Sé que no soy santo de su devoción, pero ella actuó como un ser humano al venirme detrás. Imagino que estaba preocupada. —Nos miramos un segundo. Con intensidad. Entonces fueron las otras las que se esfumaron. Nos quedamos a solas, y por un segundo estuvimos en comunión—. Seguro que saltar por una ventana no fue ortodoxo, pero si un compañero necesita que hagas algo..., lo haces.

Musité un «gracias» para nadie más que para él. Le vi asentir, antes de volver su atención al monitor. Lula y Esther hablaron atropelladamente, alcancé a oír algo

sobre «evaluar los daños» o «revisar las decisiones» y «tomar anotaciones» de lo que se había hablado. Se despidieron de forma genérica, por lo visto dejando pasar mis supuestos errores, y confiando en que los de Lucas, recientes y poco comunes, no importaban tanto.

Él apagó la pantalla y, después, se giró despacio hasta mí. Hizo un gesto y sus hombros cayeron. Me preparé mentalmente para verle huir de nuevo, pero, por lo visto, no encontró motivos suficientes para salir de la caravana y desaparecer, tal como era su costumbre.

—Gracias —le dije—. Estaba bastante con el culo al aire.

—No suena como una novedad para ti. —Sonrió—. La cagada no era tuya, rizos. Dejé de grabar y luego me cargué el cristal y salté por él. Lo que he dicho ha sido verdad, no estuve fino. Como he dicho, asumo mi error.

—Pero no entiendo por qué paraste la grabación. Es decir..., aunque te diera el ataque de claustrofobia...

—¿«Aunque»? ¿Salgo en tu defensa y dudas de mi palabra?

Fruncí el ceño. Bueno, la tregua había sido agradable, supongo.

—Tú mismo has reconocido tu fallo. No es defenderme, sino admitir que la culpa no estaba bien orientada cuando la bronca me la estaba comiendo yo.

—Podría haberme quedado callado y ver cómo te hundías. No habría durado mucho, ya tenías el agua al cuello, pero seguro que me habría entretenido.

—Joder, Morrison! Cuando creo que te entiendo...

—¿Qué me vas a entender? ¿Es que no ves que no me entiendo ni yo?

Me dio la espalda y aplastó sus enormes manos en la mesa. El ratón minúsculo con el que Pedrito controlaba sus ordenadores dio un saltito y luego cayó de lado sobre la alfombrilla. Me quedé parada un instante, pero esta vez reaccioné, porque, como bien había dicho el mismo Lucas, cuando un compañero te necesita..., tú saltas. Sentí que pedía a gritos algo así.

Despacio, me acerqué por su espalda, y antes de darle muchas vueltas, acaricié sus rizados mechones de pelo con mis dedos. Cerró los párpados y bajó la cabeza. Un suspiro cruzó sus labios, que yo recordaba suaves y húmedos a pesar de la barba y el bigote. Cuando entreabrió los ojos, giró un poco la cabeza para mirarme. Parecía cansado. Aburrido del juego del gato y el ratón. Sin armas para seguir peleando.

Lo supe nada más ver su expresión, porque yo tenía la misma.

—¿Qué quieres que entienda, Lucas?

—Te he acusado de ser mala profesional o de... dedicarte a este trabajo de mierda mientras yo me vendía como el mejor, rizos. Y la verdad es que no soy más que un fraude. El mayor de todos. —Soltó una risa ronca—. Y es mucho decir cuando el

programa que grabamos es el rey de lo fraudulento.

—Tú no eres un fraude, Lucas. Eres un gran cámara, esos planos que grabas, esos detalles...

—De ti. Todo el rato. Porque eres lo único que mi objetivo puede captar, lo único adonde llevar mi mente y mi pensamiento. Detrás de ti, Nina, como un perro que se resiste pero que al final... actúa como lo que es.

—Necesito saber algo..., saberlo de verdad. —Le miré, controlando la respiración, sin dejar que el aire que me quemaba los pulmones se me escapara a trompicones—. ¿Estabas en la biblioteca porque sabías que el público había escogido esa opción?

—Sí.

—Entonces, ¿lo que hablamos... lo que dijiste... era un señuelo para mantenerte ahí?

—No, Nina. Lo que dije era la última baza de un hombre desesperado que ve que otro tío está a punto de llegar y que tú... estás lo bastante loca como para llevar la simulación demasiado lejos.

Me aparté un paso y le miré ofendida.

—Yo no estoy loca, este es mi trabajo.

—Le besaste.

—¡Porque tú dijiste...!

—¿Ves? Te sientes acorralada y caes en la necesidad de demostrar que los demás se equivocan. ¿Si te hubiera dicho alguna gilipollez más habrías terminado acostándote con él?

—Ya viste que una sola maniobra de aproximación me llevó a apartarlo. Creo que es tu respuesta.

Esta vez fue Lucas quien inició el acercamiento. Puso su mano en mi cadera y apoyó su frente en la mía. Nunca hasta el momento habíamos vivido un instante más íntimo, ni siquiera en esa misma caravana el día que follamos como salvajes, más por enfado que por placer. Me dio un beso suave en la nariz y algo en mí, algo que guardaba a buen recaudo desde Federico, se descongeló.

—Rompí la ventana porque necesitaba que se apartara de ti. Estuve a un puto segundo de ir hacia vosotros y quitártelo de encima con mis propias manos. —Resopló con la mirada baja—. Menudo profesional...

—Dejaste de grabar a propósito, ¿verdad?

—No podía soportar que le besaras. Fue como si..., al apagar la cámara, pudiera dejar de mirar.

Mis dedos penetraron en la espesura de su barba. Las yemas acariciaron el vello

áspero y profundo, creando sonidos que estremecieron mi columna y me llevaron a acercarme un poco más. Noté cómo Lucas tragaba saliva al apoyar mi mano en su garganta. Los ojos de Lucas me recorrieron. Se humedeció los labios con la lengua y afianzó sus manos en mi cuerpo. No hicimos amago de movernos, ni mostramos la más mínima intención de dar un solo paso más, pero las miradas, el aliento compartido y lo que nuestros ojos gritaban fue estímulo suficiente.

Nos estábamos dictando una sentencia peligrosa..., y los dos lo sabíamos.

—Estabas celoso, Morrison. —Sonreí.

—No quiero que me gustes, rizados. Es un error. Y no solo porque... evidentemente nuestro trabajo se vaya a ir al carajo, sino porque... no hay dos personas más diferentes y poco capaces de encajar que nosotros.

—Eso es cierto. Eres imposible la mitad del tiempo, y la otra mitad no puedo ni verte.

—¿Sí? Pues tú eres una quisquillosa inmadura que no sabe lo que quiere. ¿Ser periodista? ¿Hacer bien el trabajo porque se ha comprometido a ello? ¿Ser buena? ¿Seguir con las mentiras?

Levanté la mano y empecé a enumerar.

—No tienes empatía ni mano izquierda. No sabes trabajar en equipo. No eres cortés, ni educado, y no te importa un comino lo que sientan las demás personas. Además, eres dañino y cuando discutes vas a matar.

—Cuando discuto voy a ganar, ¿para qué empezar si no?

—Y encima no sabes perder.

—Pues tú, rizados, eres inaguantable. Insoportable.

—Me sacas de quicio, Lucas.

—Pues tú sacas lo peor de mí. Lo peor, con diferencia. —Sus manos ascendieron hasta acariciarme la espalda con una delicadeza que me estremeció. Y creo que gemí un poquito—. Quiero estar dentro de ti, Nina. Esta vez bien.

—No recuerdo que la otra vez fuera mal.

Lucas mostró un amago de sonrisa. Su boca rozó mi mejilla y buscó mi oreja. Se me cerraron los ojos. Se me separaron las rodillas. Me humedecí con el solo roce de sus labios en mi lóbulo. Fue automático. Visceral. Inevitable.

—Fue torpe, rápido y chapucero. El sexo solo es bueno cuando se hace como es debido, Nina Carvajal. Tengo toda la intención de ser lo bastante soportable para ti como para que me permitas volver a intentarlo. Y esta vez... ninguno de los dos se quedará atrás.

—Has dicho... que no querías que te gustara. Somos muy diferentes, no podremos encajar.

—Encajaremos, rizos. Encontraré todo el espacio que escondes, y será mucho mejor para ti. —Me besó el cuello, despacio. La punta de la lengua me rozó el pulso. Siseé—. No me perdono haberte hecho daño.

—Creo que te prefiero siendo imbécil. —Le apreté los hombros, buscando una cercanía que se me antojaba difícil de conseguir—. Cuando actúas como ahora, no sé cómo reaccionar.

—Bienvenida a mi día a día, rizos. —Trazó la curva de mi mandíbula con los dedos—. Tenerte cerca es como caminar a la pata coja por el borde del abismo... y seguir caminando, intentando llegar al otro lado a saltos, cuando no hay nada bajo tus pies.

—¿Te desequilibro, Morrison?

—Me quitas el puto aliento. —Su índice acarició mi boca, y le di el acceso que buscaba separando los labios levemente. Su mirada llameó—. Por suerte, creo que la asfixia puede tener su parte positiva.

En ese momento, concentrada como estaba en el calor pulsante que me recorría el cuerpo mientras la saliva de Lucas empapaba la yema de mi dedo, amén de otras partes más al sur en mi cuerpo, no respondí nada. Sin embargo, un pequeño resquicio de mi mente que todavía conservaba el raciocinio se concentró en orar una plegaria que, más tarde, resonaría en cada recoveco de mi subconsciente. Íbamos a necesitarla, desde luego, porque, ciertamente, lo que estaba por venir nos iba a dejar sin aire.

23

EN EL PUEBLO TODO SE MAGNIFICA

Ya hemos hablado del aprendizaje humano por imitación. Del ensayo-error y de la sabiduría aprendida a hostias. Pasemos a la siguiente: aprender según las experiencias vividas.

Aunque podría confundirse fácilmente con alguna de las anteriores, aprender por la experiencia posee un cariz que, en la mayoría de los casos, es positivo. Muchas buenas vivencias cambian nuestra conducta y nos dan lecciones de esas chulas, como que para una buena cita una no se pinta demasiado los labios, porque sabes que el carmín no es lo más adecuado cuando vas a recibir buenos besos. Eso lo aprendes por lo vivido, y lo atesoras para repetirlo en el futuro.

Asimilas y guardas en tu cajón de conocimientos a qué amigos puedes juntar para tomar unas cañas, y cuáles son imposibles de reunir en la misma habitación porque lo único que tienen en común es a ti y nada más. Qué preguntas de familiares torear en las cenas de Navidad, que autobús dejar ir siempre porque sale más rentable esperar el próximo que temer por tu vida por la forma de conducir del chófer, en qué web de compras *online* nunca te cobran gastos de envío, y así, hasta el infinito.

Todas esas cosas se conservan en cajones, envasadas al vacío en nuestro cerebro, esperando el momento de salir y sernos de utilidad. Yo, al día siguiente de mi particular rapapolvo *online* con Lula, saqué de mi bolsa de reciclaje de aprendizajes ese que te lleva a mostrar un comportamiento ejemplar cuando sabes que has metido la pata.

Que levante la mano quien no ha fregado *motu proprio* durante dos o tres días seguidos después de que en casa le cayera la del pulpo. O que no se dedicara a ocuparse de la colada sin rechistar cuando se saltó el toque de queda; tirar la basura, ayudar con los deberes a los hermanos pequeños, acompañar a mamá a los recados y colocar la compra enterita —y, ojo, por fechas de caducidad— son algunos ejemplos de actos de buena voluntad. O como los llama mi taxista y padre, «agachamiento de oreja nivel profesional».

De modo que en esas estaba. Paseándome por San José de Los Altos en modo solícito, hablando con toda persona con la que me cruzaba, siendo completamente innovadora, pasando el mínimo posible de tiempo tanto en casa como en la

biblioteca, buscando nuevos enfoques, nuevos encuadres, nuevos pensamientos que me alejaran de lo único..., que para mí era Lucas y nuestra intensa conversación en la caravana. Había quedado en... *pause*. Eso, en el mejor de los casos, porque habían transcurrido tres días y no había sabido nada de él. Ni tampoco de Lula y su amenaza velada sobre tomar cartas en el asunto y empezar con los cambios relativos a *Cliché*.

De habernos despedido, habría habido movimiento, ¿no? Pero ahí seguíamos, más o menos al pie del cañón..., pero todos a medio gas.

La situación en casa era un poco tensa. Morrison había dado la espantada —o eso pensaba yo en mis momentos de bajón—, Pedrito vivía encerrado en la caravana y Amelia... sonreía y se esforzaba por que todo fuera casi como siempre, pero no terminaba de conseguirlo. La cagada de la noche en la biblioteca había pasado factura para todos. La primera noche, en silencio en mi cama de la habitación que compartía con Meli, di un *revival* a todas las cosas que no había tenido en cuenta hasta entonces, ya fuera por puro egoísmo o por una falta grave de capacidad empática.

Para empezar, que el programa fuera bien beneficiaría a los chicos en sus trabajos; si nos íbamos a Madrid con el rabo entre las piernas era muy posible que todos nos quedáramos en el paro. Allí, aislados y sin saber de nuestros superiores más que las pinceladas que ellos mismos enseñaban, la incertidumbre se abría camino entre las paredes, y las horas se volvían interminables, porque, aunque yo tenía el espacio vigilado del pueblo para que me diera el aire, ni Amelia ni Pedrito podían dejarse ver. Sabían lo que yo compartía con ellos, y en los últimos momentos debía entonar un *mea culpa* profundo y reconocer que no había estado nada comunicativa ni participativa.

Lucas me había acusado de no saber trabajar en equipo, y me había calado por completo sin apenas conocerme. Mi obsesión de usar *Cliché 2.0* como un trampolín que me llevara a mejores destinos me había cegado por entero, y allí estaba, rodeada de seres humanos a los que había usado porque me daban un servicio, pero con los que realmente no había tenido la intención de compartir nada sobre mí misma.

Este es un buen momento para otro de esos aprendizajes que uno adquiere con la práctica y la experiencia: lamentar haber hecho algo mal no suele servir para nada, por el contrario, ponerle remedio y cambiar tu forma de actuar siempre es mucho más eficaz. De modo que Nina Cervantes iba a tener que extrapolarse y dejar que la verdadera yo, la ayudante de guionista con ínfulas de periodista seria, asomara la patita.

Empecé a compartir cosas con Amelia nada más levantarme. Con y sin grabadora.

Le conté lo mucho que necesitaba a mi amiga Cayetana y que casi todos los días, en secreto, le enviaba mensajes de WhatsApp contándole las novedades.

—Simplemente, no puedo estar el día entero sin sentirla presente. Es superior a mí —expliqué una mañana, mientras ella lidiaba con mis rizos con mano tenaz—. Sé que no voy a recibir respuesta y que no le van a llegar mis mensajes hasta que pueda volver a Madrid, pero... de alguna forma...

—Te ayuda a sobrellevarlo.

—Sí. Ojalá pudiera saber si todo va bien.

Lo cierto es que no era así. Caye estaba lejos de estar en un estado que pudiera calificarse como «bien»; de hecho, su vida estaba por dar un gran giro, pero como yo eso todavía no lo sabía... Vosotros tampoco os enteraréis hasta que llegue el momento. Otro aprendizaje basado en la experiencia: la paciencia —casi siempre— merece la pena.

—Estuviste mucho tiempo con Lucas en la caravana el otro día, después de lo de Lula. Pedrito y yo nos preguntamos...

—¿Si hubo algo entre nosotros? —Amelia echó un ojo a la luz parpadeante de la grabadora. Yo, por el contrario, ni siquiera recordé que toda nuestra charla estaba siendo registrada—. No logro quitármelo de la cabeza. Es como el estribillo pegadizo de una canción mala, a la que detestas pero que, aun así, no puedes dejar de silbar.

—La verdad es que hay que admitir que es guapo, con toda esa barba y ese... pelo salvaje.

—Jamás me han gustado los hombres de ese estilo. ¡Eso es lo peor! Mi ex tenía unas entradas que parecían pasillos de cine.

—Me imagino que cuando te gusta alguien, te gusta. En conjunto. Solo te centras en cómo es para ti y nada más.

Guardé silencio. Gustarme Morrison... Bueno, imagino que ya habíamos sobrepasado la fase de negación. No es que ninguno de los dos diéramos saltos de alegría con el descubrimiento de aquellos supuestos sentimientos, porque el momento y la situación no podían ser peores, pero, al menos, habíamos tanteado un amago de conversación al respecto. Antes de que él volviera a esfumarse como el arco iris cuando la tormenta queda en el olvido.

—No tengo ni idea de qué hacer con mi vida, Meli. Esa es la verdad. Me levanto, trabajo, como, me agobio y me duermo por inercia, sin que ningún día me dé una jodida pista de cómo enfrentarme al siguiente.

—¿Te refieres a *Cliché*? ¿No estás convencida de que quieras seguir?

—Nunca he estado convencida de querer empezar. —Le sonreí y cogí su mano

—. Conocerte ha inclinado la balanza; sé que no lo demuestro mucho, pero si la cosa va mal, me llevo una amiga nueva, y eso ya merece la pena.

—Pero no estás cómoda haciendo este trabajo, Nina. Y no quieres seguir.

—No lo sé. —Una verdad a medias, pero no por mentirosa, ojo, sino porque tampoco me había dicho las cosas a las claras a mí misma—. He tomado muy malas decisiones y he llevado las cosas mal. Me comprometí a algo donde no estoy poniendo ni la mitad de mi capacidad, y en el proceso estoy perjudicando a otras personas.

—¿Hablas de Lucas?

—Hablo de todo. —Me levanté para aplicarme yo misma la barra de labios. Necesitaba un poco de espacio conmigo. Últimamente, los pensamientos compartidos me ahogaban—. Apenas le conozco, y lo único que sé de él es que me saca de mis casillas.

—Enamorarnos de la persona menos conveniente podría ser el mayor cliché de todos. —Amelia me sonrió a través del espejo—. ¿No te parecería irónico?

—Lo que me parece es que es muy fuerte que te vayas por los derroteros del amor. No somos adolescente, Meli.

—No, es verdad, lo que hace que nuestros sentimientos cuenten con el doble de importancia. ¿Vas a arriesgarte por ellos?

Extendí la mano y apagué la grabadora. El corazón me latía, pesado, como si cargara todas las esperanzas y sueños de la infancia y las decepciones que seguirlos me había provocado en cada bombeo. No tenía ni idea de cómo afrontar esa pregunta. No tenía ni idea de cómo afrontar nada. La gente normal termina su jornada de trabajo y regresa a su vida, pero yo no podía darme ese lujo, y aunque cinco semanas fueran algo nimio en comparación con la existencia de la vida humana en la Tierra, cuando había dudas..., hasta dos horas privada de completa libertad se notaban.

—Debo meter la cabeza en este proyecto hasta que me obliguen a sacarla, Meli. Porque si me centro en otras cosas, cada avance que dé aquí se me va a tornar en una pesadilla.

—Entonces ahora estamos hablando de Jorge, ¿no? —Puse los ojos en blanco—. ¿Has sabido algo de él desde lo de la noche en la biblioteca?

—Solo han pasado un par de días, pero tengo la intención de enfrentarme a esa situación a la mayor brevedad.

O, lo que era lo mismo, basta ya de poner a Jorge en un papel terciario en un tema que estaba coprotagonizando. Aunque él no lo supiera. ¿Qué clase de persona no corría a solucionar un tema como el que habíamos dejado pendiente? Pues, en

apariciencia, una persona como yo, con la cabeza metida en el culo, o en medio de la barba de Morrison, que, por cierto, seguía sin aparecer.

—Eres un completo lío, Nina. Los tertulianos van a disfrutar esta semana contigo.

—Me alegro de que por lo menos alguien lo haga.

Y eso nos trae al momento actual y mis intentos de hacer vida en San José de Los Altos. Un poco forzado el asunto, lo reconozco, pero estaba poniendo de mi parte. No podía estar encerrada y no intentar nada mientras esperaba que Lula moviera ficha desde Madrid, me volvía loca, así que intenté formarme una opinión propia y más positiva del lugar donde estaba enjaulada por decisión personal.

Comí en la cafetería todas las veces que me fue posible, aunque no todas las comidas del día —no quería descuidar mi acercamiento con Amelia, eso también era importante—, di otra oportunidad al restaurante vegetariano antes de tacharlo definitivamente de mi lista de opciones posibles, paseé y charlé mucho con Ermenegildo, y hasta conocí a su mujer, una señora que podría rivalizar en elegancia y saber estar con Isabel Preysler. Dimos de comer a los patos del riachuelo —¡al final sí que tenían río en el pueblo!— y les conté, en la medida de lo posible, la historia de mi vida. Hablé de mis padres y hermano, lejos en Sevilla, de las ganas de comerme el mundo, aunque al final me repitiera, de los sueños que había dejado atrás y de esos otros de los que me negaba a desprenderme.

—Tienes un alma vieja para ser tan joven, Nina. Igual por eso encajas aquí —me dijo Ruth, la mujer de Ermenegildo—. Estás tan preocupada por llegar a sitios, por conseguir cosas... ¿Tú te das cuenta de que la vida se te va mientras la organizas?

—Es como esa gente tonta que guarda las cosas para una ocasión especial, ¿sabes? Coge un día cualquiera. El que sea. Valen todos. Y ya está, ¿sabes? Especial. Estamos aquí, ¿qué hay más especial que eso?

Eché una miradita a los impolutos zapatos de Ermenegildo, ahora cubiertos por una capa de barro que se había formado por la llovizna de primera hora de la mañana. Sabios consejos los de las personas mayores, que han vivido todas nuestras tribulaciones, y trescientas más. Las que importan de verdad. Me despedí de ellos dándole a la cabeza más vueltas todavía, preguntándome sin remedio si aquella iba a ser la historia de lo que me quedaba de juventud. ¿Estaba dejando pasar oportunidades por esperar oportunidades? ¿Debía cambiar el chip y espabilar, o rendirme después de todo el tiempo y esfuerzo que había dedicado a labrar aquel camino tortuoso sería un error?

En ese momento todo a mi alrededor me parecía susceptible de convertirse en un error. Como lo era dilatar más la conversación pendiente con Jorge. Le busqué por el pueblo y pregunté a algunas de las personas en las que confiaba lo suficiente

como para que no sospecharan nada raro de mis intentos de indagar, pero no supieron darme razones. Nadie desaparecía de la noche a la mañana, y Jorge a veces se ausentaba de San José por encargos de trabajo o cuestiones médicas de su madre.

A ella no la conocía, así que consideré fuera de lugar presentarme en su casa. Le dejé una nota en la cafetería habitual donde habíamos desayunado juntos alguna vez y me volví a la biblioteca, a reparar la ventana y recoger los restos de cristales rotos. Abrí el cajón de las chocolatinas y se me escapó una sonrisa. No era un mal tipo... De hecho, Jorge tenía pinta de ser un tío genial, pero, por supuesto, para otra.

Para cualquiera que no estuviera mintiéndole.

Empecé media docena de borradores para él donde le contaba la verdad, y terminé desechándolos. Escribí otros tantos inventando excusas para mi comportamiento y posterior huida, pero tampoco me convenció ninguno. Volví a la casa con todos los papeles en el bolso y la cabeza metida en el abrigo. Volvía a lloviznar y la cara se me cubrió de gotitas.

—Sería estupendo que pudieras sacar un paraguas y cubrirnos con él... — rezongué, para nadie... o para Lucas, si acaso me estaba siguiendo con su cámara —. Esto de estar sola pero ser consciente de que no lo estoy me saca de quicio. Es pleno día, por Dios, y no es que haya mucho espacio donde puedas esconderte.

Como respuesta, evidentemente, silencio.

Entré y me descalcé. Amelia me vino a la zaga enseguida, aburrida como estaba tras toda una jornada en clausura. No obstante, noté que algo era distinto nada más poner un pie en el recibidor. Para empezar, Pedrito estaba allí.

—¿Scooby ha vuelto a cagarse en la caravana, Shaggy?

—Lula ha llamado. —Y así acabó el regi con mi chascarrillo—. Ha habido... cambios. Y decisiones.

—Vale... ¿Recogemos nuestras cosas? ¿Volvemos a Madrid?

—No nos ha echado Nina, pero... dice que hay que darle una vuelta de tuerca. Un empujón.

Aquello no podía oler peor.

—¿Y a qué se refiere exactamente con eso?

En ese momento se abrió la puerta. Lucas entró por ella, dejó su macuto en un rincón y se acodó en la pared, alejado de nosotros. Estupendo, me había estado oyendo durante la vuelta a casa sin hacer ningún comentario. Era como volverse loca por días.

Le miré mal, por pura fuerza de la costumbre.

—Bienvenido, Morrison. Pedrito estaba a punto de contarnos que Lula ha llamado para establecer cambios en el programa.

—Ya lo sé. Recibí una llamada independiente. Esther me informó de todo.

—Por supuesto que sí. —Apreté los puños—. Bueno, si alguien quiere contarme qué coño ha ocurrido en esas llamadas donde no se me ha incluido, estaría bien.

—No te enfades, Nina, estabas en el *set*; no podíamos decirte nada antes.

—No, Meli. No estaba en el *set*. Estaba en pleno pueblo intentando... ¡qué sé yo! Ser cercana, asertiva con la gente cuya vida estamos alterando. Intentando decidir si esto merece la pena, si conseguir mejores trabajos y más dinero nos valdrá cuando sepamos que hemos estado fastidiando la vida a un montón de personas que ni lo comen ni lo beben.

—Vale, rizos. Respira. Me has dado un día de perros de acá para allá. Serénate y escucha.

—Morrison, métete los consejos donde te quepan.

Me sonrió. Ladino. Se rascó la barba y las ganas de tocarle yo me subieron por el torrente sanguíneo a toda velocidad.

—Luego, sin testigos, te daré la respuesta que merece esa salidita de tono tuya, Nina.

—En fin... Si hemos terminado todos de ser unos imbéciles... ¿Sí? Pues entonces procedo a informar. —Pedrito tomó la delantera. Resopló y se acomodó en el sofá—. Lula quiere más brío. No es de extrañar. La cosa no arranca, y aunque la audiencia sigue interesada, dos programas más con ningún contenido de ese que te hace aguantar las ganas de mear por si acaso vuelven antes de publicidad no son viables.

—¿Y qué pretende? ¿Que forcemos más la situación? —Me crucé de brazos—. Hasta *Cliché* tiene un límite.

—Por eso va a poner dos votaciones del público a la semana. Por lo visto, no se fía de que tu libre albedrío vaya a llevar el *share* al punto que quiere. Sus palabras, no las mías.

—¿Libre albedrío? ¿Acaso piensa que nos ha dado algo de eso desde que esto comenzó? El programa va de todo lo contrario.

—También va de crear situaciones morbosas e interesantes, y, por lo visto, ya que la noche en la biblioteca fue un fiasco épico, otra vez sus palabras, dará menos margen. Pasado mañana saldrán las opciones nuevas, justo para cuando volvamos del viaje semanal a Madrid. —Pedrito señaló a Meli con la mano extendida—. Nos toca a nosotros, gótica.

Amelia dio un saltito de entusiasmo. Pobre... Nadie merecía salirse de aquella jaula de grillos más que ella, que vivía metida en la casa prácticamente veinticuatro horas, como una oscura monja de clausura.

Lucas fue hacia Pedrito y empezó a preguntarle cosas referentes al viaje a Madrid. No me pareció que mendigara un lugar en la caravana, pero sí se le veía interesado en transmitir un mensaje, dado que él no podría salir de San José de Los Altos, donde iba a quedarse a solas conmigo. Solo eso ya tendría que haberme dado para pensar largo y tendido, pero mi cabeza seguía estancada en las novedades de Lula. Dos votaciones a la semana querían decir mucha más interacción con el público. Más poder para la audiencia suponía menos control para los personajes implicados en la edición, que ahora éramos Jorge y yo. Desde mi posición de poder en la sala de redacción, antaño, cuando la vida era menos complicada, aquella medida me habría sonado revolucionaria. Una idea cojonuda. Llevémoslos contra las cuerdas y a ver cómo salen.

Ahora, claro..., la cosa era diferente. Porque me tocaba a mí ser la que lidiara con los rechazos del respetable. Si la noche en la biblioteca me había sabido a error, ¿qué podía esperar de futuras votaciones? Era la audiencia quien escogía, pero sus opciones venían dadas por personas que, en ese momento, buscaban un revulsivo. No podía esperar que hubiera posibilidades buenas.

Dejé a mis compañeros perdidos en su debate y yo me retiré silenciosamente a la habitación. Me apetecía estar sola y pensar. En nada en concreto: estaba visto que no es que fuera a encontrar soluciones por arte de magia, pero atesoré los momentos de tranquilidad y transcribí todos aquellos mensajes de mi móvil, sin enviar, en papel. Con una sonrisa, volqué en palabras manuscritas las dudas, las preocupaciones, novedades y pensamientos que habían tenido lugar durante aquella semana. Después, doblé las hojas y las metí en un sobre. Escribí en el reverso la dirección del piso de Chamberí, y al irme a la cama, pensé con una sonrisa que la echaría al buzón tan pronto saliera por la mañana. Cayetana era muy *vintage* para algunas cosas, y se había estado quejando de la pérdida del correo ordinario. Ya no se enviaban ni siquiera felicitaciones de Navidad físicas, me decía. La costumbre de coger un bolígrafo y plasmar ideas con tus propias manos estaba pasada de moda. Esperaba que le gustara el detalle. Era una forma de sentirme cerca de ella y hacerla partícipe de todo cuando no podíamos vernos.

Me dormí antes de que Amelia entrara en la habitación en un descanso regular que terminé mucho antes de lo esperado a causa de los ruidos procedentes del salón. Esa mañana, Pedrito y ella se iban a Madrid, con lo que me quedaba de un plumazo sin estilista y profesora, y sin regidor.

—Te he dejado un *kit* de primeros auxilios de embellecimiento sobre el buró de la habitación —me dijo, dándome un abrazo sentido que me impresionó—. ¿Necesitas algo de Madrid?

—Volver. Echo de menos la ciudad.

—Se lo diré de tu parte.

Al otro lado de la habitación, Pedrito daba a Lucas indicaciones básicas sobre... algo que habían montado en lo que antes era nuestra mesa de la cocina. Vi aparatos, monitores, cables y una especie de teclado de ordenador que no era tal. Cogí la cafetera y puse la oreja, entendiendo solamente la mitad de todo aquel galimatías. Por lo visto, el tiempo que había compartido con él en la sala oscura de cámaras no me había ayudado más que para ser capaz de decir cosas como «Pasa un barrido y acerca la cámara dos. Quiero un primer plano», y, ojo, lo conseguía. Pero no me preguntéis cómo.

—Graba normal: tu equipo está sincronizado con este y las imágenes vendrán directamente y se almacenarán. Si te quedaras sin espacio de disco, hay una memoria externa de un par de *terabytes* que puedes conectar aquí, ¿lo ves?

—¿Y la salida de audio? A veces el sonido ambiente me jode vivo y no consigo captar todos los matices.

—Puedes añadirle a tu equipo de mano este micrófono. No es complejo de usar, y tampoco te va a alterar demasiado el peso y el movimiento. ¿Podrás con él?

—No parece complicado. Me las apañaré.

Morrison se entretuvo jugueteando con aquella especie de cepillo en miniatura mientras Pedrito dejaba anotadas unas claves en un par de Post-it adhesivos que luego adhirió al borde de la pantalla central. Explicó más cosas, resopló y volvió a empezar desde el principio, y al final, mirándonos a ambos —como si yo hubiera hecho otra cosa diferente a tomarme el café en silencio, mirando al vacío y sin dejarme notar, como la gente decente—, señaló todo el tinglado y decretó:

—No toquéis nada. No innovéis con nada. No creáis ni por un segundo que entendéis la complejidad de estos carísimos equipos que no vamos a poder sustituir. Tú —chasqueó los dedos hacia mí—, límitate a lo que sea que esté en tu agenda de bibliotecaria hoy. Tenemos un montón de imágenes de mierda tuyas ordenando libros; date un paseo en bragas por el pueblo, aunque sea. O manoséate y deja constancia.

—Que te den muy duro y sin cariñitos previos, Pedrito.

Morrison soltó una risa. Negó con la cabeza con firmeza y el pelo le tapó los ojos.

—En cuanto a ti, *hippy* —esta vez, la mirada del regi fue directa para Lucas—, si no sabes cómo funciona algo, antes de cagarla marca ese número que he anotado. Tendré cobertura en una hora, más o menos. Usa el teléfono en caso de emergencia.

—¡No jodas! ¿Podemos pedir una pizza?

Pedrito se llevó la mano a la cara con tanta fuerza que se golpeó.

—Dejaros solos es un suicidio laboral. No metáis la pata.

Siguiendo todas las precauciones posibles para sacar la caravana con discreción, Pedrito y Amelia se despidieron una vez más y pusieron camino a Madrid. Yo sabía bien el tipo de viaje que les esperaba: unas tres horas de ida más otras tres de vuelta y tan solo un leve paréntesis en casa. Merecía la pena, sin duda. Estar un rato con la familia, ser libre para comerte un bocadillo de calamares, para enviar *emojis* sin plantearte que puedan ser malinterpretados o para mear en tu propio baño eran lujos que uno no sabía que extrañaría hasta que no los tenía.

Una vez la puerta se cerró y la quietud cayó sobre nosotros, no quedó mucho espacio donde Lucas o yo pudiéramos escondernos de las conversaciones a medio hablar y las caricias a medio sentir. Me miró desde el salón, y supongo que mi silencio le animó a ser él quien iniciara la conversación.

—¿Planes, rizos?

—Imagino que debería ir a trabajar..., en el doble sentido que incluye al programa y a mis funciones como Nina Cervantes.

—¿Y Jorge? ¿Le vas a buscar para darle explicaciones o seguirás trabajando en alguna de tus cartas de confesión?

Por supuesto..., me observaba, después de todo.

—No estoy segura de qué es lo correcto. Necesito tiempo para tomar esa decisión.

—Ninguno de nosotros sabe qué depara la excursión de esos dos en Madrid, rizos. Podrían notificarnos el despido por una llamada encriptada o traer unas condiciones para el programa que fueran imposibles de tragar. —Se encogió de hombros—. No tiene mucho sentido que malgastes el día quitando el polvo a los libros si no sabes qué esperar. Y a mí, desde luego, no me apetece filmarlo.

—¿Y qué sugieres que hagamos entonces, Jim? ¿Sentarnos a esperar noticias mientras vemos pasar las horas cruzados de brazos?

Sonrió. Yo fruncí el ceño y le devolví un gesto interrogativo que él interpretó a la perfección. Por lo visto, manteníamos esa extraña sintonía que había nacido en la caravana, después de que apareciera con su capa en forma de jersey roído y vaqueros con el bajo sucio y me salvara de la bronca de Lula asumiendo su parte de culpa.

—Hacía tiempo que no me llamabas así.

—Tengo muchos nombres que darte, Morrison.

Otra sonrisa.

—No lo dudo... Y respondiendo a tu pregunta, sugiero que empleemos el tiempo

en acariciarnos bien. En aprendernos. En besarnos sin prisa y dejar caer la ropa, sin preocuparnos de ser o no demasiado ruidosos. —Me puso la mano en la mejilla, aun cuando yo no fui consciente de que se había acercado tanto—. Quiero crear una burbuja y meterme dentro contigo, Nina. Y hacer el amor o echar un polvo, llámalo como quieras. Arrancarnos la tirita y ver si la herida que nos queda después es algo con lo que podamos vivir.

—Un discurso poco esperanzador.

—Eso es porque las palabras no son mi fuerte, rizo. Pero los hechos... son mi especialidad.

Me alzó en brazos como si mi peso no fuera rival para sus ansias; y cruzó conmigo los umbrales y los pasillos, tropezando con muebles, dejando atrás los miedos y las dudas. Quitándonos las inseguridades y olvidándonos de las preguntas.

FOLLARNOS LAS EXPECTATIVAS

Las ganas eran innegables.

El ambiente se llenó de eso..., de ese no sé qué que discurre entre dos personas cuando saben que el momento ha llegado. Una suerte de electricidad, un nerviosismo ansioso, un momento perfecto donde, de repente, ya no hay ganas de charlar, ni intención de perder el tiempo en nada que no sea recorrer con tus manos el cuerpo del otro, que vibra bajo cada caricia. Todo son sonrisas cómplices, miradas llenas de intención y palabras susurradas, porque hasta el esfuerzo mismo de subir la voz se antoja insoportable.

Quitar la ropa y descubrir el cuerpo como si fuera la primera vez, y que cada botón conquistado y cada retazo de piel expuesta se conviertan en puro deseo, en atracción... En lujuria. Nunca el acto de bajarse los pantalones o desabrocharse el sujetador fue tan significativo como cuando otra persona te observa y se vuelve parte activa del movimiento.

Hasta los actos más prosaicos se tiñen de erotismo: dejar los condones preparados y a mano, separar los muslos con el dorso de la mano, hundir la cabeza entre las piernas o extender los dedos para agarrar la zona blanda y redonda del pecho. Todo, cualquier cosa, se convierte en un interruptor que enciende las pasiones y va hirviendo a fuego cada vez más rápido e intenso nuestro deseo interior. Se nos arremolina en el estómago, nos hace levantar la espalda del colchón, curvar los dedos, aferrar las mantas con las uñas, abrir la boca, gemir...

Y a veces esto pasa con simples miradas y besos. Con bailes de lengua. Con suspiros que van a morir a la piel. Cuando estás con la persona correcta.

Seguramente pensaréis que las feromonas habían tomado el control de mi cerebro y me estaban jugando una mala pasada. Es posible. Pero no exagero en lo que cuento, porque es exactamente como me sentía en ese momento, atrapada entre los brazos largos y las piernas delgadas de Lucas, que me besaba y acariciaba, tal como había amenazado, con cadencia y sin ninguna prisa. El tiempo se había quedado fuera de la habitación y no tenía nada que ver con nosotros. Era un espejismo, como el resto de las incertidumbres que nos habían agobiado. Carecíamos de intención de dar vueltas a nada que no fueran nuestros propios cuerpos sobre la

cama; ni siquiera a lo que aquello iba a suponer para nosotros.

Y, creedme, tal vez deberíamos haberlo hecho.

Sus dedos y su lengua me prepararon a conciencia, y aunque yo me dejé llevar, postrada sobre las mantas, con el pelo suelto y la mente en blanco, echaba vistacitos de soslayo. Los condones de talla especial y aquella dureza que me rozaba con cada movimiento. Cuando Lucas se cernió sobre mí, mirándome desde el marco de su pelo largo, compartimos una sonrisa cómplice. Una de esas que constata que, aunque estés desnuda, sin nada que cubra toda tu vulnerabilidad, en realidad eres más fuerte que nunca.

—Eres tan grande... —le dije en un susurro, levantando la pierna y subiéndosela hasta el pectoral.

Le oí reírse, masajeándome la planta del pie de una forma deliciosa.

—¿De qué peli porno has sacado esa línea de guion, rizos?

—Del documental de Rocco Siffredi. Está en Netflix.

—Y tú estás chalada. —Se inclinó un poco, hasta rozarme la nariz con la yema del dedo—. Por suerte eres preciosa, así que puedes permitirte.

—No te tomes mis palabras como un halago vacío o como... un intento de inflar tu ego, Morrison.

—Mi ego está al borde de la explosión, Nina. Créeme.

No dejé de besarme, ni de recorrer lugares estratégicos con su mano más que durante el segundo que tardó en protegerse. Ya habíamos avanzado con respecto a la primera vez, algo que me leyó en los ojos cuando volvió a abrirse paso entre mis piernas y acomodarse, sin presión y manteniendo una asombrosa cordura teniendo en cuenta la situación.

Todas hemos vivido ese momento..., ya sabéis. Los tíos concentran toda su sangre en un solo punto y no es que estén habladores o que puedan hilar frases largas. Por lo visto, Lucas sí.

—No te pregunté nada sobre la primera vez que nosotros... compartimos esto.

—Me acarició la rodilla—. Se me fue la olla por completo y no tuve en cuenta nada; ni siquiera sé si estabas tomando precauciones o si...

—Morrison..., ¿de verdad te parece un buen momento para esta conversación?

—Levanté la cadera. Gruñó. Bien, a eso me refería—. ¿En serio?

—Intento distraerte del hecho inminente de que...

Espalda arqueada. Uñas clavadas en su carne. Músculos internos cediendo a una invasión que se vuelve placentera en segundos... Todo mi cuerpo reaccionando y dejando que el raciocinio se eche una siesta. ¡Qué gusto! Y esta vez sin tropiezos ni molestia. Lucas se movió y yo le respondí con entusiasmo. Le dejé llevar la voz

cantante durante un rato, pero luego... Bueno, éramos nosotros: rivalizar por el poder estaba en nuestro ADN, incluso durante el sexo.

Podría describirlo con todo lujo de detalles, pero lo dejaremos en que tuve algunos momentos de clarividencia. No, no me declaré durante el orgasmo, ni lloré. Tampoco dije cosas de esas... consideradas tabú que uno no puede tomarse en serio cuando está con los sentimientos a flor de piel, pero sí que me di cuenta de algo irrefutable, y fue que, en medio de toda aquella locura, desde el mismo principio, él había estado presente. Sacándome de quicio, enfadándome de forma visceral, poniendo en tela de juicio todo lo que yo hacía y las decisiones que tomaba..., pero constante. Lucas Buendía, el Jim Morrison de pacotilla, se había ganado un puesto de honor en mi interior —sí, ahí también, pero vamos a profundizar un poco llegados a este punto—, había calado hondo, como esa lluvia fina que no te parece capaz de mojar y al final termina empapando.

Como si no tuviera ya bastante lío en la cabeza. Mezclar sentimientos nunca era una buena idea, porque ¿qué iba a pasar después de *Cliché*? Digo más: ¿qué iba a pasar durante las emisiones de *Cliché*? ¿Era lógico que me sintiera unida a una persona a la que apenas conocía?

—Puedo trabajar los mimos poscoitales..., durante un rato al menos. Pero lo del silencio lo llevo un poco mal.

—Lo siento. —Me removí hasta poder verle. Su piel transpiraba y el pelo de sus sienes estaba húmedo—. Me estaba planteando un montón de cosas que ahora mismo carecen de sentido.

—¿Es que no bajas la guardia ni siquiera después de correrte?

—Alguien parece muy orgulloso de haber conseguido esa proeza.

—Bueno... —Me echó medio cuerpo encima, provocándome cosquillas con su barba—. Estabas bastante receptiva esta vez.

—La anterior también lo habría estado de haber contado con el tiempo previo necesario.

—¡Pensé que la bronca bajo la lluvia empujando la caravana habría sido preliminar suficiente!

—Pues ya ves que no. —Estuve dolorida todo el día posterior a aquello, pero no pensaba decirle eso. Bastante pagado de sí mismo estaba ya.

—¿Vas a preguntar adónde nos lleva esto?

Alargué la mano y toqué la pulsera que colgaba de su muñeca. Compartimos un momento callados, seguramente intentando ordenar todas las preguntas que deseábamos sacar a colación pero que todavía no estábamos preparados para formular.

—¿Es especial para ti?

—Lo más especial. —El *charm* en forma de copo de nieve tintineó cuando Lucas movió la muñeca—. Me la dio mi hermana, Susana.

—Háblame de ella.

—En realidad... debería levantarme. Quitarme el condón. Tú seguramente te estarás muriendo por fumar.

Le vi salir de la cama y darme la espalda. Resoplé. Me cubrí parte del cuerpo con la manta y me quedé sentada, esperando que sus ansias de escapar de todo fueran disipándose. Lucas no hizo intento de abandonar la habitación, y decidí que eso era un paso adelante... de los doscientos atrás que no parábamos de dar.

—Me gustaría conocerte, Morrison. De verdad.

—Eso no suena muy razonable, rizos. Mira dónde estamos. Mira a lo que nos dedicamos. ¿Acaso yo te conozco? ¿Sé algo de ti? Porque la persona a la que sigo y grabo no existe, es una... invención de guion. Ya no sé si me gusta esa Nina o la que asoma de vez en cuando, con una mala hostia terrible que solo se disipa con café y ratos de silencio.

—Yo tampoco sé cuál de las dos personas soy, Lucas. No todo el tiempo. La situación en la que estamos es confusa, pero no durará para siempre. —Me levanté y le acaricié el brazo con mis dedos. Su piel aún estaba cálida, y eso me reconfortó—. Saber que me sigues todo el día empezó sacándome de quicio, pero ahora, de algún modo, me consuela. Sé que estás cerca, de modo que nunca me siento sola.

—Se supone que no debes verme. Ni ser... consciente de que ando por ahí.

—Pues entonces no eres tan bueno como crees, porque te siento presente todo el tiempo. —Alcé la mano y toqué su barba. Sus ojos me miraron, tiernos—. Preguntame todo lo que quieras saber de mí. Y dame la misma opción.

—Cuando salgamos de esta habitación las cosas volverán a ser como son. Tener grandes expectativas sobre lo que una conversación profunda puede suponer no me parece inteligente, Nina.

—Pero ahora estamos aquí, ¿verdad? Vamos a follarnos las expectativas. Saquemos esa conversación de en medio, y ya veremos después.

En una historia de ciertas características, al uso, este sería el momento en el que el héroe mostrara sus debilidades y se escudara en ellas. Un hombre sensible, que convierte sus inquietudes y miedos en fortalezas. Dejaría al público boquiabierto con un relato de superación, de habilidades hasta el momento desconocidas, y haría alarde de toda una serie de expectativas de futuro nobles. Hablaría de sus sueños, de sus planes, y serían todos desinteresados y de una magnificencia... pues, eso, magnífica.

Ojalá no estéis esperando eso, porque Lucas Buendía podía ser de todo menos un héroe común.

—Mi intención es ganar dinero. Mucho dinero. Todo el dinero que sea capaz de almacenar.

¿Eh? Ya había avisado.

—¿Y vas a gastártelo todo en un estilista capilar?

—No parecía molestarte mi pelo cuando me tirabas de él con desesperación mientras yo te...

—Nunca me ha gustado el exceso de vello.

Lucas se mordió el labio. La palma de su mano resbaló por mi muslo y se posó, suave como una mariposa un poco pervertida, en mi entrepierna. Gimoteé un poco.

—Vaya... Todavía estás muy sensible.

—Estabas hablándome de ti, tío Gilito.

—Quiero pasta. A montones. —Levantó la mano y la pulsera quedó a la vista—. Mi hermana Susana necesita independencia, toda la que el dinero pueda pagarle, para vivir experiencias y hacer cosas de chica normal, por lo menos, según sus posibilidades.

Fruncí un poco el ceño. Allí había algo que se me escapaba.

—¿Quieres darle dinero a tu hermana para que se vaya de Erasmus?

—A ver, Nina... Estoy intentando buscar la manera de contarte esto sin que me pongas en la posición de... considerarme un buen tío, ¿vale? No soy esa clase de hombre con un gran propósito que cumplir. No albergo grandes aspiraciones ni metas sobresalientes en la vida. Tú te metiste en este programa porque esperas dedicarte al periodismo de forma más profesional. Para aportar algo a tu carrera. Para dejar una huella.

—Y tú quieres facilitar la vida a tu hermana, no me parece mal. Y descuida: nadie te pondría la etiqueta de tío desprendido. Está claro que eso no te va.

Lucas se removió. Alcanzó los *boxers* y se los puso con rapidez. Por un segundo pensé que ya estaba, se piraba. Adiós a nuestro paréntesis intenso de conocernos... Pero, para mi sorpresa, se volvió a sentar a mi lado. Le costó un poco retomar el hilo, y aunque todo en mi interior chillaba por saber, logré mantener la paciencia lo bastante como para darle su tiempo de reacción.

—Susana es síndrome de Down. Tiene veinte años, pero es como si en realidad no pasara de los doce. —Sus labios se curvaron en un gesto tierno que, hasta entonces, jamás le había visto—. Choca mucho con mi madre, porque para ella Susana es solo una niña con necesidades especiales en vez de una mujer que necesita hacer por sí misma todo lo que pueda.

—Y quieres darle ese dinero para que sea independiente.

—En la medida de lo posible, pero sí. Hay un programa que contrata hermanas mayores para casos como el de Susana. Son cuidadoras, pero no en el sentido más opresor de la palabra, sino que más bien actúan como amigas. Como confidentes. Por supuesto, están tituladas y preparadas para solventar problemas, pero sus servicios van más allá de ropa limpia, medicinas y comidas a sus horas. Prestan tiempo y abren acceso a una vida real.

Lucas se explayó explicándome aquello en detalle, lo que me dejó claro que no era una idea que se le hubiera ocurrido de la noche a la mañana. Por lo visto, el programa de adopción de una hermana mayor contaba con servicios como ir de compras o al cine; viajar, pasar el rato en restaurantes de comida rápida, cambiar de imagen en la peluquería... Susana estaría acompañada y vigilada las veinticuatro horas, pero no por alguien de su familia, y la oferta de inclusión del programa de adopción garantizaba una chispa de vida real que la niña no conseguiría si hacía una excursión con su madre, por ejemplo.

»Ni siquiera conmigo sería una experiencia de ella. Porque soy su hermano y me preocuparían estupideces como que en esa tienda de mierda alguien vaya a burlarse de ella. —A Lucas se le endureció la voz. Su gesto hosco volvió a ser el de siempre—. Quedan imbéciles como esos. Si la meto en el programa, será una chica normal. O, al menos, lo más normal posible. Haciendo cosas propias de su edad.

—Creo que es una iniciativa preciosa, Morrison. Me parece maravilloso que quieras darle eso a Susana.

Apoyada en mis rodillas, besé su sien y después, su mejilla. Él cerró los ojos y nuestras bocas se encontraron. Suave, lentamente. Me rodeó con los brazos y negó con la cabeza. Una chispa de humor le brillaba en la mirada.

—¿Ves, rizos? Por eso no quería contarte nada. Ahora tu coño te está diciendo que soy un tío de los que valen la pena.

—Mi coño y yo no compartimos conversaciones profundas.

—Mmm... Una elección de adjetivo muy peculiar para la zona a la que estamos refiriéndonos. —Me toqueteó, y tuve que apartarle de un manotazo. Dichoso Morrison... ¿Es que no podía tomarse nada en serio? —Los dos contamos con buenas razones para que *Cliché* siga en antena, pero he visto esas cartas que estás escribiendo para Jorge, rizos... ¿Quieres seguir adelante con esto?

—Esa no es una decisión que pueda tomar lanzando una moneda al aire o escribiendo una lista de pros y contras. —Y lo sabía porque ya lo había intentado—. Hay muchas cosas que considerar.

—Ya... Amelia y Pedrito sin estabilidad laboral y mi hermana sin su programa

para adolescentes con Down. No, rizos. Yo he sido sincero: lo menos que me debes es serlo tú también.

—¡Pero es que esa es la verdad, no lo sé!

Por una parte, claro que quería terminar aquel proyecto. Todos somos un poquito egoístas y un mucho egocéntricos cuando tenemos cerca del alcance de nuestra mano la posibilidad de destacar en algo. ¿Recordáis en el cole, cuando llevabais unos deberes impecables pero el profesor olvidaba pedirlos? La mayoría se los había saltado y creía que se iba a librar, pero entonces tú —yo, en este caso, que siempre he sido muy puñetera en la vida— levantabas la mano y entonabas con inocente voz infantil eso de «Oye, profe, ¿no vas a pedir la tarea?». No era la más famosa del patio, pero tuve un expediente de sobresaliente. Sabía que podía dar lo mejor de mí, y necesitaba demostrarlo. Sentía la necesidad de dejar constancia de que me había esforzado por algo, y ese algo merecía ser considerado.

Cliché 2.0 tal vez no fuera el informativo de mediodía más visto de la televisión. Era posible que no recibiera un Ondas, pero estaba barriendo en audiencia, porque los humanos somos seres que nos sentimos mejor con nuestras miserias si podemos ver las de otras personas para establecer comparaciones. Mal de muchos... Ya sabéis cómo sigue. A lo mejor poner en mi currículum que en vez de guionista había sido protagonista no me abría todas las puertas que yo ambicionaba, pero, sin duda, me daría opciones para llamar a ellas con la confianza de haber sido parte de un producto que había hecho las delicias de la parrilla.

«¿Es usted Nina Carvajal, de *Cliché*? Tenemos entendido que, durante su emisión, las cadenas de televisión no hablaban de otra cosa. Hasta retrasaron la emisión del partido de fútbol de la semana para no perder un solo segundo del directo en el pueblo». Casi salivé. Lo admito. Aunque, bueno..., todos sabemos que no hay nada en este mundo que haga que un partido no empiece a su hora, pero soñar... ¡es tan bonito!

Intereses personales aparte, que aquello funcionara garantizaba que Pedrito y Amelia disfrutaran de buenos sueldos y pudieran pasar a otro trabajo después de haber llevado este a la gloria. Lula estaría contenta conmigo y a Esther... con suerte le saldría una úlcera. Y después estaba Morrison. No le conocía como a la palma de mi mano, pero era un tío lo bastante transparente como para dejarme claro que no me había contado el tema de su hermana para ganarse mi simpatía. Desde luego, y aunque era el primer interesado en cobrar por aquellas cinco semanas de trabajo de cámara, no había parado de echarme en cara una y otra vez las implicaciones morales que tenía aceptar el trabajo que estábamos desempeñando. Quería cosas para sí y su familia, pero, por lo visto, no hasta cierto punto.

Eso entraba en conflicto directo con la parte de mi mente que no dejaba de preguntarse qué pasaría después. Si todo iba bien, si cumplíamos el plazo y el programa llegaba a término, ¿qué sería de San José de Los Altos tras nuestra marcha? Aquel lugar idílico y aparentemente anclado en el tiempo, donde las cigüeñas anidaban en los pináculos de los tejados y los canales de televisión fallaban tan a menudo que nadie se paraba a plantearse por qué... Poca cobertura, mucha lluvia y una población que se inclinaba inexorablemente hacia la vejez... ¿Se llenaría el pueblo de turistas entusiastas y frikis de los *realities* que buscarían fotos fáciles en la biblioteca y la cafetería? ¿Acudirían en masa los vegetarianos al restaurante de mi primera cita para hacerse un *selfie* con un plato lleno de tonalidades verdes? ¿Y Jorge? ¿Cómo sobrellevaría Jorge todo aquello?

—Su anterior pareja abandonó el pueblo porque se le quedaba pequeño. Se marchó y no miró atrás... Y él, aunque está seguro de haber tomado la decisión correcta, se pregunta si debió haberla seguido.

—¿Crees que está tan enamorado de ti como para que verte marchar le remueva todo eso?

—No lo sé, Lucas... Pero está claro que regocijo no le va a traer.

Resoplé y me apoyé en el cabecero de la cama. El espejo del buró me devolvió una imagen grotesca de mí misma, que no tenía nada que ver con la tez pálida o los rizos desordenados. Aquel cristal, mi retrato de Dorian Gray particular, me mostraba la podredumbre que se instalaba dentro de mi cuerpo conforme anteponía cosas banales y sin sustancia a los sentimientos de los demás. Esa no era la persona que mis padres habían criado, ni se parecía a la chica llena de ganas de cambiar el mundo que había terminado la carrera.

Nina Carvajal no habría pensado primero en llamar a puertas importantes antes que en los problemas que su conducta pudiera crear.

—La vida los va a cambiar a todos, rizos. Ya sabes que será así, ha pasado en todas las ediciones.

—Sí, pero no es lo mismo ser un concursante consciente que uno que se ve metido en toda la historia sin saberlo.

—Es posible que saquen beneficios añadidos.

—¿Tener su pueblo en el mapa y las calles llenas de turistas? No creo que les merezca la pena.

—Intento ayudarte, joder.

—Ya, pues no lo consigues. Pero no es culpa tuya. —Resoplé. Esta vez fue mi turno de levantarme. Recuperar la ropa interior, meterme en los pantalones... Cualquier cosa me valdría para alejar la mente de la inminente respuesta que no

podía dar. Ni a Lucas ni a mí misma—. No sé si quiero dejarlo. No sé si quiero seguir.

—Pues estás hecha un lío, rizos.

—Muy suspicaz.

Se metió en su ropa —y en sus asuntos— durante unos minutos. Los dos abandonamos la habitación, callados, dejando nuestros momentos vulnerables protegidos en el calor de las sábanas que habíamos compartido. De vuelta a la cocina, compartimos una taza de café y unos filetes recalentados que nos supieron a gloria. Durante ese tiempo, Lucas fingió interesarse por los equipos que Pedrito había dejado instalados, y yo usé esos valiosos instantes para intentar desenmarañarme la cabeza, sin éxito. No había ninguna decisión acertada, porque todas afectarían a alguien.

—Esta es una de esas situaciones que solo se solucionarían con una máquina del tiempo. —Me miró como si estuviera loca. Bueno..., algo de eso había—. Mi amiga Cayetana siempre dice..., cuando no podemos enfrentarnos a algo o no encontramos medio de arreglarlo, que es una situación de la que solo nos podríamos ocupar con una máquina del tiempo.

—Vale, rizos, ¿y a qué momento del pasado irías? ¿Al de tomar la decisión de aceptar el problema o al de romper el beso con Jorge?

Vaya. Eso no me lo esperaba.

—¿Crees que siento algo por Jorge?

—Está claro que te importa.

—Porque es un ser humano, Morrison. No me gusta llevar dificultades a la vida de la gente de forma gratuita. ¿No es eso de lo que iban todos tus manifiestos de mierda sobre mi mala elección laboral?

—Nunca he dicho que me parezca bien mentir.

—En eso estamos de acuerdo.

Se mesó el pelo. Se le veía tenso, distorsionado..., tambaleante. No sé cómo explicarlo, pero de repente sonaba una musiquilla circense y él se balanceaba en una cuerda floja autoimpuesta entre lo que quería decir y lo que ni de coña estaba preparado para reconocer.

—Me parece que esto ha dejado de tener que ver con el bien y el mal. Si te gusta ese tío, es normal que decirle la verdad te frene. Lo mires por donde lo mires, no se lo va a tomar bien, porque él está colgado de una mujer que no existe. Tú te la has inventado.

—Sé lo que he hecho. Eran exigencias del guion.

—Explícaselo a tu novio, a ver qué cara pone.

—¿Qué? ¡Jorge no es mi novio! ¿Pero qué coño te pasa?

—Me gustaría saber por qué acabamos de acostarnos si tu cabeza está puesta en otra persona, eso es todo. Y no, rizados, no estoy celoso, no te vengas tan arriba. Es solo que no lo veo... ético. Ni lógico, joder. ¿Estás encaprichándote con Pueblerino Bonito? Estupendo. Que seáis muy felices después de que le confieses la verdad, pero, mientras tanto, no me comas la cabeza.

—Eres insoportable. —Solté los platos en el fregadero y puse distancia, porque preveía que, si seguíamos cerca, le arrearía con una sartén en su maldita cara de estúpido—. ¿No puedes entender que me preocupen los sentimientos de otra persona sin necesidad de sentir nada por ella? Porque ese es el motivo de que sigas respirando, idiota. Si no respetara la vida, hace mucho tiempo que te habría dado una patada en los huevos.

—Porque no sientes nada por mí, claro.

—¡Tendría que estar loca para llegar a eso, Morrison!

—¡Bien! Es cojonudo que estemos de acuerdo. Ojalá seas muy feliz viviendo en tu puta biblioteca de mentiras, Nina Cervantes.

Le dediqué una peineta que me salió del alma, y algo más iba a decirle, lo juro, calientes como estábamos, por el sexo y la conversación sin sentido que se estaba yendo rápidamente de madre, pero el timbre nos paró en seco, anunciando que el recreo se había terminado. Nos miramos un momento, sin estar muy seguros de cómo proceder. Al final, la lógica se impuso, y mientras Lucas se quedaba donde estaba, yo me recompuse y crucé el pasillo. Antes de tirar del pomo, me re Coloqué la ropa, preparada para despachar a quien fuera que hubiera aparecido a pedir azúcar, huevos o alguna de esas cosas que sucedía en los pueblos.

Recordemos que yo era una inquilina particular, y no podía recibir visitas, por si acaso estas descubrían que vivía acompañada y que monitorizaba mi día a día para enviarlo a un canal de televisión. Vamos, las típicas particularidades que todos tenemos.

Abrí la puerta y me encontré con...

—Jorge.

Me quejaba yo de esa conversación pendiente, ¿no? Pues la montaña había venido directa a Mahoma.

UN PRÍNCIPE PARA NINA

Lo malo de la culpa es que nos nubla el juicio y lleva a que tomemos malas decisiones. Cuando nos sabemos culpables por algo, o por alguien, nuestra respuesta más primitiva es intentar arreglarlo. Solucionar el problema y anteponer a la persona o la situación que hemos estropeado a cualquier otra implicación. Al menos, en líneas generales. Y aunque una vocecita pequeña y taimada en nuestro interior parpadee e intente alzarse, es rara la persona que le presta atención antes de sumergirse hasta el cuello en la resolución de su conflicto particular.

Al discutir con una amiga, tener un encontronazo con tu madre o subir el tono con tu amante habitual, el mal rollo se instala dentro de nuestro sistema nervioso y nos hace sentir como cuando sufres vértigo y acabas de bajarte de un barco. En zozobra. Inquieto. Incómodo. No encuentras sosiego. Eres como esas gallinas que no anidan y se mueven por la granja como... pues, eso, como gallina sin anidar. Joder, qué difícil es explicar un símil usando otro. A lo que iba... Que, aunque tu amiga tuviera su buena parte de culpa, tu madre se extralimitara en sus funciones y a tu amante se le hubiera ido la olla, tu actuación natural va a ser la de poner la otra mejilla, pedir perdón, aceptar unas disculpas vanas y abogar por resolverlo cuanto antes.

Por lo menos, eso es lo que siempre vivo yo. Caye dice que soy tan de poner la otra mejilla que con el tiempo y las hostias recibidas ya me las han cambiado de color a perpetuidad. No sé. Puede que lleve razón, pero la verdad es que soy de esas personas *rara avis*, si queréis pensarlo así, que prefieren claudicar y perder la pelea antes que perder el sosiego. Me imagino que por eso emití un suspiro de alivio cuando Jorge se presentó en la puerta queriendo hablar. Me ponía en bandeja la explicación por el asunto de la biblioteca que yo tenía prisa por darle, y quizá... algo más.

No había terminado de decidir qué iba a pasar conmigo y con *Cliché*, porque las implicaciones iban más allá de mí y mi egoísmo exacerbado. Los trabajos futuros de Amelia y Pedrito, las mejoras en la vida que Lucas quería para su hermana y, sí, la satisfacción personal de haber cogido en mis manos un proyecto que difícilmente podría sostenerse y haberlo llevado a buen puerto. Todo eso me pesaba. ¿Más o

menos que seguir actuando a espaldas de un pueblo entero? Bueno..., decidirlo dependería de cómo fuera la conversación con Jorge.

Como os contaba, sentirte culpable te inclina a las malas decisiones, por eso acepté cuando Jorge me ofreció ir a dar un paseo y me alejé con él, porque yo no sabía que ese mero asentimiento de cabeza, que duró apenas un suspiro, iba a desembocar en una maraña que parecería sacada de la mente más enferma del mundo. El ansia de arreglar lo que había desordenado me cegó, y con la piel todavía oliendo a Lucas, dejé la casa y todas las preguntas sin respuesta que no paraba de hacerme y seguí a Jorge.

Culpa y malas decisiones..., un cóctel peligroso.

Otra cosa que yo no sabía era que Pedrito estaba infringiendo muchas normas básicas de conducción con nuestra caravana de hojalata para volver a San José de Los Altos a la mayor brevedad, sacrificando tiempo con su familia. Con Amelia a su lado, más pálida que de costumbre, emprendieron el camino en sepulcral silencio, rememorando las palabras que habían oído en la reunión de equipo y que tanto les habían removido por dentro. Ellos también sentían culpa, pero, a diferencia de la mía, su decisión de volver fue la adecuada, porque primó en ellos una lealtad que yo en ese momento tenía mal entendida.

Yo no me enteré hasta que todo, literalmente, explotó en mi cara, no estuve ahí cuando llegaron aporreando la puerta, ante la asombrada mirada de Morrison, que prácticamente debió echarse al suelo para evitar que Pedrito le arrollara. Meli, con sus botas de hebillas, recorrió las habitaciones, buscando algo con lo que no daba. Insisto, yo no estaba presente, pero puedo contaros, más o menos, cómo pasaron las cosas hasta que lleguemos a la parte que no se puede desvelar antes de tiempo.

No matemos la emoción ahora que ya casi estamos, ¿no?

—¡No está aquí! ¡No está!

—¿Nina? ¿Adónde ha ido, melenas? Y si ella no está, ¿qué coño haces tú aquí?

—¿A qué narices viene todo este drama? ¿Qué pasa?

Aturullados como andaban por sus descubrimientos más recientes, Pedrito y Amelia cogieron resuello para contarle todo a Lucas, que, la verdad, de paciencia iba justo. Se limitó a seguirlos por la casa hasta que constataron que yo, ciertamente, no me encontraba allí. Después, Morrison se paró en seco en mitad del pasillo y se encaró con ellos, nervioso como empezaba a ponerse ante la perspectiva de que algo se le estuviera escapando.

—Jorge se ha presentado aquí, y Nina lo ha aprovechado para hablar con él, por el tema de la espantada de la biblioteca.

—¿Y por qué no estás con ella? ¡Se supone que eres su cámara!

—Ya, regi, pero salir justo pegado a su culo con la cámara en el hombro cuando lleva a Jorge al lado no me ha parecido demasiado discreto. —Lucas cruzó los brazos. Tenía ya esa línea marcándole el ceño, la que avisaba de fuerte marejada—. Se supone que toda esta mierda es de incógnito, ¿no? Para no joder el secretismo del programa y que sea «lo más coral posible». He decidido darle un poco de cancha.

Reitero. Yo no estaba presente. No vi cómo Amelia y Pedrito intercambiaban una mirada de circunstancias que sacó a Lucas de quicio, ni cómo dudaban, una milésima de segundo, antes de soltar todo lo que sabían. No supe de qué iba aquello hasta que me encontré metida de lleno en ello... Pero a eso ya llegaremos.

—Tienes que ir a buscarla, Lucas. —Esa fue Meli.

—Ya he dicho que solo estoy dándole cancha. Sé cuál es mi jodido trabajo.

—No, Lucas, no lo sabes. Y ella tampoco. —Pedrito, con tono monocorde, le lanzó la chaqueta que colgaba del perchero—. No debemos dejarla sola.

—¿Pero se puede saber qué cojones ocurre?

—Quieren conseguir a toda costa sus objetivos, Lucas. Y no van a parar... ni a ponerse freno, ¿entiendes?

—¿Quieren? ¿Quiénes quieren? ¿Los de arriba? ¿La gente del programa?

—Nosotros no lo sabíamos. No sabíamos nada, de verdad. Acabamos de enterarnos... —Amelia se apartó el flequillo de la cara, frustrada—. ¡Éramos parte del juego! ¡Todo esto, todos nosotros!

—Me estáis... tocando mucho las pelotas los dos. —Nervioso, Lucas se puso la cazadora. Echó una mirada a la cámara, pero, por primera vez, decidió salir de casa sin ella—. No entiendo una mierda de lo que oigo, y me da igual. Solo quiero saber una cosa: ¿Nina está en peligro?

Otra vez, Pedrito y Amelia compartieron una mirada, pero esta solo duró unos segundos.

—No me atrevo a decirte que no, melenas.

—Vale... Se acabó.

Morrison agarró la puerta y la abrió de un tirón. Salió fuera, a la corriente de aire que se había levantado para despedir las horas diurnas del día. Entretanto, Pedrito y Amelia se afanaron con los monitores y los cables. La culpa los acicateó, porque, a pesar de estar observándolo todo constantemente, en realidad no habían visto nada. Seguros como estaban de las personas en que confiaban, no vieron las pistas que se habían ido disseminando a nuestro alrededor. Ni las jugadas maestras que nos fueron colocando en las casillas que ahora estábamos ocupando todos y cada uno como las

piezas de un tablero que nunca habíamos controlado en realidad.

—¿Adónde crees que serán capaces de llegar? —preguntó Meli, mordiéndose las uñas.

—Has oído lo mismo que yo. —Pedrito sintonizó las cámaras que habían ido dejando por el pueblo, buscándome—. Lo que pase no es más que un medio para llegar a un fin. El formato no les importa. Ni Nina tampoco.

—Pero a nosotros sí. Y a Lucas. ¿Crees que eso también lo sabían? ¿Que era parte de lo planeado?

—¿Llevarnos a este punto para que él fuera a pararlo?

—El héroe al rescate. El mayor cliché de todos los tiempos.

Mi imagen apareció entonces, caminando junto a Jorge, a un par de calles de la biblioteca. Pedrito se inclinó hacia adelante, mirándome con toda atención. Un suspiro se le escapó, y hundió los hombros, de repente cansado de aquello que había sido su vida durante los últimos años.

—Si es así, Amelia, desde luego estamos lidiando con mentes mucho más retorcidas de lo que pensábamos.

Pedrito había dado, sin saberlo, en el clavo. Pero eso lo averiguaríamos más tarde.

Ajena al hecho de que estaba próxima a protagonizar una escena que iba a tardar mucho tiempo en olvidar, compartí con Jorge una charla que bordeó, sin tocarlo, el tema del que ambos queríamos hablar. Me contó que había estado fuera del pueblo encargándose de unos materiales de obra que había tenido que llevar a Burgos capital, y que tomar esa distancia le había ayudado a ver las cosas claras. Sus errores, dijo, el haber dado por sentado muchas cosas que tal vez debió haberse pensado más y mejor.

Conforme más hablaba, asumiendo que su conducta no había sido la apropiada, comprendiendo y aceptando que mi salida —literal y metafóricamente hablando— había sido lo más lógico al haberme cercado, peor me sentía yo conmigo misma.

¿Sabéis esas películas de triángulos amorosos donde uno de los dos hipotéticos pretendientes siempre termina siendo un capullo para que la protagonista y la audiencia vean claro hacia quién inclinarse? Pues estaba viviendo todo lo contrario. Salvando las distancias de que mis sentimientos por Jorge no tenían nada de romántico. Lo ocurrido con Lucas me laceraba la piel, aun cuando no me atrevía a ponerle a aquello nombre y apellidos; la conciencia del daño hecho a Jorge me escocía.

Yo no olvidaba dónde estaba, y que mi estancia allí, así como mi papel de Nina Cervantes, llevaba fecha de caducidad. ¿Qué iba a hacer con esa certeza? Bueno, la

respuesta llegó por sí sola.

—Creo que fui demasiado rápido. Era un momento de tensión, y yo... malinterpreté tu vulnerabilidad hasta que, bueno, provoqué que huyeras. —Me sonrió con pena y el nudo de culpa de mi estómago se hizo más apretado—. Pero me gustas mucho, Nina. Sé que es pronto y que apenas nos conocemos.

—Jorge..., voy a pararte ahí.

—No, no, escúchame, por favor. Sé lo que vas a decirme. De verdad. Hemos estado poco tiempo juntos, un tiempo marginal en comparación con las experiencias que hemos compartido con otras personas, Nina. Y sé..., intuyo, que seguramente tu expareja aún te ronda la cabeza. Lo entiendo.

Ay, joder... ¿Qué iba a entender? ¡No entendía nada, nada!

—Jorge, créeme, puedes pensar que sabes lo que está pasando entre nosotros, pero no es así.

—Tenemos una conexión, Nina.

—No, no la tenemos. Y entiendo... Ha sido agradable conocernos. Hemos conectado, pero... eso está lejos de llevarnos a algo más. De verdad.

—Él debió de hacerte mucho daño, pero eso ahora se ha acabado, Nina. Yo soy diferente.

—Estoy segura de que sí, Jorge. De verdad. —Le cogí la mano e intenté sonreírle. De pronto, la culpa se me había transformado en una extraña tensión y la vocecita de alarma taimada y suave de la que os hablé antes empezaba a resonarme con eco—. Pero yo no soy la persona en la que debes volcar toda tu atención. De verdad, no lo soy.

—Ahora eres tú la que no entiende, Nina. Eso está completamente fuera de mi control. Ya no puedo evitarlo.

Fruncí el ceño. Jorge alzó nuestras manos, unidas, y besó mis nudillos. En ese momento, con total clarividencia, vi que la salida más honorable era la verdad. A la mierda *Cliché* y ese hipotético éxito profesional que, siendo justos, nunca había estado con toda seguridad postrado a mis pies. Podía irme bien tras las emisiones, o mi poca credibilidad podía hundirse. Cualquiera de las dos opciones era posible. En todo caso, ya no importaba. Aquel hombre estaba convencido de algo que yo sabía que nunca se iba a dar, y a menos que quisiera vivir gran parte de mi vida con la vergüenza de haberle dejado seguir abriéndose en canal por nada, más me valía cortar por lo sano.

Intuí que el golpe iba a ser devastador, pero, una vez más, me quedé muy corta.

—Jorge, hay una cosa...

—Tenemos mucho que contarnos, Nina. Pero no aquí, ¿de acuerdo? Vamos a la

biblioteca, el lugar donde todo empezó.

—No quiero que te confundas, ni que le des a esto un marco que pueda parecerte romántico, porque no es así. De verdad que necesito que me escuches. Lo que voy a decirte puede sonar como un disparate...

—Hablemos dentro, por favor. Vamos a la biblioteca. Dejemos que los libros nos arrojen y después... Después podrás decirme lo que quieras. Y yo lo aceptaré.

No lo veía bien. De algún modo, el lugar donde había trabajado y pasado parte de mi tiempo se me antojaba ahora... inquietante. Pero supuse que se lo debía. Lo que iba a decirle era, después de todo, un golpe de gracia. ¿Qué más daba si le complacía en una sola cosa? Podía darle eso, ¿no?

Le seguí hasta el edificio de piedra, con su pináculo en lo alto, su cristal a medio reparar y sus estanterías robustas cubiertas de libros. Respiré hondo, llevándome en las fosas nasales el olor a cuero y páginas plagadas de historia. Mi discusión con Lucas, después de ese polvo donde nos desnudamos algo más que el cuerpo, me fue volviendo como *flashes*. La vida de todos los habitantes de aquel pueblo iba a cambiar de forma irremediable. Para bien o mal, dejarían de ser ciudadanos anónimos. Ya no lo eran. Y yo, un desastre de mujer, había contribuido a que la vida tal y como la conocían se apagara para siempre. Aún con el remordimiento latente, la memoria me jugó la mala pasada de llevarme de vuelta a aquel dormitorio, a unas caricias que se me habían tatuado en la piel, a una discusión que, incluso sin sentido, me hacía sentir segura. Morrison me ponía de los nervios, alerta, cachonda, feliz y confusa. Me pregunté si ya me habría seguido. Si habría oído las palabras de Jorge y habría apretado los dientes tras el objetivo de su cámara, sin expresar sentimientos propios, siendo tan solo un espectador más, dejándome tomar la decisión de hasta dónde llegar, qué aceptar y cuándo frenar.

Él no era esa clase de hombre que entonaría una bulería cargada de celos, ni que daría a escoger entre su nombre y otro en la hipotética decisión que yo tendría que tomar. Lucas esperaría, sin meter la cuchara en una sopa que no consideraba asunto suyo, y actuaría en consecuencia.

Por eso me gustaba, entendí. Porque me daría espacio cuando otros me pusieran entre la espada y la pared. Porque me decía lo que no le gustaba de mí con la misma facilidad que hacía lo opuesto y porque, aun cuando encajar era imposible para dos formas de ser como las nuestras, de algún modo, lo había conseguido.

Me gustaba por un montón de pequeñas razones tontas, y supe que aceptaría la decisión que yo tomara porque le parecería bien que optara por lo mejor para mí, con independencia de lo que eso significara para sus propios intereses. Morrison, el cámara peludo de mal carácter y ceño fruncido, nunca aceptaría limosna, y mucho

menos que siguiera adelante con algo que me era inconcebible por las razones equivocadas.

—Hay tanto romance entre estos muros... Es prosaico que fuera el trabajo que estabas destinada a desempeñar, Nina.

Suspiré. De vuelta al momento presente, con mis pisadas resonando en los pasillos vacíos de la biblioteca, tenía un asunto del que ocuparme. Intentaría ser delicada, aunque la inquietud me estuviera poniendo el vello de punta. ¿Jorge siempre había sido tan intenso?

—Escucha, Jorge... No sé qué has estado pensando contigo mismo después de lo que pasó aquí la otra noche, pero debo decirte que estás muy confundido. Yo no albergo esa clase de... pretensiones hacia ti. Y estoy segura de que tú tampoco.

—Estás asustada, Nina. Es normal. Hemos dado vueltas en círculo sin llegar a nada, perdiendo un tiempo precioso que yo ansío recuperar.

—Es que no hay nada que recuperar. Y aunque lo pienses..., aunque quieras pensarlo, no escapé por miedo o dudas. No fue una huida que estuviera interpretando, porque no estaba segura de cómo seguir, Jorge. Me fui siguiendo...

—Pero Nina, ¿no lo ves? ¡Claro que estabas interpretando! Todos lo hacemos.

No pude evitar pensar que no tenía idea de hasta qué punto.

—Mira, Jorge... Es posible que por algún motivo te hayas... encariñado de quien crees que soy, pero no es justo para ti. No te lo mereces. Y yo, desde luego, no merezco que compartas conmigo esas... emociones.

—Nina... ¿No te das cuenta? Tú te lo mereces todo. Te mereces las palabras, los gestos y el romance. Te mereces a tu príncipe... y el éxito en tu trabajo por el que tan desesperadamente has estado esperando.

Esta vez, la sensación de alarma me envió un aguijonazo que me perló la espalda de sudor frío. Por instinto, caminé hacia atrás.

—¿Qué has dicho? —Lo del príncipe..., la tontería del príncipe con la que toda periodista mujer y soltera había bromeado alguna vez tras la boda de nuestro rey con una compañera de profesión...—. ¿De qué estás hablando?

—Sabes de lo que hablo, Nina. Siempre lo has sabido. Y yo también. Nunca ha habido secretos... Por eso esto está bien, por eso es perfecto.

—Jorge..., no sé lo que intentas decirme, pero...

Dejé de hablar. ¿Eso que olía era humo?

—Al principio será difícil, lo sé, pero encontraremos un buen ritmo para los dos. Hallaremos la manera..., y después de este capítulo, ya nada será igual. Te prometo que nada podrá pararme: conmigo a tu lado, ninguna puerta permanecerá cerrada para ti.

—¿Capítulo? ¿Pero de qué coño...? —Giré la cabeza. Sí, definitivamente aquel olor..., aquel ambiente cargado... Algo iba mal. Algo iba terriblemente mal—. Jorge... ¡Jorge! ¿Eso es humo? ¡La biblioteca está ardiendo, hay que salir!

Apenas pude dar un par de pasos hasta que me agarró. Me dio un empujón leve y me golpeé a la altura de los riñones contra la robusta balda que albergaba los mayores éxitos de Charlotte, Emily y Anne Brontë. Qué ironía, fui capaz de pensar a pesar de la profunda conmoción: algunas de las historias de amor más bellas jamás escritas estaban siendo testigos de un acto que no tenía nada que ver con el romanticismo. Desesperada, traté de poner distancia, mientras el tufo a quemado me llenaba las fosas nasales. Pese a los techos altos, el aire no corría con facilidad dentro de una estructura tan cerrada. Que su interior fuera prácticamente papel tampoco nos daba mucho tiempo antes de que el oxígeno faltara.

Pensé a toda prisa, y comprendí que tratar de razonar sería mi única salida posible.

—Jorge, por favor... ¿Por qué no seguimos hablando fuera? ¡Tenemos que salir de aquí, hay fuego!

—No podemos, Nina. Debemos esperar.

—¿Pero esperar a qué!? ¿Te has vuelto loco? ¡La biblioteca está en llamas!

—Tú cámara aún no ha llegado, ¿no lo entiendes? Ese estúpido... poco profesional que no ha parado de cometer errores desde el principio va a fastidiar nuestro gran momento, Nina. ¡No puedo permitirlo!

Se me heló la sangre. Lucas. Jorge estaba hablando de Lucas.

—¿Cámara? —Impresionada ante lo que apenas alcanzaba a comprender, le miré con los ojos picándome a causa del humo, que se extendía—. ¿Sabes de la existencia de mi programa?

Entonces, Jorge curvó las comisuras de su boca en un gesto altanero. Nunca me había dedicado una sonrisa como esa, probablemente porque era la primera vez que la esbozaba de verdad.

—¿Tu programa, Nina? Este nunca ha sido tu programa. Medios obsoletos, equipo chapucero y unas ideas anticuadas. Eso es lo que trajiste aquí, pero yo... yo tengo mucho más que ofrecer, y cuando esto se emita, nada se comparará conmigo.

—Pero no... no puede ser. Yo te escogí. Yo... llegué aquí y decidí que tú...

—¿Decidiste? Nina, sigues sin entenderlo. —Se me acercó, enredando el dedo en uno de mis rizos. Sentí arcadas y tosí. El calor empezaba a ser sofocante. El ambiente se teñía de sombras y el olor a quemado, a cuero y papel cediendo al lamido de las llamas impregnaba cada brizna de aire limpio que quedaba—. Has sido una ficha muy pequeña en un tablero demasiado grande como para que pudieras verlo entero. Que creyeras que poseías el control era esencial, pero no es

así. Nunca lo ha sido.

—¿Desde el principio? ¿Todo esto..., el programa, el pueblo...? ¿Estaba orquestado desde el principio?

—Eras tan ingenua... De algún modo parecía adecuado que pensaras que tenías algún poder de elección, pero después de que tu compañero y tú echarais a perder la noche que debíamos que pasar aquí, bueno..., la ofensiva fue lo único que se nos ocurrió para evitar el fracaso. No..., no, quieta.

Volví a forcejear. Pataleé y le empujé, sin éxito. Desesperada por escapar y, a la vez, sin poder moverme a causa del *shock*, solo acerté a mirar a Jorge, a mirarle por primera vez a los ojos, sin artificios por ninguna de las dos partes. Confundida y sobre todo asustada, la negación fue lo único que se me ocurrió para no ceder al pánico más brutal, que ya me anidaba dentro.

—No me lo creo. Todo esto es... un montaje. No puede ser real, ¡nadie en su sano juicio llegaría tan lejos por un programa de mierda, Jorge! ¿Pretendes que me crea que nos van a dejar arder vivos? No... no es posible. No me lo trago.

—No es necesario que lo creas, Nina. Vas a protagonizarlo. —Eché una mirada a su reloj de pulsera, con gesto de fastidio—. Vamos a darle a tu cámara unos minutos más para hacer su gran aparición. Este es nuestro clímax, espero que no nos lo estropee, o, si no, mi equipo se ocupará.

Equipo. Había dicho «equipo». Que aguardaban la llegada de Lucas. ¡Entonces había más gente viéndonos en ese momento!

Usé el codo y toda la fuerza que fui capaz de reunir y me zafé de Jorge. A todo correr, aporreé las ventanas, tratando de tirar de los pasadores, pero sin conseguir mover ninguno. La puerta estaba atascada y la parte posterior de la biblioteca, prácticamente surcada por las llamas, que se extendían sin control. Doblada por la mitad, con el cuerpo roto por las toses y la desesperación, chillé pidiendo ayuda. Clamé a no sabía quién, rogando que quien sostuviera los controles de aquella locura entrara en razón y lo cortara de raíz.

No conseguí nada, salvo enfatizar la sonrisa de Jorge, que me agarró por el talle y me abrazó con fuerza, apartándome a la zona más fresca. Abrió el cajón que guardaba los enseres del bibliotecario y me ofreció una chocolatina; cuando la rechacé de un manotazo, sonrió todavía más.

—Cuanto más dramática seas, más grande será el espectáculo.

—¡Estás loco! ¿Es que no te das cuenta de que estamos en peligro? ¡Vamos a morir!

—Solo un minuto más, Nina..., un minuto. ¿No lo sabes? Él vendrá a por ti. Lo hará. —Un gesto soberbio. Una sonrisa repugnante—. Está enamorado de ti, Nina.

Eso es lo que toca en este capítulo. Tiene que cumplir con su parte.

Me envió al otro lado de la pared de un empujón. Poco a poco, como una patética muñeca de trapo, resbalé hasta quedarme sentada, buscando pegarme al suelo lo máximo posible para lograr respirar. En todo aquel sinsentido me quedaba clara una sola cosa: había sido un títere manejado por una fuerza mucho mayor que yo. Si Jorge llevaba razón en lo que se refería a su implicación en el programa, estaba claro que aquello iba mucho más allá de ser un mero *reality* para la televisión; si no lo estaba..., bueno, me encontraba encerrada en una biblioteca que estaba ardiendo con un psicópata.

EL MAYOR CLICHÉ DE TODOS LOS TIEMPOS

Es una verdad mundialmente reconocida que cuando el miedo nos atenaza, cerramos los ojos a lo evidente. Los detalles se nos vuelven borrosos, porque en nuestros oídos late un único sentimiento: estar a salvo otra vez.

Me puedo imaginar lo que estáis pensando: ¿qué haces divagando en este momento? ¡Hay un edificio lleno de madera y papel que se está incendiando! A estas alturas el humo y el calor deben de ser insoportables. La piel debe de estar transpirando, en el peor sentido posible, y la muerte, siempre acechando tras las sombras, es ahora un ente real, con rostro y guadaña, que viene a por nosotros.

Sí, yo también pensé en eso, mientras me arrastraba por el suelo y mendigaba compasión a un Jorge que lucía una expresión de estar por completo fuera de sí, pero que, de alguna manera, no perdía la calma en ningún momento. Bueno..., había quienes estaban tan mal de la cabeza que ni ante su propia autodestrucción mostraban expresión alguna, pero aquello... aquello era demasiado. Nadie tendría tal entereza ante la perspectiva de morir quemado. Y eso fue lo que me dio la primera pista.

Allí pasaba algo más. De hecho, pasaba mucho más de lo que se me estaba presentando, y cuando logré calmar los furiosos latidos de mi corazón, empecé a darme cuenta.

Despacio, me fui incorporando. El ambiente estaba cargado y la peste a quemado impregnaba la estancia, pero para tratarse de un lugar lleno de libros, el fuego no avanzaba. ¿Eso era normal? No soy una experta en incendios, pero cuando no hay apenas mobiliario impidiendo el camino de las llamas y todo lo que las rodea es puro combustible, bueno..., todos hemos visto lo suficiente la televisión como para esperar algo que allí no estaba ocurriendo. El fuego era real, pero el incendio no se propagaba.

Entonces lo vi claro. ¡Hijo de puta!

—No es cierto, ¿verdad? Todo esto..., todo lo que acabas de contarme..., no es más que una escena pactada. No está ocurriendo de verdad.

—Solo espera un minuto, Nina. Los fuegos artificiales llegarán pronto.

—Deja de... ¡Maldita sea, para de una vez!

Me envalentoné, no voy a mentir. No tengo idea de dónde saqué lo que fuera que se apoderó de mí, pero llegó con furia desde todos los rincones. Me puse en pie con una soltura que hasta a mí me sorprendió y me encaré con Jorge, cuyo semblante desquiciado y sin expresión se me antojaba ahora la ridícula pantomima que luce un muñeco de feria cutre, mal pintado y barato.

Fui hacia él y le di un empujón. No logré reacción en ese momento, de modo que lo repetí, y otra vez. Y luego, otra. Hasta que, por fin, sus ojos se pusieron en mí, muy abiertos y sorprendidos.

—¿Qué estás haciendo? ¡Se supone que debes gritar de miedo y revolcarte por el suelo!

—Tú sí que te vas a revolcar, mentiroso de mierda.

—¿Mentiroso? ¡Mira a tu alrededor, Nina! ¿Acaso puedes acusar a alguien de tergiversar la realidad? Nuestra versión de este romance es mucho mejor de lo que nunca pudiste soñar.

—¿Eso crees? Pues voy a darte una versión alternativa que no vas a olvidar jamás, gilipollas.

Cerré el puño y le acerté en el pómulos. Jorge gritó. Y yo... yo me doblé en dos e hice lo propio, porque estaba segura de que el crujido no había venido de su cara, sino de mi mano. «Maldita sea...». Seguro que me la había roto. Joder, ¡joder! ¿Es que aquel circo no iba a terminar nunca?

—¡Estás loca! —gritó Jorge, que tosía y lucía un moratón que yo esperaba que opacara todo el contorno de su despreciable cara—. ¡Estás chiflada!

—¿Y eso me lo dices tú? ¡Has fingido un puto incendio! ¡Me has metido aquí haciéndome creer que estaba a punto de morir!

—¡Y se supone que no deberías haber descubierto nada hasta que llegara el clímax!

—¿Clímax? —Volví a levantar la mano. Puede que perdiera para siempre su uso, pero me iría de allí a gusto, eso os lo puedo garantizar—. ¿Fuegos artificiales? ¡Prepárate para verlos en primera fila, Pueblerino Bonito!

—¡No! ¡En la cara no, he firmado un anuncio de alquileres vacacionales para marzo! —Se cubrió, encogiéndose ante mí como un cobarde. Ay, Dios... ¿En serio? —. ¡Déjame, joder! ¡Producción! ¡Producción!

—¿Qué? ¿Qué coño...?

—¡¡Nina!! ¿Nina, estás ahí!? ¡¿Estás bien?!

Os intento resumir todo el follón que se armó en una milésima de segundo, ¿vale? Aunque el fuego no se expandía, las ventanas de la biblioteca estaban cerradas, de modo que el humo no dejaba de condensarse dentro. Picaban los ojos y se secaban

las gargantas. No estábamos en peligro de morir quemados, pero la asfixia tampoco estaba en mi lista de experiencias por vivir. Mientras Jorge aullaba pidiendo ayuda mirando hacia arriba, no sé si para contactar con Dios o con quien coño estuviera a cargo de la ida de olla que él estaba protagonizando, Morrison aporreaba la puerta y me llamaba a voces. Desde dentro, y con una mano completamente inutilizada y palpitando de dolor, intenté responderle, pero todo lo que pude hacer fue pedir que se diera prisa.

Nunca había sido claustrofóbica, pero la idea de seguir metida allí un solo segundo más con aquel demente me ponía enferma. Morrison, mi cámara huraño, juraba como un marinero a escasos metros de nosotros, y ,por fin, tras lo que pudieron ser media docena de patadas y empujones, la puerta de la biblioteca cedió y una bocanada de aire frío me dio en toda la cara. Lucas cruzó el umbral con los ojos abiertos de par en par, me pasó un brazo por los hombros y miró el percal con expresión de no haber flipado más en toda la vida.

Alerta, *spoiler*: íbamos a tener unas cuantas sorpresas más en el futuro... Pero eso ya vendrá.

—¿Estás bien? —Me tocó la cara, sudorosa y, seguramente, con un nivel de palidez extremo—. ¿Te has hecho daño?

—Le he arreado una hostia a Jorge y creo que me he roto la mano.

—Es que pegas como un niño.

—Idiota. —Pero me lancé a sus brazos, porque en ese momento me parecían el lugar más seguro del mundo—. Necesito que nos vayamos de aquí, Lucas. Tenemos que salir, no puedo respirar.

—Enseguida, rizados, pero antes...

Me soltó un segundo. Le vi cruzar el corto pasillo que separaba la entrada del rincón donde Jorge y yo habíamos tenido nuestro altercado. Le cogió de la pechera y le zarandeó. Lo sé: el chico bueno llega al rescate y da una paliza al malo de forma heroica. Luego me cogería en brazos y saldríamos a la noche compartiendo un beso épico...

Pues no habéis dado ni una.

—¡Eh! —Lucas levantó la cabeza hacia el mismo punto del infinito que había estado mirando Jorge, mientras este seguía pidiendo a producción que intervinieran, como si esperara la entrada de los SWAT.—. ¡Putos frikis de mierda...! ¡Dimito!

Miró a Jorge con el desdén con que uno se limpia una mierda de la suela de las deportivas y después me escoltó fuera de la biblioteca, donde el espectáculo, ciertamente, había continuado sin nosotros. La mitad de San José de Los Altos estaba allí, observando anonadados cómo el incendio más lento de la historia no

causaba daño alguno a la estructura de su biblioteca. El equipo era bueno, las cosas había que reconocerlas.

Pedrito y Amelia también se habían acercado, y corrieron hacia nosotros en cuanto cruzamos la puerta. Hubo un par de abrazos y luego me aparté a toda prisa, porque... tenía que vomitar. No es nada romántico ni bonito, pero, en unas escasas horas, mi vida entera había dado un vuelco tan grande que mi estómago había cedido. Había pasado de creerme culpable máxima de toda una red de mentiras que habían afectado a un hombre inocente y su lugar de residencia a estar segura de que iba a morir a manos de un maníaco, para después enterarme de que todo, hasta los trazos de locura vistos en Jorge, no eran más que un jodido montaje que alguien, en una oficina, seguramente mientras tomaba café y donuts, había orquestado a nuestras espaldas.

Peligro real que no era tal, un *reality* supuestamente secreto en el que el señuelo era en realidad la parte ciega del asunto y un programa de telerrealidad que desafiaba todo lo emitido hasta el momento. Netflix, cuando quieras hablamos de cifras. Por favor, que me interprete Emma Stone.

—Hey, ¿estás bien?

Lucas me acarició la espalda cuando logré volver a ponerme vertical. Asentí, aunque fue más bien por hacer un gesto que por que lo sintiera de verdad.

—Lo sabía todo. Jorge. Siempre lo supo. Trabaja para alguien..., para una cadena, es algo como *Cliché* pero que va mucho más allá, Morrison. Mucho. Más.

—Lo sabemos, rizados.

Amelia y Pedrito se acercaron, pero yo, empecinada como estaba en sacarme de la cabeza todo lo que acababa de pasar, insistí.

—No, no lo entendéis; él sabía que yo no era bibliotecaria, sabía que todo era un montaje, pero sobre nuestro montaje hicieron otro montaje. Hay un equipo que ha fingido todo el tema del incendio, ¡mirad eso, coño! ¡A estas alturas tendría que estar en ruinas!

—Nina, cálmate... Te he dicho que lo sabemos. Por eso vine a buscarte, no quería darle opción a que te asustara... Siento haber llegado tarde.

—Esperaba que vinieras. Dijo... dijo que vendrías, que ese era tu papel. —Nos miramos. Fue una de esas miradas..., un momento absolutamente perfecto de comedia romántica, donde no había voces a nuestra espalda llamando a los bomberos, ni personas preguntándose qué pasaba. Fue como si todo hubiera desaparecido, como se supone que tienen que ser esos momentos...—. Dijo que lo harías porque tú... porque estás... porque...

—¡Sois unos profesionales de mierda! ¡Los dos! ¡Habéis echado a perder una

secuencia que ha costado miles de euros en producción!

Jorge, escoltado por un señor que no había visto en mi vida, pero que portaba una cámara de mano y una pértiga de sonido, salía en ese momento de la biblioteca. Con la cara hinchada y la camisa cubierta de hollín, nos miraba a Lucas y a mí como si fuéramos las últimas cucarachas vivas en la Tierra. A su espalda, más desconocidos, llegados de no se sabía dónde, iniciaban el proceso de apagado de las llamas. Un renqueante Ermenegildo se le acercó cuando nos adelantó, pero Jorge, levantando los brazos y la barbilla, como una estrella de culebrones cutre y malencarada, siguió adelante.

—¡No quiero hablar ahora, me voy a mi caravana! ¡Y traedme hielo para la cara! Aficionados... Esto es intolerable... ¡Intolerable, digo! ¡Tengo un anuncio firmado, por Dios!

Abrí la boca, pero no conseguí emitir ningún sonido. Meli vino hacia mí y me ayudó a sentarme sobre una piedra. Me pasé las manos frías por las sienes, mirándolo todo y a todos sin saber por qué puto agujero de conejo me había caído. Me pregunté cuánto tardaría en venir la Reina de Corazones, pidiendo mi cabeza y, ya que estaba, mi finiquito, porque, por lo visto, descubrir que no estaba a las puertas de morir quemada y que todo había sido mentira había estropeado algo importante.

La madre que me parió... Ojalá me hubiera quedado doblando ropa en la calle Princesa.

—Nos enteramos de toda esta historia en la reunión semanal en Madrid. —Pedrito, con los brazos cruzados, negó con la cabeza—. No me lo podía creer. Llevo años metido en telebasura y programas de medio pelo, pero esto... esto cruza todas las líneas.

—¿Entonces Lula... Lula sabía lo de... Jorge y...? —Amelia confirmó mis peores sospechas con un asentimiento—. Pero ¿y la bronca que me echó por no haber llevado mejor la primera votación del público? ¿Y las demás votaciones? ¿No iba a estipular dos a la semana? No... no entiendo...

—Nina, nunca tuvieron intención de que *Cliché 2.0* fuera como el anterior *Cliché*. Esto no es el apartamento, no hay opciones para el público, y las emisiones... no iban a ser lo que creíamos.

—Montaron todo lo que ha ocurrido hasta el momento. —La voz ronca de Lucas me hizo levantar la cabeza. No sé decir qué expresión escondía bajo la barba, pero sí os adelantaré que no era nada bueno. En absoluto—. Leyeron tu lista, la que entregaste el día que nos vimos en la oficina. Sabían que había muchos puntos donde no estabas dispuesta a transigir, rizos. No pensaban jugarse la audiencia por

haber escogido a una protagonista con escrúpulos.

—No habría más votaciones del público. —Pedrito se rascó la cabeza—. Hicieron todo este tinglado a nuestras espaldas. Cuando la novia de Bitelchús y yo llegamos a los estudios, decidieron contárnoslo porque necesitaban un mayor arco de producción para las cámaras y los micros.

—Nos pidieron que no te dijéramos nada, pero oímos a Esther... —Meli señaló con un gesto de la cabeza hacia la biblioteca, de la que salían torres de humo negro—. Dijo que el programa debía ser cómico y romántico, pero que antes de llegar ahí iba a estar cargado de tensión y hasta de un poquito de *thriller*. No nos pareció bien.

—Se les ha ido de las manos. Esto, todo esto... es demencial.

Despacio, pues no estaba segura de que las piernas me sostuvieran, me incorporé. Ermenegildo, el adorable anciano que había conocido el primer día de mi estancia en San José de Los Altos, estaba gesticulando y dando indicaciones a un joven con gorra y gafas que anotaba sin parar en un cuaderno. Había personas tomando café de un vehículo que había salido de la nada, y los técnicos que apagaban el incendio comentaban por lo bajo al pasarnos alrededor algo sobre los problemas que daba innovar con novatos.

Giré ciento ochenta grados para intentar abarcarlo todo desde mi punto de vista. Pensé en Lula y Esther, cómodas en Madrid, planificando un giro catastrófico que supuestamente iba a terminar... ¿cómo? ¿Qué esperaban esas arpías de mí?

—¿Qué se supone que ocurriría al final? ¿Cómo iba el programa a ser el despunte de audiencia más aclamado de la temporada? ¿Debía prendarme de Jorge, el lunático con ínfulas de actor de Hollywood que me hizo creer que íbamos a cometer un asesinato-suicidio rodeados de historias de amor carbonizadas?

Jorge había predicho que Lucas llegaría a por mí. Que me salvaría... de un peligro que nosotros, en teoría, no sabíamos que no era tal. Porque me quería. Dios... ¡Menudo estúpido! Y menuda estúpida yo, que por un momento había creído que...

—Vámonos de aquí. —Fue él mismo quien rompió la burbuja—. Me da la sensación de que todo el puto pueblo nos está mirando con ganas de iniciar el linchamiento.

—Y no es para menos: hemos jodido meses de duro trabajo y echado a perder una inversión de dinero considerable. —Pedrito le enseñó el dedo al joven de gafas y gorra—. Peleles... ¿De verdad esperaban que esto saliera bien?

—Lo habría hecho si vosotros hubierais callado, chicos. De verdad, no sé cómo...

—Eh, Nina. Somos amigos. —Amelia me abrazó—. No íbamos a dejar que siguieran adelante, ni de coña.

—Creo que necesito una copa. O treinta.

—De eso nada. Aquí no bebe nadie hasta que lleguemos a Madrid. —Pedrito se sacó del bolsillo el llavero del minion y lo enarboló ante nuestros ojos—. Recoged todas vuestras mierdas, porque no pienso quedarme otra noche en este decorado de locos.

Todos coincidimos.

Emprendimos viaje casi a medianoche, tan pronto como dejamos vacía la casa en la que habíamos vivido y los cuatro, como la pandilla de Scooby, montamos en la caravana sin echar atrás un solo vistazo. Se me quedaron cosas en el tintero, cosas que eventualmente saldrían, pero a las que en ese momento no me vi capaz de enfrentarme. El nudo de culpa que me había estado atenazando cedió por completo, por supuesto; la sensación de haber obrado mal ante personas que no lo merecían era ahora un mero recuerdo en un horizonte que, en apenas unas horas, había cambiado por completo de horizontal a vertical. Todo lo que creía saber, lo que creía estar consiguiendo, el control que sentía cada mañana cuando me enfrentaba a mi trabajo... se había disipado como el humo del incendio falso de la biblioteca.

Nada había sido real. Nunca tuve el control de lo que hacía, ni poder de elección. El voto de confianza que mi jefa había depositado en mí no había sido tal, sino más bien el empuje definitivo para que me diera cuenta de que aquel no era mi sitio. Uno puede intentar andar con unos zapatos que no le van una determinada cantidad de kilómetros, pero, al final, deberá reconocer que no puede dar un paso más.

Pues bien, ahí me encontraba yo. No podía ser una periodista seria si para conseguir una oportunidad decente me veía en la obligación de participar en juegos como esos. No estaba dispuesta a eso siendo consciente de a qué me prestaba, y mucho menos siendo engañada.

Amelia se echó una cabezada mientras Lucas y Pedrito se turnaban al volante, pero yo no fui capaz de pegar ojo. El calmante que me tomé para la mano me alivió bastante, pero no me nubló los sentidos hasta el punto de dejar llegar al sueño. Estaba tan enfadada conmigo misma por no haberlo visto venir que estaba segura de que el humo me saldría por las orejas.

El humo... Una palabra que estaba muy lejos de tener ganas de oír.

—¿Cómo lo llevas?

Morrison se me sentó al lado. Me dio una bolsa de patatas a medio comer y acepté, muda, su gesto. Mordisqueé algunas, y cuando la sal y el exceso de grasa tocaron mi lengua, fui consciente de hasta qué punto tenía hambre.

—Intento no pensar en el papel de estúpida que he protagonizado estas semanas... y en que muy pronto todo el mundo va a estar en disposición de verlo en sus televisores, tabletas y móviles inteligentes.

—Me gustaría decirte que exageras, pero...

—Había cámaras en todas partes, Morrison. Lo sé. —Me cubrí la cara con la mano buena. Joder..., ¿aquello tendría sentido alguna vez?—. Deberías haber visto la expresión de Jorge, el modo en que hablaba, las cosas que decía sin inmutarse; de verdad llegué a creérmelo. Te lo juro.

—He buscado sobre él en Internet. Es bastante bueno, y a diferencia de ti, rizos, no posee una moralidad muy marcada.

—Por un momento llegué a pensar que estaba lo bastante loco como para dejarnos morir allí quemados, Lucas.

—Solo había peligro de que pillarais una intoxicación por humo. Nunca fue un incendio real. Estaba controlado por un equipo de especialistas.

Dejé la mano a medio camino de la bolsa de patatas. Le miré: los ojos hinchados, el pelo hecho una pena, oliendo a humo falso y con unas ganas inmensas de golpear algo —otra vez—, hasta que el dolor por los huesos rotos y el orgullo herido me llevó a perder la conciencia. Supongo que se dio cuenta de que su condescendencia me había tocado las narices demasiado, porque se quedó callado y bajó la mirada, pero, por desgracia para él, maldito melenas, yo iba muy caliente y no estaba de talante para dejarlo estar.

—¡Vaya! ¿En serio? ¡Pues perdona entonces por haber hecho una escenita!

—No es eso, rizos. Vamos..., es lo que buscaban, dar espectáculo.

—¡Yo eso no lo sabía!

—¡Pues por eso fui a buscarte! ¿Crees que iba a dejarte pasar miedo a propósito? Cualquiera se habría creído que el incendio era real. El fuego lo era.

—Sí, pero controlado por un montón de expertos. ¡Ya ves! Pasé miedo y me asusté dándole a ese estúpido Pueblerino Bonito la secuencia que quería. —Lucas se rio. En serio. Soltó una carcajada—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

—Has usado el apodo que me inventé para él. Lo de «Pueblerino Bonito». Te ofendiste la primera vez que lo dije y ahora lo dices tú.

—Bueno..., perdona si el pequeño detalle de haber pensado que ese tío estaba tan de la olla como para quemarnos vivos ha provocado que me replantee mi respeto hacia su persona.

—Anda, cállate ya y deja que te abrace. Me estoy muriendo por tenerte en mis brazos desde que te saqué de esa maldita biblioteca de los cojones.

Vale... Hablando de cosas nuevas.

Moverse dentro de una caravana en plena circulación es complicado, pero de algún modo me las arreglé para levantarme y caminar hacia él, como las polillas a la luz. Me senté a horcajadas sobre sus muslos, como aquella primera vez que compartimos bajo la tormenta, y Lucas me rodeó con sus brazos hasta que sentí que me faltaba el aire. No importaba. Estaba bien. Podía vivir con una costilla menos, pero, tal como descubrí justo en ese momento, no sin él impregnándome de su olor corporal mientras me ceñía a su cuerpo con fuerza. Ni sin su pelo largo enmarañándose ante mis ojos. Ni sin su barba acariciándome el cuello mientras sus labios trazaban senderos que estaban por llevarnos a destinos que todavía no nos aventurábamos a conocer.

—Siento tanto todo esto, rizos... Siento tanto no haber llegado antes...

—Ya... Bueno, estaba controlado, ¿no? Nunca corrí peligro real.

Se separó un poco, lo justo para poder mirarme. Dios..., podría ahogarme en esos ojos. Lo deseaba. Deseaba muchas cosas.

—Me da igual lo buenos que fueran en sus trabajos esos cafres: el fuego quema, y ese era muy auténtico. Además, tú no sabías de qué iba el tema, y solo de imaginar el miedo que estabas pasando... —Se me secó la boca cuando sus dedos me rozaron la piel de la cara—. Vi tu expresión cuando llegué, Nina. Estabas aterrorizada, y eso...

—Has renunciado. A tu trabajo. Te oí decirlo. —Negué con la cabeza. Los retazos de lo ocurrido volvían a mi mente poco a poco, llenando los vacíos y ayudándome a comprender algo que, en el fondo, me parecería incomprensible toda la vida—. No puedes hacerlo, Lucas. No necesito un gran gesto de caballero andante, y tú tienes planes que merecen cumplirse.

Enarcó una ceja y me miró, confundido.

—¿Crees que lo he dejado por ti, rizos? —El muy maldito... Mantuvo la cara de póquer durante un interminable segundo antes de reír. Me cogió la cara con las manos y me besó, apretado—. Pues claro que sí, joder. Y no, no digas que no es necesario, o que he cumplido mi parte. No trabajaré para esa pandilla de indeseables. Todo esto es una locura muy grande, y no pienso ser un títere más en su nómina.

—Pero... ¿entonces qué vas a hacer?

—Bueno... Como te conozco y sé que no vas a dejar esto correr, esperaba acomodarme entre tus piernas el tiempo que tardes en sacarles una indemnización. Mientras encuentro algo nuevo, viviré de ti. Las parejas cuando se quieren se apoyan, ¿no? Tranquila, intentaré no tener gustos muy caros.

Me explotaba la cabeza. Os juro por Dios que lo sentí físicamente. Mis sesos

llenando la caravana. Trozos y trozos de masa cerebral pegados a las paredes.

—¿Estás de coña?

—¡Ay, rizos, pues claro que sí! ¿Cómo voy a vivir de ti? No flipes. Tengo mis ahorros, y también voy a pringar contra esta gente, joder. No se merecen llevar esto a emisión. —Suspiró. Sus manos encontraron mi trasero e iniciaron un masaje que a punto estuvo de distraerme del asunto—. Pero debemos ser conscientes de que... firmamos contratos y que es muy posible que tengamos las manos atadas.

—Espera, espera, Morrison... ¿Has dicho... te has referido a nosotros como... una pareja que se quiere?

Me pasó la barba por la mejilla, meloso. Después, me dio un par de besos cortos y, de nuevo, me rodeó con fuerza con sus brazos.

—Quise gritártelo en cuanto te vi, en la biblioteca, pero no podía, allí no, Nina. —Las cámaras. Se lo leí en los ojos—. Ese momento iba a ser nuestro, y aunque hacerlo en una caravana con... esos dos a pocos metros no es lo más romántico del mundo..., ¡qué narices! No es que nosotros hayamos seguido una lista muy clásica desde el principio, ¿verdad?

—Es curioso... Siempre has dejado claro que sentirte atraído por mí no te alegraba. Lo has dicho muchas veces Morrison. Muchísimas.

—Bueno, era verdad. No me gustaba que te me estuvieras metiendo dentro, Nina. Sabía que esto podría ser un desastre, y no te equivoques —nos señaló a los dos con su mano—: esto va a ser un desastre. Nosotros dos vamos a reinventar esa mierda de la conciliación, y más nos vale ponerlo todo por escrito, porque va a ser un puto infierno.

—Joder, es lo más bonito que he oído nunca.

—Calla. No hace falta que sea bonito. Lo bonito es para las películas, los libros y los *realities* falsos. —Lucas, mi cámara venenoso, huraño y melenudo, sostuvo mis mejillas entre sus manos. Me sonrió, entero, por primera vez, con los ojos y los labios—. Lo que tiene que ser, rizos, es real. Real como me pareciste la primera vez que te oí en esos estudios, el día que te ascendieron a ayudante de guion, diciendo que había aspectos morales que no querías comprometer. Eras tan auténtica, tan verdadera..., que te seguí la pista un tiempo, hasta que...

—Hasta que me volví como todos los demás, porque creí que así me abriría las puertas que quería. —Yo también recordaba a la Nina a la que él se refería: entusiasta, con ganas de innovar. Deseosa de marcar la diferencia.

—Me dije que me había equivocado contigo y lo dejé estar, pero entonces, llegó esto... y allí estabas, con tus listas de líneas que no pensabas traspasar, con tus intentos de ir en contra de los de arriba y su maquinaria... Cuanto más te conocía,

más loco me volvías; veía en ti las dos caras, la Nina que quería desesperadamente destacar y la que necesitaba hacer las cosas bien.

—¿Y has decidido que la que ha prevalecido merece la pena?

—No, rizo, he decidido que estoy enamorado de ti, y más me vale ser empuje de tus sueños en lugar de quedarme perdiendo el tiempo, y a ti, mientras terminas de encontrarte a ti misma.

—Lucas... —Apoyé mi frente en la suya. Los ojos cerrados. Un cúmulo de emociones atravesándome entera—. Me has tocado tantísimo las narices...

—Te tocaré donde tú quieras a partir de ahora para compensarlo.

Compartimos una sonrisa cómplice que hablaba de ganas de estar solos... y de perder el sentido del tiempo y el espacio en brazos del otro.

—Podrías empezar por afeitarte la barba.

—No presiones. —Me besó—. Estamos a una hora de Madrid, ¿estás preparada para afrontarlo?

—Sé lo que toca. —Y aunque quizá suene manido, contar con él en mi esquina, sin duda, ayudaba—. Pero creo que antes necesito que me llevéis al hospital.

Asintió, tomando con cuidado mi mano, cubierta por un improvisado cabestrillo que Amelia me había puesto. Un pañuelo negro con calaveras. Muy apropiado.

—Entonces esa será la primera parada. ¿Qué quieres hacer después?

Esa era fácil. Cerré con fuerza los ojos y me acurruqué en el pecho de Lucas. Como esperaba, él me cobijó, protegiéndome de los baches del camino y los enfrentamientos que todavía estaban por llegar. Lula, los estudios de *Cliché*, las personas que se verían afectadas por el corte inminente del programa, familia y amigos a los que contar todo y un montón de espectadores que iban a enterarse de una historia muy rocambolesca durante la próxima semana. Era demasiado. Pero podía esperar.

—Después... quiero ir a la cama. Hasta marzo.

—Muy bien. —Lucas besó mi coronilla y aspiró el aroma de mi pelo. No le vi, pero él también cerró los ojos—. Pues esa será la segunda parada. ¿Te parece bien que me quede contigo?

—Tengo hambre. —Le miré con una media sonrisa. Y asentí—. Puedes quedarte si me das algo de comer.

—Cuando salgamos de urgencias, rizo, te responderé a eso tal y como te mereces.

Y puede que nadie lo entienda, pero solo por eso fue mejor que habernos dicho «Te quiero».

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

Es posible que el principio de esta parte final de mi historia os parezca... poco común. Nada ortodoxo, pero, bueno... A estas alturas del cuento ya nos conocemos. Hay aprecio por ambas partes. Nos llevamos lo bastante bien y creo que, después de trescientos sesenta y cinco días, desde que leísteis la parte anterior, hasta esta, hemos forjado una especie de vínculo que me da libertad para ser... yo misma. Una Nina Carvajal confiada, sincera y abierta.

Por lo tanto, os diré que nunca aprendí a patinar. Montar en bicicleta se me daba regularcillo, no era capaz de coordinar los pies con la cintura para bailar, y de otros deportes más extremos, ni hablamos. Pero... había una cosa en la que era buena. Una cosa donde encontraba el ritmo, la cadencia y el disfrute necesarios para hacerlo sin sentirme la más torpe del lugar. Ayudaba que solo hubiera otra persona implicada en la actividad, seguro, pero de todos modos estaba en mi elemento. ¡Fue todo un descubrimiento! Desde luego, de los buenos.

Y es que, lectores..., el sexo con Morrison, cuando era yo la que mangoneaba, era brutal. Más que brutal. Chispeante. Algo digno de ser repetido y repetido... y repetido a diario. Puede que más de una vez. Estábamos más enamorados al cabo de un año que aquella noche en la caravana, cuando todo empezó. ¿Qué puedo decir? Así suceden las cosas... Y hablando de cosas que suceden, ¿queréis saber qué pasó después de toda la historia de *Cliché*? Pues para eso estamos aquí.

Al borde del primer aniversario del *reality* más controvertido de la temporada.

La mañana en que nuestra aventura en San José de los Altos cumplía un año yo me encontraba... en la gloria. Sudorosa, despeinada, con las rodillas ancladas en la calidez del colchón mientras Lucas me llenaba entera. Sus manos grandes asían mis caderas, y mientras yo bajaba, él levantaba la pelvis y se hundía... de una forma gloriosa en mi interior. Encajábamos. Estábamos en completa sintonía. No siempre era así, pero en la cama todo lo demás, las preocupaciones, las dudas, las aspiraciones laborales que se resistían o nos cambiaban los planes al llegar, simplemente, desaparecían.

Éramos uno, y el placer compartido iba *in crescendo* conforme más momentos de intimidad compartíamos.

No voy a pintarlo todo de color bucólico, porque no siempre era así... Con la

convivencia vinieron los roces y los problemas. Morrison y yo, dos personas diferentes, con caracteres fuertes que nos habíamos conocido en unas circunstancias que no eran las ideales, intentábamos llevar a buen puerto una relación que era muy apasionada, y no siempre en el buen sentido.

Os doy más datos. Ahora... dejadme respirar.

—Estás tan guapa cuando te corres... —Me reí. Él se apoyó en un codo, mirándome—. ¿Qué? No es mentira. Es cuando más resplandeces... y cuando más callada estás.

—Bueno, para que los ecos de los fantasmas de los antiguos inquilinos del piso no nos acosen, uno de los dos tiene que ser el que hable. He asumido que no vas a ser tú.

—Quisquillosa.

—Desgreñado.

—Te flipa mi pelo, rizos. Y lo sabes. Me tiras de él con fuerza cuando te regalo ciertos... trabajitos de alto nivel.

—Sí..., para ver si con suerte te lo voy arrancando por partes y acabas teniendo un peinado normal.

Me estiré, y con eso... di por terminado nuestro tiempo de calidad poscoital. Me levanté de un salto, me puse las bragas y agarré la camiseta de Lucas, que siguió perezoso, echado en la cama como si no tuviera nada mejor que hacer. Dándole la espalda, abrí el portátil que descansaba sobre el escritorio, y empecé a pasar páginas. Me saltó el calendario, y sé que, desde la cama, él miró la pantalla con el mismo pensamiento que yo.

—Ya ha pasado un año...

—Y parece que fue ayer. —Cerré el recordatorio. Haberlo añadido había sido solo una mera formalidad. Hay fechas que no se olvidan—. ¿Sigues estando de acuerdo?

—Nina, venga... Lo hemos hablado mil veces.

—También es tu historia, Lucas.

—No. Fui parte del asunto, pero la principal damnificada fuiste tú. Con todo lo que pasó después, tienes derecho a este momento. Cuéntalo y sácale el mejor provecho. Dios sabe que te lo has ganado a pulso.

El espejo de pared me devolvió mi imagen. Pálida, como siempre. Despeinada, como era habitual. Dubitativa, como cada día, conforme la fecha se acercaba. Y es que en el calendario de hoy, además del recordatorio de nuestra huida en tropel del que había sido el mayor montaje jamás contado, había planeado otro evento. Mi primera gran entrevista en televisión después de toda la historia. La primera que aceptaba, por resultarme seria y tener lugar en un medio que respetaba y que sabía

que trataría la información que les diera con el tono adecuado.

Y aun así..., no las tenía todas conmigo.

Después de lo que ocurrió en el pueblo, los cuatro jinetes del apocalipsis, como graciosamente nos habíamos bautizado Meli, Pedrito, Morrison y yo, nos enfrentamos a Lula y a la cadena con todo lo que pudimos..., que era más bien poco. Como Lucas había vaticinado, el contrato que todos habíamos firmado nos ataba de manos para conseguir, por ejemplo, que nadie viera lo que había ocurrido en San José, de modo que el programa, en efecto, se emitió. Y por cláusula entregamos todas las grabaciones que Amelia había ido recogiendo. Mi voz y extractos de la historia salieron a la luz, como epígrafes de capturas de algunas escenas y como recreaciones en los programas de cotilleos. Para que luego hable Homero de odiseas...

No voy a dar muchos detalles sobre esto, pero estuve casi un mes en cama, incomunicada, encerrada en mi casa de Sevilla, intentando evitar que mis padres emprendieran acciones legales y palabras airadas contra todo el que viera el maldito *reality* y quisiera opinar de él. Sabíamos que iba a ser malo, pero, claro, no contábamos con que Lula y su equipo tomarían represalias..., ya que les habíamos fastidiado dos semanas de emisión y después nos habíamos largado. Contrataron un doblador que hizo las veces de narrador en *off* e iba interpretando lo que ocurría a su gusto. Se tergiversaron muchas cosas, se sacaron de contexto otras tantas, se habló de relaciones personales, y las personas cuyos rostros la cámara nunca debió haber conocido salieron a la palestra.

Había imágenes mías con Lucas, de Pedrito y de Amelia, y las críticas no fueron amables, porque nunca tuvieron intención de serlo. Por suerte, ese dicho que reza que la noticia de hoy es la basura del mañana, puede aplicarse también a la televisión, y es que, aunque *Cliché 2.0* gozó de mucha fama y corrieron ríos de tinta, la cosa se enfrió. Otros famosos vendieron sus miserias y compartieron sus noticias; nosotros, que no hicimos nada para ampliar nuestros cinco minutos de fama, la perdimos. Volvimos al anonimato.

O... casi.

Jorge se paseó por los platós. Habló de mí, por supuesto. De mi poca profesionalidad y también, quizá porque su agente se lo aconsejó, de mi incapacidad para mantener el morbo a pesar de que eso podía darme oportunidades. Primero fue villano y luego intentó quedar bien limpiando su imagen. Habló de Lucas y su aparición como un héroe a rescatarme, y mi Morrison venenoso se ganó el título de cámara buenorro de la televisión. Le robaron un par de fotos en Gandía que, bueno, las pongo en mi lado positivo de la lista de cosas que saqué de la experiencia.

Y compartió portada con un Hemsworth. Odia que se lo recuerden, así que lo hago solo un par de veces a la semana.

Sigue trabajando de lo suyo, más o menos. Es el cámara principal de un modesto proyecto de documentales independientes. Hablan de diversidad cultural, cambio climático, protección de especies y todas esas cosas. Es algo bueno. Que importa. No gana tanto como en su otro trabajo, pero este le permite viajar, aprender cosas nuevas... y contratar un programa de hermana mayor para Susana.

La conocí este verano. Es una chica estupenda. Con una vida de joven real que se merece mucho.

En lo que se refiere a Amelia y Pedrito, siguen ligados a la televisión. Él, como regidor en un famoso programa de televisión que lleva muchos años en antena. No voy a dar pistas ni nombres, pero el presentador de dicho espacio tiene fama de ser inmortal. Ahí lo dejo. Meli es la maquilladora de la última película protagonizada por Paula Echevarría, y todos vamos a ir al estreno. Puede que las actuaciones den lástima, pero sin duda Paula estará maravillosa. Mi amiga es una gran maquilladora.

Y yo... ¿Qué pasó conmigo?

Armé mi escena ante Lula, por supuesto. Con mi brazo en cabestrillo, mi dignidad hecha añicos y el susto en el cuerpo por la tremenda locura que habían montado; dimití y di mi do de pecho. Ella ni se inmutó. Y sé que Esther, que estaba presente, disfrutó de cada momento. Puede que no se llevaran su castigo en ese momento, pero yo estaba segura de que haber actuado con tanta mala fe no podía funcionarles para siempre. Algo les tocaría en aquel reparto, seguro. Uno no puede jugar con la gente y luego irse de rositas.

Pasé un tiempo en casa, intentando que toda aquella historia siguiera de largo sin afectar demasiado a mi familia. Padres... Ellos sí que firman un contrato blindado el día que traen una vida al mundo. A pesar del revuelo, decían no poder estar más orgullosos de cómo habían salido las cosas. Y sé que vieron las emisiones del programa, y mi madre hasta se creó un Twitter para poder ir respondiendo una a una todas las mentiras que iban publicando. Mi padre, bendito sea, mandó imprimir una pegatina para el taxi que rezaba «MI HIJA DEJÓ LA FAMA POR PRINCIPIOS», y solo tardé cinco días en convencerle de que era mejor quitarla. En cuanto a Jesús... Bueno, ya os enteraréis de lo de Jesús.

Tras el tiempo de reflexión, envié currículos y me llovieron las ofertas. Pero no eran las indicadas. Me negué a ventilar la historia, y cuando los potenciales interesados se dieron cuenta de que aquello no iba a dar más de sí, dejaron de llamarme. Probé con prensa *online*, con periódicos de baja tirada y con cadenas secundarias, pero todo a lo que podía acceder era parecido a *Cliché*, una burda

imitación o el intento desesperado de ganar audiencia contando con alguien que lo hubiera vivido. Incluso Lula me llamó, pero esa llamada ni siquiera la respondí. Consultamos con abogados, Lucas y yo, y al final dejamos que el contrato se rescindiera, aceptamos el dinero por el trabajo realizado y, como no queríamos ni un céntimo, lo donamos todo al programa de adopción de un hermano mayor. En ese momento, Susana Buendía y otros cinco chicos y chicas con síndrome de Down se encontraban en Valencia, disfrutando de unas vacaciones.

Mientras el temporal de las emisiones seguía su curso, volví a Madrid y a la calle Princesa. Los orígenes. No lo sentí como un paso atrás, sino más bien como una forma de reconectar. De esperar el momento adecuado. Tal vez nunca fuera la afamada presentadora de un telediario en horario de máxima audiencia, pero, desde luego, tenía mis principios para usar como corona. Y, por ñoño que suene, a mi príncipe.

Bueno..., o algo así.

—Puedes cancelarlo si no estás segura. —Sonreí a Lucas, que estaba subiéndose los vaqueros y venía hacia mí. Había conseguido que se afeitara parte de la barba, pero ahora llevaba un bigote y un par de patillas gruesas que, según me diera, me parecían maravillosas o... Bah, ¿a quién quiero engañar? Me encantaban esas patillas—. Ya lo rememoras lo suficiente sin que te acribillen a preguntas en la tele.

—La tele no me da miedo. Fui una estrella hace tiempo, ¿sabes?

—Perdona, ¿intentas rivalizar conmigo?

—Jamás, cámara buenorro.

—¡Venga, no me llames eso!

Mi teléfono vibró. Comprobé la pantalla y una sonrisa me iluminó la cara. Caye... Mi otra mitad. Añoraba tanto vivir con ella... Vivir con un chico es un rollo la mitad del tiempo. En serio.

—Anda. —Lucas me besó la sien—. Te dejo para que gritéis y lo analicéis todo al detalle.

—Nosotras no somos así.

—Ya... No te vayas hasta que salga de la ducha.

—No me mandes, Morrison. —Sonreí antes de descolgar—. ¡Sabía que no olvidarías la fecha!

—¿Estás de coña? ¡Pues claro que no se me iba a olvidar! ¿Cómo estás? ¿Cómo lo llevas?

—Estoy nerviosa. Lo que es... ridículo, porque la tele ha sido mi medio mucho tiempo y no siento ansiedad por volver...

—¿Has pactado lo que vas a decir? ¿Cosas de las que no quieras hablar?

—No..., no, ¿sabes? Ha transcurrido un año. El programa ha sido emitido, los vídeos estarán en Internet para siempre y yo... yo he seguido adelante. Me quedo con lo bueno. Al final no conseguí ningún ticket dorado, pero... está bien. Me he dado cuenta de que el tipo de periodista que quiero ser no puede construirse sobre un montón de daños colaterales. Si es así como voy a conseguirlo, no lo quiero.

—Mira el lado positivo, Nina: guardas en tus contactos del móvil a una tía que puede hacer contigo lo que le hicieron a Sandra Bullock en *Miss Agente Especial*.

—Como he dicho..., ¡me quedo con lo bueno!

Compartimos unas risas que hablaban de casa. Del hogar que habíamos compartido y que, tras volver yo, había dejado de ser nuestro. Mucho había pasado también para Cayetana, y aquel suceso con mi hermano, en el hospital..., bueno, había provocado que las cosas fueran completamente diferentes. Cuando regresé a la que había sido nuestra casa en Chamberí, Caye se había cortado el pelo y había recogido casi todas sus cosas; me contó todo lo sucedido y las dos derramamos lágrimas, por la época que se acababa, y por lo que inevitablemente estaba por empezar. Me costó mucho sacarle todo lo ocurrido. Ella temía que yo escogiera bando, y yo lo único que quería era que dos de las personas más importantes para mí fueran felices. Ella viajó, cambió de trabajo, de piso, de rutinas... Y Jesús... Mi hermano se enterró en trabajo. Y en... partes íntimas de mujeres. Así era como solucionaba las cosas, con sexo y cerrándose en banda. Pero, ojo, sufría como un condenado, y en casa empezaban a olerse que aquello era gordo.

No las tenía yo todas conmigo para que al final la liebre saltara entre nuestras dos familias, cuando el escarceo de Caye y Suso se hiciera público por incapacidad de ambas partes para mantenerlo enterrado para siempre. No sabía cómo sentirme, pero, repito, solo quería que ambos sonrieran y estuvieran bien.

—¿Qué tal Barcelona?

—Bueno, ya sabes... Llena de catalanes macizos. Empiezo a acostumbrarme a sus tonos de voz.

—¿Estás sacando muchas fotografías?

—Pues... como trabajo en un estudio de mierda la mitad del tiempo, yo diría que «muchas» es un eufemismo, Nina.

Las cosas tampoco eran exactamente perfectas para Caye: *freelance* solo parte del día, tenía facturas y un alquiler que pagar por su cuenta, lo que la había obligado a volver a doblegarse ante un jefe, tras mucho tiempo trabajando solo para ella misma. También se empeñó en saldar la deuda con mi hermano, y enviaba a rajatabla los pagos, esta vez, a mi madre, para asegurarse de que Suso no los rechazaba.

—¿Has conocido a alguien?

—Hay muchos *alguien*, Nina... Pero solo un jodido Jesús Carvajal. —Suspiró. Cansancio por su parte. Silencio por la mía—. No dejo de recordarlo, y sé que eso no me llevará a ninguna parte, pero... es que fue tan cobarde que...

—Me consta que tampoco lo ha pasado bien... Eres mi mejor amiga y te quiero, Caye, pero...

—Él es tu hermano. Lo entiendo. Y no quiero saber nada. No me cuentes de sus líos de faldas, porque los intuyo. —Y los veía cuando la tentación era demasiado intensa y miraba sus redes. No me lo dijo. No hizo falta—. Volveré cuando esté lista para que no me importe su presencia, porque tus padres y tú sois familia y no quiero que esto nos... intoxique a todos. Nos hemos criado juntos.

—Tómate el tiempo que necesites. Las cosas... volverán a su cauce. —Cruce los dedos. Esperaba acertar por una vez.

—Solo llamaba para desearte suerte en tu entrevista. Irá genial. La cámara te quiere... Bueno, perdón, el que está detrás de la cámara te quiere.

—Muy graciosa. ¡Y solo has tardado unos cinco minutos en mencionarle!

—¿Puedes culparme? Te acuestas con la reencarnación de Jim Morrison.

—Y mucho, además.

—Pues disfrútalo, Nina. Te lo mereces. Yo... te prometo que volveré a ser parte activa de tu vida. Y que estaré bien muy pronto. De verdad.

Sí que lo era. En serio. Pero esa... Bueno, esa es otra historia.

Después de recogerme los rizos en un moño alto, me puse mis vaqueros azul oscuro, una blusa de seda rosa y unas cuñas de altura respetable, con las que podía andar con mucha dignidad y buen garbo. Saqué mi chaqueta vaquera de Desigual, unos pendientes brillantes y, aplicando algunos de los mejores trucos de Amelia, me maquillé con calma ante el espejo.

En eso estaba cuando Lucas apareció, en toalla y con el pelo húmedo peinado hacia atrás. Revolvió en el desastre de su mesilla de noche —convivir es conciliar, convivir es conciliar...— y se me acercó con una bolsita de terciopelo entre las manos. Intercambiamos una mirada confundida por el espejo.

—No te echas esa mierda en los labios, se me queda pegada cuando nos besamos.

—No voy a besarte, voy a conceder una entrevista.

—¿Sin darme un beso antes? No pondrás un pie fuera de este piso, rizos.

Me di la vuelta, crucé los brazos y subí una ceja.

—¿Qué tienes ahí?

—Pues verás... No quería esperar a un día especial, porque... te conozco y siempre sacas las cosas de quicio, pero... Bueno, he pensado que hoy era un día...

tan bueno como cualquier otro. —Me tendió la bolsa con una torpeza adorable—. Cuando nos conocimos formalmente, jodí una blusa muy fea llena de... asteroides que llevabas puesta y pareciste muy ofendida por ello.

—¿Mi blusa estilo bolera estampada con planetas y estrellas? ¡Me encantaba esa blusa, tuve que tirarla, la mancha no salió!

—Ya, bueno... Nunca me disculpé.

—Sigo esperando, por cierto. —Me hizo una seña hacia la bolsa. Intrigada..., tiré del cordón y vacié el contenido en la palma de mi mano—. Oh, Lucas...

Dos bellas pulseras doradas resplandecieron bajo mi mirada. De una de ellas colgaba una esfera azul cobalto a la que rodeaba un delicado anillo dorado, representando a Saturno. La otra estaba compuesta por cinco pequeñas estrellas, del mismo tono de azul, con una pequeña piedra blanca en cada centro. Eran perfectas.

—No pude reemplazar la blusa, pero... sé cuánto te gustan las cosas del cielo, así que yo... He pensado que quizá...

—Tú eres un cielo. —Me colgué de su cuello y le besé—. Gracias... Gracias.

—¿Ves? La mierda de los labios, Nina...

—¡Cállate, no estropees el momento!

—Los momentos no perfectos son los que duran siempre. —Me besó el cuello y luego, la punta de la nariz—. Me he pedido el día para recogerte cuando acabes en el programa: iremos a comer algo por Malasaña y después, directos a por las maletas.

—¿Ya? Pero si faltan cuatro días para irnos a Sevilla, Morrison.

—Sí, pero te conozco, y entre la maleta real y la de los porsiacasos, te vas a pasar horas dándole vueltas.

Me quedé mirándole mientras empezaba a vestirse. Loki se le estregó en las piernas antes de decidir que, como la cama estaba libre, era su turno de retozar en ella. Había aprendido a conocer a Lucas, y aquella expresión de calma ya no me engañaba en absoluto. Seguramente se pasaría las horas siguientes intentando editar las últimas grabaciones del documental sobre repoblación que había hecho, e intentaría que quedara bien, aunque su cabeza estuviera llena de preocupación por cómo pudiera estar tomándome yo la entrevista. No lo admitiría, porque así era Morrison, pero cuando volviéramos a vernos, me demostraría sin muchas palabras cuánto le importaba que yo me sintiera bien.

Porque él me quería así, sin muchas palabras, pero con todos los gestos del mundo.

—Oye, Lucas... Cuando vuelva, tendré hambre. ¿Me darás algo de comer?

Me sonrió un poco.

—Cuando vuelvas de tu entrevista, rizos, te responderé a eso como te mereces.

Y, sí..., lo habéis adivinado. Justo un año atrás nos habíamos dicho esa frase por primera vez. Se convirtió en costumbre. En nuestro código. No era algo sexual —vale, no siempre—, sino, más bien, un modo de expandir nuestros sentimientos sin necesidad de que nadie más fuera partícipe de ellos.

Nuestro «Te quiero» en código Morrison. Y me parecía la cosa más romántica del mundo.

Salí del piso y me subí al coche. Puse música. Templé los nervios diciéndome que solo iba a contar una historia cuya cicatriz ya ni siquiera molestaba con los cambios de tiempo. Sería solo un rato y después... podría cerrarlo. Contarlo una última vez para dejarlo del todo atrás. Había tantos planes que todavía no había hecho... Y la sola idea de mi horizonte, cuajado de posibilidades, me provocó una sonrisa.

Entonces yo no lo sabía, pero cuando acabara el reportaje, iba a recibir algunas noticias muy gordas: la primera, que la cadena iba a ofrecerme el trabajo que había estado esperando. Iba a empezar como colaboradora, pero antes de terminar el año sería guionista de pleno derecho en un telenoticias de una cadena autonómica. Iba a aprender, investigar, formarme y, sobre todo, ir a trabajar cada día sonriente, orgullosa. Y mi sección cambiaría cosas. En lo que se refiere a la segunda, bueno... ¿Recordáis que os dije que ni Esther ni Lula recibieron su tirón de orejas por todo lo que habían tramado? Pues el programa quedó cancelado de la parrilla de forma oficial. *Cliché 2.0* fue la última temporada. Seguramente detrás vendrían otros, pero, de momento, anotamos punto en el lado de los buenos.

También mi vida personal daría giros, y es que las pulseras de planetas y estrellas no eran la única compra de Lucas, tal y como me enteraría en nuestro fin de semana en Sevilla. Iba a ser toda una sorpresa, que, como he dicho, yo no podía ni siquiera sospechar.

Pero os lo he adelantado porque... Bueno, ya dije que a estas alturas había confianza, ¿no?

¡Ah! Casi se me olvida. Después de la entrevista pasó otra cosa. Una famosa plataforma de *streaming* se interesó por la historia y se ofrecieron para adaptarla en forma de comedia romántica. No puedo adelantar mucho, pero estoy casi segura de que ella será Emma Stone.

Pelearé para que él sea un Hemsworth. Estoy segura de que a Morrison le encantará.

AGRADECIMIENTOS

¡Aquí estamos otra vez! Prometo ser breve —dijo ella, aun sabiendo que esa era una promesa que no estaba en su mano poder cumplir—. ¡Agradecimientos! No superan a la sinopsis en complicación..., pero se quedan en un honorable segundo puesto. En fin, ¡se hará lo que se pueda!

Esta es mi novela publicada número once; y mentiría si afirmara que, llegados a este punto, con ese 2014 de primer salto editorial ya lejano, sé lo que estoy haciendo. No tengo ni idea. Como bien dice Nina, esa loca adorable a la que, si habéis llegado hasta aquí, ya debéis de conocer, a veces uno se guía por las entrañas, y deja que le lleven los instintos en vez de la razón. Así escribo yo. Lo que sale. Lo que quiero. Lo que siento. Lo que puedo.

Quiero pensar que aprendo y mejoro, pero el camino que queda por delante es tan amplio y está tan lleno de cambios y momentos... que más me vale coger aire y agarrarme a todas las briznas de paciencia que sea capaz de sujetar entre las manos. ¡Paciencia! ¡Calma! ¡Tranquilidad! Seguro que Conchi, Carlos y Rosana se mueren de risa cuando lean esto, porque los pobres... ¡anda que no tienen que lidiar conmigo, mis inseguridades y mis agobios!

El equipo de Phoebe es uno de los mejores con los que he tenido la fortuna de trabajar. Y no lo digo para hacerles la pelota; en serio. Su dedicación y buen hacer, su control de los tiempos, cuidado de los detalles y mimo tanto al libro en su formato más físico como a la historia y todo lo que conlleva tocan el corazón de quienes fantaseamos con ser escritores. Es un lujo llevar bajo mi nombre el sello Phoebe, y por eso, tan pronto nació *El amor es una montaña rusa*, es ahí donde fue, directamente, y quizá sin dejar pasar un tiempo adecuado que habría hecho de la tarea de corregirlo... algo más sencillo. Lo siento mucho, Conchi.

El trabajo de promoción, de portada, el movimiento en las redes... Se siente una, cuando trabaja con Rosana, como si llegara a casa después de un día largo, se quitara los zapatos, se recogiera el pelo en un moño alto y alguien le sirviera un café dulce. Es maravillosa, y espero poder contar con ella y sus dotes en muchas novelas más.

Prometo rebajar la intensidad con los correos y todos esos: «¿Podemos decirlo ya? ¿Podemos decirlo ya?». Y esta es una promesa que, valga la redundancia, prometo cumplir.

Me dijo hace poco un buen amigo escritor que el oficio de los «juntaletras» es uno de los más solitarios que existen. Te sientes introspectivo, perdido contigo mismo,

tus pensamientos y tus palabras. Solo hablas con tus personajes, solo sus vidas te importan, solo sus sentimientos, las calles que recorren y los zapatos que calzan forman parte de tu realidad. Se vuelve un mundo tangible que emborrona el otro, donde están las personas de verdad. Agradezco a todos mis allegados y seres queridos, familiares y amigos que entiendan que no hable de otra cosa, que me repita, que de repente deje una conversación en *pause* o retome diálogos que he iniciado conmigo misma. Todo, inexorablemente, oscila alrededor de la historia, y ellos se convierten en satélites que a ratos tienen que dejarnos flotar lejos, hasta que la novela avanza o termina.

Es difícil durante el proceso de creación. Y casi imposible durante el de corrección, y, aun así, sonríen y se alegran cuando se muestra la portada, cuando se empieza a anunciar en redes y cuando aquella Nina y ese Morrison del que hablamos tras una taza de café manchada de carmín se vuelven realidad.

No hay palabras suficientes para esa paciencia y ese afecto. Muchas gracias.

También quiero mencionar, con un cariño enorme que me hace sonreír, a mi grupo de élite de alumnos adolescentes. Mi equipo de última hora, cuando el sol ya cae, todos estamos cansados y allí, en nuestra clase, sentados a la mesa en forma de ele, intentamos despejar las incógnitas de las ecuaciones, cuadrar esquemas o encontrar la frase perfecta que remate nuestro comentario de texto. Los debates que tenemos, arañando minutos al rato que, se supone, debemos dedicar a las materias regladas, valen oro. Aprendemos a ver la vida y a responder a sus desplantes; ellos, empapándose de los tropezones que yo he dado, y yo, absorbiendo esa juventud llena de esperanza y múltiples posibilidades. Me hacen la labor rica, divertida y satisfactoria.

Aprendo más yo de vosotros, de lo que nunca seré capaz de enseñaros. Gracias por eso. Pero no, creo que este tampoco debéis leerlo... todavía.

Lector o lectora, que has llegado hasta aquí. ¿Te sabes conector del tremendo poder que tienes? Espero que hayas sonreído y disfrutado. Espero que Nina, esa loca maravillosa y su vida de subidas y bajadas, conquistara un pedazo de tu corazón y se quede con él para siempre. Gracias por darme una oportunidad. Gracias por afianzar mi fantasía de escribir. Gracias por hacerme creadora de historias, y por darles luz y vida pasando sus páginas. No tiene precio lo que haces. Ni habría modo en que yo pudiera pagártelo.

Un sueño cumplido suena muy poco para lo grande que es.

A Villana. Por la Terraza de la Felicidad; el corcho de la vergüenza, los detalles extremos y la falta total de discreción. Por el mal camino que transita conmigo, casi siempre cogiéndome de la mano, porque, literal o metafóricamente, no paro de

tropezar. Porque eres como un ser creado a través de una poción mágica que tiene todo lo que me falta en la cantidad exacta para que no te pueda dejar de querer. ¿Es «mejor amiga» término suficiente? Abro hilo.

A mi Lugar Feliz. Englobas todo lo que me da paz y me hace sentir bien. Una vez, sentados el uno junto al otro, rompiste el silencio para preguntarme qué pensaba, y yo te respondí: «Que contigo nada puede hacerme daño». Me lo confirmaste. A día de hoy, sé que no hay certeza mayor. Aunque estemos a esa gota de agua de distancia. Te quiero todos los decimales de Pi.

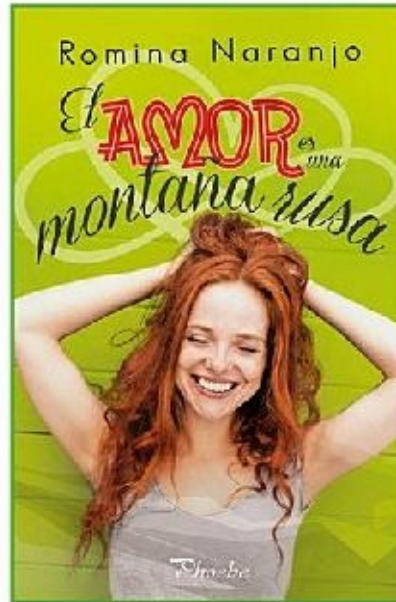
Todo lo que hago va para mis padres, a quienes debo respirar. Todo lo que ambiciono conseguir, para mis hermanos, a quienes espero inspirar y servir de ejemplo.

Gracias.

¿Lo veis? Al final lo de breve...

Romina Naranjo.

SINOPSIS DE EL AMOR ES UNA MONTAÑA RUSA



Nina es un desastre. Y superdramática. Un torbellino de emociones locas. Todo le pasa a ella, que solo sueña con ser una periodista de verdad... mientras trabaja como guionista en un *reality* que se está viniendo abajo por momentos.

Un último error fatal la sitúa en la primera línea de fuego: pasará a ser la protagonista de un nuevo proyecto de telerrealidad que le augura fama y éxito a manos llenas...

... si obvia ciertos escrúpulos y a ciertas personas, como al cámara que la productora le impone, Lucas, un clon de Jim Morrison (más *hipster*, y más guapo, y más irresistible, y más... buf) con el que va a chocar en todo, todo y todo.

La vida de Nina quedará expuesta ante la audiencia las veinticuatro horas del día, y entre idas y venidas llegará el momento de tomar decisiones importantes... o de dejarse llevar por la montaña rusa que es el amor.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



ROMINA NARANJO nació en Las Palmas de Gran Canaria el 24 de febrero de 1988. Su lado creativo se despertó muy pronto. Aprendió a leer con tres años y empezó a escribir pequeños cuentos y textos en el colegio.

La pasión por la escritura perduró en el tiempo y dio lugar a los primeros libros completos. Finalmente, en 2014, dio el paso a la publicación. Actualmente compagina sus mundos literarios con su profesión de pedagoga y educadora infantil. Se define como tímida, metódica e imaginativa. Sus historias nacen de su capacidad para ver una historia de amor en cualquier rincón.

En 2017 Pàmies publicó *Un matrimonio de anuncio*, su primera novela con el sello Phoebe.

Facebook: [RominaNaranjoOficial](#)

Twitter: [@RominaNaranjo88](#)

Instagram: [@romina_m_n](#)

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

UN MATRIMONIO DE ANUNCIO



Oliver Hamer, afamado publicista y reconocido *playboy*, se enfrenta a uno de los mayores retos de su carrera profesional cuando un titán mexicano de la industria automovilística se interesa en él para que dirija la campaña publicitaria de su nueva flota de vehículos.

El empresario, famoso por sus variopintas exigencias personales a la hora de cerrar contratos, tiene una única condición innegociable: solo trabajará con Oliver si demuestra ser un hombre centrado, recto y... casado.

Con apenas unos días para poner en marcha la oportunidad profesional que llevaba esperando durante años, Oliver cuenta con su labia y con Frannie, su

secretaria: tímida, inteligente y casi siempre invisible, gestiona con gran eficacia tanto la vida laboral como las «andanzas» personales de su jefe.

Con el engaño en marcha, Oliver y Frannie, convertidos ahora en el matrimonio Hamer, viajan a México para satisfacer las excentricidades del empresario del motor y conseguir el ansiado contrato. ¿Serán capaces de convertirse por unos días en un perfecto matrimonio de anuncio?

¡LEE LOS PRIMEROS
CAPÍTULOS DE UMDA!



DISPONIBLE
EN
TODAS
LAS
PLATAFORMAS
DIGITALES

PLAYLIST DE SPOTIFY DE *EL AMOR ES UNA MONTAÑA RUSA*



The image shows a screenshot of a Spotify playlist page. At the top, the title "El amor es una montaña rusa" is displayed in white text on a dark background. Below the title, there is a green "SEGUIR" button and a search icon. The main content area is a grid of song cards, each showing the song title, artist name, album cover, and duration. The songs are arranged in four columns. The first column includes songs like "She's A Liar" by The Lumineers and "Blurred Lines" by Robin Thicke. The second column features "The Eyes" by The Lumineers and "L'Amour" by L'Amour. The third column lists "Tudo Bem" by Chico Buarque and "The Eyes" by The Lumineers. The fourth column contains "Tudo Bem" by Chico Buarque and "The Eyes" by The Lumineers. The bottom of the screen shows a navigation bar with icons for Home, Search, Library, and Profile.

